

Joaquín Berges

LOS DESERTORES

colección andanzas



TUSQUETS

LOS DESERTORES

Jota observa los camiones que entran y salen del mercado de frutas y verduras donde ha trabajado hasta su jubilación cuando, de pronto, sin comunicárselo a nadie, sube a uno de ellos en dirección a la frontera francesa. Va en busca de la tumba de Albert Ingham, un soldado británico que, con su amigo Alfred, combatió en la batalla del Somme, en 1916. Ambos vivieron juntos los horrores de la guerra y así es como fueron enterrados, el uno al lado del otro en un pequeño cementerio del norte de Francia; en la tumba de Albert Ingham figuran unas enigmáticas palabras que su padre ordenó inscribir al enterarse de las circunstancias en que había muerto su hijo. Jota viaja hasta allí guiado por el eco de esas palabras. En el trayecto, va leyendo las cartas que Albert envió a su progenitor, un testimonio desgarrador sobre la desolación de las trincheras salpicado de versos que escribieron los poetas de la guerra. Arrastrado por esa historia de hace cien años, Jota revive la relación que mantuvo con su propio padre y el desmoronamiento familiar que causó la extraña enfermedad de su madre.

©2018, Berges, Joaquin

©2018, Tusquets

Colección: Andanzs

ISBN: 9788490666135

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 20/11/2018

Joaquín Berges

Los desertores

TusQuets
Editores



a Bux
a Marcos
a Miguel

a mis padres
a Albert Ingham
a Alfred Longshaw
a los *War Poets*



*I know that I shall meet my fate
Somewhere among the clouds above;
Those that I fight I do not hate,
Those that I guard I do not love...*

W.B. Yeats

0

A veces, las decisiones se toman sin el concurso de la voluntad o el estado de ánimo, solo con el cuerpo, con una parte determinada del esqueleto que depende de cada individuo y cada circunstancia. En el caso de Jota fueron sus articulaciones, más concretamente sus rodillas. Llevaba casi una hora en la cafetería, sentado junto a la cristalera, observando con la vista desenfocada los camiones que se detenían en el área de descanso, pendiente solo de las luces que llegaban y se apagaban. Se encendían y desaparecían. Y necesitaba levantarse.

Había tres camioneros en la barra, dos hombres que parecían de origen nacional y una mujer con el pelo rapado, las cejas rubias y los ojos claros. La había visto bajar de un camión azul marino con el morro plateado que le había recordado a un animal marino, un enorme cachalote con ruedas. Había pedido un pincho de tortilla y una cerveza sin alcohol, señal de que iba a volver a la carretera.

La idea del viaje se le había ocurrido una mañana al despertar, en esos segundos de incertidumbre en que la realidad parece posible, quizá porque todavía forma parte del sueño. Llevaba tiempo leyendo sobre la batalla del Somme, concentrado en fechas, lugares, nombres y detalles. No descartaba la posibilidad de visitar algún día la zona, aunque tampoco se atrevía a planteárselo seriamente.

No se habría levantado de la silla si no hubiera comenzado a sentir un hormigueo en las rodillas, primero en la derecha, luego en las dos. No quería que los camioneros lo tomaran por quien no era. Él tenía un buen coche y

recursos suficientes para pagarse el viaje, lo que no tenía eran ganas de conducir. Prefería ser conducido en actitud relajada y contemplativa, sin tener que pensar en el itinerario o el tráfico. No quería hacerlo en un medio de transporte público, sino en un camión como los que él mismo había contratado durante años. Por eso se había sentado junto a la cristalera de la cafetería a observar los camiones.

Cogió el cuaderno de tapas verdes que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la barra para pagar el café.

—Mi nombre es Jota —dijo.

—Geike —respondió la camionera de los ojos claros.

Seguramente pensó que Jota no era un nombre.

—¿De dónde eres?

—Bélgica.

—¿Adónde te diriges?

—Perpiñán.

Jota no recuerda cómo la convenció para que lo llevara hasta allí. Lo hizo con un discurso incoherente, casi delirante. Luego ya se las arreglaría él para continuar hacia el noroeste de Francia, cerca de la frontera con Bélgica, que era adonde se dirigía. A Geike no se le ha olvidado. Dedujo que Jota era un hombre en apuros, un neurótico inquieto, quién sabe si un demente, aunque también recuerda que olía a perfume caro e iba bien vestido.

Solo le hizo una pregunta:

—¿Eres metido en una problema?

Jota sonrió con una condescendencia de derrota, como si se diera pena a sí mismo. Ese gesto fue suficiente para que Geike lo admitiera en la cabina de su camión. Antes le informó de sus planes. Tenía que cargar en un almacén de Lleida al día siguiente a primera hora de la mañana. Luego descargaría esa mercancía en el Mercado Saint Charles de Perpiñán.

—No tengo prisa —respondió Jota.

No la había elegido por ser mujer. Ni por ser extranjera. Lo había hecho porque le gustó la franqueza de su mirada y el modo en que bebía su cerveza sin alcohol directamente del botellín. Tampoco quería compartir el viaje con una demente.

—¿Qué mercancía has traído?

—Kiwis.

—¿Qué mercancía te llevas?

—No sé. Creo que melocotones y nectarinos.

—¿Siempre fruta?

—Mi camión tiene frío.

Lo dijo como si el vehículo pudiera tener sensaciones. Jota se alegró de no ir en un cachalote con la panza llena de carne, pescado o productos lácteos.

—Hablas muy bien el castellano —dijo.

Geike hizo un movimiento de duda con la cabeza. Hablaba varios idiomas pero ninguno muy bien. Solo el suyo.

—¿Eres escritor? —preguntó ella, señalando el cuaderno que Jota llevaba en la mano.

Él negó sin intención de responder. No estaba admitiendo que no era escritor. Simplemente no pensaba decirle a qué se dedicaba. Al menos no todavía.

—¿Periodista?

Jota continuó negando, aunque esta vez lo hizo sonriendo para no contrariar a su anfitriona.

—¿No dirás a mí que haces turismo? —insistió Geike.

—Voy en busca de alguien.

—¿Una mujer?

—Un hombre.

—¿Alguien de la tuya familia?

Geike se puso en pie. Era hora de marchar. Por un momento, Jota temió que fuera a dejarlo allí, en la barra del bar.

—En realidad es alguien a quien no conozco —confesó.

—Entonces, ¿para qué quieres ver a él?

—No quiero verlo.

Geike lo miró de reojo. Jota le mostró las palmas de las manos. Fue un gesto de disculpa. «No me dejes aquí. Todo tiene una explicación.»

—Voy en busca de su tumba —le dijo.

Miércoles, 10 de noviembre de 1915

Querido padre:

Desde que salimos de Inglaterra no hemos hecho más que viajar en tren y en barco, además de marchar en fila durante horas bajo una fuerte lluvia que nos ha traído recuerdos del hogar. Nos dicen que estamos en C., aunque todavía no hemos visto ninguna población. Aquí solo hay una llanura interminable, un desierto de cultivos y campos en barbecho. Y nubes que los sobrevuelan dejando el rastro de su sombra sobre ellos, como si quisieran labrarlos desde el cielo.

Lo importante es que ya estamos en Francia y se rumorea que pronto entraremos en acción. Esto es lo único que nos motiva. Estamos hartos de los entrenamientos, los ejercicios físicos y las charlas de nuestros superiores. Queremos enfrentarnos al enemigo y acabar con él.

Por suerte, apenas disponemos de tiempo libre. No serviría de nada porque no hay mucho que hacer por aquí salvo tumbarse a ver las nubes, jugar a las cartas o leer. No podemos cantar el repertorio de canciones que aprendimos en Oíd Trafford, así que hemos sustituido la música por los versos que escriben los poetas.

Se ha organizado un curioso sistema de difusión literaria entre los regimientos. Cuando el poema de un soldado gusta a un oficial, se copia varias veces y se distribuye por toda la compañía. A veces se transmite por cable para que llegue al mayor número posible de unidades, y creo que van a organizar un concurso de poesía entre regimientos, lo cual no deja de ser curioso considerando la razón que nos ha traído hasta aquí.

Me acaba de llegar uno hermoso y tétrico a la vez. Lo he leído en voz alta junto a Alfred.

Cuando haya muerto,
y forme parte del suelo de Francia,
todo esto recordaréis de mí:
fui un gran pecador, un gran amante,
y la vida me llenó de desconcierto.
¡Ah, el amor! ¡Habría muerto por amor!
El amor puede hacer mucho, tanto bien como mal.
Hace pensar en madres y en niños chicos,

y en tantas otras cosas.

¡Oh, hombres aún no nacidos, me marcho sin
terminar mi labor!

Ahí tenéis el conflicto: el mundo os odiará:

¡Sed valientes![\[1\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

GEIKE había trabajado unos años en un gimnasio de su Malinas natal. Por eso tenía aquellos brazos y aquellos hombros tan musculosos, más propios de una jugadora de balonmano que de una camionera. Un día descubrió que su naturaleza era nómada, se llenó los brazos de tatuajes y decidió cambiar de vida.

—Todo mundo debe descubrir si es nómada o *sedentario* —le dijo a Jota, invitándolo a que se decantara por una u otra opción.

—Sedentario —respondió él, solo para corregirla.

—Si un sedentario vive la vida de una nómada será una persona no feliz, y el contrario igual. Para eso es importante descubrir qué es uno, si una cosa o la otra cosa. Se puede ser los dos, pero no a la misma vez.

Jota asintió. También era importante descubrir si uno era amante o detractor del silencio. En aquel momento no tenía ganas de reflexionar.

—¿Haces muchas rutas distintas? —preguntó para cambiar de tema.

—Amberes, Madrid, Barcelona, Módena, Múnich, Berlín, París, a veces Londres. Y luego de retorno a Amberes.

No parecía un recorrido excesivamente nómada.

—La fruta del mundo llega a puertos de Amberes y

Rotterdam —añadió Geike—, luego se distribuye para toda la Europa en pocas días.

Llevaba unas mancuernas en la parte de atrás de la cabina, así podía hacer sus ejercicios de hombros y brazos cuando se detenía en un área de descanso.

—Hay que tener músculo para soportar horas en volante, del contrario, arriesgas en tener un lesión de columna o un dolor donde menos crees.

Jota se cruzó de brazos. Él también había ido a un gimnasio durante años, aunque no para ganar músculo. Tan solo pretendía mantener la forma física. Pese a haber sido siempre un tipo delgado, no podía presentarse delante de una mujer como Rose con las carnes flácidas. Al menos debía ser capaz de sostener su vientre, por eso hacía interminables tandas de abdominales, siempre que podía, incluso cuando iba andando por la calle. Una vez le dijeron que meter la tripa al caminar era una forma de ejercitar los abdominales.

Estuvo a punto de preguntarle a Geike si era realmente así.

—Si no importa, hacemos parada en Medinaceli —dijo ella, pronunciando una che en vez de una ce, como si estuvieran en Italia—. Tengo que ir a un lavabo.

«Y puede que tú también tengas que ir», pensó sin llegar a decirlo. No le había preguntado la edad, pero estaba claro que su polizón rondaba los sesenta años, aunque el hecho de conservar buena parte de su pelo y mantenerse delgado podía dar otra impresión.

—Gusta mucho las rutas que van de este a oeste. O el revés —dijo Geike sin dejar de mirar la carretera.

—Nos dirigimos hacia el nordeste —matizó Jota.

—Pero cuando sale el sol estamos en AP2, viajando hacia este para ver el color de amanecer.

A jota nunca le había gustado conducir contra la salida o la puesta del sol, pero Geike hablaba como una marinera de alta mar, siempre atenta al rumbo, a la meteorología y al firmamento. Se sabía el nombre de algunas constelaciones, tenía una brújula en el salpicadero del camión y una aplicación en su móvil que le indicaba dónde estaban situados los planetas, las galaxias y las estrellas dobles.

—¿Dónde tú vas exactamente? —preguntó Geike.

Habían pasado unos kilómetros en silencio. Jota volvió a sentirse incómodo. No quería arriesgarse a que la camionera lo dejara tirado en un área de servicio.

—A un cementerio —dijo.

Geike no podía evitar una especie de curiosidad lúdica, como si estuviera

resolviendo un crucigrama.

—¿A cuál cementerio?

Jota la retó con la mirada.

—Hay ciento cincuenta y cinco cementerios en un radio de doscientos cincuenta y tres kilómetros cuadrados en la región a la que me dirijo —respondió.

Geike hizo un gesto de comprensión.

—¿Buscas tumba de un soldado?

Jota asintió sin palabras.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Un joven.

—¿Tiene nombre?

—Se llamaba Albert.

—¿Francés?

—Inglés.

La camionera elevó las cejas y se acarició la mandíbula con la mano izquierda. Era evidente que se estaba divirtiendo.

—Murió en la Primera Guerra Mundial —añadió Jota, intuyendo la pregunta.

—¿En cuál batalla?

—En la del Somme.

—No extraña a mí —afirmó Geike—. Fue el peor de todas.

Jota se quedó mirando fijamente la carretera, como si fuera él quien condujera el camión.

YA nunca entraba en casa anunciando su llegada. Se había cansado de ese hábito que en otro tiempo consideró un acto amable y cotidiano, el reencuentro diario con su pareja. Buscó a Jota en el salón y en el cuarto de las visitas, que era donde dormía desde hacía años. También miró en el baño. Dejó el pan en la encimera de la cocina y una carpeta con papeles del trabajo en el cuarto de María, que se había convertido en una especie de despacho desde que su hija se marchó de casa. Luego se quitó los tacones y se puso una bata. Comenzó a preparar la comida del día siguiente y frió unas croquetas para la cena. Miró el móvil varias veces. La última conexión de Jota era del mediodía.

Sabía que había ido a despedirse de sus compañeros de trabajo y supuso que habría pasado la tarde con ellos. No tardaría en regresar. Si hubiera quedado con alguien para cenar, se lo habría notificado a través del móvil. O habría dejado una nota escrita en el cuaderno que usaban para comunicarse las ausencias. Era una libreta con el anagrama de ComimeX en la portada, con la primera y la última letra en mayúscula.

A veces, Magda leía sus páginas con la cabeza torcida. Allí estaba transcrita y resumida su relación de los últimos años. «No ceno en casa.» «Tengo un compromiso.» «Acuérdate de comprar el regalo para María.» «El sábado trabajo.» «Mañana me levanto temprano porque tengo una reunión.» «No toques las fiambreras que hay en el frigorífico.» «Ha llamado Hache. Dice que no le coges el móvil.» «El viernes he quedado con las chicas del

trabajo.»

Y luego los otros mensajes, los que incomprensiblemente nadie se había molestado en arrancar de la libreta. «Gracias por preguntar qué me ha dicho el médico.» «No era necesario ponerte así delante de María. Ella no tiene la culpa de nada.» «Te recuerdo que yo también vivo aquí y que este piso es tan mío como tuyo.» «Lo de ayer no tiene nombre.» «No esperes que te dé ninguna explicación.» «No seas paranoica.» «A este paso vas a tener que traer otra libreta de la empresa.»

Decidió comerse un par de croquetas cuando todavía estaban calientes y una gruesa rodaja de piña. Jota había traído tres piezas la semana anterior y estaban empezando a madurar. Luego llamó a María. Quería saber cómo estaba el niño. Había pasado unos días con fiebre, afectado por un virus.

—Está mejor, no te preocupes, aunque se quedará en casa hasta el fin de semana.

—¿Sabes algo de tu padre?

Hubo un silencio.

—¿Por qué?

—No está en casa.

—Habrás tenido una cena o algo así, ¿no?

—Por un momento he pensado que habría ido a visitar a su nieto.

María se extrañó tanto que estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Papá? —dijo.

—El niño está enfermo —respondió Magda.

—Hace días que no lo veo.

Se despidieron. Magda dejó el teléfono en la mesilla y se puso el pijama. Luego se tumbó en la cama y encendió el televisor. No quería ver nada en concreto. Se limitó a zapear de un canal a otro en orden ascendente primero y descendente después, como si lo que pretendiera ver fueran los números de los canales sumando y restando. Al final se durmió.

Tres horas después se despertó con la boca seca y se levantó a beber un poco de agua directamente del grifo, como le gustaba hacer cuando era niña. Eso le trajo recuerdos de su hermana Rosa, a quien hacía tiempo que no veía, entre otras razones porque siempre estaba trabajando. Era abogada en un despacho especializado en separaciones matrimoniales. Su marido viajaba

continuamente, no tenía hijos y ya había disfrutado bastante del tiempo libre durante los años que pasó sin trabajar, viviendo como una gran dama del ocio.

Antes de apagar la luz dudó entre mirar el móvil o no. Quería saber si había recibido algún mensaje de Jota, pero no a costa de ver la hora. Esto último podía ponerla muy nerviosa. No había ningún mensaje y eran las 2.35 de la madrugada. Se sentó en la cama. Pese a llevar varios años sin hacer vida en común, ese no era el proceder habitual de su marido. Digamos que no se soportaban el uno al otro pero de un modo civilizado, buscando excusas para no estar juntos y comunicándose puntualmente por escrito, quién sabe si dotándolas además de una urgencia o un dramatismo innecesarios.

Por eso decidió llamarlo. De nada habría servido mandarle un mensaje porque la hora de su última conexión permanecía intacta. Se puso las gafas y marcó su número. El tono de llamada sonó varias veces pero nadie contestó.

I

LA batalla del Somme comenzó a planificarse a finales de 1915, año y medio después del comienzo de la Primera Guerra Mundial. El 6 de diciembre de ese año se reunieron en Chantilly el jefe de los ejércitos franceses, el general Joffre, con el entonces comandante de los ingleses, el mariscal de campo Sir John French, y otros generales del alto mando ruso e italiano. Debían tomar una decisión sobre la contienda en el llamado Frente Occidental, una línea de combate que se extendía desde el mar del Norte hasta la frontera de Suiza con Francia. El único modo de debilitar al enemigo era atacarlo desde distintos flancos a la vez, de modo que se repartieron la línea de combate. A los ingleses les correspondió la parte norte, en el departamento del Somme.

Los alemanes atacaron primero. Fue en febrero de 1916 en Verdún, al sur del Frente Occidental, en una batalla sin tregua en la que los franceses sufrieron muchas bajas. Después de un mes de ataque, se calcula que 90.000 soldados franceses habían muerto y decenas de miles más habían resultado heridos. Los generales franceses pidieron ayuda desesperadamente. No podían continuar resistiendo. El ataque aliado debía comenzar cuanto antes en el Somme.

Los ingleses habían preparado un ejército de 500.000 hombres para ese ataque, al que llamaron la Gran Ofensiva. En sus filas había veteranos que habían participado en otras campañas, oficiales profesionales, soldados regulares y los conocidos como batallones de camaradas. Nadie podía imaginar que esa batalla sería considerada por los historiadores como la más

sangrienta de la Primera Guerra Mundial, con un saldo final de 1.200.000 jóvenes de varias nacionalidades muertos o heridos. Toda una generación de varones ametrallados, bombardeados, gaseados o pasados a cuchillo en la región de Picardía, al norte de Francia, cerca de la frontera con Bélgica.

AUNQUE era demasiado espacioso para una persona, Carol vivía sola en el piso familiar de Aluche. Tenía cuatro dormitorios y un salón, dos baños y cocina con *office* y galería. Su padre lo había comprado mucho antes de que la obra diera comienzo, sobre plano, más concretamente, sobre unos planos que él mismo había pasado a limpio, gracias a lo cual se había beneficiado de un pequeño descuento que la constructora hacía a sus empleados a modo de retribución en especie.

Ella solo usaba la cocina, uno de los baños, el salón y su dormitorio de toda la vida. Cuando su madre murió, podría haberse cambiado al dormitorio principal, con su enorme cama y su armario empotrado, pero nunca se lo planteó. No solo eso. Cerró la puerta de ese dormitorio y solo entró allí en contadas ocasiones.

Había salido de una guardia hospitalaria de veinticuatro horas y no tenía que trabajar al día siguiente, de modo que pasó un buen rato delante del ordenador, respondiendo a los mensajes que había recibido de una página de contactos en la que se había inscrito hacía casi dos años y en la que pasaba la mayor parte del tiempo que estaba conectada a internet.

Tenía un mensaje de Glory62 y otro de una tal HotVivien. Siempre usaban un *nick* para encubrir su identidad.

La propia Carol era CP28047, que parecía el código postal de Aluche, pero eran las iniciales de Carolina Peña. Cada usuaria rellenaba una ficha en la que se describía con una indulgencia no exenta de sinceridad, abusando de

un humor falsamente canalla y aportando una foto vistosa de sí misma.

Le gustaba recibir mensajes y propuestas de citas, aunque nunca quedaba con nadie. Lo único que buscaba era ese intercambio de intenciones. Estaba contestando los mensajes cuando sonó el teléfono.

—Perdona por llamarte tan tarde.

La voz de su cuñada sonaba opaca, como si estuviera hablando desde un estudio de grabación.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes algo de tu hermano?

Carol no comprendió.

—Todo lo que sé de mi hermano me lo cuentas tú —dijo.

Hacía años que no se hablaba con Jota, pero conservaba la relación con Magda.

—No sé dónde está y he pensado que igual te habría llamado.

—¿A mí?

—No te sorprendas. Últimamente hace cosas muy raras.

—¿Qué cosas?

—No mira, no habla, no se interesa por los asuntos del mundo —Magda fue enumerando—, ni siquiera le hace mucho caso al pequeño Hugo. Solo se dedica a leer. Va a la biblioteca en busca de periódicos viejos, se pasa horas delante de su ordenador y lee libros de Historia.

Carol suspiró fuerte, como si quisiera imitar el sonido del viento.

—Quizá haya quedado con Hache y sus amigos del colegio —dijo al azar—. Es lo que hacen los hombres de su edad cuando quieren olvidar los problemas.

Magda chasqueó la lengua.

—Si se pone en contacto contigo, dile que no ha dejado nada escrito en el cuaderno de ComimeX. Él lo entenderá.

Carol negó elevando una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que va a ponerse en contacto conmigo? —dijo—. Llevamos años sin hablarnos.

—Su vida acaba de cambiar —respondió Magda—. Es probable que quiera recuperar el tiempo perdido.

Domingo, 28 de noviembre de 1915

Querido padre:

Hemos sufrido la primera baja del regimiento durante unas prácticas con armamento. Un sargento de la compañía A lanzó una granada de mano con tan mala suerte que rebotó en la parte superior del parapeto, cayó en la trinchera e hirió de gravedad a tres muchachos. Uno de ellos era el teniente Evans. Murió al día siguiente.

El ambiente de camaradería se ha reforzado entre nosotros llevándose a cambio la alegría que sentimos desde que estamos en Francia. Supongo que todos pensamos lo mismo, aunque nadie se atreve a decirlo en voz alta. ¿Qué puede haber más absurdo que dar la vida en un ejercicio práctico sin posibilidad de llevarse por delante a ningún enemigo?

Por nada del mundo querría que me sucediera algo así. Puedo soportar la idea de la muerte, de mi propia muerte, pero siempre que sea por una causa justa y noble, no por un desgraciado error. No quiero morir por equivocación.

No hay ritual solemne aquí —pero enterradlo bien—,
vosotros, compañeros de juventud con los que luchó,
cerca de donde los vientos suspiran y crecen las flores silvestres,
a cuyo lado borbotea el dulce arroyo.

Lo enterramos sin solemnidad, pero con ternura
para que descanse, su réquiem en artillería.[\[2\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

II

MILES de ingleses se alistaron en el Cuarto Ejército para combatir contra los alemanes en el Somme. Lo hicieron en grupos homogéneos que ya existían en la vida civil: compañeros de trabajo, pandillas de amigos de la infancia, miembros de un equipo de fútbol, una parroquia o un coro musical, parientes de la misma familia o vecinos de la misma calle. Todos ellos abandonaron sus rutinarias existencias para vivir una gran aventura junto a sus camaradas. El secretario de Estado para la guerra, el conde Kitchener, les prometió que se entrenarían y combatirían juntos, en grupo, de esa manera consiguió un éxito sin precedentes en la historia de los reclutamientos bélicos.

Tales grupos de combate se conocen como los «batallones de camaradas». Kitchener es el militar bigotudo que aparece con el dedo índice extendido en los carteles de reclutamiento más famosos de Europa.

Algunos hombres se lo tomaron como unas vacaciones. No es extraño, porque les contaron el cuento de la batalla ideal. Todo iba a ser muy sencillo. Las bombas y los obuses caerían con tanta profusión que destruirían las trincheras alemanas. Tan solo tendrían que acabar con los supervivientes, si es que quedaba alguno.



Era la hora del honor. Nadie estaba dispuesto a renunciar a la gloria de la batalla. Muchos soldados eran trabajadores de fábricas, mineros, ferroviarios, albañiles o peones camineros. El destino les daba una oportunidad que jamás habrían imaginado en tiempos de paz. Al estampar su firma en el boletín de reclutamiento dejaban de ser obreros y empleados y se convertían instantáneamente en exploradores y aventureros. El que se quedaba en casa era un inconsciente. O un cobarde. O un tullido.

Finalmente se congregaron en el Somme 158 batallones británicos, 70 de ellos integrados por soldados profesionales y 88 por voluntarios del llamado «ejército de Kitchener». La Historia les daba la oportunidad de convertirse en héroes.

SE habían detenido en un bar de carretera cerca de Medinaceli donde, además de ir al baño, se habían tomado un café para espantar el sueño de la madrugada.

—¿Qué especial es el soldado que buscas? —preguntó Geike cuando volvieron a la carretera.

—Lo único especial es que Albert no murió en el campo de batalla.

—Entonces *supervivió* a guerra.

—No.

Había comenzado a llover un agua fina pero persistente y Geike tuvo que accionar los limpiaparabrisas.

—Se había alistado junto a su amigo Alfred —añadió Jota—. Ambos trabajaban en una compañía ferroviaria. Eran contables. —Jota parecía estar hablando consigo mismo—. Me los imagino dejando apresuradamente sus manguitos, sus plumas y sus tinteros para ir corriendo a la oficina de reclutamiento, junto con otros empleados de la compañía, eufóricos ante la idea de combatir en Francia.

—¿Murió en hospital? —preguntó Geike.

Jota emitió un suspiro de derrota.

—La batalla se alargó más de lo previsto y dejó de tener sentido. Nada era como les habían contado. Ambos estaban condenados a muerte.

—¿Ambos?

—Albert y Alfred murieron juntos.

Jota miró el perfil de Geike y sus manos sobre el volante.

—Pero no en campo de batalla —repitió ella sin dejar de mirar al frente.

Él guardó unos minutos de silencio, dejando claro que no quería seguir hablando del tema. Ella se dedicó a jugar a las adivinanzas. Si no habían muerto en el campo de batalla, podían haber contraído alguna clase de dolencia o enfermedad y haber sido enviados a casa, pero entonces no estarían enterrados en el continente. También podían haber sufrido un accidente o haber sido heridos en un ejercicio con armas, o haber caído en manos del enemigo o haber sido fusilados por algún tipo de desobediencia o insubordinación.

—¿Gusta a ti leer sobre guerra? —preguntó Geike.

Jota negó.

—Nunca me habían interesado los temas bélicos —dijo— hasta que mi hermano me dio esto.

Y sacó el cuaderno de tapas verdes del bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es?

—Algo que escribió mi padre —contestó Jota—. Habla sobre la Gran Guerra y las trincheras, la Tierra de Nadie y la vida de unos jóvenes que fueron tratados como piezas de un ajedrez viviente.

—¿Tu padre es vivo?

Jota volvió a negar. Geike no supo qué más decir. No era posible que el padre de Jota hubiera participado en la Primera Guerra Mundial. Quizá su abuelo sí había tenido la oportunidad de conocer a esos dos soldados ingleses. De otro modo no podía comprender cómo una historia de hacía cien años era capaz de convertir a su pasajero en un peregrino.

EL padre de Carol y Jota se fue de casa a mediados de los años setenta, cuando Jota tenía veinte años. Pese a la evidencia de lo que estaba ocurriendo, y al contrario que su hermana, él no había advertido que su padre se había enamorado de Lorena. «Pareces tonto», le había dicho Carol. «Hace meses que están liados.»

Lorena llevaba cuatro años haciendo las labores del hogar y cuidando de su madre. El padre de Jota la había contratado a través de la parroquia del barrio, tras pedir ayuda al padre Manuel.

—No se puede hacer nada con Juana —le dijo, primero arrodillado en el confesonario, luego sentado en la sacristía y, finalmente, de pie, en la barra del bar más cercano a la iglesia—. Se niega a salir de casa.

—Y el médico, ¿qué dice?

—Hasta ahora no le ha dado importancia. Creía que era una simple neurosis. Confiaba en que las medicinas le hicieran efecto, pero han pasado ya varios meses y no hay indicios de mejoría. Se pasa buena parte del día tumbada en la cama, con la luz apagada y la persiana echada.

—¿Dormida?

—Y también despierta. Dice que la oscuridad la tranquiliza.

El sacerdote miró a izquierda y derecha antes de llamarlo por su nombre.

—Jacinto, dime la verdad —le dijo en voz baja—. ¿Quieres que vaya a verla?

El aludido negó firmemente con la cabeza. No era una cuestión religiosa.

Si aparecía en casa con un cura, Juana podría pensar que estaba más enferma de lo que creía. O más loca.

—Los chicos me ayudan mucho. El problema es que no podemos dejarla sola todo el día.

Además, el médico ya no era tan optimista como antes. La paciente no reaccionaba a ningún tratamiento. Le había cambiado la medicación varias veces, recurriendo a ansiolíticos y antidepresivos más fuertes, y al final había hablado seriamente con Jacinto. «Que no se quede sola mucho tiempo.» Y Jacinto, comprendiendo lo que el médico no se había atrevido a decir, montó un sistema de vigilancia con la ayuda de sus hijos y un par de vecinas. No pudo recurrir a ningún pariente porque la propia Juana se había negado a hablar con la familia de su dolencia.

Se iban turnando los cinco en horarios de mañana, tarde y noche. Como Carol tenía clases por la tarde, pasaba con su madre la mañana. Se sentaba en el sillón que había a los pies de la cama y aprovechaba el tiempo para pasar a limpio apuntes y repasar lecciones. Luego, a la hora de hacer la comida, subía una vecina. A mediodía llegaba Jacinto de la oficina. Por la tarde bajaba otra vecina y a última hora del día, una vez terminados sus deberes, Jota entraba en el cuarto de su madre y leía los libros que le mandaban en el instituto.

Allí sentado, a la luz de una lamparita con la bombilla de menos vatios que pudo conseguir, leyó, aunque no por este orden, a Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega, Moratín, Galdós y Cela. Y a veces el recuerdo que tiene de su madre se confunde con la literatura de estos autores, como si ella fuera un personaje de ficción cuyos rasgos y temperamento pudieran imaginarse en la oscuridad del dormitorio.

Desde que se marchó de casa, su padre se convirtió en un tema tabú. No se le podía nombrar delante de su madre para no empeorar su estado de salud. Carol y Jota tampoco hablaban de él cuando estaban a solas. Era como si hubiera muerto, peor aún, como si nunca hubiera existido. Podían considerarse huérfanos de padre. Juana era una madre soltera.

Sin embargo, Jota pensaba en él a menudo, incluso cuando velaba el descanso de su madre, unas veces leyendo, otras con los ojos cerrados o abiertos a la oscuridad, que era más o menos lo mismo. No quería olvidar a aquel hombre alto y desgarbado, de manos grandes y uñas claras, que no hacía tanto tiempo lo abrazaba por las noches antes de apagar la luz de la

mesilla.

También pensaba en ella, en Lorena, por quien se sintió atraído desde que la conoció, un día de primavera, cuando su padre se la presentó a los dos, a Carol y a él.

—Esta es Lorena —les dijo—. Viene de parte de don Manuel y nos va a echar una mano para cuidar de mamá y hacer las labores del hogar. Os ruego que tengáis un poco de paciencia porque ha vivido en una casa de acogida y tiene mucho que aprender.

Jota no ha olvidado esas palabras. Aquella mujer delgada y con el rostro demacrado presentaba un aspecto lamentable. Tenía alrededor de treinta años y parecía cualquier cosa menos una asistenta para las labores del hogar. Carolina no tardó en dar su opinión.

—Debe de ser una prostituta —le dijo a su hermano—. El padre Manuel siempre anda rodeado de mendigos, drogadictos y prostitutas. Les da de comer, les deja ducharse en su casa y recoge ropa para ellos. Seguro que esta ha salido de algún bar de carretera porque, pese a su delgadez, tiene un buen culo, un buen par de tetas y unos labios carnosos como de modelo publicitaria.

Jota no acabó de entender aquella descripción tan detallada porque desconocía la homosexualidad de su hermana. La cuestión es que los tres, el padre y sus dos hijos, miraban a Lorena con el estómago revuelto, como hambrientos de su presencia, deseando que llegara la hora de su llegada y temiendo el momento de su marcha.

Nunca habían pasado tanto tiempo en casa. Jota se saltaba las clases del instituto con la excusa de estudiar porque tenía examen de Historia o Literatura. Carolina lo mismo. Cada día volvía a casa más temprano. Jacinto trajo un tablero de dibujo y lo instaló en el dormitorio de las visitas. Así podía hacer horas extras en casa, incluso los sábados y los domingos, sin tener que perder tiempo en el desplazamiento a la oficina, que estaba a nueve paradas de metro de donde vivían.

Todos se reagruparon en torno a la figura de Lorena, como si la única que estuviera en su casa fuera ella. Incluso Juana se acostumbró a la recién llegada y no permitía que nadie más la asistiera en el baño. Lorena era la que mejor lo hacía todo, la más discreta, la que le daba lo que necesitaba sin tener que pedírselo, lo que fuera, el gel de baño, la esponja, la toalla o un camisón

limpio.

Lorena sabía cuándo tenía que cambiar las sábanas de la cama, cuándo había que ventilar el cuarto y cuándo debía fregar el suelo. Además, sabía preparar platos sencillos pero nutritivos que a Juana le sentaban bien, mejor que si los preparaba otra persona, como una tortilla de queso a las finas hierbas, una crema de puerros o unas pechugas de pollo al limón. Se notaba que estaba aprendiendo a cocinar y cada día lo hacía mejor.

SE había dejado la persiana abierta para que el sol de la mañana la despertara. De lo contrario habría dormido hasta las once, como en un principio se había propuesto, pero la llamada de Magda la había dejado preocupada. Fue a la cocina y exprimió dos naranjas, cortó un trozo de bizcocho y lo emborrachó con un par de cucharadas de zumo antes de untar sobre él una capa de crema de cacao.

Era su desayuno favorito, el que reservaba para las mañanas que sucedían a las guardias del hospital. La receta era de Lorena. Un día quiso demostrarles cómo podía recrear fácilmente con una magdalena, una naranja y una porción de chocolate uno de aquellos pastelitos que se vendían entonces envueltos en celofán y acompañados de un cromo.

—Es más barato y saludable —les dijo a Carolina y a Jota mientras cortaba la magdalena en rodajas y le añadía el zumo de naranja y el chocolate previamente fundido.

Luego cambió las magdalenas por los bizcochos que ella misma preparaba cuando tenía un rato libre.

—Solo falta el cromo —había dicho Jota.

Y consiguió que Lorena le regalara una sonrisa, a la vez cauta y audaz, que pocas veces tenía la oportunidad de ver, porque Lorena era una mujer seria y circunspecta que casi nunca relajaba el gesto ante ellos.

—¿Ha vuelto mi hermano?

Carol decidió llamar a su cuñada cuando se terminó el desayuno.

—Su teléfono móvil sigue sin contestar —respondió Magda—. He llamado a ComimeX. Ayer fue a despedirse de ellos, pero no saben nada más. No notaron nada extraño ni él dijo que fuera a marcharse a ningún sitio. Tampoco ha contactado contigo, ¿no?

Carol chasqueó la lengua dos veces. Esa era la posibilidad más improbable de todas.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —preguntó—. ¿Habéis discutido?

—Apenas nos hablamos, Carol —le recordó Magda.

Y se mordió la lengua para no añadir nada más.

—¿Has hablado con Hache?

Se oyó un murmullo negativo. Hache era el mejor amigo de Jota, lo que significaba que, supiera lo que supiera, no iba a contárselo al enemigo. Otra opción era hablar con Rosa, la hermana de Magda, pero Carol no se atrevió a sugerirlo.

—Solo me queda hablar con mi hermana.

Fue Magda quien lo hizo, antes de despedirse y colgar. El mero hecho de nombrar a Rosa había puesto fin a la conversación. Carol fregó los cacharros del desayuno y volvió a tumbarse en la cama con el móvil en la mano, mirando la foto de HotVivien que había bajado de internet. Cerró los ojos y se la imaginó tumbada en la cama, completamente inmóvil pero con los ojos abiertos. Así le gustaban las mujeres, como si fueran estatuas de sí mismas, capaces de mover los párpados y los labios, pero no los brazos ni las piernas.

Luego comprobó que su hermano no se conectaba a WhatsApp desde el mediodía del día anterior. Era curioso. Lo tenía allí, con su foto de perfil en la pantalla, pero jamás se habían cruzado una palabra. Simplemente le gustaba saber cuándo estaba conectado y cuándo no.

Se acordó de Daniel y estuvo a punto de llamarlo. A veces Jota tenía la necesidad de pasar la tarde con su hermanastro, y lo invitaba a comer o a dar un paseo por la Casa de Campo, mientras buscaba el rastro de su padre en sus gestos, en su voz o, quién sabe, en esas manos que tenía Daniel, con esos dedos largos y esas uñas tan cuidadas.

Sábado, 8 de enero de 1916

Querido padre:

Hemos avanzado hacia el este y nos encontramos acampados en una pequeña población rodeada de bosques llamada V. Las compañías se han distribuido por varios puntos, algunos más pantanosos que otros a causa de la cercanía del río. Por suerte, mi puesto se encuentra en la zona urbana y no tengo que dormir con la niebla sobre mi cabeza y el barro bajo mis pies.

Cada una de las compañías ha enviado un pelotón de destacamento a las trincheras. El comandante tuvo que elegir personalmente a los hombres, sin hacer preguntas, pues todos nos habríamos ofrecido como voluntarios. Nuestro mayor deseo es apostarnos frente al enemigo.

Hace mucho frío, sobre todo por las noches, pero vamos bien abrigados y en nuestro pecho sentimos un reconfortante calor.

Cuando nuestros hombres marchan ligeros arriba y abajo,
cuando las gaitas tocan atravesando la pequeña ciudad,
veo una delgada línea balanceándose entre el viento
y el barro y la lluvia
y los regimientos agotados regresan para descansar.[3]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

GEIKE había estado hablando por radio con otros camioneros. Sus voces sonaban rotas por la distancia. Parecían un eco electrónico, una conversación de robots. Jota no entendió una palabra de lo que escuchó, aunque los gestos y las risas de Geike no necesitaban traducción. Estuvo leyendo el cuaderno de su padre hasta que le entró sueño. Cerró los ojos y se arrellanó en su asiento con las piernas estiradas y las manos recogidas sobre el vientre, sujetando el cuaderno.

Durante años, cada vez que cerraba los ojos, pensaba en Rose. Eso lo relajaba al instante y le ayudaba a conciliar el sueño. La veía tendida en la cama, a su lado, unas veces despierta, otras durmiendo. Pasó muchas horas viendo dormir a Rose en su propia cama, a media tarde, una de aquellas siestas que se alargaban hasta que sonaba el despertador y él tenía que marcharse.

No sabe cuántos años duró aquella forma de vida, trabajando toda la mañana en el mercado para poder pasar la tarde con Rose. Él siempre la llamaba así, desde que la conoció, tanto en público como en privado, hasta que Magda se lo prohibió. Desde entonces solo lo hizo en la intimidad.

—No me gusta que llames a mi hermana Rose —le dijo una noche Magda, después de haber salido los tres con otros amigos.

Todavía no se habían casado. Estaban despidiéndose en el portal donde vivían las dos hermanas. Rose había subido a casa, haciéndoles un guiño de despedida, como invitándolos a la perversión, justo allí, a la vista de

cualquier vecino que pudiera entrar o salir del edificio.

—¿Por qué no?

—Nadie la llama así.

—Por eso lo hago yo.

—Y por eso me molesta.

Jota asintió. Debía de ser demasiado evidente que se sentía atraído por la hermana de su novia. Dudó entre hacerse el ofendido o el sorprendido. También podría haberse reído, como si hubiera oído la ridícula solemnidad de una tontería, pero todo lo que hizo fue asentir y acercarse a Magda para darle un beso de despedida. Y marcharse de allí con la sensación de que su futura esposa lo había descubierto.

Rosa estudiaba en la Facultad de Derecho de la Complutense. Jota oyó hablar de ella antes de conocerla. «Es guapa y estilosa», le dijeron, «una modelo de pasarela con un tipazo que quita el hipo. No has visto una mujer así en tu vida.» Él fue formándose una imagen en la cabeza, como si fuera un personaje de novela. Luego, cuando la conoció, tuvo que encajar la realidad con lo imaginado, igual que si acabara de conocer a la actriz elegida para interpretar a su personaje de ficción favorito.

No se fijó en su altura ni en su figura curvilínea, ni en esa melena que le llegaba hasta la cintura. Todo lo que vio fueron unos ojos que lo miraban y unos labios que le sonreían. Y solo deseó que esos ojos siguieran mirándolo y esos labios siguieran sonriéndole.

Pasados los años, tuvo la oportunidad de decírselo.

—No me canso de que me mires —le dijo. Y añadió—: Ni yo de mirarte.

Le acarició el pelo con los dedos abiertos, peinándola.

—Me gusta mirar tus rizos, unas veces dorados, otras albinos, según la luz o la postura de tu cuello. Unas veces se derraman a un lado, otras fluyen hacia tu espalda, como si allí hubiera un lugar donde remansarse. No me gusta cuando te alisas el pelo. ¿Por qué lo haces? ¿Está de moda? ¿Quién dicta la moda del peinado? ¿Los fabricantes de planchas para el pelo?

A ella le hacían gracia sus comentarios lenguaraces, ese venirse arriba que lo caracterizaba, sobre todo cuando se había tomado un par de copas de vino y quería impresionarla.

Luego le habló de sus ojos.

—Son un kiwi partido en dos mitades idénticas. Verdes con puntitos negros, brillantes como recién cortados y llenos de propiedades antioxidantes para quien los mira. Me gustan tus párpados porque son alargados. Hay una fuga del párpado hacia el extremo del rostro, como si quisiera prolongarse y formar una imagen cubista. Tú lo sabes bien porque ahí es donde menos maquillaje te pones. No quieres ser una cleopatra, aunque seas una reina, la reina de mi patria. Mi reina.

UN día Jota salió en busca de su padre. Todavía estudiaba en la facultad. El profesor de Derecho Administrativo faltó a clase y tuvo dos horas libres con las que no contaba. No le apetecía ir al bar con sus compañeros. Tampoco quería volver a casa con su madre y su hermana. Pensó en su padre. No sabía dónde encontrarlo, pero recordó que alguna vez le había hablado del barrio de San Isidro. Quizá vivía allí con su nueva familia. ¿Por qué no?

Cogió un autobús y cruzó la M30, al otro lado del Manzanares. El resto del camino lo hizo andando, mirando a derecha e izquierda, como un turista curioso. Era la primera vez que visitaba aquel lugar. Alguna vez había estado en la ermita del santo, pero nunca más abajo. Su padre le había dicho que aquel barrio parecía un pueblo instalado en medio de la gran ciudad. Y tenía razón.

Apenas había edificios, todo eran casas de dos plantas con sábanas blancas en los tendedores, macetas recién regadas en las ventanas, bicicletas en las puertas y furgonetas aparcadas en la calle. Un barrio obrero, limpio y con un ambiente hogareño. El lugar ideal para esconderse porque todas las calles parecían la misma. Era un laberinto trazado con escuadra y cartabón.

Estuvo a punto de gritar el nombre de su padre, o el de Lorena, o el de los dos, pero no lo hizo. No tenía sentido. Tampoco llamó a ningún timbre ni preguntó a ningún vecino si Jacinto Peña y Lorena Rodríguez vivían por allí.

—Sí, esos mismos, el hombre que abandonó a su familia y se fue a vivir con la chica de la limpieza. Esa tan guapa, la misma. Tienen un hijo. Tal vez

lo saquen de paseo por la tarde. ¿Hay algún parque con columpios por aquí cerca?

Se engañaba a sí mismo. No sabía si su padre y Lorena vivían allí y, en todo caso, tampoco quería verlos. ¿Para qué? ¿Qué iba a decirles? No pensaba reprocharles nada ni pretendía hablarles de su madre. Quizá solo trataba de conocer a su hermanastro.

A Carol le daba igual, pero a él le incomodaba tener un hermanastro y no saber si se parecía a Lorena o a su padre.

O a él mismo, lo cual habría resultado aún más perturbador, porque Lorena era la antítesis de una madre. No podía existir un ser humano como él gestado en el vientre de esa mujer, pensó. Eso habría sido de lo más incestuoso.

—Lorena es la madre que todo hombre querría para sus hijos, no para él mismo.

Llegó a decirlo en voz alta, como hacía algunas veces cuando sus razonamientos se enredaban en un nudo sin sentido. Así parecía escucharlos de boca de otra persona, una autoridad superior como la que ostenta un profesor, un hermano mayor o un padre.

Se sentó en un banco de madera, en una plaza en la que había unos columpios inmóviles. A esas horas los niños debían de estar en el colegio. No volvió a hablarse a sí mismo en voz alta, pero sí se hizo varias preguntas. Trataba de comprender si sentía celos de Lorena por haber tenido un hijo con su padre o, por el contrario, sentía celos de su padre por haber tenido un hijo con Lorena. Tal vez debería haber sentido celos de su hermanastro, simplemente.

Se encontraba en aquel barrio del que alguna vez había oído hablar precisamente por eso, porque ignoraba cuáles eran sus sentimientos. Le disgustaba aquella sensación de abandono y desconcierto, y envidiaba la actitud displicente de su hermana, capaz de ignorar a su padre y no nombrarlo nunca.

Lo que Jota no sabía era que Carol seguía pensando en Lorena, y que, tal como comenzaría a hacer él mismo en cuanto conociera a Rose, nunca se dormía sin recrearla en su memoria, como si su imagen discreta y sensual fuera un somnífero capaz de asegurar la calidad de los sueños.

MAGDA no telefoneó a su hermana Rosa. Vivían distanciadas en todos los sentidos, aunque de vez en cuando se enviaban un correo electrónico o un mensaje de texto. Lo que apenas hacían era hablar por teléfono, y mucho menos verse cara a cara. Ni siquiera visitaban a su madre al mismo tiempo. La anciana estaba internada en una residencia de Vista Alegre a mitad de camino de sus respectivos domicilios. Magda iba a verla los lunes y los miércoles por la tarde y los sábados por la mañana. Rosa prefería ir los martes o los jueves y los domingos a la hora del aperitivo, muchas veces acompañada por Julen.

Era una especie de acuerdo tácito para no verse ni hablarse, aunque lo primero que hacían al salir de la residencia era escribirse un mensaje. «Hoy la he visto más animada.» «¿Te has fijado en que ya casi no tartamudea?» «Me han dicho que ha perdido el apetito y apenas come.» «Le he llevado esos bizcochos que tanto le gustan.» «Esta semana hay que acompañarla al traumatólogo.»

Magda volvió a hablar con su hija.

—Tendrás que llamar al tío Julen —le dijo—. Quizá él sepa algo.

—Es posible.

—Es que si nadie sabe nada, tendremos que comunicar la desaparición a la policía.

María ya había pensado en esa posibilidad, aunque la había descartado por exagerada e irreal, como un acto de ficción. Podía entender que su padre

hubiera decidido desaparecer durante unos días, lo que no concebía era la idea de que le hubiera pasado algo. Era un superviviente nato.

Tranquilizó a su madre y llamó a su tío Julen, con quien tenía que hablar de todas formas por un asunto de la empresa. Le gustaba trabajar para él, seguramente porque lo admiraba desde que era una niña. No había nadie como él. Hablaba con propiedad de cualquier tema, tenía referencias de todo el mundo, había recorrido el planeta de punta a punta, dominaba varios idiomas e incluso salía o había salido en los periódicos con cierta frecuencia, aunque fuera por asuntos turbios. Por aquel entonces, ella era demasiado joven para distinguir lo que significaba salir en los periódicos por hacer algo importante o por estar imputado en una causa penal.

El tío Julen estaba en Montreal cuando recibió la llamada. Se acababa de firmar un acuerdo bilateral entre España y Canadá para el intercambio de mercancías y allí estaba él, al otro lado del Atlántico, acompañando a una misión comercial de importadores y exportadores en busca de nuevas oportunidades para hacer negocio.

Se encontraba en el gimnasio de su hotel. Eran las siete de la mañana, hora local, y Julen hacía un poco de ejercicio antes de tomar una ducha y bajar a desayunar. No sabía nada de Jota. Escuchó los detalles de la desaparición y le restó toda la importancia del mundo. Seguro que se había quedado a dormir en casa de algún amigo o compañero.

—Dile a tu madre que voy a llamar a Hache para que vaya a buscarlo. Es probable que él sepa dónde está, aunque jamás se lo diría a ella. Ni a ti. Conmigo es distinto porque soy su jefe.

Se rio con esa carcajada elegante y contagiosa con que solía terminar sus discursos, como si la vida fuera una comedia de risas enlatadas y todo estuviera escrito en un guion. Cuando terminó en el gimnasio, llamó a Rosa. No había hablado con ella desde el día anterior. Normalmente la llamaba después del desayuno, cuando salía a la calle a fumar el primer cigarrillo del día. Esta vez hizo una excepción.

Rosa se alarmó al oír la noticia. No por la presunta desaparición de su cuñado, sino porque Julen le estuviera preguntando por él después de muchos años sin hacerlo. Qué sabía o podía saber ella a esas alturas. «Claro que no.» No le había escrito ni, por descontado, se había puesto en contacto con ella. Ni siquiera tenía su número de teléfono.

Un día, Rosa decidió cambiar de vida y empezar de cero. Ese día borró el número de teléfono de Jota de su agenda.

El 18.º Batallón del Regimiento de Manchester comenzó a formarse el 31 de agosto de 1914, cuando el alcalde de la ciudad, Sir Daniel McCabe, publicó un llamamiento en el periódico local, *The Manchester Guardian*, reclamando soldados para combatir en el ejército de Lord Kitchener. La noticia no tardó en extenderse y al día siguiente ya había ochocientos hombres alistados. Una semana después el batallón estaba completo.



ENTRE los voluntarios admitidos a filas había dos contables que trabajaban en Salford Goods Yard para la compañía de ferrocarriles de Lancashire y Yorkshire. Eran dos amigos inseparables llamados Albert Ingham, de veinticuatro años, y Alfred Longshaw, de veintiuno. Ambos sirvieron juntos en el 11.º Pelotón de la Compañía C.

Los entrenamientos de los nuevos reclutas comenzaron en la misma ciudad de Manchester, en las instalaciones deportivas de Oíd Trafford. Unos meses después, durante el verano de 1915, el 18 de Manchester se trasladó a Belton Park y Salisbury para realizar maniobras militares. A primeros de noviembre fueron transportados a Francia, a la población de Coulouvillers, en la región de Picardía, departamento del Somme, donde continuó su entrenamiento.

El 6 de enero de 1916 el regimiento, dividido en sus cuatro compañías, denominadas con las cuatro primeras letras del alfabeto, ocupó sus posiciones en las trincheras del frente. Todavía faltaban seis meses para el comienzo de la batalla.

Querido padre:

Hemos sufrido otra baja, un soldado de la Compañía D que se encontraba en las trincheras de primera línea. Estaba haciendo un reconocimiento visual y fue alcanzado en la cabeza por un francotirador enemigo. Murió en el acto y su cuerpo fue trasladado a la retaguardia para que todo el regimiento le rindiera los honores que merecía.

En realidad, todos queríamos ver a Bernard por la misma razón: era la evidencia de que los *boches* están al otro lado de la Tierra de Nadie. Tenía en la frente un orificio limpio, redondo como un botón. Su rostro no mostraba ningún signo de dolor, pero sus labios se veían morados y sus cejas aún mostraban una sombra de sorpresa.

Todos quisimos reemplazarle en la trinchera. La cercanía de los *boches* ha renovado nuestras fuerzas, como si la vida de nuestro compañero se hubiera repartido entre nosotros.

No puedo decirte
en qué momento me perteneció tu vida:
quizá cuando una noche de verano
nos detuvimos en la carretera
a la sola luz de las estrellas
y entonaste las tristes canciones del hogar,
cantos fúnebres que yo, de pie, fuera de ti condené
con frialdad.[4]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

JOTA se despertó con una sensación de malestar que conocía bien, la promesa de un nudo en el estómago. Parecía estar anticipando unos remordimientos que todavía no sentía. El camión se notaba más lento y ruidoso que antes, como si los veintiséis palés de fruta que habían cargado en el almacén de Lleida fueran ganando peso conforme se acercaban a su destino.

—No has hablado con nadie en todo camino.

Geike seguía mirando a la carretera.

—He hablado contigo —respondió Jota.

—Nadie llama a tu móvil.

—No llevo móvil.

Lo dijo como si fuera un insumiso de las nuevas tecnologías.

—¿Sabe tu esposa que diriges a Perpiñán?

Jota no respondió, que era tanto como decir que no.

—¿Y tu hija?

—No ha sido una decisión premeditada.

Geike lo miró un segundo.

—No me creo —le dijo—. Llevas un tiempo leyendo sobre batalla de Somme, tú mismo has contado.

Jota negó en silencio, sin mover la cabeza ni hacer ningún otro gesto.

Tampoco él terminaba de comprender qué

hacía allí, rumbo al lugar donde hacía cien años se había librado una sangrienta batalla. No estaba huyendo de nada ni de nadie, no al menos de forma consciente, pero lo cierto era que se había deshecho del móvil a propósito. No solo no deseaba recibir llamadas, tampoco quería estar conectado al mundo a través de internet, sabiendo en todo momento por dónde circulaban y qué lugares iban quedando atrás. No quería dejar ningún rastro.

Lo único que quería era encontrar la tumba de Albert Ingham, quién sabe si para comprobar que existía de verdad, un metro cuadrado de tierra francesa con una lápida de piedra que certificaba los hechos y demostraba que aquel soldado no era solo un personaje del que hablaban los libros, sino alguien de carne y hueso que había nacido y había muerto, dejando un cadáver bajo tierra como prueba.

Había reservado varias veces billetes para volar de Madrid a Charleroi, que era el aeropuerto más cercano a su destino, pero siempre los anulaba, de la misma manera que terminó descartando la idea de conducir hasta allí saliendo de España por Irún o La Junquera. Y eso que había planificado el viaje con la ayuda de Google Maps, decidiendo la ruta más cómoda y rápida.

Lo que iba a hacer no tenía sentido. No era un acto meditado ni producto de ninguna fe. Tal vez solo fuera un modo de sobrevivir. No sabía explicarlo. A veces, cuando deseamos que llegue un momento especial, el tiempo es un estorbo y parece que sobra. Se hace largo, interminable como una noche en vela o un día de calor. No queremos vivirlo, y si fuera posible, lo eliminaríamos de nuestra existencia arrancando varias hojas del calendario.

Jota sentía justo lo contrario.

LA primera vez que Jota visitó el Benelux fue en compañía de Magda, Julen y Rosa, cuando todavía salían los cuatro juntos a cenar fuera, a pasar el fin de semana en la playa o a hacer un viaje al extranjero en verano. Rosa y Julen ya estaban casados. Magda y él todavía no. Se casaban ese mismo otoño y se iban de luna de miel a Sicilia, en un crucero que recalaba en la Costa Azul y en Nápoles, antes de llegar a Palermo.

Recordaba haber pasado todo el viaje al Benelux en el asiento del copiloto, mientras Julen conducía y las dos hermanas dormían en el asiento trasero, sin poder evitar la angustia que le causaba pensar en su luna de miel. No podía concebir esos días sin la presencia de Rosa. Se había acostumbrado a vivir a su alrededor, cerca de ella, cuanto más cerca, mejor. Le habría gustado que Rosa y Julen los hubieran acompañado en su luna de miel.

No le importaba que Rosa fuera siempre acompañada de Julen. Le caía bien aquel tipo. Lo consideraba el mejor cuñado que podía tener. No solo por su resolución natural y su don de gentes, sino porque siempre estaba pendiente de ella. La cogía de la mano o de los hombros, mostrando orgulloso la legitimidad de su relación, como si estar casado con aquella hermosura fuera un privilegio reservado a los más afortunados. Y eso era algo que Jota apreciaba, seguramente porque bajo ese orgullo pretencioso se escondía un hombre celoso de su intimidad que espantaría a otros posibles pretendientes. Puestos a tener rivales, Jota prefería enfrentarse a uno solo, aunque fuese tan poderoso como Julen.

Un año viajaron a las Highlands de Escocia, otro al centro de Europa para visitar Praga, Viena y Budapest. Volaron

a Estambul, a Moscú y a San Petersburgo y se recorrieron en coche la isla de Cerdeña. En aquellos años no existía internet y lo más parecido que había a Google o Yahoo era un tipo como Julen.

Iba a todos los hoteles recomendado por un socio, un proveedor o un cliente. No solo conocía los mejores cafés y restaurantes de las ciudades, también sabía dónde estaban las tiendas exclusivas, las heladerías artesanas y los mercadillos ambulantes. Conocía los horarios de los monumentos que había que visitar, llevaba dinero en la divisa del país correspondiente y sabía decir buenos días o buenas noches en todos los idiomas imaginables, incluidos los que no hablaba.

Jota no pretendía quedarse a solas con Rosa ni comprometerla de ninguna manera. No se colocaba a su lado cuando iban al cine o paseaban por la calle. Ni siquiera lo hizo una vez que durmieron en una tienda de campaña, un fin de semana que pasaron en un camping cerca de la playa. Julen se había colocado junto al lateral de la tienda con Rosa a su lado. Jota podría haberse tendido junto a ella sin levantar ninguna sospecha, siguiendo la lógica del orden, y precisamente por eso no lo hizo. Prefirió tumbarse en el lateral contrario para dejar que las dos hermanas durmieran juntas en el centro de la tienda.

A él le bastaba con saber que Rosa estaba ahí, cerca, y que con un breve movimiento de cuello podía verla y ser visto, aunque fuera parcialmente. Tenía bastante con ver sus rodillas, o sus pies, sus ojos, el perfil de sus pómulos o su pelo derramado por la espalda. Le habría gustado vivir siempre así, sin hijos ni responsabilidades. Sin horarios y sin tener que ir a trabajar. Estar permanentemente de vacaciones en compañía de Rosa, levantándose de la cama con ganas de verla, no importaba en qué país estuvieran ni cuántas maravillas de la naturaleza o la civilización fueran a visitar durante el día.

Viernes, 10 de marzo de 1916

Querido padre:

La batalla es inminente. Hay una actividad frenética en el frente. Todos los días llegan trenes cargados de provisiones y munición. Y batallones procedentes de todas partes: Irlanda, Inglaterra, el Úlster, y también Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Sudáfrica y Terranova. El mundo entero se ha congregado para detener el avance de los *boches*, lo que nos provoca un sentimiento de hermandad universal, como si tuviéramos conciencia de la especie humana y nos enfrentáramos a un peligro que hubiera venido de otro planeta.

Sentimos el orgullo de la causa que defendemos y tenemos la firme convicción de que nada podrá detenernos, solo la muerte.

Sobre la devastada trinchera se yergue,
el blasón reluciente en el pecho,
y trazada en plata hueso a hueso
la imagen de un esqueleto.[5]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

IV

COSTÓ más de seis meses completar los preparativos de la Gran Ofensiva. Hubo que instruir militarmente a los 200.000 hombres que se habían reclutado para la batalla. Se cavaron kilómetros de trincheras, tantos que se podía ir caminando desde Bélgica hasta Suiza sin salir en ningún momento a cielo abierto. Se fabricaron cientos de miles de explosivos, se enviaron a Francia equipos de bombeo para llevar agua al frente, apoyados por más de trescientos camiones cisternas. Se apostaron las baterías de artillería, con sus correspondientes puestos de observación. Se instalaron 88 kilómetros de nuevas vías férreas para transportar a los soldados y cada día circulaban por ellas más de quince trenes llenos de hombres, caballos, municiones y víveres. Se enterraron a casi dos metros de profundidad unos 11.000 kilómetros de cable para telecomunicaciones, además de otros 69.000 kilómetros tendidos en la superficie, suficiente como para dar la vuelta a la Tierra casi un par de veces.

Se perforaron túneles para llegar bajo las posiciones alemanas y volarlas con la ayuda de explosivos. Los escombros de los túneles se metían en sacos y se extraían a través de una fila de hombres sentados en el suelo. Se instalaron cocinas de campaña para alimentar a la tropa, letrinas y lugares de descanso para los soldados, y también para los más

de cien mil caballos que participaron en la batalla. Se organizaron centros hospitalarios en Corbie y en Amiens, y hasta se buscaron los lugares idóneos donde enterrar a los muertos.

Fue como construir una nueva civilización en medio de la campiña

francesa con el único objetivo de destruir al enemigo, que a su vez se había dedicado durante ese mismo tiempo a construir su propia civilización al otro lado de la Tierra de Nadie con idéntico propósito.

CAROL se despertó de madrugada, un poco antes que los pájaros de la calle. La oscuridad le trajo recuerdos de su madre, del tiempo que pasó cuidándola con la ayuda de su hermano y las vecinas, recostada a los pies de su cama, boca arriba, dejando que las sombras del dormitorio formasen un escenario de alucinaciones, como si los sueños pudieran proyectarse en blanco y negro sobre el techo.

Recuerda el momento en que supo que su madre no se levantaría nunca más de la cama. Fue al oír el hondo suspiro de alivio que emitió al acostarse una tarde, después de haber pasado un par de horas sentada en la butaca del dormitorio. Fue toda una declaración de intenciones. En ese instante comprendió que no volvería a verla vestida con otra cosa que no fuera un camisón. No volvería a ir de compras o a dar un paseo con ella. Ni siquiera volvería a verla sentada en el salón de casa, leyendo una revista o viendo la televisión.

Lo que no recuerda es cómo empezó todo. Su padre todavía estaba en casa. Vivían los cuatro juntos. Eran una familia normal, con la misma rutina que cualquier otra: trabajo, estudios, salidas al campo, vacaciones en la playa, televisión en blanco y negro, y también algún castigo, discusiones y muchos silencios. Y de pronto comenzaron a oír la palabra «especialista» en las comidas, en las cenas o cuando su padre hablaba por teléfono. «Vuestra madre tiene que ir mañana al especialista.» «Debes contarle al especialista lo que te pasa, estoy seguro de que él podrá ayudarte.» «El especialista me ha

dicho que no debo salir a la calle si no me siento con ánimo.» Y también en sentido contrario. «Estoy harta de ese maldito especialista. Ojalá no hubiera ido nunca. No voy a volver a su consulta ni pienso tomar los medicamentos que me ha recetado.»

Carol no tardó en comprender que el especialista era un psiquiatra de la Seguridad Social al que su madre acudía una vez por semana, a veces dos. Tiempo después, cuando comenzó a trabajar en el hospital y tenía un rato libre, subía a la planta de psiquiatría y recorría los pasillos en silencio. Su madre estuvo ingresada en esa planta hasta en tres ocasiones, en los momentos más críticos de la enfermedad, cuando ni el célebre especialista sabía qué más podía hacer por ella.

Sonó el móvil desde la mesilla, vibrando como un animal que ha caído en una trampa y trata de huir. No tenía que responder a la llamada para saber lo que iban a decirle.

—Acabo de denunciar la desaparición de tu hermano.

LA primera vez que la vio fue por sorpresa, sin saber que era ella, en una fiesta que había en la Escuela de Ingenieros. Los dos estudiaban Derecho pero todo el mundo iba a Ingenieros cuando se celebraba una fiesta como aquella, abierta a estudiantes de todas las facultades. Estaba de espaldas, apoyada en una barra de chapa junto a un grifo de cerveza. Jota se disponía a pedir un litro de cerveza para compartir con Hache. Vio su pelo rizado extendido sobre los hombros. Y a continuación sus caderas y sus piernas embutidas en uno de aquellos téjanos que se llevaban entonces, con dos grandes bolsillos a la altura del trasero como para señalar las nalgas.

Pidió la cerveza a gritos, pero nadie le hizo caso, así que continuó admirando el perfil del rostro de Rosa. Pómulos altivos, ojos rasgados, labios carnosos y esas pestañas postizas que se llevaban entonces. Tuvo que decirle algo:

—Menudo ambientazo.

—Hola.

Ella actuó como si se conocieran. Le dijo un hola de qué agradable sorpresa, no esperaba encontrarte aquí. Pero él no supo reaccionar.

—Estudias Derecho, ¿verdad? —añadió Rosa.

Tenía los labios húmedos y hablaba con ellos estirados, como si quisiera sonreír con la voz.

—Estoy en quinto curso —respondió Jota—, ¿y tú?

—En tercero.

—¿De Ingeniería?

—De Derecho.

Era evidente que ella sí lo conocía, aunque solo fuera de los pasillos de la facultad. ¿Cómo era posible que no se hubiera fijado él? Jota fue a decir algo más, a modo de ocurrencia chistosa, preguntándose en voz alta cuántos estudiantes de ingeniería habría realmente en aquella fiesta. En ese momento ella se desplazó hacia la izquierda y un camarero se dispuso a atenderlo, mientras otros estudiantes lo rodearon. Se llevó la cerveza a duras penas, alzando los brazos como si acabara de ganar un trofeo que fuera derramándose al caminar.

Así llegó donde estaban Hache y el resto de sus amigos.

—¿Has hablado con Miss Tercero?

—¿Con quién?

—Con la chica que has saludado en la barra.

Asintió sin decir nada, completamente desconcertado. Se volvió hacia la barra pero no la vio. Y eso lo desconcertó más todavía. Se pasó el resto de la noche sin prestar atención a ninguna conversación, ajeno a su grupo, tratando de volver a encontrarla. Fue en busca de más bebidas, se hizo el contradizo con varios conocidos, se dirigió al baño sin necesidad de orinar. Necesitaba verla de nuevo y confirmar su existencia. Quería asegurarse de que no había sido una aparición fantasmal, el objeto de un ensueño o un espejismo. No podía imaginar que cuanto más la viera, más necesitaría seguir viéndola.

Más tarde, cuando la fiesta perdió gas y se podía acceder a la barra sin prisas ni empujones, Hache señaló al frente con el cigarrillo que llevaba entre los dedos.

—¿Ves aquel grupo de allí?

Eran cuatro chicas.

—La de la izquierda es la hermana de Miss Tercero.

Jota miró a su amigo.

—Aquella, la morena. Se llama Magdalena y trabaja en Galerías Preciados.

No podía apartar la vista de Hache, incapaz de comprender cómo estaba enterado de todo, un tipo tan distraído como él.

—Es un año mayor que Miss Tercero. No está tan buena, pero huele muy

bien.

—¿QUÉ haces cuando llegamos a Perpiñán? —preguntó Geike.

—¿Qué harás tú?

—Dormir poco en el apartamento que la mía empresa tiene cerca de mercado. Luego ducho y consulto el mío destino próximo.

—Yo buscaré un camión que continúe hacia el norte.

—¿No mejor coger un tren?

Jota negó con la cabeza.

—Quiero ir en camión —dijo.

Geike no preguntó por qué. Ni siquiera lo miró. Era evidente que había llegado el momento de las explicaciones. Todo lo que hizo fue sacar una bolsa llena de regalices de colores de la guantera y comerse uno. No pensaba decir una palabra más hasta que él no le diera una explicación.

—He trabajado en el sector de la fruta fresca —confesó Jota comprendiendo el silencio.

—¿Dónde?

—En ComimeX.

Geike asintió varias veces, como quien desentraña parte de un acertijo.

—He transportado a vosotros viajes de piñas, kiwis y uvas —dijo—. Creo que sois uno de importador más grande en mercado. ¿En cuál departamento tú trabajas?

—Últimamente en marketing y comercial, pero estuve en logística muchos años. Contrataba los transportes desde Rotterdam y Amberes hasta

Mercamadrid y también en sentido contrario. Me gustaba el trabajo y muchas veces me imaginé viajando en un camión como este, haciendo el mismo trayecto que la fruta.

—¿Nunca has estado en la Bélgica o en la Holanda? —preguntó Geike.

Jota hizo como que pensaba.

—Por lo menos he estado cuatro veces en Bélgica y tres en Holanda, tanto por temas de trabajo como haciendo turismo. Unas veces he ido en avión y otras en coche, pero nunca en camión.

No era la primera vez que le pasaba algo así. En los almacenes donde cargaba, Geike se encontraba a menudo con personas que manifestaban su deseo imposible de acompañarla. Siempre lo mismo. «Qué libre tienes que sentirte en la carretera, sin estar ocho horas pegada a la pantalla de un ordenador. Lo que daría por cambiarte el sitio y no tener nunca trabajo atrasado, porque los camioneros nunca tenéis trabajo atrasado. Podéis llegar tarde a casa, eso sí, pero siempre con el trabajo hecho. Y además podéis deteneros en un bar de carretera cuando os dé la gana y conocer gente y vivir la vida en movimiento.»

Era lo de los nómadas y los sedentarios. Y la atracción que despierta el quehacer ajeno, siempre más distraído y reconfortante que el propio, más aún si se trata de una actividad que se hace en solitario, sin tener que soportar a nadie a tu lado.

—¿Es mucho tiempo que trabajas ahí?

—Ya no trabajo en ninguna parte. Estoy jubilado.

Geike lo miró con el ceño fruncido, quizá porque lo último que parecía aquel tipo era un jubilado.

—¿Desde cuándo?

Jota consultó su reloj.

—Desde ayer —dijo.

La bocina del camión lo sobresaltó. Geike quería celebrar la noticia.

—¿Cómo no has dicho antes?

CUANDO era joven, Jacinto había tenido una novia que vivía en el barrio de San Isidro. De eso lo conocía. Así se lo contó a Jota una mañana de domingo, mientras iban a buscar unas porras para el desayuno, cada uno montado en su bicicleta. «Salimos juntos algo más de un año», le dijo. «La recogía por la tarde, íbamos al cine, al baile o a tomar algo y luego la acompañaba de vuelta a casa, a veces en autobús o en la moto que me prestaba un amigo.» Desde entonces, aquel trazado de calles perpendiculares le pareció un lugar especial, la promesa de una vida cartesiana y probablemente tranquila, como si el barrio fuera un pueblo al otro lado del Manzanares, en medio de una gran ciudad. Por eso pensó en aquel lugar cuando decidió marcharse con Lorena.

Ella vivía en un piso de acogida que regentaba don Manuel, el párroco, con otras chicas más jóvenes recién salidas de un correccional. No conocía el barrio de San Isidro pero no puso ninguna objeción. «Lo que tú quieras.» Tenía una idea muy sesgada de Madrid, como si lo hubiera recorrido siempre de noche, conducida por alguien que la llevara o la trajera sin decirle adonde iba. Ella no era de allí. Procedía de un pueblo de la provincia de Cáceres al que no había vuelto desde que se marchó, a finales de los años sesenta.

Encontraron una de aquellas casas adosadas en alquiler. Necesitaba una mano de pintura y alguna pequeña reforma. «No tenemos mucho presupuesto, pero algo haremos.» El padre de Jota se ocupó de arreglar el cuarto de baño y la cocina. Lo hizo con un contratista para el que había

trabajado. También repasó el tejado y cambió un par de puertas que no cerraban bien.

La casa tenía un patio que daba al interior de la manzana, con un suelo de hormigón y una higuera en uno de los extremos que no ofrecía una sombra muy frondosa pero sí unos frutos deliciosos a finales de agosto. Además de la cocina, en la planta baja estaba el salón. Arriba el baño y tres dormitorios, uno de los cuales se convirtió en el estudio de Jacinto. Instaló allí su tablero de dibujo, el que tenía en el piso de Aluche. Se llevó también sus escuadras, sus cartabones y sus tiralíneas. A partir de entonces tendría que trabajar más que antes, más que nunca, porque pensaba ingresar cada mes cuatro o cinco mil pesetas en la libreta que seguía compartiendo con la madre de sus hijos.

No todos los meses pudo cumplir esa voluntad, bien porque no le entraba el trabajo suficiente o porque algún constructor tardaba en pagarle. Hacía todo tipo de planos: pisos, oficinas, locales comerciales, naves industriales, urbanizaciones y chalets. Conocía a muchos arquitectos y trabajaba a destajo, fines de semana incluidos, siempre con un cigarrillo humeando y la radio encendida porque la música y el murmullo de las voces le ayudaban a concentrarse mejor en la geometría de la tinta china.

A veces, sobre todo si sabía que Lorena estaba en el patio leyendo una revista o tomando el sol, abría la ventana del estudio. No podía ni quería verla desde su banqueta pero la sentía cerca, aunque no tan cerca como para desconcentrarse. A ella también le gustaba escuchar la música de la radio que llegaba desde el estudio. Estaban juntos si escuchaban la misma música, así se lo dijeron un día.

Luego daban un largo paseo para que Jacinto descansara la vista. Llegaban hasta el parque y a veces hasta el río. Iban cogidos de la mano, como una pareja de novios. Y así volvían, sin sentir la necesidad de dirigirse la palabra. Por la noche dormían abrazados, la nuca de ella en el brazo de él, las otras dos manos con los dedos entrelazados. Nunca pensaron en casarse aunque desde el principio reservaron el otro dormitorio para el hijo que esperaba Lorena.

MAGDA nunca visitaba a su cuñada Carol. El piso en el que vivía le traía recuerdos de su suegra. Cuando Magda y Jota comenzaron a salir, Juana llevaba años sufriendo una enfermedad que nadie supo definir. No era un síndrome de fatiga crónica, ni fibromialgia ni distrofia muscular, ni ningún tipo de infección vírica o bacteriana. Tampoco era una depresión ni una intoxicación alimentaria ni una de esas enfermedades raras. Se trataba, en todo caso, de varias cosas mezcladas. La cuestión era que Juana solo se levantaba de la cama para ir al baño, ayudada por Carol o una de las vecinas que cuidaban de ella. El resto del tiempo lo pasaba en la cama, tumbada de espaldas o de lado, con las piernas dobladas o en alto. Y siempre con guantes en las manos.

La primera vez que la visitó, Magda dio por hecho que no se iban a dirigir la palabra. No era posible que una mujer tan enferma tuviera ánimos de mantener una conversación con una desconocida, pero se equivocó. Juana se mostró amable y atenta. Desde la cama, sin incorporarse siquiera, le preguntó por su familia y su trabajo, y la invitó a tomar un refresco, que por supuesto no iba a servirle ella.

—Mi padre trabaja en un banco —le contó Magda, al principio hablando en voz baja, como si no quisiera molestarla—. Es el interventor de una oficina que hay en Arturo Soria. Mi madre trabajó de joven en un estanco, pero lo dejó cuando se casó. Tengo una hermana. Se llama Rosa y estudia Derecho. Yo no valgo para estudiar. Empecé una formación profesional pero

me cansé de los exámenes. Ahora trabajo en la sección de perfumería de Galerías Preciados, en Goya.

En la habitación había un fuerte olor a lavanda. Magda no veía el rostro de Juana, no al menos con la nitidez suficiente para apreciar sus rasgos ni sus gestos. Tal como le había advertido Jota, no se había acercado a ella.

Juana le preguntó si conocía a Carol y le pidió que fueran buenas amigas.

—Le resulta difícil relacionarse con la gente —le dijo—. Apenas sale.

A Magda todo aquello le pareció muy raro. Una madre que no se levantaba de la cama, una hija sin amigas y un padre desaparecido en alguna parte de Madrid. Comprendió la reacción negativa de Jota cuando ella quiso conocer a su familia, pero se alegró de haberlo hecho. Necesitaba comprobar que todo lo que había oído era cierto. Luego ella le presentó a sus padres. A Rosa no tuvo que hacerlo porque ya se conocían de la facultad.

—Te he traído el portátil de tu hermano —dijo Magda.

Dejó un maletín en la mesa pequeña del salón mientras Carol la invitaba a sentarse.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con él? —preguntó.

—La policía me ha pedido toda la información posible. Si ha hecho algo por primera vez o ha ido a algún lugar que no suela frecuentar. Si se ha registrado en alguna web determinada, si ha hablado con alguien, si ha mencionado algún lugar. Todas esas cosas. Querían que les llevara el portátil pero me he negado. Prefiero que lo tengas tú. Seguro que puedes sacar algo en claro.

Carol estaba acostumbrada a solucionar pequeñas incidencias y problemas informáticos. Magda ya había recurrido a ella otras veces. En el hospital también ayudaba a sus compañeros, pero aquello era diferente.

—No me parece correcto.

Magda lanzó un largo suspiro de derrota.

—¿Por qué no? —dijo.

—Hace mucho tiempo que no hablo con mi hermano. No puedo meterme en su ordenador así como así.

—¿Prefieres que se lo lleve a la policía?

Carol dudó.

—¿Y si encuentro algo? —preguntó.

—Tendrás que decírmelo.

Carol inspiró el aire del salón para hacer acopio de paciencia.

—Puedes decírselo directamente a la policía si lo prefieres —añadió Magda comprendiendo que, llegado el caso, Carol no iba a traicionar a su hermano—. O a María. Me da igual.

Se levantó con intención de marcharse. No quería seguir oliendo aquella fragancia de lavanda. Lo que no pudo averiguar era si la fragancia seguía allí, en la casa, o si solo era un recuerdo olfativo del pasado.

HABLÓ con Magda aquella misma noche, en la fiesta de Ingenieros. Se presentó ante el grupo de amigas como un compañero de Derecho de Rosa. «De tu hermana Rosa.» Hache lo acompañó.

—Somos amigos de la infancia —dijo Jota presentándolo.

Lo hizo como si eso fuera alguna prueba de fidelidad y buenas intenciones. Magda lo miró con una ceja inquieta, con el vicio de quien ya se ha enfrentado antes a una situación parecida. Ser la hermana de Rosa era un reto en cualquier fiesta o reunión social y Magda había desarrollado un comportamiento defensivo que resultaba esquivo y antipático. Si Jota hubiera estado solo no habría tenido ninguna oportunidad de conversar con su grupo de amigas, por muy estudiante de quinto curso que hubiera sido. Lo que salvó la situación fue la presencia de Hache.

—Me llamo Hernán, pero todo el mundo me llama Hache —dijo—. No es más corto ni más sonoro, pero sí más anónimo. Odio los nombres propios, especialmente los compuestos.

—Yo me llamo María Luisa —respondió una de las amigas de Magda.

—En ese caso te llamaré Marisa, ¿y tú?

Señaló a Magda.

—Magdalena, pero todos me llaman Magda.

—Mejor —respondió Hache—. Tampoco me gustan los nombres largos.

Y contaron que Jota tenía una hermana que se llamaba Carolina y, por culpa de Hache, todos la llamaban Carol.

—Yo me llamo Azucena —dijo otra, como retándolo.

Hache se quedó pensativo, y hasta se llevó la mano al mentón. Descartó mentalmente varias posibilidades como Azu, Aceña o Zuna. Al final lo resolvió con un sinónimo.

—Te llamaré Lirio —dijo.

Y se ganó el aplauso y las risas de las cuatro amigas. Y el agradecimiento de Jota, que nunca salía de su asombro ante el ingenio y las dotes sociales de su amigo. Fue Hache quien llevó el peso de la conversación a base de juegos de palabras y acertijos. Se propuso adivinar a qué se dedicaba cada una de ellas. «Tú estudias Química o Biología, tú Magisterio, tú Geografía y tú empezaste Ingeniería Mecánica pero en segundo curso te cambiaste a letras y ahora estudias Historia del Arte porque el año pasado visitaste un museo de arte contemporáneo, te gustó el ambiente y has decidido trabajar en uno.»

La precisión de los detalles hacía que su discurso fuera más disparatado. Y también más gracioso. Por supuesto no acertó en nada, aunque era cierto que una de ellas estudiaba Magisterio, pero no la que él había supuesto. Otra estudiaba Empresariales y las otras dos trabajaban. Entonces se propuso adivinar en qué trabajaban. «Tú eres peluquera de animales de compañía y tú conductora de autobuses.» Y de nuevo las risas.

Eran amigas del instituto. Por suerte, Hache no se propuso adivinar de cuál. Se había bebido ya cinco vodkas con naranja, más las cervezas que había compartido con Jota. La lengua comenzaba a fallarle y el sentido del humor desapareció de su repertorio como por encantamiento. Hache era consciente de que no se puede ser gracioso si se farfulla al hablar, precisamente porque ese estado comienza a ser irrisorio. Se sentía ofendido si creía que alguien se reía de su borrachera en lugar de sus chistes. Y en cuanto empezaba a farfullar, en general al cuarto o quinto combinado de vodka, se volvía prácticamente mudo, lo que no le impedía seguir bailando e incluso sonriendo, pero sin abrir la boca.

Jota continuó la conversación.

—¿Qué clase de autobuses conduces? —le dijo a una de ellas.

—Trabajo en una gestoría.

—¿Y tú? —le dijo a la otra.

—Soy perfumera —respondió Magda—. De momento trabajo en unos grandes almacenes, pero algún día me gustaría tener mi propio taller de

perfumería y cosmética.

Y le lanzó una media sonrisa a modo de desplante.

EL teléfono de Jota ya no daba señal. Debía de haberse quedado sin batería o sin cobertura. Hache hizo algunas llamadas antes de pasar por Mercamadrid para comprobar que el coche de su amigo seguía aparcado donde le habían dicho. Luego se lo contó a Julen. Y este habló con su sobrina María. Y esta con su madre. Y esta llamó a la oficial de policía encargada del caso. Nadie sabía nada.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué haces tú aquí?

Rosa no esperaba la visita y Hache tuvo que excusarse.

—Perdona que te moleste, quería hablar contigo pero no por teléfono.

Le costaba mostrar su naturalidad habitual.

—Julen está en Canadá —dijo Rosa.

—Lo sé. Hemos estado hablando por teléfono porque Jota ha desaparecido. Supongo que ya lo sabes.

Rosa asintió dos veces.

—Estoy haciendo algunas averiguaciones —dijo Hache—. He ido a su empresa y también pienso hablar con su hermana Carol, pero antes quería venir a verte.

Se habían sentado en el salón. Hache en uno de los sillones, Rosa en el centro del sofá, apenas en la punta del asiento, preparada para ponerse de pie en cualquier momento.

—Hace años que no lo veo —dijo ella antes de que él le hiciera ninguna

pregunta.

—¿Ni siquiera en las reuniones familiares?

—¿En qué reuniones familiares?

—Todas las familias se reúnen de vez en cuando, aunque sea para ir de entierro.

Hache actuaba como un detective de novela negra, fantaseando incluso con la idea de arrinconar dialécticamente a Rosa para gozar de alguna superioridad sobre ella. Era una mujer de la que podría haberse enamorado como un idiota si no hubiera sido porque su mejor amigo ya lo había hecho, un sueño de mujer que no parecía real, incluso aquel día, así como estaba, sin acabar de sentarse en el sofá. Y con los ojos cargados de años.

—La última vez que nos vimos fue en un funeral, así es —dijo Rosa, asintiendo—, pero los dos llevábamos gafas de sol y apenas nos dedicamos un saludo desde la distancia.

—¿Cuánto hace que fuisteis a Valencia?

Rosa no hizo ningún gesto. No frunció el entrecejo ni abrió la boca. Simplemente se levantó del sofá. Hache mostró las palmas de las manos en señal de disculpa.

—Perdona —dijo—. Solo estaba tratando de ordenar el tiempo en mi memoria. No entiendo nada. No sé dónde está Jota y, sinceramente, tú fuiste la primera persona en la que pensé cuando me enteré de su desaparición.

Rosa volvió a sentarse, esta vez con el cuerpo vencido hacia delante para apoyar los codos en las piernas. Temía que Julen hubiera enviado a Hache para comprobar si Jota se había refugiado allí, en su propia casa, aprovechando que él estaba al otro lado del Atlántico. No quería revivir el pasado, no al menos ese pasado tormentoso e infeliz en el que ya nunca pensaba.

—¿Quieres registrar la casa?

Ya estaba servida la escena del detective y la mujer en apuros, un clásico del género.

—No he venido para eso —respondió Hache—. Solo quería preguntarte si sabías algo de él.

—Algo como qué.

—Como adonde ha podido ir o con quién puede estar.

—No tengo la menor idea.

Entonces fue Hache quien se levantó con intención de marcharse.

—No me gustaría que Julen supiese que he estado aquí —dijo antes de dirigirse hacia la salida.

Rosa no dijo nada. A ella tampoco le gustaría.

Domingo, 14 de mayo de 1916

Querido padre:

Acabamos de regresar al campamento después de pasar cinco días en las trincheras. Jamás había estado tanto tiempo escondido y ahora me parece un privilegio poder caminar erguido a la luz del día. A todos nos sucede lo mismo. Estamos poseídos por el espíritu de la trinchera, ese andar siempre agazapado, ese sentarse y dormir en el suelo, ese olor a barro, cuero y pólvora que parece atraer a las ratas de toda la comarca.

Nunca había visto unas ratas más grandes y voraces que las francesas. No podemos dejar nada en el suelo porque todo parece interesarles. Han llegado a abrir agujeros en algunos petates de lona para acceder a su interior. Nos pisotean la cara mientras dormimos. Son los seres más asquerosos que he visto en mi vida, y si no fuera porque el enemigo está apostado a menos de media milla de distancia, habría que declararles la guerra de inmediato.

Aquí, en el campamento de la retaguardia, todo es distinto. No hay ratas y el campo está hermoso aunque completamente yermo, salvo por las malas hierbas que crecen por todas partes y esas amapolas que nos recuerdan el color de nuestra propia sangre.

Un rugido repentino, un potente y precipitado
sonido,
una sacudida o dos, un ascenso suavemente
deslizante,
una mancha borrosa de tierra desapareciendo,

y luego toda sensación de movimiento desaparece.[\[6\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

—¿Estás casada?

GEIKE sonrió sin mirar a Jota. Era una pregunta que esperaba.

—Tengo pareja pero no somos casados.

Ya habían pasado la frontera francesa y no quedaban muchos kilómetros para llegar a Perpiñán. Así lo indicaban los pequeños detalles del paisaje, las matrículas de los vehículos que los adelantaban, las señales de tráfico, las casas con sus vallas de madera y ese gusto por la estética de las cosas que cambia en cuanto se cruza una línea imaginaria que alguien trazó después de ganar una guerra.

—Y tampoco tengo hijos, aunque la mía pareja sí tiene.

Jota no había preguntado nada más.

—Estuvo casado con una otra mujer —añadió Geike—. Tiene un hijo de nueve años que viene en vez de cuando a casa. Ahora menos que antes porque su madre ha tenido un hijo nuevo.

—Un hermanastro —apuntó Jota.

Geike lo corrigió.

—Una hermanastra —dijo—. Está mucho unido a ella. Normal. Yo sé bien porque no tengo hermanos.

Jota comprendió que era su turno de confianza.

—Yo tengo una hermana mayor —dijo.

—¿Tiene hijos?

—No creo que se haya planteado nunca la posibilidad de ser madre. Es

homosexual.

—No hables a través de ella —dijo la camionera—. Todo mundo plantea el paternidad o la maternidad, lesbianas y gais incluidos. ¿Tiene pareja?

Jota resopló. Y ese gesto le obligó a explicarse.

—No, que yo sepa.

—¿Es nómada o sedentaria?

Nuevo resoplido de Jota. Y su respuesta:

—Totalmente sedentaria. Es enfermera.

—¿Pasas bien con ella?

Geike interpretó el silencio que provocó su pregunta de un modo erróneo, como si Jota tuviera algún prejuicio contra la condición sexual de su hermana.

—Llevamos varios años sin hablarnos —respondió él.

—¿Varios años? —repitió Geike—. ¿Por qué?

—Por culpa de nuestra madre.

Jota chasqueó la lengua. Sentía el apremio de explicarse, pero no lo conseguía.

—No porque la pobre hiciera nada malo, ni mucho menos, sino porque estaba enferma.

—¿Qué clase de enferma?

Jota suspiró en silencio, muy despacio, como si fumase un cigarrillo de impaciencia.

—El diagnóstico médico fue agorafobia.

Geike lo miró un segundo.

—Es el miedo a los espacios abiertos —explicó él—. Lo contrario de la claustrofobia. Se pasó años sin salir de casa.

El silencio de Geike procedía de su incomprensión. No había oído nunca un caso parecido.

—No podía vivir sola —añadió Jota.

Había culpa en su voz.

—Yo imagino —dijo Geike.

—Había que ayudarla en todo. Mi hermana tuvo que quedarse en casa para atenderla hasta el último día de su vida.

NUNCA fue capaz de responder a la pregunta. Varios especialistas se la formularon. «Juana», le decían, «trate de recordar y dígame cuándo empezó todo.» Otros le preguntaban cómo empezó, «¿se acuerda usted?». Era la misma pregunta. Ella respondía entre silencios, mostrando grandes dudas, trastabillándose y carraspeando incómoda, como si hubiera construido una ficción para explicar lo que no sabía explicar.

A menudo tenía infecciones de orina. Cosa de familia. Su médico de cabecera le recetaba un antibiótico y en pocos días se libraba de unos síntomas que no tardaban en regresar. «Se trata de una pequeña colonia de bacterias», le explicó el médico, haciendo incluso unos dibujos en un folio. «Se hacen fuertes en la vejiga o en la uretra y hay que mantenerlas a raya, de lo contrario pueden extenderse a otros órganos.»

Una vecina le aconsejó acudir a un centro de homeopatía. «Es otro tipo de medicina. No tienes nada que perder.» Entonces la homeopatía apenas se conocía en España. Al principio notó cierta mejoría, pero no tardó en volver a la rutina de los síntomas recurrentes. Una tarde se mojó la mano derecha al orinar. Estaba en el baño de unos grandes almacenes y una gota de su propia orina la salpicó. Se limpió con un trozo de papel higiénico y salió del retrete para lavarse las manos en los lavabos. Luego salió a la calle.

Llegó a casa, preparó la cena y la compartió con su marido y sus hijos, todo normal. Vio un poco la televisión y se acostó. A media noche se despertó sudando. Por aquel entonces comenzaba a dormir mal y se

despertaba a menudo. A veces se levantaba, se tomaba un vaso de leche y volvía a dormirse, pero esa noche sintió un nudo en el estómago que le impidió hacerlo.

Se sentó en la butaca del dormitorio, junto a la cama donde Jacinto continuaba durmiendo. Sus ronquidos no le causaron ninguna molestia. Más bien al contrario, le hicieron compañía. No quería estar sola. Sentía un pàlpito de angustia en las entrañas. Era una sensación nueva, devastadora, como si una bomba de malestar hubiera explotado en el centro de su estómago, amenazando con expandirse al resto del cuerpo. Solo podía pensar en lo que había hecho esa tarde.

Repasó sus recuerdos cautelosamente, como si fuera una detective de sí misma. Vio el retrete de los grandes almacenes, el cerrojo de la puerta, el grifo del lavabo, la barandilla de goma de la escalera mecánica, la de bajar al metro, la barra para sujetarse en el vagón, la manija del portal, el botón del ascensor, las llaves de casa, el pomo de la puerta, el del armario ropero, los utensilios de cocina, los platos, los cubiertos que había dispuesto sobre la mesa antes de cenar, los grifos de su baño, el cepillo de dientes, el tubo de dentífrico, el despertador y las sábanas.

«¿Esa fue la primera vez?» Los médicos no comprendían. No había pasado nada significativo. «¿Por qué cree que ese día comenzó todo?»

Unas semanas después volvió a tener los síntomas de la infección. El médico le pidió unos análisis y le dio un frasquito para que orinara allí mismo, en el centro de salud. Dijo que iba a medir el pH de su orina con una tira de reactivo. Juana se dirigió al baño pero no pudo ni sentarse en el retrete. Le temblaban las manos y el estómago se había hecho con el control del cuerpo, dejando a la cabeza en un segundo plano. No encontró otra explicación a lo que le ocurría. Simplemente tenía miedo de volver a mancharse con su orina infectada de bacterias.

Salió de allí a toda prisa y tiró el frasquito sin abrir a una papelera. El estómago se calmó de inmediato y se hizo de nuevo invisible. Al día siguiente fue a la farmacia y compró el antibiótico de siempre. No pensaba orinar en ningún frasquito. Había tomado la decisión de no volver al médico. Se las arreglaría por su cuenta. Cuando notara los primeros síntomas de la infección, se tomaría el antibiótico y en paz.

¿Tenía miedo de contagiarse de algo? Esto es lo que le preguntaban todos

los especialistas, quizá porque la mayoría de los pacientes con misofobia temían por su integridad física, pero Juana les respondía que no, que era todo lo contrario. Lo que a ella le atemorizaba era la posibilidad de contagiar las bacterias de su orina a los demás.

¿Cómo iba a hacer una cosa así? Los especialistas trataban de ayudarla a razonar. ¿Acaso no se lavaba las manos después de ir al baño? Ella asentía pero luego, en vez de relajarse y sentir alivio, se encogía de hombros, ajena a cualquier razonamiento. Todo lo que había contado podía ser una ficción para explicar lo que no sabía explicar.

ROSA terminó la carrera e hizo unas prácticas en Sierra Agudo Intermediaciones, un despacho de abogados especializado en derecho marítimo, dirigido por dos hermanos llamados Román y Jonás. Se encontraba a mitad de la calle Velázquez y estaba decorado con piezas de barcos e instrumentos propios de la navegación, como un par de sextantes, un timón de madera, un taxímetro, un astrolabio y un almanaque náutico del Real Instituto y Observatorio de la Armada de San Fernando enmarcado en plata.

Rosa ocupaba un despacho que daba a la calle Ayala, cerca de un colegio que marcaba la rutina diaria mediante un timbre y varios silbatos que sonaban regularmente. A las once el recreo. A la una y media la comida. A las tres y media la vuelta a clase y a las cinco y media la merienda. Su primera función fue ampliar sus conocimientos estudiando casos en los que había participado el despacho. Leía sumarios, repasaba pruebas y argumentos, veía fotos y estudiaba las sentencias, algunas casi tan largas como el sumario. Lo hacía con la admiración que causa lo desconocido, como si aquellas mercancías que habían caído por la borda o se habían echado a perder por un retraso, un cambio de ruta o una huelga de estibadores fueran las protagonistas de una aventura de ficción. Leía los casos como si hubieran sido escritos por Julio Verne o Emilio Salgari.

Así fue como conoció a Julen. Román Sierra y él eran amigos del colegio. Julen había comenzado a exportar vinos franceses al continente americano.

También importaba vinos chilenos. De vez en cuando sus mercancías se siniestaban y había que litigar con las navieras. Nadie mejor que su amigo Román para conseguir una buena indemnización.

Julen no tardó en solicitar la participación de Rosa en el caso que llevaban entre manos. Le interesaba la visión de una recién llegada. O eso fue lo que dijo. Se trataba de un contenedor de vino francés que había llegado a su destino con quince días de retraso por culpa de una avería en los motores del barco. La mercancía había tenido que ser transbordada, pero la naviera no había comunicado el percance a tiempo.

—Es un caso peliagudo, porque la mercancía está intacta, aunque no ha llegado a tiempo de cumplir con los compromisos comerciales de mi cliente. El daño no lo ha sufrido la mercancía sino mi cliente.

Román conocía el potencial de seducción profesional de Julen. Sabía que corría el riesgo de perder a Rosa, pero no podía negarle nada a su mejor cliente. Ella se sumó al grupo de trabajo y Julen no desperdició la primera ocasión que tuvo para invitarla a cenar. Lo hizo, además, con una camaradería que resultaba halagadora, como si le molestara cenar solo y estuviera pidiéndole un favor.

Habían quedado en el despacho a las cinco y media de la tarde, más o menos cuando sonaba el timbre del colegio, pero Julen llamó por teléfono para anunciar su retraso y apareció por allí pasadas las siete y media. No fue ninguna casualidad. Lo hizo a propósito para que se les hiciera la hora de cenar.

—¿No tienes hambre?

Se lo preguntó como si no existiera otra posibilidad. Conocía un pequeño restaurante cerca de allí. No era nada especial, un simple bistró situado en un primer piso al que se accedía en ascensor directamente desde la calle. Todo suntuoso, casi regio, el mobiliario, la música de ambiente, el trato del *maître* que salió a recibirlos.

Julen no había dejado ningún detalle al azar.

—¿Tu mesa de siempre?

Los camareros lo trataban de usted, pero el *maître* lo tuteaba como a un viejo amigo. Eso hacía que el trato de los camareros resultara más servicial. Todo estaba perfectamente calculado. Julen quería impresionar a la joven abogada y desplegó toda su estrategia militar, primero la artillería y luego la

infantería. Le habló de sus negocios, de sus viajes, de su forma de ver la vida, la *American way of Life*. Así la llamó, pronunciando sin acento inglés para evitar la pedantería.

También le habló del propietario de los vinos franceses, un amigo suyo que poseía un *château* junto a una bodega en el norte de Francia, cerca de San Quintín, heredado de su abuelo materno. «Te gustará cuando lo conozcas», le dijo, «si es que me arriesgo a presentártelo algún día, porque es todo un seductor y no me fío de él.»

Rosa actuó durante toda la noche con una naturalidad que estaba muy lejos de su gesto, pero que en ningún momento la traicionó. No solo estaba asombrada, era mucho más que eso. Jamás había conocido a nadie parecido en la vida real. Desde que se lo presentaron, hacía menos de dos semanas, Julen le pareció un personaje sacado de una serie de televisión, de *Dinastía* o *Falcon Crest*. Imposible que fuera real. De ahí su actitud. No era de verdad. Tenía la impresión de estar viendo la televisión, sentada en el sofá de su casa.

Lunes, 26 de junio de 1916

Querido padre:

No hemos salido de las trincheras, pero la batalla ya ha comenzado. Así lo prueban los miles de obuses que desde hace un par de días vuelan rumbo a las líneas alemanas, dejando a su paso un ruido atronador. El suelo tiembla y el aire se estremece a cada instante. Y eso nos exalta hasta el delirio.

No sabemos cuándo entraremos en combate, pero debemos revisar a diario nuestro equipo de combate para estar listos en cualquier momento. Comemos poco. Dormimos menos. Hace semanas que no soy capaz de dormir más de dos horas seguidas, pero me encuentro bien. El cuerpo humano se adapta a todo. Jamás pensé que fuera posible conciliar el sueño bajo esta cortina de explosiones.

Las ratas desaparecieron durante las primeras horas del bombardeo, asustadas como las víctimas de una hecatombe, pero ya han vuelto. Ellas también se han acostumbrado al ruido. O quizá se hayan vuelto sordas, como les ha sucedido a algunos camaradas.

En mi cuerpo cansado e indefenso

siento el dolor de mi corazón hundido;
Mas de pronto, estruendosamente
retumban los grandes y lejanos cañones.[\[7\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

V

EL sábado 24 de junio de 1916 comenzaron los primeros bombardeos en el Somme. Durante una semana, los cañones ingleses dispararon la desorbitada cifra de 1.732.873 obuses y proyectiles sobre las líneas alemanas. El promedio era de cinco para cada soldado.

Al final de cada día, los observadores del Real Cuerpo Aéreo volaban sobre las líneas bombardeadas para efectuar un reconocimiento fotográfico y comprobar los daños causados. Dos de los pilotos encargados de hacerlo fueron el teniente Cecil Lewis y su ayudante Pip. Ambos se enfrentaron a múltiples dificultades. Las detonaciones de los proyectiles levantaban nubes de tierra y piedras que alcanzaban los seiscientos metros de altitud y producían violentos remolinos de viento que agitaban su biplano.

Los soldados alemanes vivieron el ataque como si ya hubieran muerto y estuvieran condenados en el infierno. El cabo primero de la 7.^a Compañía del 99.º Regimiento de Infantería de Reserva, Friedrich Hinkel, lo recordaba así: «Siete largos días de incesante fuego de artillería, que fue aumentando en frecuencia hasta convertirse en una intensa cortina de fuego. ¡La tortura y la fatiga, por no mencionar la tensión de los nervios, eran indescriptibles!».

Aparte de los daños materiales, muchas unidades alemanas se quedaron sin comida ni agua. El ruido los estaba volviendo locos. Lo único que deseaban era que cesaran los bombardeos para poder enfrentarse de una vez con aquellos ruidosos ingleses.

Querían dejar de oírlos y comenzar a verlos.

TAL como sospechaba, el ordenador de Jota no estaba protegido con ninguna contraseña. El historial del navegador de internet mostraba webs de bancos, periódicos, buscadores de vuelos y alojamientos, empresas de fruta fresca, pronósticos del tiempo y varias páginas que hablaban sobre la batalla del Somme, en las que se incluían localizaciones, monumentos conmemorativos y cementerios de soldados.

Carol trató de comprender. Su hermano nunca había mencionado ninguna batalla ni ninguna guerra, ni siquiera la española, en la que habían perdido a uno de sus abuelos. Por lo que ella sabía, Jota no leía revistas de historia ni literatura bélica, no coleccionaba maquetas de tanques ni de aviones y ni siquiera le gustaban las películas de acción. La única conexión con los temas bélicos procedía de Jacinto. A él sí le gustaba leer sobre guerras y conflictos armados, así que podía tratarse simplemente de eso, de que Jota estuviera emulando a su padre interesándose por uno de sus temas favoritos.

Había webs que hablaban del reclutamiento de los jóvenes ingleses. Otras mostraban mapas de las líneas que formaban las trincheras inglesas, francesas y alemanas en el Frente Occidental, y cómo habían ido cambiando a lo largo de la guerra. Algunas estaban en español, otras en inglés y otras habían sido traducidas con la ayuda de un traductor en línea.

Apagó el ordenador. Había visto suficiente para comprender que su hermano estaba preparando una escapada al nordeste de Francia con la idea de visitar algún monumento o museo de la Primera Guerra Mundial.

Se lo preguntó a su cuñada.

—¿La Primera Guerra Mundial? —repitió Magda con una entonación de sorpresa que ya era toda una respuesta.

—Ha estado leyendo sobre la batalla del Somme.

—¿Qué batalla es esa?

—La que inspiró a Tolkien para escribir su batalla final de *El Señor de los Anillos*.

—¿Lo dices en serio?

—Eso pone en una de las páginas que ha estado leyendo.

Magda guardó un silencio reflexivo.

—A Jota no le gustan ese tipo de historias fantásticas —dijo negando con la cabeza—. ¿Has descubierto algo más?

Lo preguntó como quien se interesa por algo que ha podido pero no ha querido saber.

—¿Te parece poco? —respondió Carol.

Era evidente que Magda se refería a si Jota mantenía o había mantenido algún tipo de relación con otra mujer, sin especificar si eso habría significado una traición o un alivio.

AL principio fueron cosas sencillas como una ensaladilla rusa, un gratinado de pasta o una tortilla de patatas, pero luego aprendió a cocinar platos más elaborados: estofado de ternera, cocido de garbanzos, sopa de pescado, lentejas con chorizo o marmitaco de atún. Y algunos postres: natillas, arroz con leche, bizcocho de chocolate y hasta tocino de cielo, aunque para eso tuvo que seguir al pie de la letra una receta con la ayuda de Jacinto.

Él también había tenido que aprender a cocinar. En su casa era su madre quien lo hacía, y en la pensión donde se alojó cuando llegó a Madrid le daban la comida y la cena. Luego consiguió su primer trabajo y se alquiló un piso, pero comía con sus compañeros de trabajo en una tasca cercana. Después se casó con Juana y fue ella quien cocinó para los dos. Y luego para los tres y para los cuatro. Así hasta que dejó de hacerlo, que fue cuando los alimentos comenzaron a darle asco, especialmente los de origen animal.

Un día, Juana se negó a hacer la compra. No quería pisar un mercadillo ni un supermercado, aunque en estos últimos sí entraba de vez en cuando para comprar comida congelada. «El frío conserva y el calor destruye», solía decir. Luego comenzó a hacerlo todo con guantes de goma. Tenía varios pares de distintos colores repartidos por la casa. Unos los usaba para cocinar, otros para fregar, otros para limpiar el polvo o los baños. También se negó a cocinar. Solo preparaba ensaladas. Cortaba lechugas, zanahorias, pepinos y tomates. Los lavaba a conciencia y los dejaba sobre la mesa, junto a unas

latas de atún en escabeche, espárragos o aceitunas que nunca se molestaba en abrir. Cada uno podía ponerse lo que quisiera, como en un autoservicio.

Carol y Jota le regalaron a su padre un libro de cocina con fotos a todo color, uno de los primeros que no se vendieron por fascículos. Así fue como Jacinto aprendió a cocinar, siguiendo cada una de las recetas con la minuciosidad que usaba para sus trabajos de delineación. Jamás sustituía un ingrediente por otro. Nunca agregaba los condimentos a ojo. Todo lo medía, pesaba y cronometraba para que el resultado final se pareciera a la fotografía del libro.

Cocinaba por las noches mientras escuchaba la radio, él solo en la cocina, con la puerta cerrada. Lo hacía como una terapia de autodeterminación, testando su capacidad de supervivencia. No entendía la dolencia de su esposa y desconocía el tiempo que tardaría en recuperarse, si es que alguna vez lo hacía. Por eso acabó aceptando el consejo de una de sus vecinas. «Vete a ver al padre Manuel», le dijo. «Él conoce gente que puede ayudarte.»

Jacinto sabía que Lorena no era una prostituta, como había oído decir por el barrio, aunque quizá lo había sido alguna vez, seguramente de forma circunstancial. Nunca se lo preguntó. Ni a ella ni a don Manuel. No le importaba. Sabía también que había estado enganchada a la heroína y que había pasado algunos meses en un centro de rehabilitación para drogadictos. A veces notaba que le temblaba el pulso, como cuando probaba un guiso o un caldo con la cuchara de madera. Otras veces percibía un pequeño tic en uno de sus ojos, una especie de guiño involuntario, como si en su rostro hubiera quedado una marca del pasado.

Poco a poco, mientras aprendía a cocinar y se manejaba por la casa, Lorena fue ganando firmeza y su rostro terminó por olvidar los gestos de su vida anterior. Jacinto cocinaba con ella cuando terminaba de trabajar, los dos juntos escuchando la radio. Nunca ponían tertulias ni programas deportivos. Elegían una cadena musical, a veces un programa de música clásica que, tal vez por su hora de emisión, reproducía alguna obra de cámara, un instrumento solista seguido de unos pocos acompañantes, gracias a lo cual se creaba en la cocina un ambiente en cierto modo teatral, como si estuvieran representando un drama sobre un escenario.

HACHE y Jota siempre fueron buenos amigos, y eso que Hache nunca llegó a terminar sus estudios universitarios ni se casó ni tuvo hijos y, en teoría, todo lo que los unía pertenecía al pasado. Quizá no haya mejor forma de amistad que la que se asocia a un momento concreto de la vida, pensaban alguna vez, como si la amistad así entendida fuera siempre una escapatoria hacia la juventud.

Los padres de Hache tenían un bar en Cuatro Caminos. Hache les echaba una mano de vez en cuando, pero nunca tuvo espíritu de hostelero. Entre otras cosas, le faltaba carácter, no sabía organizarse, bebía demasiado y fumaba porros delante de cualquiera. Por lo demás, invitaba a los parroquianos con demasiada frecuencia, no se llevaba bien con los proveedores, no era limpio ni cuidadoso y nunca se adaptó a los nuevos tiempos. No renovó la carta de tapas, no instaló canales de pago en la televisión ni tuvo nunca una buena bodega. Ese fue, al menos, el diagnóstico que emitió Julen la primera vez que entró en aquel bar acompañado de Jota.

Fue un sábado a mediodía. Julen quería comer algo y Hache solo pudo ofrecerle unos cacahuets, unas aceitunas rellenas o unas patatas fritas. Julen lo dijo con toda claridad. «Esto lo van a servir dentro de poco las máquinas expendedoras. En España no se conocen todavía, pero no tardarán en llegar. Es un negocio muy prometedor porque un solo operario puede atender veinte o veinticinco máquinas totalmente automáticas. Introduces una moneda, aprietas un botón y te sirven un refresco, unos cacahuets o unas patatas

fritas. Hay algunas que dan sándwiches y otras están preparadas para calentar los alimentos antes de expenderlos. No puedes tener un establecimiento y servir lo mismo que una máquina automática.»

Hache mantuvo el bar abierto hasta que su madre murió y su padre comenzó a perder la memoria, aquejado de una demencia galopante que en pocos meses lo convirtió en un niño pequeño. Entonces lo cerró. Antes no se habría atrevido. Previamente intentó traspasarlo sin ningún éxito. El local era alquilado y los últimos años habían sido tan improductivos que incluso debía dinero a los propietarios. Sin estudios, sin contactos y sin familiares a quienes recurrir, un día llamó a Jota y le pidió que le organizara una entrevista de trabajo con su cuñado, el tipo ese de las máquinas automáticas. Jota lo hizo a regañadientes. Sabía que Julen podría ayudar a su amigo, eso era evidente, pero se resistía a ponerlo a sus pies. Le parecía demasiado arriesgado. Su cuñado podía darle una vida ordenada y solvente o terminar de certificar su fracaso profesional, cualquiera de las dos cosas.

Hache no sabía hacer nada de provecho, no tenía conocimientos de administración ni era un hombre de negocios. Ni siquiera tenía cualidades para trabajar de representante comercial, pero Julen vio en él la clase de persona leal y discreta a la que se le puede pedir cualquier cosa. Y eso tampoco era fácil de encontrar, así que le puso un coche de empresa y le pidió que estuviera siempre disponible. No tendría un horario ni un lugar concreto de trabajo, pero si lo necesitaba, tendría que atenderlo, a cualquier hora del día o de la noche.

Hache aceptó el empleo. Le sonó bien aquello de no tener horarios ni un puesto en una monótona oficina. Tampoco le quedaba alternativa. Él era un hombre de la calle y podía trabajar en la calle perfectamente. De hecho, fue uno de los primeros trabajadores de Julen en disponer de un teléfono móvil, al principio un zapatófono que iba conectado al coche. Y después uno de aquellos terminales con antena desplegable que se llevaban en el cinturón, como las armas de fuego.

Julen lo llamaba para que lo llevara o lo fuera a buscar al aeropuerto. A él o a los múltiples clientes y proveedores que lo visitaban. «Dales conversación», le decía, «pero hazte el loco. No se te ocurra decir nada de mí. Háblales de Madrid, del café con leche, de las porras, de los impresionistas del Thyssen o de los atascos de la M30, pero de mí ni una palabra. ¿Cómo

andas de inglés?»

Hache fue tan leal y discreto como parecía. Ni siquiera nombraba a Julen delante de Jota. A veces se iban los dos juntos a tomar unas cañas, Jota y Hache, pero nunca hablaban del presente. ¿Qué se iban a decir? «Me gusta la mujer de tu jefe.» «Daría todo lo que tengo por vivir a su lado.» «Tu cuñado ha contratado a una profesora de inglés que me pone a cien.» Preferían no contaminar su amistad con asuntos inefables y hablaban solo del pasado, de cuando eran dos estudiantes de bachillerato con toda la vida por delante. No cabía duda, su amistad era una escapatoria hacia la juventud.

LLEGARON a las primeras rotondas de Perpiñán. Hubo un tiempo en que el contraste entre las carreteras nacionales y las europeas era muy acusado. En España había cruces de caminos que se regulaban con la ayuda de un paso de cebrá, una señal de stop o un semáforo, mientras que en el resto de Europa había rotondas en las que daban vueltas los coches, las motos y los camiones de seis ejes, como si estuvieran en un enorme carrusel de feria.

—Entro a mercado para descarga —dijo Geike después de hablar con alguien por radio—. Si quieres, dejo a ti en restaurante que conoce y buscas coche que vaya hacia norte.

Llamaba coches a los camiones, algo habitual en el sector.

—Después de descargar, ¿vas a irte a dormir?

Jota se había acostumbrado a la serena compañía de Geike y ya la echaba de menos.

—Duelmo hasta mediodía, sí.

El camión se detuvo en el control de acceso al Mercado de Saint Charles. Geike levantó la mano a modo de saludo y mostró el albarán de la mercancía al guardia de seguridad.

—¿Tú no eres con sueño? —dijo una vez traspasada la barrera.

—Estoy muerto —respondió Jota.

—Puedes venir a piso de mi empresa. Hay camas libres.

Jota imaginó una cama recién hecha, a la manera de los hoteles, con las sábanas muy ajustadas al colchón, como para estrangularlo en sueños. Le

pareció una imagen hipnótica, justo lo que necesitaba.

—No quiero causarte molestias —dijo tratando de que su diplomacia no fuera más convincente que su cansancio.

—No molestias —respondió Geike—. Hay sábanas dentro en armario. Tú pones en la cama, duermes y, cuando despiertas, dejas sábanas en lavandería y vas.

No era la imagen de confort que había imaginado Jota, pero le resultó igualmente atractiva.

—Te lo agradezco —dijo.

—Solo pongo un condición —añadió ella.

—Condición es una palabra femenina —matizó él.

—¿Una condición?

La existencia de Jota había estado siempre llena de condiciones.

—Dime por qué buscas esa tumba de soldado —preguntó Geike.

—Ya te lo he dicho.

—No has dicho todo.

Jota se cruzó de brazos.

—No has dicho cómo murió —insistió Geike.

—¿Crees que eso tiene alguna importancia?

—Es claro que sí.

El camión comenzó a aproximarse marcha atrás al muelle de carga y descarga. Geike miraba ambos espejos retrovisores como si negara una y otra vez. Cuando terminó de maniobrar, se volvió hacia Jota.

—Si tú cuentas a mí por qué buscas soldado muerto, yo digo a ti adonde voy mañana.

—¿Ya lo sabes?

Geike mostró su teléfono móvil.

—Acaba de entrar un mensaje —dijo.

EL primer contacto de Jota con el mundo de la fruta se produjo a principios de los años ochenta. Había terminado sus estudios con la certeza de que no iba a ser abogado. Unas prácticas en un despacho especializado en derecho penal y la asistencia a varios juicios le quitaron la idea de la cabeza. No era un buen comunicador. Odiaba hablar en público y consideraba que la liturgia de la justicia tenía un halo circense innecesario. No era para él.

Entonces pensó en opositar a algún cargo de la Administración. Descartó los retos más difíciles, como notarías o registros, y se centró en el resto de las oportunidades. Valoró la posibilidad de hacerse funcionario de prisiones, secretario municipal o inspector de aduanas, pero enseguida lo descartó todo. Tuvo que hacerlo. Su padre ya no les pasaba ninguna ayuda económica. En casa solo disponían del sueldo de Carol, que había comenzado a trabajar de enfermera, primero en un ambulatorio de Vista Alegre y luego en el Hospital Ramón y Cajal. No podía permitirse el lujo de seguir estudiando. Ni podía compaginar ningún estudio que mereciera la pena con un trabajo, aunque fuera a tiempo parcial. Era una cosa o la otra, así que un día compró el periódico y leyó el anuncio de una empresa que necesitaba personal para comercializar un producto nuevo. Aquello atrajo su atención. Un producto nuevo para iniciar una vida laboral. Sonaba bien.

Fue a una entrevista de trabajo en un edificio de la Castellana, cerca de la plaza Castilla. Tuvo que rellenar varios formularios y aportar pruebas de que era licenciado en Derecho. Luego vino la entrevista, que no fue más que un

mero trámite para admitirlo, puesto que ninguno de los demás candidatos aportó un título universitario.

El producto nuevo era el kiwi.

—¿Sabe usted lo que es un kiwi? —le preguntó una de las tres personas que le hicieron la entrevista.

—Una fruta tropical, ¿no?

—Es más que eso. Se trata de un alimento funcional. ¿Sabe usted lo que es un alimento funcional? El kiwi contiene el doble de vitamina C que una naranja. Tiene también un alto contenido en fibra y un poderoso antioxidante llamado luteína, que previene la degeneración macular.

Jota tomó nota de todo y aceptó el trabajo. No lo hizo porque el kiwi fuera un alimento funcional, prácticamente una medicina para el organismo. Lo hizo porque era un alimento desconocido para el público.

Su trabajo consistía en visitar a los responsables de compras de los supermercados y organizar degustaciones para los clientes. También visitaba mercadillos y fruterías de barrio. Y mayoristas de Mercamadrid. Siempre llevaba kiwis en el coche y se pasaba el día cortándolos por la mitad para que todo el mundo comprobara que, aunque por fuera parecían patatas, por dentro tenían una pulpa verde con semillas negras y eran muy jugosos.

No tenía un horario establecido. O quizá lo tuviera pero nunca lo cumplió. Llegaba a la oficina por la mañana, hacía unas cuantas llamadas y enviaba varios faxes, preparaba sus cajas de kiwis, las metía en el maletero del coche y se iba a recorrer fruterías y supermercados. Casi nunca comía en casa. Magda trabajaba de mañana o de tarde dependiendo del día de la semana. Y muchas veces tenía que quedarse a hacer horas extras porque comenzaban las rebajas o había un lanzamiento de una nueva línea de cosméticos. No podían comer juntos, así que lo más práctico era tomar un menú en algún restaurante conocido, a veces con algún cliente, la mayoría de los días él solo.

A la larga, ese fue uno de los motivos por los que se hartó de los kiwis y decidió cambiar de trabajo. No le gustaba comer solo. Le provocaba ardor de estómago. En casa dijo que se había cansado de la calle. Quería un trabajo de despacho. «La calle es la intemperie», le dijo a Magda. «No sabes lo bien que estás en tu sección de perfumería, con tu espacio delimitado y tus cosméticos ordenados por marcas.»

Lo que en realidad perseguía era un cambio de horario. Sabía que los importadores de Mercamadrid madrugaban mucho. Llegaban al mercado a las cuatro y media o las cinco de la mañana, pero a cambio se quedaban libres a la hora de comer.

Eso era lo que quería: dejar de comer solo y hacerlo con Rose.

VI

LA batalla del Somme comenzó oficialmente el 1 de julio de 1916, al amanecer, y lo hizo con un bombardeo masivo. Uno más. Los artilleros ingleses dispararon 250.000 proyectiles en tan solo una hora, 4.000 por minuto, más de 60 cada segundo. El ruido fue tan ensordecedor que se oyó en el mismo Londres, a más de 300 kilómetros de distancia.

A las 7.20 se produjo la detonación de 18 toneladas de explosivos que habían sido enterrados bajo el cerro de Hawthorn, cerca de la población de Beaumont-Hamel, provocando un gran número de bajas entre las tropas alemanas. El momento fue filmado por una cámara de la época, dura once segundos y puede verse en cualquier plataforma audiovisual de internet. Cien años después, todavía es posible distinguir el enorme cráter que provocó la detonación, incluso a través de Google Maps, aunque todo se ha cubierto de vegetación y el cráter parece una vaguada en medio de un bosque caducifolio.

Diez minutos después del intenso bombardeo, las primeras tropas francesas y británicas abandonaron las trincheras en dirección al enemigo, atravesando la Tierra de Nadie. Tenían órdenes de no hacerlo corriendo. No era necesario. Bastaba con que fueran andando. Al fin y al cabo no iban a encontrar mucha resistencia. Las líneas alemanas habían sido completamente barridas por el fuego de artillería. O eso era lo que creían.

La realidad fue bien distinta, entre otras razones, porque un tercio de los proyectiles británicos no llegó a explotar. No hay que olvidar que los expertos en bombas y explosivos no estaban en las fábricas de armamento supervisando su elaboración, sino allí mismo, en el campo de batalla,

preparados para la gloria, como el resto de sus compatriotas.

Las tropas alemanas tuvieron tiempo suficiente para reforzar sus líneas con estructuras de hormigón, construyendo búnkeres subterráneos prácticamente inexpugnables. Su estrategia defensiva fue tan sencilla como esperar el momento oportuno para montar sus ametralladoras y abatir al enemigo con una facilidad sorprendente, tanta que muchos soldados alemanes tuvieron remordimientos y cargo de conciencia después del combate. En palabras de un soldado británico del 11.º Batallón del Regimiento de East Lancashire: «Pudimos ver cómo nuestros camaradas avanzaban, intentando cruzar la Tierra de Nadie, solo para ser segados como si fueran una pradera de césped».

Hubo varios ataques a lo largo de los 35 kilómetros del frente, unos cuantos de distracción y otros reales, según las órdenes de los mandos aliados. El resultado para el Cuarto Ejército de los ingleses fue desastroso. En solo unas horas de batalla murieron 19.240 hombres y 26.675 resultaron heridos. A ellos hay que añadir todos los que quedaron atrapados en la Tierra de Nadie, heridos o moribundos sin posibilidad de ser rescatados.

Actualmente, ese primer día de batalla, el 1 de julio de 1916, sigue siendo considerado como el mayor desastre militar de la historia del Ejército Británico.

Jueves, 6 de julio de 1916

Querido padre:

La noche antes de entrar en combate no pudimos dormir. Nos recostamos contra la pared de la trinchera fumando y hablando en susurros. A veces cerrábamos los ojos durante unos minutos, tratando de recuperar la calma, o de conservarla, hasta que alguien nos ofrecía otro cigarrillo.

Al amanecer nos sobrevolaron los aviones de reconocimiento. Después comenzó un bombardeo ensordecedor que parecía inacabable, como si la tierra hubiera estallado en mil pedazos. Creía que mis oídos ya se habían acostumbrado a los obuses, pero no era así. No es posible acostumbrarse al

terror. Había tanto ruido que resultaba imposible oír nada. Podías gritar como un loco en la cara de un compañero sin que te oyera.

Nuestras órdenes eran salir de la trinchera cuando cesara el bombardeo y dirigirnos hacia las líneas alemanas detrás de nuestros compañeros del 16.º y el 17.º de Manchester. También estaba con nosotros el 2.º de Fusileros Reales Escoceses. El objetivo final era el pueblo de M., que se veía al fondo, tras una loma, a unas 3.000 yardas de distancia. Antes de que los primeros oficiales abandonaran las trincheras hubo unos segundos de un silencio inesperado, prácticamente imposible. Oí toses, vítores y la invocación del nombre de dios. Y entonces la realidad se hizo presente.

Salimos al campo de batalla con los triángulos de metal a la espalda y las armas brillando al sol de la mañana. Ascendimos las escaleras de madera dando gritos de coraje rumbo a la Tierra de Nadie, mientras todo lo que habíamos supuesto o imaginado se esfumaba como por arte de magia. Los obuses volvieron a sonar graves y rítmicos, igual que las ametralladoras alemanas. Hubo confusión y desorden. No sabíamos hacia dónde debíamos caminar. No se veía el cielo y hacía más calor del que habíamos previsto.

Muchos compañeros cayeron antes de llegar a las trincheras enemigas, algunos muertos, otros malheridos. Por suerte, no podíamos oír sus lamentos, aunque veíamos cómo alzaban los brazos pidiendo ayuda. Llovía tierra, a veces en forma de polvo o acompañada de grumos y piedras, como si se hubiera desatado una tormenta de granizo.

Durante horas no tuvimos alma ni sentimientos. No nos comportamos como seres humanos. Lo que estábamos viviendo era incomprensible. Nuestras mentes se desconectaron de la realidad. No sentíamos ni siquiera miedo.

¡Por fin había llegado! La hora de la verdad, largamente esperada, soñada, casi anhelada mientras todo lo demás parecía la futilidad del poder.

¡Había llegado al fin! Y de repente el mundo fue cortado en dos bruscamente. En un lado,

una tarde dorada, soñadora y pacífica y en el otro, hombres locos de miedo.[8]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

LA misión comercial había terminado y Julen acababa de aterrizar en Madrid con sus acompañantes. Nada más recoger los equipajes hubo apretones de manos y abrazos de despedida. Los que procedían de fuera de Madrid tenían que coger un tren para volver a casa. Los demás se dirigían a las paradas de taxis.

A él lo recogería Hache en unos minutos. Tenía tiempo de salir a fumar un cigarrillo a una de las terrazas del aeropuerto. Así aprovechaba para llamar a su sobrina.

—Hache me ha enviado un mensaje esta mañana resumiendo sus pesquisas —dijo saboreando el cigarrillo—. Ha ido a ComimeX y ha hablado con varios de sus excompañeros, pero ninguno sabe nada.

—Lo suponía.

—Tu padre no le dijo a nadie que pensaba largarse, quizá porque ni siquiera pensaba hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo conozco bien, María, y sé que es de los que se engañan a sí mismos. No toman decisiones drásticas hasta el último momento. No hacen planes ni concretan nada porque cualquier forma de concreción sería una garantía de fracaso.

María no se atrevió a contradecir a su tío. Puede que tuviera razón. Quizá ella misma perteneciera a ese tipo de personas incapaces de cumplir sus propios planes, un rasgo de la personalidad que, dependiendo de la ocasión,

podía ser considerado espontáneo o cobarde.

—Mi madre ya ha denunciado la desaparición a la policía —dijo.

—Lo sé.

Julen se abrigó el cuello con las solapas de la americana. No creía que la policía pudiera ser de mucha ayuda en un caso como ese.

—Espero que no le haya pasado nada malo —dijo María suspirando—. Según mi madre, su móvil dio señal durante unas horas. Luego se apagó.

—No te preocupes —respondió Julen—. Si le hubiera pasado algo, ya nos habríamos enterado.

Era posible que él mismo hubiera apagado el móvil para que nadie pudiera seguir su rastro.

—Tienes que hablar con mi tía Carol —dijo María.

—¿Para qué?

—Mi madre le ha llevado el ordenador de mi padre.

—¿Ha descubierto algo?

—Un montón de información relacionada con la batalla del Somme.

Julen frunció el ceño sin responder. ¿La batalla del Somme? Eso sí que no se lo esperaba. En ese momento, el pequeño Hugo se despertó de la siesta. María oyó su parloteo a través del transmisor y se dirigió a su dormitorio.

—No tengo el número de tu tía —dijo Julen.

Y no quería tenerlo. Jamás se habían soportado y ninguno de los dos había hecho nada por disimular su antipatía. María había cogido al pequeño en brazos para darle un beso en silencio.

—Te lo paso en cuanto pueda —dijo.

Por lo que se oía, el niño estaba hambriento.

—Dale un beso a mi sobrino —contestó Julen a modo de despedida—, pero de los que hacen ruido, caramba.

Colgó y volvió a quedarse meditabundo. Ya casi no pensaba en ello, pero hubo un tiempo en que quiso tener un hijo. Un ser humano con la mitad de los cromosomas de Rosa y la otra mitad suyos habría sido el mismo rey del mundo. O la misma reina.

EMPEZÓ a lavarse las manos a todas horas, varias veces, poniendo siempre en duda si habrían quedado suficientemente limpias. Si no lo hacía así, el estómago volvía a apoderarse de su cuerpo, anulando su capacidad de razonar. Consideraba que tres era un número de veces suficiente. La primera para limpiarlas, la segunda para desinfectarlas y la tercera para quedarse tranquila. Era consciente de que estaba haciendo algo innecesario, pero ese exceso de intenciones la relajaba, tanto en ese momento como luego, por la noche, cuando repasaba lo que había hecho durante el día. Le había dado la mano a una de sus vecinas, sí, había salido a la calle girando el pomo de la puerta y se había sujetado a la barra del autobús, pero todo lo había hecho después de lavarse las manos tres veces, una de ellas completamente innecesaria.

Nadie se dio cuenta de nada. A veces, cuando salían los cuatro miembros de la familia para dar un paseo o ir a casa de los abuelos, Juana se volvía un momento alegando cualquier pretexto. «Me he olvidado las llaves, los pañuelos.» «No llevo el monedero.» «¿He apagado la luz de la cocina?»

Lo hacía para reforzar el ritual. Iba al baño y se lavaba las manos tres veces, dos para asegurarse de que quedaban limpias y otra para reírse de sí misma, como si quisiera ser indulgente con una niña atemorizada por una tontería.

Después comenzó a usar sus manos por separado. Si, por ejemplo, había tenido que ajustarse el zapato con la mano izquierda, no volvía a usarla hasta

que no llegaba a casa. Había leído que en los zapatos se acumulaban muchas bacterias. Y también en los pies, así que se sujetaba a la barra del autobús con la mano derecha. Y con ella empujaba la puerta de entrada y llamaba al ascensor. Y abría la puerta del piso ansiosa por llegar al cuarto de baño para recuperar la otra mano, después de lavársela tres veces. Otros días resolvía el conflicto en plena calle, con la ayuda de una fuente pública, dejando que el agua resbalara por la mano infectada durante más de un minuto. Llegó a tener en la cabeza un mapa de todas las fuentes de agua potable que había en las zonas que frecuentaba de Madrid.

Esto último no se lo contó a ningún especialista.

—¿Qué teme usted contagiar exactamente, Juana? —le preguntó uno de ellos.

Ella no respondió.

—¿Bacterias? ¿Virus? ¿Alguna clase de suciedad?

Ni siquiera asintió.

—¿No sabe usted que el cuerpo humano dispone de un sistema inmunológico fuera de lo común? ¿Cómo cree que hemos llegado hasta nuestros días? —Aquello era ya un monólogo del especialista—. ¿Cree usted que los primeros hombres, aquellos que vivían en las cavernas, tenían jabón desinfectante para lavarse las manos? No les hacía ninguna falta porque se habían inmunizado contra esos virus y esas bacterias que tanto le asustan. ¿No tiene usted hijos? ¿No gateaban por el suelo cuando eran pequeños?

¿No se llevaban luego las manitas a la boca? ¿Y qué les pasó? ¿Sufrieron alguna infección? Quizá algún episodio de diarrea que les sirvió para inmunizarse, lo mismo que le sucedió a usted cuando era niña. Lo mismo que nos sucede a todos.

Ese fue uno de los especialistas que más tiempo pasó con Juana. Era un virtuoso de las argumentaciones. Se ponía de pie y paseaba alrededor del sillón donde ella se sentaba, describiendo una órbita de razonamiento incontestable. Cuando salía de su consulta, Juana se encontraba mejor. A veces llegó a sentir una especie de energía muy concentrada, intensa y fugaz al mismo tiempo, y estuvo a punto de ponerse a prueba. Pensó, por ejemplo, en tocarse los zapatos y luego chuparse los dedos, y volver a casa actuando con naturalidad. Le gustaba planear ese tipo de cosas, pero nunca las llevaba a la práctica, no sin tener un baño cerca con una pastilla de jabón abierta

sobre el lavabo. «Lo haré cuando llegue a casa», se decía, pero durante el trayecto de vuelta, en los treinta o cuarenta minutos que transcurrían, encontraba el modo de contradecir los argumentos del especialista.

¿Cuál era la esperanza de vida de aquellos hombres que vivían sin jabón en las cavernas? E incluso mucho tiempo después, ¿cuál era la esperanza de vida en la Edad Media o en el Siglo de Oro? No más de cuarenta o cuarenta y cinco años. ¿Qué fue lo que lo cambió todo? ¿Cuándo comenzó a aumentar la esperanza de vida de los humanos hasta los sesenta y cinco o setenta años? Cerraba los ojos rindiéndose a una respuesta que ni siquiera pronunciaba en voz alta. Todo cambió con la higiene. Lo había estudiado con sus hijos, cuando les ayudaba con sus primeras lecciones de ciencias naturales. Un acto tan simple como lavarse las manos había duplicado la esperanza de vida de la humanidad. Aquel especialista solo estaba jugando con ella, les daba la vuelta a sus argumentos como un mero ejercicio dialéctico, con la misma indolencia y profesionalidad que orbitaba alrededor del sillón de su consulta.

SE hicieron unos huevos fritos y abrieron una botella de vino francés. El piso estaba muy cerca del mercado, a las afueras de Perpiñán. Tenía una cocina impersonal pero completa, un salón comedor, un baño con ducha, un aseo y cinco dormitorios, uno de los cuales estaba ocupado por otro compañero.

—Si no como antes de ir en cama, no puedo dormir —dijo Geike cuando terminó su plato—. Normalmente prefiero un *omelette*, pero creo que huevos fritos son más españoles.

—Te lo agradezco.

Geike sirvió un poco más de vino en cada vaso.

—No hay mucho tiempo —le dijo—. Solo podemos dormir cuatro o cinco horas.

—Será suficiente.

—No obligues a hacer pregunta una otra vez.

Jota se bebió su vino de un trago, dejó el vaso sobre la mesa, se limpió los labios con la servilleta de papel y se encogió de hombros.

—Mi soldado desertó —dijo—. Por eso fue fusilado.

—Supongo.

—No tenía escapatoria. Tanto él como sus compañeros fueron obligados a saltar al campo de batalla durante todo el verano de 1916. El que no corría hacia las trincheras alemanas era abatido allí mismo por los soldados que vigilaban la retaguardia. O morían de un tiro en el pecho o de uno en la

espalda. No había más. Por eso, cuando llegó octubre, decidieron que ya era suficiente y se marcharon.

—¿Quiénes?

—Lo hicieron muchos soldados, pero a mí solo me interesan dos: Alfred y Albert.

—¿Cómo huyen?

—No lo sé. Quizá se hicieron los muertos en la Tierra de Nadie, entre las trincheras de uno y otro lado. Pudieron ir arrastrándose hacia el norte y encontrar un recodo del río o un bosque donde esconderse. O quizá salieron por la retaguardia, entre la confusión que se genera detrás de la batalla.

—¿Dónde dirigen?

—A la costa del canal de la Mancha. Querían coger el primer barco que pudiera sacarlos de allí, no importaba adonde se dirigiese. El destino era lo de menos.

—¿Y consiguen?

Jota asintió.

—Subieron a bordo de un buque de bandera sueca, pero pronto fueron interceptados por la policía militar.

Geike negó con la cabeza.

—Eran presas fáciles. Dos jóvenes con la cara demacrada por el dolor y la angustia de la batalla tratando de actuar como extranjeros ajenos a la guerra. No tenían ninguna oportunidad.

—¿Hicieron juicio de guerra?

—A ellos y a otros como ellos. Todos fueron condenados a muerte y fusilados al amanecer.

Geike no hizo más preguntas. Jota se levantó de la silla muy despacio, sin hacer ruido con las patas.

—¿Dónde está el armario de las sábanas? —preguntó mirando hacia el pasillo.

—Mismo ahí.

—¿Cuál es tu siguiente destino?

Geike también se levantó.

—Voy a Amberes —dijo.

Jota trató de contener su sorpresa.

—Qué casualidad —exclamó—. Llevamos el mismo camino.

Ella sonrió solo con media boca.

—No casualidad. Mi destino era Módena, pero he cambiado a una colega.

JACINTO se levantaba temprano los fines de semana, a oscuras y sin hacer ruido para no despertar a Lorena. Se tomaba un café que había dejado preparado la noche anterior, se ponía un albornoz a modo de bata y comenzaba a trabajar en sus planos. Lo hacía para quedarse libre a mediodía y poder dar un paseo con ella. El médico le había recomendado un paseo al día como mínimo. Desde que estaba embarazada había engordado casi diez kilos.

Ella se levantaba más tarde y preparaba el desayuno para los dos. Huevos fritos con jamón para él, tostadas con aceite y azúcar para ella. Y dos cafés largos, uno con leche. Después de desayunar, Jacinto volvía a sus planos, esta vez con la radio encendida, mientras ella salía al patio y se sentaba en su hamaca reclinable, desde donde escuchaba el murmullo radiofónico.

Cada vez que Jacinto se tomaba un descanso aprovechaba para mirar por la ventana. Nada le relajaba tanto como ver a Lorena allí tumbada, a la sombra de la higuera, quién sabe si dormida o despierta. A veces se acordaba de Juana, que también estaría tumbada en su cama, a oscuras, sin salud y sin vida, y se sentía culpable. No exactamente por haberse marchado de un hogar en el que no podía seguir viviendo, sino por no haber vuelto nunca por allí. Todos los meses ingresaba el dinero en la cartilla de sus hijos. Y mientras lo hacía, mientras esperaba su turno en la oficina bancaria, se daba cuenta de que ese era el único vínculo que mantenía con ellos.

Una vez había llamado por teléfono y había hablado con Carol. «No

quiero volver a escuchar tu voz», dijo ella en un tono amenazante que no moderó en ningún momento, ni siquiera cuando pronunció su nombre, «Jacinto», como renunciando a cualquier clase de parentesco con él. Quizá había estado ensayando a solas, buscando una frase contundente para expresar su desprecio. Era evidente que nunca sería bien recibido en esa casa. A los ojos de cualquiera, él era el tipo que había abandonado a su esposa enferma para fugarse con la chica de la limpieza.

Y en una de esas, mientras pensaba en sus hijos, contemplando desde la ventana el plano en dos dimensiones del cuerpo de Lorena, vio cómo ella se levantaba de la hamaca mirando al suelo, como si hubiera perdido algo. Luego alzó la vista y se llevó una mano a la boca. Jacinto tenía el coche aparcado en la misma puerta de casa para no perder tiempo cuando llegara el momento.

Era la tercera vez que iba a ser padre, pero nunca había pasado por ese trance. Carol y Jota habían nacido en casa con la ayuda de una comadrona, así que no supo qué hacer cuando llegó a la sala de espera del hospital. Se sentó y se levantó varias veces. Preguntó a las enfermeras. Era un parto lento. «Es lo normal», le dijeron. «Se trata de una primeriza.» Pensó en el nombre que habían elegido: Daniel o Daniela. No sabían si iba a ser niño o niña, aunque las vecinas de San Isidro decían que Lorena estaba muy gorda. «Será chica, ya lo verás. Las chicas nacen con menos peso pero necesitan más espacio.»

—Lorena Rodríguez.

Por fin salió una enfermera. Jacinto se levantó para recibir la enhorabuena.

—Es usted el padre de un varón —le dijeron—. Ha nacido sano y pesa tres kilos ochocientos gramos. La mamá se encuentra bien, aunque un poco cansada. Podrá verla enseguida.

Dos días más tarde, Carol golpeó con los nudillos la puerta del cuarto de Jota y le hizo un gesto con la cabeza para que le acompañara a la galería que había en la cocina. Era lo que hacían cuando querían decirse algo sin que se enterase su madre porque, pese a su estado, Juana parecía escucharlo todo, hasta la conversación más intrascendente que hubiera en la casa.

—Tienes un hermanastro —le dijo.

Y lo hizo como si ella ni lo tuviera, dejando claro que también renunciaba

a cualquier clase de parentesco con el recién nacido.

Domingo, 9 de julio de 1916

Querido padre:

Todo es tan confuso, perverso y ajeno a la realidad que parece un sueño imposible. Faltan un montón de muchachos del batallón. Están muertos o han desaparecido. Las noticias llegan de todos los frentes y se mezclan en una torre de Babel en la que nadie escucha a nadie. Solo existe la necesidad de hablar, no de escuchar, aunque también hay soldados que han enmudecido.

Algunos batallones han perdido más hombres que el nuestro y, aunque estas no son las noticias oficiales, sabemos que no se han conseguido los objetivos previstos. Algunas compañías fueron completamente masacradas bajo el fuego enemigo nada más salir de las trincheras, muchos hombres quedaron atrapados en los cráteres que produjeron los obuses de nuestra artillería, incapaces de salir de aquellas trampas inesperadas.

Hemos enterrado muchos cuerpos. Y hay heridos por todas partes. Los más graves han sido conducidos a la retaguardia. Otros continúan en el frente de batalla con sus heridas vendadas, como si fueran juguetes rotos y reparados con los que todavía se puede echar otra partida.

Un miembro de la Legión Extranjera Francesa dejó escrito un poema antes de morir en uno de esos cráteres que hay en la Tierra de Nadie. Empieza así:

Tengo una cita con la muerte
en alguna pendiente o colina bombardeada
cuando la primavera regrese este año
y broten las primeras flores en los prados.[9]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

VII

DESPUÉS de la primera semana de batalla, los alemanes se vieron obligados a retroceder sus líneas entre un kilómetro y medio y tres kilómetros. Las bajas en ambos bandos habían sido tan elevadas que los supervivientes tenían que enterrar dos y tres cadáveres en cada tumba. Hubo algunos que no pudieron recibir sepultura porque quedaron despedazados. Estos son los soldados que aparecen en los cementerios y los monumentos conmemorativos con la indicación «sin tumba conocida». En muchas lápidas hay inscripciones con palabras de admiración y cariño procedentes de los familiares o compañeros de los caídos.

Algunos supervivientes de la batalla quisieron ser enterrados en el Somme muchos años después. Es el caso de un cabo de los Fusileros de Northumberland, que combatió en el bosque de Mametz en 1916. Una vez terminada la guerra, visitó el campo de batalla varias veces, y cuando finalmente murió en 1987, a la edad de noventa y un años, sus cenizas fueron enterradas en aquel bosque, entre sus amigos caídos en combate, a quienes nunca olvidó.

En su lápida puede leerse un poema que él mismo escribió:

Donde una vez hubo una guerra
ahora la paz reina suprema.
Y los pájaros cantan otra vez
en Mametz.[10]

CAROL pasaba horas ante las fotografías de las páginas de contactos, fijándose en los detalles: un anillo en la mano, un gesto en la boca, una pupa en el cuello, una sombra en los ojos, una cicatriz en la frente, la evidencia de una ortodoncia en la boca. De vez en cuando, algo le recordaba la sumisa y amable languidez de Laura, no solo la de su rostro, también la que había en su forma de moverse o de hablar. Echaba de menos el contacto diario con su cuerpo, el tacto de sus axilas, el roce de su mejilla cuando la ayudaba a levantarse o a sentarse, el olor de su pelo y el suspiro de alivio que emitía cuando volvía a acostarla en la cama.

Hacía años que no sabía nada de ella, ni siquiera si seguía viviendo en Toledo. Solo fue a visitarla una vez, hace tiempo, un día en que, sin pensarlo dos veces, cogió un tren y llegó hasta el Hospital Virgen de la Salud. ¿Viviría todavía con su madre o se habría casado con su novio? Podría llamar por teléfono al hospital y preguntar por ella. Quería saber hasta qué punto había recuperado la movilidad de sus piernas.

El teléfono vibró. Ella lo miró unos segundos antes de responder. No reconoció el número ni la voz que la saludó.

—María me ha dado tu número.

Era Julen. La saludó escuetamente y se interesó por lo que había encontrado en el ordenador de Jota. Ella dudó en voz alta, emitiendo un sonoro carraspeo. Le faltó poco para colgar. «Perdona, es un asunto familiar que no te incumbe. Si te necesito ya te llamaré. Me guardo tu número.»

—Me ha dicho que tu hermano ha estado consultando webs sobre la batalla del Somme.

Era demasiado tarde para negarlo.

—¿Por qué crees que ha hecho una cosa así?

—Creo que estaba preparando un viaje al norte de Francia —respondió Carol.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hay consultas de vuelos a Beauvais y Charleroi. E información sobre coches de alquiler, hoteles y *Bed and Breakfast* de la zona.

—¿Son consultas recientes?

—Las hay hasta del mismo día que desapareció.

Julen inspiró con fuerza. Ella no lo vio, pero asintió varias veces.

—¿No has encontrado billetes o tarjetas de embarque? —preguntó él.

Carol negó.

—Solo consultas.

—Puede que no haya comprado los billetes por internet.

Carol ya había pensado en eso. Quizá había cogido un tren de alta velocidad.

—O igual no ha ido a ninguna parte —dijo.

Entonces fue Julen quien lo negó.

—Claro que ha ido.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay otra posibilidad razonable —respondió Julen—. Su coche sigue aparcado en la puerta de su empresa y el rastreo de su móvil ha conducido a la policía hasta un restaurante de Mercamadrid.

Carol no dijo nada.

—Conozco al jefe de la policía de Madrid —continuó él, por si ella se estaba preguntando de dónde había sacado la información—. Le he llamado para saber si tenían algo. Han ido al restaurante. No han encontrado el móvil pero alguien vio a Jota montando en un camión.

—¿En un camión?

—Así es.

—¿Tienen la matrícula? ¿Saben adonde se dirigía?

—Solo saben que era un camión frigorífico. Nada más.

Carol frunció el ceño pensando en la cantidad de empresas de transporte que trabajaban en Mercamadrid. Estaba trazando un plan de actuación.

—Haz una maleta para tres o cuatro días —dijo Julen, que ya había trazado el suyo—. Mañana pasaremos a recogerte.

—¿De qué estás hablando? —protestó ella.

—¿Tienes algo mejor que hacer que ir en busca de tu hermano? —insistió él—. ¿Prefieres que informemos a la policía y dejemos el asunto en sus manos? —No esperó ninguna respuesta—. Si no es así, pasaremos a recogerte al mediodía.

—¿Has hablado con Magda? —preguntó Carol.

—Es mejor que lo hagas tú.

—Lo digo, porque tal vez quiera acompañarnos.

—No creo que sea una buena idea —respondió Julen.

Algo había cambiado alrededor de su voz. Se oía un murmullo de fondo y el eco de sus pisadas, como si hubiera entrado en algún sitio.

—Solo necesito saber una cosa más —añadió él a punto de colgar.

Carol esperó una pregunta indiscreta, tal vez relacionada con la vida privada de su hermano.

—Recuérdame cuál es tu segundo apellido —dijo Julen.

ALORENA le gustaba recordar esa noche. Jacinto y ella cocinaban juntos. Juana estaba en el dormitorio. Carol estudiaba en su cuarto y Jota había salido con sus amigos. La radio sonaba bajita mientras la olla exprés silbaba en un tono agudo. Todo estaba en su sitio y, de pronto, se fue la luz. La radio dejó de sonar. La olla siguió silbando porque la cocina era de butano. Y del cuarto de Carol llegó un sonoro lamento.

Jacinto salió al pasillo y abrió un armario empotrado que había junto a la puerta principal. Llamó a Lorena.

—¿Te he enseñado alguna vez dónde está el cuadro eléctrico? —le dijo—. Ven y te digo qué debes hacer, por si estás sola cuando vuelva a suceder.

La luz se iba con frecuencia por aquel entonces.

Ya se habían rozado antes las manos y los brazos cuando doblaban las sábanas, ponían o recogían la mesa, o mientras cocinaban. No era la primera vez que se tocaban, aunque nunca habían estado tan cerca y sin luz. No podían verse y eso hizo que se tropezaran y que Jacinto tuviera que coger la mano de Lorena para acompañarla hasta el interruptor del diferencial.

—Tienes que levantarlo. Está un poco duro. Hazlo con firmeza.

Tampoco se habían hablado antes así, en susurros y a oscuras, aunque seguro que alguna vez habían imaginado lo que pasó, porque ambos actuaron como si se enfrentaran a lo inevitable.

Primero fueron las frentes. Fue más que un roce, casi un coscorrón. Jacinto sintió el cosquilleo que le produjo el pelo de Lorena. Ella se llevó una

mano a la sien.

—¿Te he hecho daño?

Y enseguida una respuesta automática.

—No ha sido nada.

Las voces delataron la posición exacta de las bocas, que esta vez se juntaron muy despacio, prolongando esos centímetros de distancia invisible. Fue un beso largo seguido de un abrazo corto, un patrón que se repitió varias veces. No hicieron nada más. Carol podía salir de su habitación en cualquier momento y Jota estaba a punto de llegar. Lo único que permanecía bajo su control era la luz, que volvería en cuanto Lorena levantara el interruptor del diferencial, ahora que había aprendido dónde estaba.

Al día siguiente casi ni se vieron y eso que no dejaron de pensar el uno en el otro. Jacinto volvió a casa antes de lo habitual. Lorena ya tenía medio preparada la cena y estaba cocinando la comida del día siguiente. Carol y Jota no habían salido de casa. Jacinto tuvo dificultades para mantener la naturalidad delante de sus hijos. No quería que advirtieran ningún cambio en su comportamiento. Tampoco había pasado nada entre Lorena y él. Solo se habían besado en el pasillo en un momento de debilidad.

Carol se dio cuenta de que a su padre le pasaba algo, pero creyó que solo era cansancio. Trabajaba tanto. Por el día en la oficina y por la noche en casa. Y los fines de semana también, sin dejar de pasar a limpio planos y más planos. Era normal que tuviera la mirada perdida y esas ojeras de boxeador noqueado. Cualquier día caería enfermo, como su madre.

Había un hostel cerca de la oficina de Jacinto. Uno de sus compañeros lo usaba para verse con alguien. «Alquilan las habitaciones por horas.» La idea se le pasó por la cabeza tan rápidamente como desapareció. Y hasta le asaltaron las dudas. Aquel beso podía haber sido algo instintivo sin más trascendencia, como una reacción a la oscuridad. Quién le aseguraba que una mujer como Lorena podía interesarse por un hombre como él.

Había vuelto a casa antes porque tenía que corregir unos planos. Si se quedaba en la oficina, perdería el autobús. O eso fue lo que les dijo a sus compañeros. La verdad era que se moría de ganas de estar con Lorena. Saludó a Juana como cada día, desde la distancia, sentándose a los pies de la cama.

—¿Cómo has pasado la tarde? ¿Has visto algo interesante en la

televisión?

Nunca se refería a su estado de salud. No le preguntaba si estaba mejor o si le dolía algo. Sabía que lo suyo no tenía remedio y prefería hacer preguntas que pudieran responderse con un suspiro.

Carol veía la televisión tumbada en el sofá del salón. Jota estudiaba en su cuarto.

—No sé a qué hora voy a acostarme —dijo—. Mañana tengo un examen. —Y señaló la cafetera que había encima de la mesa.

Lorena estaba en la cocina, picando una cebolla.

—Voy a hacer un sofrito —dijo cuando vio a Jacinto—. Es para una salsa.

Quizá lo dijo para que no creyera que lloraba por otra cosa. Él se acercó y le limpió una lágrima de la mejilla con el pulgar de su mano derecha.

ROSA dejó el despacho de los Sierra Agudo y se convirtió en la gran dama del ocio. Magda no acertó a comprender cómo una mujer con su inteligencia, su carrera universitaria y toda la experiencia acumulada, abandonaba su profesión y se dejaba mantener por un prepotente como Julen. Solo le faltaba un perro pequinés y un mayordomo.

Nunca lo hablaron. Rosa no quería justificarse delante de nadie. Simplemente se cansó de la clientela del despacho, de la rutina del juzgado y de trabajar a todas horas sin más recompensa que la económica, con la sensación de ganar dinero a costa de perder el tiempo. Si hubiera tenido que dar una respuesta, habría dicho que no le gustaba el derecho marítimo, aunque tampoco habría podido explicar por qué no se dedicaba entonces a otra rama del derecho.

Tal vez se estaba engañando a sí misma. Dejaba el despacho de manera temporal para replantearse el futuro, como si necesitara un año sabático para vivir grandes experiencias antes de plantearse nuevos proyectos, pero solo se dedicó a la lectura, al deporte y a salir con sus amigas. Tampoco le dedicó mucho tiempo a Julen, entre otras cosas porque siempre estaba de viaje. Se convirtió en una mujer consentida y caprichosa, rodeada de dos o tres asistentas que cuidaban de ella y de la casa. Y no tardó en encontrarse sola.

Su hermana, en cambio, tenía una familia de verdad. Su vida no era fácil porque trabajaba mucho, sí, era cierto, incluso los fines de semana, pero al menos tenía una hija y un hombre divertido a su lado, no como ella. Nunca se

lo dijo, pero la envidiaba. Jota tenía la virtud de levantarle el ánimo, tal vez porque no la miraba con un interés concreto y egoísta, como si fuera un objeto exclusivo para lucir en sociedad. Lo hacía con ojos brillantes y traviosos, igual que un niño con ganas de jugar. Y además la llamaba Rose, convirtiéndola de inmediato en su compañera de juegos.

Al principio lo hacía delante de todo el mundo, con su naturalidad habitual. Luego, solo cuando estaban a solas, en voz baja. El cambio fue tan brusco que tuvo que preguntárselo. «Por qué ya no me llamas Rose delante de todo el mundo.» Jota resopló. «Tu hermana me lo ha prohibido.» Rosa no lo entendió. «Qué ridículo.» Entre ellas solo había envidia y celos.

Luego sucedió lo de Julen. Ya se lo habían dicho antes, pero no había hecho caso. «Tu marido tiene un lío», así se decían esas cosas. «¿Un lío? ¿Qué clase de lío?» «Un lío de faldas.» No era el único lío que tenía, porque ya estaba siendo investigado por la financiación irregular de una de sus empresas, pero era el único que la ponía de mal humor. Lo que hiciera con sus negocios no le importaba, pero otras mujeres no.

—Por supuesto que no —dijo Julen cuando ella se atrevió a preguntarle—. Tú lo eres todo para mí, Rosa, no debes creer esas habladurías.

Su explicación era muy sencilla. Había veces que debía acompañar a sus clientes a un local determinado. Así lo dijo. Se refería a un local de alterne, a una casa de putas, pero lo contaba como si fuera una obligación profesional.

—A veces tengo que rematar los negocios haciendo cosas que no me agradan. No hay alternativa posible.

—¿Pero tú no te acostarás con ninguna prostituta?

—Claro que no —respondía Julen—. Yo me quedo en la barra con una botella de bourbon. Ya me conoces.

Y sonreía mostrando ese rictus atractivo que tanto éxito le había reportado, con una arruga a cada lado de los labios y los ojos estirados bajo las cejas, cuatro rayas paralelas y simétricas con capacidades mágicas, como una ilusión óptica.

HUBO un corte de agua. No fue algo programado, sino una avería, un reventón en medio de la calle que dejó a la mitad de Aluche sin suministro. Juana no pudo lavarse las manos en toda la mañana. Y por eso no quiso orinar. Lo que hizo fue bajar a la calle para hablar con los operarios del ayuntamiento. «¿Tienen para mucho?» Habían cortado la calzada y perforado la acera. Tenían para todo el día.

Juana buscó alternativas. Podía ir a casa de algún familiar o entrar en una cafetería para usar el lavabo. No hizo ninguna de las dos cosas. No le gustaba orinar fuera de casa y poco a poco había ido limitando la duración de sus salidas por este motivo. Estaba fuera de casa el tiempo que le permitía su vejiga, cuatro, a veces cinco horas como máximo, lo suficiente para ir de compras o al cine.

Volvió a casa. Buscó en los armarios de la cocina pero no encontró ninguna botella de agua mineral. No podía seguir reteniendo la orina sin arriesgarse a padecer la infección de costumbre. Unos guantes de fregar colgaban del grifo. Tuvo una idea. Bajó a la calle de nuevo y compró tres pares más, cada uno de un color. Se puso un par de color amarillo para ir al baño, así no tuvo que lavarse las manos después. En la cocina dejó otro par de color rosa para manipular la comida, y el verde lo reservó para limpiar la casa.

Su mente y su cuerpo se habían separado hasta el punto de que pensaba en ella como alguien ajeno. No se reconocía como una enferma. La enferma

era otra persona a quien debía cuidar, una niña desamparada. «Tiene tantos miedos la pobre, le aterroriza la suciedad, no sabe que el cuerpo humano dispone de un sistema inmunológico fuera de lo común. Por eso le he comprado estos guantes de colores.»

El agua volvió a última hora de la tarde, cuando Juana ya había restituido sus rituales para proteger a la niña miedosa. Los guantes de goma eran una barrera que aislaba sus manos de todo lo que tocaban, una segunda piel de quita y pon. El problema era que poco a poco iban contaminándose y había que desinfectarlos, así que acabó metiéndolos en la lavadora.

Nadie se sorprendió de su comportamiento. Juana llevaba guantes porque estaba fregando los platos o se disponía a limpiar algo especialmente sucio. Quizá se había hecho la manicura y no quería estropearse las uñas. Lo cierto es que sus manos se lo agradecieron, porque de tanto lavárselas con jabón habían empezado a descamarse.

Un día, Carol llevó a casa unos guantes de los que usaba en el centro de salud donde hacía sus prácticas. Su madre se los probó en cuanto los vio. Se ajustaban perfectamente a los dedos y no daban calor.

—¿Puedes traerme más? —le dijo.

—¿Para qué los quieres?

—Los guantes de fregar me dan mucho calor.

—No los uses.

—Entonces las manos se me agrietan y las uñas se me rompen.

Ahora esos guantes de látex se venden en los supermercados en paquetes de veinte o cincuenta unidades. Cada vez que los ve, Carol se acuerda de su madre. Durante los años que pasaron las dos solas en el piso familiar, tenía que cambiarle los guantes dos veces al día, después de comer y después de cenar.

El que no entendió lo que estaba pasando fue Jacinto. Al principio creyó que su mujer se acostaba con guantes porque tenía frío. También podía ser algún nuevo tratamiento de belleza, como cuando se aplicaba una mascarilla en la cara. Cosas de mujeres. Por eso nunca se lo preguntó. «¿Por qué duermes con guantes?» Hacía mucho tiempo que no se tocaban. Ella rehuía cualquier tipo de contacto físico. «¿No será porque te doy asco o algo así, verdad?»

Lunes, 10 de julio de 1916

Querido padre:

Hemos combatido al este de M. con nuestros compañeros del 17, aunque esta vez no hemos llegado a salir de las trincheras. El fuego enemigo era tan persistente como una tormenta tropical. Llovía plomo, tierra, piedras y hasta animales muertos como ratas, topos y lagartijas. Por un momento hemos temido quedar enterrados todos juntos, hombres y animales.

Las malas noticias siguen llegando de todas partes. Hay hombres desaparecidos y mutilados, algunos desmembrados, montañas de cadáveres, miradas desenfocadas, hombres sin juicio que no volverán a ser hombres, bien porque han enloquecido o porque ya se consideran muertos. Estoy seguro de que algunos corren gritando hacia los alemanes para reclamar su atención. Solo le tienen miedo a la agonía, no a la muerte. Este es el lugar perfecto para los suicidas.

Un soldado procedente de Terranova pasó cinco días herido y desubicado en la Tierra de Nadie. Veía las alambradas de las trincheras a ambos lados de donde se encontraba y no sabía cuál era la suya. Trató de localizar algún símbolo o bandera que le ayudara a diferenciarlas, pero fue imposible. Se pasaba el día escondido en el cráter de un obús

y por la noche no se veía nada. Al final temió por su vida y tuvo que tomar una decisión sencilla y terrible a la vez, como si su futuro dependiera de una moneda lanzada al aire. Se arrastró hacia uno de los lados al azar y tuvo suerte. Era nuestra trinchera, la suya.

Sabemos que los primeros heridos han llegado a Londres. Los vimos partir con lágrimas en los ojos, apenados al no poder quedarse con nosotros, como si todo su mundo estuviera aquí, en Francia, entre trincheras, ratas y tumbas. Los comprendo muy bien. A veces me parece que no tengo recuerdos de mi vida civil. Solo existo desde que me convertí en un soldado.

Me despido con unos versos procedentes de los Fusileros Reales de Gales, que han combatido en M-C.

El camino asciende reptando por la colina,

todo surcos,
piedras y fango, y los despojos
de la batalla amontonados. Aquí donde murieron,
permanecen los caballos de grandes panzas
y patas rígidas,
y los hombres muertos, sus dedos
ensangrentados
por el combate, miran fijamente
el blanco parpadeo de la oscuridad
cavernosa.[\[11\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

VIII

HAY miles de testimonios que hablan del infierno vivido en el Somme. La tragedia quedó registrada en fotografías y películas en blanco y negro. Lo que no se grabó fue el sonido. En agosto de 1916 la película titulada *batalla del Somme* se estrenó simultáneamente en treinta y cuatro cines de Londres. Posteriormente se exhibió en dieciocho países aliados. Era un documental de una hora de duración dirigido por Geoffrey Malins y John McDowell, dos oficiales del Ministerio de la Guerra.

Pese a su carácter propagandístico, la cinta muestra escenas de soldados de ambos bandos muertos en las trincheras, lo cual fue objeto de controversia entre los que defendían el duelo de los soldados y los que querían estar informados. Tuvo veinte millones de espectadores, de modo que puede considerarse la película británica más vista de la historia del cine.

Lo que no pudo filmarse, tuvo que escribirse. Después de recorrer las líneas alemanas bombardeadas dos días antes en Longueval, un teniente de la Artillería Real de Campaña escribió: «A través del agobiante calor y las interminables cortinas de fuego, mis transmisores y yo entramos en las derruidas trincheras ubicadas delante del pueblo. Allí caminamos durante más de ochocientos metros por encima de alemanes muertos medio sepultados. A cada paso que dábamos el terreno cedía bajo nuestros pies, porque los cadáveres que había bajo la capa de fango cedían a nuestro peso. A veces una bota, apartando un terrón de tierra, descubría la nariz o la mano de un cadáver enterrado debajo de nosotros».

En el año 2004, el escritor y periodista Max Arthur recogió el testimonio

de varios supervivientes de la guerra en su libro *Last Post. The Final Word From Our First World War Soldiers* [Ultima llamada. La palabra final de nuestros soldados de la Primera Guerra Mundial]. Uno de ellos era el soldado del 17.º Batallón de Fusileros Reales Cecil Withers, que en 2004 tenía ciento seis años: «Recuerdo que una vez, en el Somme, vi a media docena de nuestros muchachos en un gran agujero de obús. Estaban medio enterrados, apestaban. Hacía calor y el hedor era terrible, estaban llenos de cucarachas y moscardas. Fue una visión espantosa. Pobres muchachos. Sentí náuseas. Tuvimos que fumar los fuertes cigarrillos turcos para disimular el olor. Durante la noche, junto al fuego de las trincheras, podías oír los lamentos de los moribundos, pero no podías salir a ayudarles. Había ratas alimentándose de su carne. Estaban muriendo allí, sumidos en el dolor y la miseria, y las ratas les arrancaban la carne a mordiscos».

EL mundo se ve de otra manera al despertar. A veces más húmedo, a veces más azul. Y también más nítido, como recién creado. Jota se subió al camión de buen humor. Parecía haberse librado de algo pesado y molesto, tal vez solo del sueño. Había dormido profundamente durante cinco horas. Y Geike había cambiado su ruta para seguir a su lado. A todo el mundo le gusta suscitar interés, incluso a quien no se lo propone.

—¿Qué pasa? —preguntó la camionera.

Jota había estado leyendo su cuaderno de tapas verdes.

—A mí, nada —respondió cerrándolo.

—Veo a ti más joven.

Las cejas de Jota negaron por él.

—Estaba muy cansado. Necesitaba dormir.

Geike no asintió, pero estuvo de acuerdo. Dormir nos hace más jóvenes. Circulaban por la A-75 en sentido norte.

—¿Cuál es tu plan de viaje? —preguntó Jota.

—Llevo mercancía para Rungis, en sur de París. Luego podemos descansar poco y seguimos hacia Amberes. Puedo dejar a ti donde quieres, en Amiens, en Arrás o en otro cualquier sitio. Donde tú dices.

Quizá el buen humor de Jota procedía de esta nueva forma de vida que le permitía hacer planes sobre la marcha,

como un hombre libre, un mochilero huyendo de su zona de confort.

—¿Has pensado dónde dormir?

—Me gustaría pasar la noche en una granja.

—¿No mejor hotel?

—¿Conoces alguno?

—Puedo preguntar a colega.

Jota hizo un gesto de agradecimiento, aunque prefería alojarse en un hostel pequeño o un *Bed and Breakfast*. Los hoteles le traían recuerdos del trabajo.

—¿Dónde son enterrados?

Geike tardó un par de kilómetros en hacer la pregunta. Era algo que quería saber desde que recogió a su pasajero en Madrid.

—En Bailleulmont —respondió Jota.

Y dio un largo suspiro.

—¿Dónde es eso?

—Al oeste de Arrás.

—No lo conoce.

—Es un pueblo muy pequeño. Lo he visto en Google Maps.

Geike le dedicó una mirada de escepticismo.

—Google Maps es una forma de viajar como otra cualquiera —respondió Jota, esta vez sí, claramente a la defensiva—. Cualquier día añadirán los sonidos típicos de cada lugar y podremos dar la vuelta al mundo sin salir de casa.

Ella siguió mirando la carretera.

—¿Has visto cementerio en Google Maps? —dijo. —Sí.

—Entonces, ¿para qué vas?

—Hay algo que tengo que ver con mis propios ojos.

DANIEL, el hijo de Jacinto y Lorena, era un niño solitario que rehuía el contacto con los demás chavales del barrio. No los necesitaba. Todo su mundo giraba alrededor de su madre. Lorena y él pasaban muchas horas juntos en el patio de la casa. Ella sacaba la tabla de planchar, la caja de los hilos o una revista y se acomodaba en el rincón más próximo a la puerta de la cocina. El niño jugaba con un gran camión de plástico que llenaba de piedras o de higos y trasladaba de un lugar a otro del patio, como si atendiera los pedidos de su cartera de clientes.

Al estudio de Jacinto llegaba el ruido que hacían las ruedas del camión, un sonido molesto que no le molestaba en absoluto. Y no era el único. Tampoco le molestaban el aullido del viento, el graznido de las urracas ni el pitido en movimiento del tren, cuando llegaba desde la distancia. Ni, por supuesto, el murmullo de la radio, aunque a veces la apagaba para escuchar las conversaciones que mantenían en el patio su mujer y su hijo.

Eran los primeros años de la década de los ochenta. Jacinto tenía dos hijos mayores que podrían ser los padres de Daniel. Su hijo pequeño podría ser su nieto. A veces sentía el impulso de ir con el pequeño a su antigua casa para que Juana y sus hijos pudieran conocerlo. Nunca supo para qué, quizá para hacerse una foto todos juntos, la familia al completo, incluida Lorena.

Daniel se pasaba el día dibujando. Jacinto compró una mesita pequeña y la colocó junto a su tablero de trabajo, en el estudio. Así podían compartir un rato los dos, cada uno ocupado en lo suyo. Lorena aprovechaba entonces para

ir de compras, ver la televisión o tomar el sol en el patio. Cuando la comida estaba lista, los llamaba desde la escalera. «Esos artistas», decía poniendo las manos alrededor de la boca, «a lavarse las manos y a comer.»

Con el tiempo, Daniel aprendió a manejar los tiralíneas y los Rotrings y comenzó a ayudar a su padre. Muchas tardes, cuando volvía de la Escuela de Diseño donde estudiaba, entraba en el estudio y despachaba a Jacinto con grandes aspavientos. «Venga de aquí», le decía en voz alta quitándole el tiralíneas de la mano, «saca a mi madre de paseo, que lleva toda la tarde en el sofá, viendo la tele. Yo termino esto.»

La irrupción de la informática en el mundo laboral lo cambió todo. Daniel aprendió a manejar los primeros programas de diseño gráfico, como AutoCAD, y Jacinto comprendió que su tiempo como delineante había concluido. Era demasiado mayor para acostumbrarse a la nueva tecnología, aunque no lo bastante para jubilarse. Además, ya no necesitaba ganar tanto dinero como antes, porque hacía años que no enviaba ni una peseta a sus otros hijos.

La primera vez creyó que era un error. «Nos han devuelto la transferencia mensual», le dijo el interventor de su oficina bancaria. «Ha debido de producirse un error informático.» Al mes siguiente volvió a suceder. Y al siguiente. Jacinto llamó por teléfono y habló con Carol. «Ya no necesitamos tu dinero. Hace meses que trabajo y tengo una nómina.» «¿Y tu hermano?» «De mi hermano me ocupo yo.»

Fue una conversación inútil. Jacinto habría querido preguntar por Juana. Pensaba en ella a menudo, aunque por supuesto no la echaba de menos. Simplemente quería saber cómo estaba. Desconocía la evolución de ese tipo de dolencias neuróticas. ¿Estaría mejor? ¿Habría vuelto a salir a la calle alguna vez? ¿Seguiría llevando puestos los guantes de fregar? Lo único que sabía era que no había muerto. Se habría enterado. A veces miraba las esquelas de los periódicos buscando su nombre. Lo hacía en el bar donde desayunaba, hojeando el periódico de atrás adelante, según su costumbre. «Así consulto primero la programación de la tele y los deportes», decía. Luego cerraba el periódico, leía la portada y se encendía un cigarrillo, el primero del día. Jamás pudo fumar con el estómago vacío.

JULEN se lo dijo varias veces, unas más en serio, otras medio en broma. Un día lo hizo en la cola de un hipermercado. Fue una de las pocas veces que Julen entró en uno de estos establecimientos y, mientras esperaban su turno para pagar, comentó:

—¿Ves a esa chica tan guapa?

Rosa miró a la cajera. Era una rubia de pelo rizado con labios carnosos y ojos pintados a lo Sharon Stone. Tenía buen pecho y llevaba las uñas lacadas en rojo.

—Esa mujer podría ser la dueña del mundo.

Julen admiraba y envidiaba a las mujeres a partes iguales.

—Una mujer guapa con buen tipo puede conseguir lo que quiera, cualquier cosa que se proponga, ¿me oyes? Es la dueña del mundo porque controla la energía que lo mueve. ¿Crees que la Tierra gira alrededor del Sol según las leyes de la Física? —decía poniendo cara de tonto—. La Tierra es de los hombres, no de la Física, y los hombres se mueven por el deseo sexual.

No quedaba claro si se refería a los humanos en general o solo a los del género masculino.

—Y sabes por qué —continuó—. No es por pasar un rato divertido en la cama y relajarse. Nada de eso. Es algo mucho más trascendente. Los hombres desean ser inmortales. No querrían morir nunca. Por eso hay tantas religiones en el mundo, unas que prometen la reencarnación y otras la vida eterna. Lo que pasa es que somos mortales y solo hay una manera de

sobrevivir a nuestra condición, que es reproduciéndonos.

Rosa lo miró sin saber qué hacer. ¿Solo los hombres deseaban ser inmortales? ¿Qué pasaba con las mujeres? Lo mismo podía reírse de su sarcasmo que dejarlo plantado en la cola del hipermercado, por insolente. Su discurso era un insulto en prosa que resultaba machista y retrógrado incluso en aquella época. Al final no hizo ni una cosa ni otra y Julen siguió hablando.

—Una persona atractiva es la garantía de la inmortalidad, porque si tus hijos son atractivos como ella, tendrán garantizadas sus oportunidades de seguir reproduciéndose. Todo el mundo querrá tener relaciones sexuales con ellos y tus genes pervivirán. ¿Me explico? Por eso, si tienes los labios, los ojos y el cuerpo de esa cajera y trabajas en un sitio como este, estás desaprovechando tus potencias naturales y, aunque no lo sepas, atentas contra las leyes de la biología. Como decís los abogados, el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento.

Rosa no dijo una palabra. Julen soltaba a veces discursos así, monólogos sostenidos por una lógica primaria exenta de autocrítica y principios morales. Prefirió tomárselo a broma. Quizá solo pretendía reclamar su atención y sorprenderla como hacía Jota, que también declamaba largos y ocurrentes parlamentos cuando estaban juntos. Tardó un tiempo en comprender que Julen hablaba completamente en serio.

—Solo hay un modo admisible de trabajar —dijo en otra ocasión—, que es dedicándote a los negocios, dando por hecho que los haces para ti. Lo malo del trabajo es depender de otro ser humano, acatar sus reglas y poner tu inteligencia, tu voluntad y tu energía a su servicio. Esa es otra forma de tirar la vida a la basura. Tú eres una mujer espléndida, la envidia de todas las mujeres. Lo tienes todo: rostro, cuerpo, inteligencia, educación y sensualidad. Eres la accionista mayoritaria del mundo, Rosa. Puedes ser lo que quieras. No tienes que depender nunca de nadie.

Estaban en un restaurante, cenando los dos solos después de que ella hubiera perdido un juicio. Era un caso difícil con escasas posibilidades de éxito, pero Rosa había trabajado duro y tenía esperanzas de victoria. A esas alturas de su vida, ya se había dado cuenta de que solo lo difícil, a veces incluso lo imposible, era capaz de motivarla. Julen le propuso que se tomara un año sabático y se dedicara a contemplar el mundo.

—Solo unos meses. Puedes viajar conmigo. Tengo que ir a Japón —le

dijo—, y a Malasia. Y a Singapur. Y por el otro lado del planeta quiero visitar México y California. También puedes viajar sola, si lo prefieres. Puedes hacer lo que quieras. No tienes que trabajar para nadie.

—**P**ODRÍAMOS haber volado a Beauvais y subir hacia el norte, pero finalmente aterrizaremos en Charleroi y bajaremos al sur.

Julen pronunciaba los nombres propios en un francés exquisito. Iba sentado en el asiento del copiloto. Carol viajaba detrás, mientras Hache conducía.

—Alquilaremos un coche en el aeropuerto.

—Solo tengo tres días libres —dijo Carol.

—Serán suficientes para recorrer la zona de la batalla.

—¿Dónde vamos a dormir?

Julen se volvió hacia ella.

—Conozco a un exportador de vinos cerca de donde vamos —dijo—. Él nos dará alojamiento.

—Prefiero ir a un hotel.

—Jean-Pierre tiene un *château* encantador junto a sus bodegas. No te preocupes. Hache ha hablado con él para ultimar los detalles, ¿no es así?

El aludido emitió un murmullo afirmativo. Carol inspiró muy despacio, tratando de calmarse. Lo último que le apetecía en aquel momento era compartir un viaje con aquel caballero andante y su escudero.

—Tendrás que decirme qué te debo.

Julen la miró con las cejas elevadas, asomando por encima de sus gafas de sol.

—Es un viejo amigo, Carol. No va a cobramos.

—¿Y los vuelos?

—Son *low cost*. No valen nada.

«No valen nada», repitió mentalmente ella un par de veces, como si le hiciera la burla. Esos billetes, más el alojamiento en casa de su amigo, le daban a Julen el control absoluto del viaje, así que en realidad lo valían todo. Suspiró en silencio. No debía sorprenderse. Habían coincidido en distintas ocasiones y sabía que era el líder natural de la manada. Todos en su familia le rendían honores y le reían las gracias, su hermano Jota incluido. La única que se atrevía a llevarle la contraria de vez en cuando era ella, quizá porque también era la única que no le debía ningún favor.

—Creo que Magda debería haber venido con nosotros —dijo mirando por la ventanilla.

Julen esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Eso no era posible —dijo.

—¿Por qué no?

—Jota no ha tenido el detalle de dejar una nota diciéndole adonde iba. Tampoco la ha llamado. Ni siquiera sabemos si se ha ido solo o acompañado. ¿No es así, Hache?

Esta vez el murmullo fue doble, para que resultase negativo. Carol miró a Julen.

—Hace años que ya no son un verdadero matrimonio —dijo.

—¿Qué son entonces?

—Simplemente comparten un piso y una hija.

—Y un nieto —apuntó Hache.

—Según mi experiencia —dijo Julen—, cumplen de sobra los requisitos para ser un verdadero matrimonio.

Y le devolvió la mirada, de nuevo con las cejas elevadas, como para recordarle que ella nunca había estado casada.

—Es mejor que nos ocupemos nosotros —concluyó Julen.

Carol asintió.

—Yo voy en calidad de hermana —dijo con intención de enumerar—, Hache es su mejor amigo, ¿y tú?

—También soy su amigo.

—Tú no puedes ser amigo de mi hermano.

La sonrisa de suficiencia se evadió.

—¿Por qué no?

Era más una exclamación que una pregunta y ella no respondió.

—Tu hermano ha cambiado mucho —añadió Julen—, aunque tú no puedes saberlo. ¿Cuánto tiempo hace que no te dirige la palabra?

La conversación terminó con un brusco frenazo que empujó sus cuerpos hacia delante, como si las palabras contuvieran la inercia del movimiento. Carol lo comprendió todo. Ese viaje era el favor que iba a deberle a Julen a partir de entonces, así no podría llevarle la contraria nunca más. El líder ya no tenía ningún rival en la manada.

JULEN volvía a casa de madrugada casi todos los días, aunque siempre con una buena excusa. «Hoy he cerrado la compraventa de unos terrenos al norte de Madrid, estoy a punto de firmar un acuerdo con unos inversores rusos, hemos inaugurado un par de tiendas en un centro comercial, acaba de comenzar una importante feria internacional, he tenido que acompañar a unos políticos que están de paso. No sabes cómo son los de provincias cuando vienen a la capital. Lo quieren probar todo. Parecen adolescentes que van de excursión con las mochilas llenas de botellas de alcohol recién compradas en un supermercado.»

Rosa no sabía si todo era cierto. La situación económica de Julen nunca vaciló, ni siquiera cuando estuvo imputado en varios casos de corrupción y estafa en los años noventa, o, luego, cuando llegó la recesión de principios de siglo y muchos de sus clientes se fueron a pique. Estaba metido en muchos negocios y tenía que atender a mucha gente, de eso no había duda. Más de una vez le había ofrecido su ayuda. «Soy abogada, ¿recuerdas? El derecho mercantil siempre me gustó. Y también el financiero.»

Julen la miraba entonces con admiración, en silencio, como si en vez de estar tumbado en la cama se encontrase en un museo, de pie ante una obra de arte. Le pasaba un dedo por el brazo o por el cuello, como una simple caricia con intenciones artísticas, sin buscar nada más. Era su forma de responder. Ella debía seguir viviendo en el olimpo del ocio, junto a las demás diosas del planeta.

Rosa detestaba ser la víctima de aquel juego de seducción, aunque inevitablemente se sentía halagada. Se enfadaba y se derretía a la vez, pasando de la duda a la certeza en una décima de segundo. Lo que hacía un momento le había parecido una evidencia inculpatória contra Julen se convertía en algo improbable, casi irrisorio, después de compartir con él el primer cigarrillo del día, antes de levantarse de la cama.

Todo cambió una tarde de verano, horas antes de que Julen tomara un vuelo a Río de Janeiro, desde donde iba a recorrer varios países sudamericanos. Rosa no quiso acompañarlo. Era un viaje agotador, largo y lleno de escalas. A cambio le ayudó a preparar el equipaje, algo que nunca hacía. «Hay que abrigarse bien si se viaja al hemisferio sur en pleno verano.»

Al meter en la maleta un par de jerséis descubrió una caja de cartón que parecía un medicamento, posiblemente la mezcla de aspirina y cafeína que tomaba Julen para rendir mejor en sus viajes. No tenía la intención de fisgar, pero acabó abriendo la caja para descubrir que contenía unos preservativos. Inmediatamente retiró los jerséis de la maleta, volvió a colocarlos en el armario y se fue al salón a leer el periódico. Lo hizo todo en silencio y sin aspavientos, resignada a afrontar una realidad que había sospechado mil veces. Un rato después se despidió de Julen y comenzó a planificar su venganza.

Su primer pensamiento fue para Jota. Sabía que solo necesitaba hacer una llamada de teléfono para tenerlo a su disposición. Y esa certeza la condujo a una especie de euforia enloquecida. Le entraron ganas de reírse a carcajadas, con la boca muy abierta, como si hubiera perdido el juicio. Era la fuerza de su poder. Quizá era una reina o una diosa después de todo.

Jota recibió la llamada cuando todavía estaba en Mercamadrid. Le quedaban un par de horas de trabajo. «Necesito que me hagas un favor», le dijo Rosa. «Tú dirás.» «Quiero que vengas a casa y me llames Rose.»

YA se lo habían advertido, pero Juana no pudo hacer nada por evitarlo. Se lo dijo uno de aquellos especialistas que visitaron durante las primeras manifestaciones de la enfermedad. «Si este tipo de fobias y compulsiones no se tratan a tiempo, lo único que se consigue es que se multipliquen. Es un problema conductual, con una base patológica. Si se combate la patología pero no se ataja el problema conductual es como si no se hubiera hecho nada.»

Jacinto no lo entendió. Juana sí, pero no se molestó en explicárselo. Ya se había dado cuenta de que sus compulsiones iban a más. Al principio todo se había resuelto poniéndose unos guantes para no contaminar lo que tocaba en el baño o en la cocina, pero luego, tras una temporada más o menos tranquila, se obsesionó con otras labores domésticas.

Le daban miedo los huevos. De niña le habían dicho que las cáscaras y otras partes duras de los alimentos no se digieren y se acumulan en el apéndice del intestino hasta que se infectan y provocan una apendicitis. Así que cascaba los huevos sobre un plato y los observaba cuidadosamente con una lupa de Jacinto para asegurarse de que no había caído ningún trozo de cáscara. No quería ser la responsable de ninguna infección.

Lo curioso era que los miedos desaparecían cuando cocinaba para ella. Nunca comprendió por qué. Temía causar daño a los demás, no a sí misma. Seguía separando su imagen de la niña demente que se lavaba las manos a todas horas. En teoría, si temía causar daños a terceros, también podría

causárselos a la niña, pero no era así. Su conciencia se reconocía en ella, y el miedo que sentía era, por tanto, enteramente irracional. De lo contrario habría temido hacerse daño a sí misma, como un simple mecanismo de supervivencia.

Un domingo preparó una fuente de ensaladilla rusa para comer. Jota se había ofrecido para ayudarla pero ella prefería cocinar sola. Solo así podía ejecutar sus rituales de evitación sin tener que dar explicaciones a nadie. No le gustaba sentirse observada como un bicho raro. El vaso se le escapó de las manos y el estruendo se oyó en toda la casa. Jacinto la ayudó a recoger los cristales del suelo. No había caído ninguno en la encimera, donde estaba la fuente de la ensaladilla, pero Juana la repasó a conciencia con la ayuda de la lupa. Buscaba esquirlas de cristal confundidas con las patatas, las zanahorias, el huevo duro y los guisantes, algo improbable, casi imposible de encontrar.

Lo recuerda muy bien. Terminó el repaso con la lupa, metió la fuente en la nevera y se dirigió al salón para ver la televisión. Quería distraerse y actuar como una persona normal que acababa de cumplir con su deber, pero todo fue inútil. Había aprendido a librarse de sus miedos ejecutando una acción concreta, la que fuera, lavarse las manos, descalzarse, fregar el suelo con lejía, ponerse tiritas en las heridas de las manos, dar besos sin rozar las mejillas de los demás o no pisar nunca la tierra de los parques públicos. Por desgracia, no encontró nada que pudiera mitigar el pánico que sintió en ese momento. Sufrió taquicardias, sudor frío, un nudo muy apretado en el estómago y la sensación de ahogarse en el aire.

No pudo soportarlo. Se levantó del sofá con determinación y fue a la cocina. Abrió el frigorífico, sacó la fuente de la ensaladilla rusa y la tiró a la basura. Luego se sentó en una silla, junto al cubo de la basura, saboreando el alivio que sintió. Fue una ráfaga de placer difícil de explicar, algo tétrico, intenso y tan concentrado como un escalofrío.

Más tarde tuvo que encontrar la forma de explicar a su familia lo sucedido, una vez que dejó sobre la mesa del comedor una simple ensalada de lechuga y tomate. Lo hizo con una actitud dicharachera y feliz, hablando como si estuviera embriagada. Podía decir cualquier cosa. La ensaladilla estaba llena de cristales, la fuente se le había caído al suelo, alguno de los ingredientes estaba en mal estado. Eso era. La mayonesa no olía bien. No se había dado cuenta de que el bote estaba caducado. Carol, que muchas veces

hacía la compra para su madre, se extrañó.

—Pero si lo compré el otro día —repuso enfadada—. Mañana mismo bajo a la tienda y hablo con ellos. No puede ser que vendan productos caducados.

Y, pese a que seguía sonriendo, Juana notó cómo regresaban la taquicardia, el sudor frío y el nudo en el estómago. Se imaginó al dependiente de la tienda recibiendo una bronca de su jefe, o, peor aún, siendo despedido por haber vendido mayonesa en mal estado. Se imaginó la tienda denunciada y obligada a cerrar por las autoridades sanitarias. Y tuvo que actuar lo más rápidamente posible. Fue a buscar el bote de mayonesa a la cocina y volvió a la mesa.

—He leído mal la fecha —dijo, de nuevo con esa falsa actitud dicharachera—. No está caducada, mirad, qué tonta soy. Me extrañaba porque en esa tienda todo lo venden fresco y en perfectas condiciones.

Y de nuevo tuvo que sentarse, desplomando el peso del cuerpo en la silla, como quien acaba de librarse de un peso insoportable sin saber que, como había dicho el especialista, ese alivio reforzaba su conducta de evitación y la acercaba un poco más a las puertas del infierno.

Cuanto más alivio sintiera, más enferma estaría.

Sábado, 19 de agosto de 1916

Querido padre:

Llevamos varios días en la retaguardia y no hemos hecho otra cosa que dormir. Nunca había dormido tanto. He pasado dos días enteros en mi litera, levantándome de vez en cuando para beber un sorbo de agua o comer algo. No he sido el único, muchos de mis compañeros se han refugiado en la inacción del sueño. Otros, en cambio, han buscado cobijo en la fantasía e incluso algunos en las ilusiones. Los primeros tratan de engañarse a sí mismos. Los segundos viven engañados, ven visiones y, en el caso de que sobrevivan a la batalla, pasarán el resto de sus días en un manicomio.

Supongo que yo también me habría trastornado si no me hubieran dejado dormir. El cerebro del hombre tiene sus limitaciones. No es fácil vivir rodeado de muertos vivientes, compañeros con los que compartes un cigarrillo media hora antes de verlos tendidos en el suelo, con un orificio de bala en la frente y la mirada perdida en el cielo.

Si algo hemos aprendido en estas semanas de batalla es que no tenemos futuro. Hemos sido condenados a muerte por nuestros gobernantes. Somos culpables de pertenecer a un país, y de que ese país pertenezca a una alianza internacional. Somos culpables de pisar la tierra y respirar el

aire de la campiña. Y de ser varones. Y de ser fuertes. Y de ser jóvenes, aunque tengamos el mismo futuro que un viejo moribundo.

No conocemos la ilusión del porvenir. Vivimos minuto a minuto, hora a hora, día a día, como las ratas y los insectos, sin hacer planes para el día siguiente ni hablar del pasado, como si tampoco tuviéramos memoria. No tenemos esperanza ni memoria. La batalla es una exaltación del presente. Solo existe el hoy, el ahora, la décima de segundo en que una bala te pasa rozando la cabeza o un obús explosiona cerca de tu posición. Lo demás no importa. La patria, la tierra, los pueblos que conquistamos, la distancia que avanzamos hacia el enemigo no son más que una fantasía bélica, una aventura de ficción. Conozco a tipos que se están tomando la batalla así, como si estuvieran protagonizando una novela de acción o un cuento para niños. Y se equivocan, porque la batalla no es una ficción, lo que es una ficción es la vida.

Desde las trincheras de vanguardia nos llega este poema de un capitán escocés que murió en el ataque al B.A. Comienza así:

En las llanuras de Picardía
yace un soldado, muriendo
valerosamente, con el alma aún libre
pese a que trataba de destruir el mundo.[12]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

IX

LOS horrores de la batalla y la tensión acumulada destrozaron los nervios de muchos hombres, provocando lo que se conoce como «neurosis de guerra», «síndrome del corazón del soldado», «shock de las trincheras» o «fatiga de batalla». La dolencia había sido diagnosticada por primera vez cincuenta años antes, durante la Guerra de Secesión norteamericana, aunque el síndrome es, por supuesto, mucho más antiguo. Los síntomas son muy variados y comprenden desde convulsiones o espasmos hasta ceguera transitoria, insomnio, alucinaciones o pérdida del habla.

Se calcula que al final de la Primera Guerra Mundial se diagnosticaron más de cincuenta mil casos de neurosis de guerra en cada bando, lo que obligó a abrir centros especializados para el tratamiento de esta afección. El verdadero problema para las autoridades médicas era distinguir entre los casos reales y los simulados para evitar la vuelta al frente. Era un asunto delicado porque, en el fondo, todos los combatientes sufrían dicha dolencia con mayor o menor intensidad. Ningún soldado fue la misma persona cuando regresó a casa. De una u otra manera, todos reflejaron en su vida posterior los horrores vividos en el campo de batalla.

Los *War Poets* Siegfried Sassoon y Wilfred Owen fueron tratados de neurosis de guerra en un hospital de Edimburgo.

La escritora británica Pat Barker ficcionó esta convalecencia en *Regeneración*, novela que fue llevada al cine en 1997 por Gillies Mackinnon. Sassoon ha pasado a la historia por el manifiesto que escribió en julio de 1917 denunciando «los errores políticos y las falsedades por las que los

hombres son sacrificados en el combate». Sus palabras tuvieron mucha repercusión en la sociedad británica porque Sassoon, además de poeta, era un héroe de guerra condecorado con la Cruz Militar al valor.

J.R.R. Tolkien, que en 1916 tenía veinticuatro años, también estuvo en el Somme como oficial de transmisiones del 11.º Batallón de Fusileros de Lancashire. Combatió hasta el mes de octubre, cuando le fue diagnosticado un cuadro de «fiebre de las trincheras» provocado por una bacteria que transmitían los innumerables piojos que había en el frente. Hay partes de *El Señor de los Anillos* inspiradas en su experiencia personal. Él mismo lo confesó: «La Ciénaga de los Muertos y las proximidades de Morannon le deben algo al norte de Francia tras la batalla del Somme».

SE notaba que viajaban hacia el norte porque el tiempo había cambiado. El paisaje se veía en blanco y negro, hacía un frío húmedo y el cielo parecía más pesado que la tierra. Se habían detenido en un área de servicio para tomar un café e ir al lavabo. Faltaban un par de horas para llegar a Rungis.

—¿Qué haces cuando llegas a Bailleulmont?

Jota miró a Geike sin responder.

—Un vez que ves las tumbas de soldados —especificó la camionera—. ¿Qué haces después?

No lo había pensado. Desde que había subido a ese camión con forma de cachalote, Jota no pensaba en el futuro.

—No sé —respondió encogiéndose de hombros—. Supongo que buscaré el modo de volver.

—Tendrás que dar una explicación para la tuya familia.

—No estoy seguro de que vuelva a casa.

A Geike le divertía la parquedad expresiva de su pasajero. Era como si volviera a jugar a las adivinanzas.

—¿Dónde entonces vas?

—Quizá no vaya a ninguna parte.

Geike continuó sonriendo.

—¿Cómo es no ir a ningún parte? —preguntó.

Jota la señaló con un dedo.

—Viviendo como tú —dijo. Y enseguida se vio obligado a explicarse—. Viajando de un lado a otro.

—¿Y tu hija? ¿Y tu nieto?

No quiso nombrar a su mujer.

—Iría a verlos de vez en cuando —respondió Jota.

Geike guardó unos segundos de silencio mientras ordenaba las palabras en su cabeza.

—No es posible vivir sin una hogar —dijo—. Te digo yo, que vivo de uno lado a otro. Todo mundo necesita un sitio donde regresar. El único que motiva a mí es acercar a casa con el mío camión y saber que tiene una día libre o un fin de semana o unos vacaciones para descansar.

Jota suspiró tan fuerte que acabó resoplando.

—Yo me he pasado media vida al revés —dijo como si confesara—: maldiciendo las vacaciones y deseando que se acabara el fin de semana para volver al trabajo.

Geike no se atrevió a sonreír esta vez.

—¿Por qué no has divorciado? —preguntó.

Su pasajero negó moviendo la cabeza y elevando los hombros.

—Nunca he tenido esa necesidad —dijo—. Durante años fui feliz.

Ella lo había entendido.

—Fuiste feliz de lunes a viernes —dijo.

Jota estuvo a punto de asentir pero no lo hizo. En realidad fue feliz de lunes a jueves, que era cuando existía la posibilidad de que Rose lo llamara para comer juntos. Los viernes no lo llamaba nunca, porque Julen volvía de viaje al mediodía o a primera hora de la tarde.

NO solo la llamaba Rose, así, pronunciado en inglés, también le decía reina, a veces mi reina, o reina mía. Un par de palabras que lo convertían inmediatamente en un siervo. Se tumbaba junto a ella en la cama y le recorría el cuerpo con palabras. Empezaba por el cabello y los ojos, y le decía lo de los kiwis recién cortados. Luego seguía. «Tus pómulos pronuncian el volumen de tu rostro. Se anuncian primero y se ocultan después en una barbilla que resbala por el cuello, bajo el rubor paralelo de tus labios. Me muero por ellos, Rose, mi reina. Me muero por esas grietas carnosas que aparecen y desaparecen, se mojan y se secan como si tu boca fuera una nube de lluvia.»

Luego le hablaba de su cuerpo. Iba desabrochándole la ropa con la mano derecha mientras seguía tumbado de medio lado. La izquierda la usaba para sostenerse la cabeza. Le decía que sus pechos eran dunas que provocaban un desierto en movimiento y que su barriga era una laguna de agua dulce. Y que su ombligo era el tapón del desagüe. Y que, si quitaba el tapón, el agua se iría por allí arrastrando todo su cuerpo. Y hacía el gesto y el sonido de quien desenrosca algo, y luego pronunciaba un gorgoteo acompañado de círculos trazados en el aire por un dedo que se posaba de nuevo sobre el cuerpo de Rosa, provocando unas cosquillas que ella recibía riendo.

Él continuaba describiendo, cada día un detalle nuevo que comparaba con algo concreto y a veces ridículo, los muslos como dos salchichas cocidas, las rodillas como cabezas de pequeños seres con un solo pie, la cintura como la

curva más cerrada de un circuito de carreras. Dejaba para el final el agujero negro de la galaxia, un faro capaz de iluminar el infinito, la primera ola de un mar en calma. El Big Bang de un universo todavía inexistente.

Luego, ella le cerraba la boca. A veces con un dedo, o con los labios. Se abrazaban sin prisas, muy despacio, habitando en una gravedad mínima, como si estuvieran en la luna de otro planeta. Él se concentraba en disfrutar de todos los detalles y las sensaciones, mirando sin pudor, acariciando y olfateando el cuerpo de Rosa. No lo hacía para dar ni recibir placer, ni porque tuviera miedo al fracaso o dudara de sus facultades para el amor y quisiera estimularse. Lo hacía porque sabía que llegaría un día, no podía precisar cuándo, en que tendría que vivir con el recuerdo de aquellos momentos de placer supremo.

Ese presente amable y prohibido era su espacio temporal. Vivía para esos encuentros que comenzaron siendo esporádicos y acabaron convirtiéndose en una rutina ordenada y placentera, la vida más feliz que pudo imaginar. O así es como la definía las pocas veces que pensaba en lo que estaba sucediendo. Se apuntó la frase para Magda, que coleccionaba nombres para nuevos perfumes. La vida más feliz que puedas imaginar. Ese sería uno bueno, quizá algo largo.

Fue entonces cuando pensó en cambiar de trabajo. Se había hartado de los kiwis, tal vez porque ya no eran una sorpresa para nadie. Todo el mundo los conocía. Quería trabajar en Mercamadrid, por eso concertó una entrevista con los propietarios de ComimeX y les presentó su candidatura. Él no era un simple vendedor, les dijo. Tenía estudios superiores, era un gestor y se sentía perfectamente capacitado para dirigir un departamento de empresa.

Tuvieron que negociar el sueldo y el horario. El personal de oficina trabajaba de siete de la mañana a cuatro de la tarde, con una hora a mediodía para comer, pero Jota solicitó el mismo horario que los comerciales. «Un gestor tiene que estar al pie del negocio», dijo, «no parapetado tras la mesa de un despacho. Quiero sentir el pulso del mercado cada día de la semana, aunque eso me obligue a madrugar.»

Su horario quedó fijado de cinco y media de la mañana a dos de la tarde, con media hora para tomar un café, aunque él solía llegar al mercado un poco antes, a las cinco o a las cinco menos cuarto, para pasear por las naves antes de llegar a su despacho. Le gustaba presenciar los inicios y los finales de las

distintas campañas de frutas y verduras, la llegada de productos de importación, principalmente de África o Centroamérica, y la actividad diaria de los mayoristas. Había uno que traspasaba su puesto, otro lo ampliaba, otro instalaba una cámara frigorífica nueva o se cambiaba la furgoneta para hacer repartos más eficientes. Quería vivir todo eso de primera mano y sentirse libre de salir de la oficina a las dos de la tarde, una vez trabajadas sus horas, sin provocar envidia en sus compañeros ni suspicacia en sus jefes.

Todo lo hacía por si Rose lo llamaba para comer con ella y dormir una siesta a su lado, después de describir con palabras el reino de su cuerpo, ese territorio accidentado y solo transitable algunos días de la semana, siempre de lunes a jueves.

ES difícil saber si Jacinto enfermó por trabajar demasiado o por quedarse sin trabajo. Apenas le quedaban dos o tres clientes a los que entregaba planos dibujados a mano. El resto se había pasado a las nuevas tecnologías. Los delineantes más jóvenes como su hijo Daniel sabían poco de Rotrings y nada de tintas chinas, pero manejaban programas como AutoCAD y tenían plóteres que imprimían los planos en apenas unos minutos.

No tardó en sentir aquel dolor en el costado. Lorena le dijo que se debería a la tensión nerviosa. La palabra «estrés» todavía no se había incorporado al vocabulario cotidiano, al menos no al suyo. «Tiéndete en la cama», le decía, «y te doy un masaje.» Jacinto lo hacía aliviado. Las manos de Lorena tenían el poder de calmarlo al instante. Por eso siempre buscaba su contacto. Eran manos con poderes mágicos, como las de una curandera. A veces, Daniel también le daba masajes y friegas de alcohol, pero no era lo mismo. Y eso que tenía las manos más grandes y fuertes que su madre.

El médico le mandó a que le hicieran unas radiografías y lo citó en su consulta.

—Venga acompañado —le dijo por teléfono.

—Te irán a hacer alguna otra prueba —supuso Lorena.

Jacinto no dijo nada. No era un neurótico. Quizá solo se trataba de una lesión muscular o un problema de huesos. Eso quiso creer y eso creyó, pero comenzó a ordenar las cosas en su cabeza, por si acaso.

—Tiene usted un bulto en el pulmón izquierdo —le dijo el médico

señalando una radiografía—. Aquí, ¿lo ve? No sabemos qué es exactamente, pero no tiene buen pronóstico. Tendremos que extirparlo y analizarlo.

Salieron de la consulta cogidos del brazo, andando muy despacio. Jacinto parecía haber envejecido unos años en apenas media hora.

—No tiene por qué ser nada malo —dijo Daniel más tarde.

—Fumo desde que tenía más o menos tu edad —respondió su padre.

Y Lorena sirvió la cena con prisas y cierta brusquedad, como si quisiera tirar al suelo un vaso o un plato para provocar un estruendo y acabar con aquella macabra conversación.

Le extirparon más de medio pulmón. El bulto resultó ser un tumor cancerígeno que podría haberse extendido a otras vísceras. No lo sabían seguro. Por si acaso, radiaron la zona durante un par de meses, en sesiones cortas que dejaban a Jacinto sin fuerzas para nada, solo para agarrarse de la mano de Lorena y volver a casa.

Como resultado de todo ello, Jacinto pudo retirarse laboralmente con una pensión de invalidez. Ya no tendría que dibujar nunca más, aunque siguió haciéndolo por gusto, con plumilla y tinta china, como si no hubiera tenido bastante. Lo que nunca volvió a usar fue una escuadra y un cartabón. Se dedicó solo al dibujo artístico. Retrató a Lorena junto a la higuera, y también a Daniel, tomando el original de una foto. Pensó incluso en dibujar a sus otros dos hijos, pero solo tenía una foto desgastada por el tiempo en la que se veían dos niños cogidos de la mano.

Retiró su tablero de delineación y Daniel instaló, en su lugar, una mesa de despacho con un ordenador. Algunos días, Jacinto se sentaba a su lado. Daniel le explicaba cómo calculaba las cotas y los ángulos. Y rotaba la planta o el alzado en el que estaba trabajando para mostrarle la potencia de la herramienta informática. Jacinto asentía con el ceño fruncido, enmudecido y algo amoscado, sintiéndose víctima de una broma.

Por las tardes leía libros y revistas sobre Historia. Sus temas favoritos eran los bélicos, especialmente los relacionados con la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Le gustaba estudiar los mapas de ambas contiendas con la ayuda de una lupa y llegó a entender de estrategia militar y armamento. Hubo un tiempo, cuando era un adolescente, en que soñó con ser militar. No pudo ni plantearlo en casa, porque su padre había muerto en la guerra y los temas bélicos estaban prohibidos.

JULEN pasó años sin comer en casa. Tenía la agenda tan apretada que aprovechaba el tiempo de las comidas y las cenas para seguir cerrando tratos. Usaba un ritual perfectamente calculado, que siempre le funcionó. Durante el aperitivo, ante una copa de vino y una ración de jamón cortado a mano, solía hablar de algo personal: viajes, hobbies, la familia, el futuro de los hijos. Una vez servido el primer plato entraba a tratar el negocio en cuestión. Lo hacía de un modo algo brusco, como si el tiempo comenzara a apremiar, pero en el segundo plato volvía a desviar la conversación para hablar de algún asunto de la actualidad política, cultural o deportiva. O algún chisme de Madrid relacionado con algún miembro de la familia real, un escritor famoso o una estrella del cine. Era con los postres cuando volvía a los negocios, aunque brevemente y con la sola intención de subrayar lo que él consideraba importante, sin pretender cerrar ningún acuerdo. Eso vendría después, a su debido tiempo.

Ya era un experto en los mejores restaurantes de todas las capitales de Europa, Madrid incluida, así que comenzó a interesarse por la gastronomía de otras ciudades como Toronto, Santiago de Chile o Nueva York. Necesitaba nuevos retos al otro lado del océano. Visitó locales en el Midtown, Chelsea y el Soho en Manhattan, aunque también conocía alguno en Brooklyn, Queens e incluso en Long Island y Los Hamptons, donde siempre soñó con tener una casa con vistas al Atlántico.

Además de vinos y cavas, exportaba aceite de oliva, legumbres, jamón y

embutidos ibéricos, así como cueros, pieles y fibras naturales para uso textil. Igualmente importaba productos exquisitos como caviar ruso, champán francés, salmón ahumado del norte de Europa o cafés de Centroamérica. Más de una vez le había propuesto a Magda la idea de montar un negocio de perfumería.

—Podríamos crear una distribuidora de perfumes exóticos, de los que se fabrican en China, Corea del Sur y otros países del Sudeste Asiático. Hay allí un universo de especias, olores y sabores completamente desconocido en Occidente. Piénsalo.

Ella no tenía nada que pensar.

—No me voy a asociar con ese facineroso que cualquier día acaba en la cárcel —le decía a Jota por la noche, después de haber cenado los cuatro juntos en uno de esos hoteles que tienen el restaurante en la azotea.

Jota tampoco quería hacer negocios con Julen. Bastante culpable se sentía ya por haber convertido a su mejor amigo en un simple chico de los recados. Jamás invitó a su cuñado a Mercamadrid y siempre le hablaba del sector de la fruta fresca en términos poco atractivos.

—El producto es perecedero —le decía—. Si un contenedor llega tarde a su destino, no se puede devolver. Hay que venderlo enseguida bajando el precio o hacer compota de frutas. Existe una competencia brutal. Los precios nunca están asegurados y el mercado es claramente excedentario.

Lo hacía para no pasar más tiempo juntos. No quería depender de él de ninguna manera, ni compartir viajes de negocios, ni recibir llamadas suyas a todas horas, como le sucedía a Hache. Era mejor guardar las distancias y dejar que siguiera dedicándose a otros sectores industriales que lo obligaran a ausentarse de Madrid de lunes a jueves, a veces incluso toda la semana. O durante un par de meses, como aquella vez que Julen y Rosa se enfadaron y estuvieron a punto de divorciarse.

Ella había vuelto a sorprenderlo en un lío de faldas, esta vez sin el anonimato exculpatorio de los prostíbulos. Fue con una de sus *juniors*, como él las llamaba, jóvenes recién salidas de la Facultad de Empresariales con ganas de aprender a hacer negocios en la vida real. Hoy se habrían llamado becarias. Julen tuvo varias aventuras con sus becarias hasta que alguien lo traicionó y envió unas fotos a su esposa. Pudo ser cualquiera, no se molestó en averiguarlo. Tenía muchos enemigos. Rosa lo echó de casa y él aprovechó

la oportunidad para recorrer el Mediterráneo en un velero, con un exportador italiano a quien pensaba vender una gran cantidad de aceite de oliva.

Por descontento, invitó a su becaria.

JULEN se había sentado junto a Carol. Hache viajaba dos filas más atrás. «Eso es lo malo de los vuelos *low cost*, que no siempre es posible reservar el mejor asiento», como solía hacer Julen. Además, no había comodidades de ningún tipo y, por si eso fuera poco, nadie lo conocía. En algunas compañías lo saludaba toda la tripulación, desde el comandante al personal de servicio, llamándole Julen y tuteándolo como a un viejo amigo. El resto del pasaje lo miraba con una admiración contenida, ignorando si se encontraban ante un productor de cine, un diplomático, un deportista de élite o un magnate de las finanzas.

—No puedo creer lo que estamos haciendo.

Carol habló sin dirigirse a Julen, como si pensara en voz alta. Él señaló con las cejas al pasajero que estaba sentado junto a ella.

—¿No te apetece hacer una escapada al norte de Francia? —preguntó.

Carol habló esta vez en voz baja.

—El que ha hecho una escapada al norte de Francia es mi hermano. Nosotros simplemente vamos en su busca —le contestó.

Lo hizo por el gusto de matizar sus palabras.

—El tiempo libre le ha asustado —comentó Julen—. No pasa nada. Conozco casos similares. Hay gente que se asusta si no tiene un horario y unas obligaciones laborales que cumplir.

Carol no respondió.

—Lo que ignoro es por qué ha elegido ese destino tan singular —añadió

Julen—. ¿Hay alguien en vuestra familia que participase en la Primera Guerra Mundial?

—¿Hubo españoles en esa guerra?

—No muchos, pero alguno hubo. Se alistaron en la Legión Extranjera y lucharon junto a los franceses.

Carol alzó una ceja.

—Hache ha estado documentándose y me lo ha contado —dijo Julen.

—Ninguno de mis antepasados murió en esa guerra.

Él se encogió de hombros asintiendo.

—Quizá no se ha ido solo —dijo.

—Si se hubiera ido con alguien, no habría elegido un camión frigorífico como medio de transporte.

Julen reflexionó un momento.

—Salvo que estuviera fugándose con una atractiva camionera —dijo.

Ella asintió con desgana, sin ninguna intención de reírle la gracia. Julen suspiró profundamente para dejar claro que iba a cambiar de tema.

—¿Cómo estás tú? —preguntó—. ¿Estás saliendo con alguien?

Carol se volvió hacia él muy despacio.

—¿Buscas un tema de conversación o estás tratando de intimar conmigo?

Julen no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Le gustaba la gente con rasgos de carácter, sincera y genuina, algo que últimamente apenas encontraba, porque todo el mundo le guardaba las formas. Aquella mujer de pelo corto, cejas rectas y nariz aguileña podría resultar muy valiosa si trabajara para él.

—Me intereso por tu vida privada, pero no pretendo intimar contigo —respondió—. Simplemente, me gusta conocer a las personas con las que trabajo o colaboro. Sus orígenes, sus estudios, sus hobbies y también su pareja. La pareja dice mucho de uno mismo.

—¿Y si no la tiene?

—También es significativo.

—Estoy inscrita en varias webs de contactos para lesbianas. Miro fotos e intercambio mensajes, pero nunca quedo con nadie.

En esta ocasión no bajó la voz. Estaba tratando de intimidarlo.

—¿Por qué no? —respondió él sin inmutarse.

—Supongo que soy una solitaria a la que no le gustan las ataduras.

Julen asintió con decisión.

—Quizá lo que pasó con tus padres te marcó —dijo.

Carol lo miró fijamente mientras se separaba unos centímetros de él, como si estuviera desenfocado.

—Tu hermano me contó cómo se rompió su matrimonio. Ya te dije que éramos amigos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—El ejemplo de una ruptura tan cercana y dolorosa te ha llevado a idealizar la relación de pareja para que permanezca en el reino de lo imposible, a salvo de la realidad. Es un mecanismo de defensa que conozco bien porque mis padres se separaron cuando yo era un adolescente.

Elevó las cejas un par de veces para dar por terminada la conversación. Luego apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Carol lo observó durante unos segundos, repasando sus rasgos masculinos. Tenía la barbilla prominente y los labios carnosos. No había perdido el pelo, se vestía con un gusto exquisito y al parecer se preocupaba por todo cuanto le rodeaba. Tal vez lo hiciera para seguir siendo el líder de la manada, sí, pero lo cierto era que nadie, ni su madre ni su hermano cuando todavía se hablaban, se había preocupado jamás por su vida amorosa. Y de pronto aquel pomposo arrogante le había prestado toda su atención y todo su tiempo, poniendo el dedo en la llaga y arriesgando en sus deducciones. Ahí debía de residir el éxito de aquel tipo, pensó. Era una de esas personas que te hacen sentir importante. Un verdadero líder.

DESDE aquel día de la ensaladilla rusa que acabó en la basura, Juana volteaba los platos y los vasos vacíos antes de ponerlos sobre la mesa. De ese modo se aseguraba de que no contuvieran esquirlas de porcelana o cristal en su interior. A veces detectaba un plato mellado por los bordes y se preguntaba adónde habría ido a parar el trozo que faltaba. No soportaba la idea de que un miembro de su familia pudiera atragantarse con él o, peor aún, tragárselo. Necesitaba estar segura de que no hubiera caído en otro plato, en otra taza o en otro vaso.

En la calle caminaba siempre por la acera, evitando las zonas de tierra y césped. No le gustaba mancharse las suelas de los zapatos para no dejar un rastro de barro o inmundicias. No quería ser responsable de un resbalón o una caída. Tampoco pisaba las alcantarillas ni los registros de la luz o el teléfono para no arriesgarse a desencajarlos y convertirlos en la trampa de futuros tropezones.

No le gustaban las piedras sueltas sobre la calzada. Una vez golpeó una con la punta del zapato mientras cruzaba una avenida. Fue un lance involuntario. La piedra quedó en mitad de uno de los carriles, a la espera de que un coche la pisara con el borde de una rueda y la disparase contra un peatón a la velocidad de un proyectil. No era un percance frecuente, pero podía suceder. Por eso decidió recogerla en ese mismo instante. Si no lo hizo, fue porque se dio cuenta de la ridiculez que eso suponía. El propio asfalto estaba compuesto por pequeñas piedras que muchas veces se soltaban a causa

del desgaste, el calor o la humedad. Su piedra no era la única que había sobre la calzada.

Siguió andando muy despacio, sin voluntad de avanzar. Más bien al contrario, con la certeza de que debía regresar.

Necesitaba ejecutar el ritual de evitación, la fórmula mágica que la libraba del sudor (río y el nudo en el estómago que ya habían tomado el control de su organismo. Además, muy cerca de allí había un colegio público. La piedra podría salir disparada a la hora de entrar o salir de clase. Los niños son muy vulnerables, especialmente algunos, los más torpes, los que caminan más despacio. Las palpitaciones apenas la dejaban respirar. Su corazón reclamaba el espacio de los pulmones.

—Esto es ridículo.

Llegó a decirlo en voz alta. Necesitaba escucharlo. Alguien debería habérselo dicho al oído. «No lo hagas, Juana. No tienes por qué regresar a buscarla. La calzada está llena de piedras. Las posibilidades de que la tuya impacte contra un niño que sale o entra del colegio son tan remotas que no deberían preocuparte.»

Sin embargo, regresó. Esperó a que el semáforo detuviera el tráfico y la buscó sobre el asfalto sin fortuna. El semáforo cambió de color y tuvo que volver a la acera. Quizá era un poco más allá. Se desplazó unos metros y aprovechó el siguiente semáforo para seguir buscándola.

—¿Ha perdido algo, señora? —Un anciano se acercó a ella ofreciéndole su ayuda.

—No es nada. No se preocupe.

El anciano la miró sin comprender. Juana disimuló tocándose el cuello y las orejas, y las muñecas, como si quisiera comprobar que llevaba el collar y los pendientes, o como si hubiera perdido un colgante de su pulsera, o la piedra de un anillo.

Al final optó por recoger todas las piedras que encontró sobre el asfalto, aun sabiendo que ninguna de ellas estaba ahí por su culpa. Era una idea de locos, pero funcionó. Las palpitaciones cesaron y el nudo del estómago se fue deshaciendo poco a poco. Puede que ella hubiera dejado allí una piedra sin querer, pero a cambio había recogido más de una docena de posibles proyectiles.

Cuando llegó a casa, se sentó en el borde de la cama y se quitó los

zapatos con un alivio enorme y engañoso. Creía estar liberándose de algo y era justo lo contrario.

Domingo, 20 de agosto de 1916

Querido padre:

El 18 de Manchester ya no es lo que era. Hemos perdido a tantos compañeros que no podemos evitar un sentimiento de culpa. ¿Por qué seguimos vivos? ¿Por qué precisamente nosotros? ¿Somos unos afortunados o unos cobardes?

La Tierra de Nadie es un escenario atroz, una mezcla de barro, ratas y cuerpos desmembrados, el fin del mundo. He pasado horas allí tumbado, escuchando gritos de moribundos, risas de locos, maldiciones de desesperados y llantos de niños, todo amortiguado por el estruendo de la artillería y las voces de mando de los oficiales. A veces podíamos seguir avanzando, otras teníamos que esperar el momento propicio para regresar, normalmente al atardecer, para que los francotiradores no acabaran con nosotros. Si algo se mueve en la Tierra de Nadie es que está vivo. Los muertos no se mueven. Los moribundos tampoco.

Uno de ellos tiró de mi guerrera una tarde. Estaba tendido en el suelo, boca arriba. No se quejaba con desesperación, sino con una especie de resignada benevolencia. Fue a decir algo pero no pudo. No pertenecía a mi batallón ni tampoco al 17. Me miró con ojos de súplica. «Sácame de

aquí», parecía decirme sin palabras. Yo me encogí de hombros. «No puedo llevarte conmigo. Los francotiradores acabarían con nosotros.» Él volvió a tirar de mi guerrera para que me fijara en su cuerpo.

Al principio creí que tenía las piernas enterradas en el barro, pero enseguida me di cuenta de que le faltaban las pantorrillas y los pies. Sus piernas terminaban bruscamente en las rodillas, entre huesos astillados cubiertos de sangre. Alguien le había hecho unos torniquetes. Quizá él mismo o tal vez un enfermero que nunca volvió a buscarlo.

Lloraba con la cabeza abatida sobre el pecho, mirando sus piernas. Luego alzó la vista hacia mi bayoneta. Y por último buscó mis ojos. Me estaba pidiendo ayuda para morir. Oí el silbato de mi capitán. Tenía que irme pero no podía moverme. El soldado creyó que había accedido a ejecutarlo y cerró los ojos. Entonces fue cuando movió los labios. Estaba poniendo su alma en manos de Dios. Vi cómo apretaba los ojos con fuerza, como si de un momento a otro fuera a recibir el tiro de gracia, pero lo único que sonó fue el silbato del capitán.

Alguien apareció detrás de mí y tiró de mi brazo con tanta fuerza que casi me lo arranca. El soldado recuperó la voz para maldecirme en voz alta. También maldijo al creador. Se quedó tendido en el barro y supongo que no tardaría más de un par de horas en morir.

Pienso en él todos los días, aunque no pretendo reprocharme nada. Simplemente no quiero olvidarlo.

Enterrado en el barro hasta el cuello,
braceaba y remaba.
Él, que había desafiado
el campo sangriento.
Y como un chiquillo
a la salida de la escuela
gritaba: ¡qué inocentada!
y se reía como un loco.[13]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

A MAGDA nunca le gustaron las efemérides, ninguna, ni siquiera los cumpleaños. Si los celebraba era por obligación, sin ganas ni ilusión, como una responsabilidad social para corresponder a las invitaciones que recibía de los demás. A veces pensaba en ello. «Qué hay de festivo en una efeméride», se decía, «si lo que se celebra ya ha sucedido.» En todo caso, si fuera posible, habría que celebrar las efemérides del futuro. «Faltan tantos años para el día de mi muerte.»

Magda y Jota no fueron los primeros en celebrar sus bodas de plata. Otros amigos suyos ya lo habían hecho. Todos organizaban algo memorable, normalmente una gran fiesta y un viaje. Otra boda con su luna de miel. Magda no quería hacer eso. Jota tampoco. Apenas hablaron del tema y, en el último momento, acabaron invitando a comer a los familiares más próximos en un restaurante del barrio de Salamanca, sin ninguna intención de hacer un viaje después.

Magda reflexionó sobre lo que había conseguido con su matrimonio: una hija, un piso en propiedad, muchas horas de soledad, un nieto, eso sí, un niño lleno de vida que la recibía con una sonrisa y la despedía llorando. Y un marido que no la había querido en ninguno de esos veinticinco años de relación. No supo si era mucho o poco, tal vez nada.

Para eso sirven las efemérides. Originalmente concebidas para celebrar los acontecimientos felices, a veces, mucho más a menudo de lo que parece, se convierten en celebraciones de la desilusión y el fracaso. Algunas tardes,

Magda se tumbaba en el sofá con la televisión encendida y cerraba los ojos para imaginar otras efemérides posibles. Se veía trabajando en su pequeño taller de perfumería y cosmética, pensando en nombres para sus nuevos lanzamientos. Era su pasatiempo favorito, una especie de deformación profesional. Romance líquido. Arpegios de rocío. Nubes de bonanza. Sueños incumplidos. Tiempo perdido. También podrían servir versos de poetas famosos. Mi voz no te toca. Por una mirada, un mundo. La princesa está triste. La arboleda perdida. Escarcha de tus días. Este sol de la infancia.

Su nieto le traía recuerdos de cuando María era una niña. Los mejores años de su vida, otro nombre de perfume, quizá mejor en segunda persona. Los mejores años de tu vida. Durante esos años trabajó solo por las mañanas. Se cambió el horario a costa de perder una parte del salario para compartir las tardes con su hija y siempre se sintió orgullosa de haberlo hecho. Vivió la infancia de María tarde a tarde, todas las tardes del año, en casa en invierno, en el parque en primavera o en otoño y en la piscina en verano.

Entonces no pensaba nunca en ella. Ni en Jota. Todo su tiempo era para la niña. A veces iban los tres juntos de excursión a una vereda del río, a un pinar, a un museo, a un centro comercial o al cine. A veces eran una familia de verdad. Una pareja con una niña que no tardó en convertirse en una adolescente solitaria y esquiva que buscaba la compañía de sus amigas, sus compañeras de instituto e incluso sus tíos Julen y Rosa, cualquiera ajeno a sus padres, así de ingratos son los hijos, todos los hijos.

Ese sería el nombre de su perfume para adolescentes. Ingratitud.

JOTA había esperado en la cabina del camión mientras Geike firmaba la documentación y supervisaba la descarga de la mercancía en el mercado de Rungis. Fue una gestión más rápida de lo que esperaba. Algo más de una hora, dos con los accesos de entrada y salida. Luego tomaron la A-3 para bordear París por el este hasta detenerse en un área de servicio.

—Falta poco para llegar a la Picardie —dijo Geike, después de comerse una hamburguesa doble con huevo y patatas.

En el plato de Jota había huesos de pollo.

—Es mismo ir por un lado o por otro lado —añadió ella—. Puedo desviar y dejar a ti en Amiens. Solo tiene que tomar A-16.

—No quiero que te molestes por mí —respondió Jota, limpiándose la boca con una servilleta.

—Es molestia poca. Recuerda que ahora vamos sin fruta. El camión es ligero como un nube.

—Gracias.

—No des gracias. —Geike sonrió y rejuveneció al mismo tiempo—. Lo hago con un, con una condición.

Jota la miró sin necesidad de decir nada.

—Conoces mucho la condición —continuó Geike—. Quiero que digas qué hay en esas tumbas. Qué es el que tienes que comprobar con tus ojos propios.

Jota suspiró mirando la autopista por el ventanal junto al que se habían

sentado.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Trato de entender el que haces aquí.

—Ya te dije que no había nada que entender.

Geike levantó una mano para pedir la cuenta.

—Precisamente para eso —dijo—. No hay nada que entender pero mucho que explicar.

Parecía que Jota no iba a devolverle la mirada. Estaba hipnotizado por el discurrir del tráfico en los dos sentidos.

—Es algo que hay escrito en una de las tumbas.

—¿En cuál?

—En la de Albert.

—¿Qué hay escrito?

—Su nombre, su número de soldado, el regimiento al que pertenecía y el día de su muerte.

—Eso es escrito en todas tumbas.

Él dejó de mirar por el ventanal.

—Hay algo más, una frase que ordenó poner su padre.

—¿El padre de Albert?

Jota asintió como si confesara un secreto que había prometido no desvelar nunca.

—Pone: «Fusilado al amanecer. Uno de los primeros en alistarse. Un digno hijo de su padre».

JACINTO había ido alguna vez a la Facultad de Derecho para ver a su hijo desde la distancia, a escondidas. Le habría gustado hacerlo de otro modo, presentándose ante él para darle un abrazo, pero temía ponerle en un compromiso y provocar su rechazo. Jota era la única oportunidad que tenía de acercarse a su antigua familia, una vez que Carol había manifestado su desinterés. Lo más prudente era observarlo primero desde la distancia. Luego ya decidiría qué hacer.

Entraba en la facultad con aire resuelto, como si supiera adonde iba. De ese modo evitaba que alguno de los bedeles se lo preguntara. «¿Adónde va usted?» «Voy a ver a mi hijo.» «¿En qué curso está su hijo?» «No lo sé.» No lo sabía. Toda la información que había logrado reunir sobre sus hijos procedía de una de las vecinas que le ayudaron a cuidar de Juana. «Tú hija ha acabado los estudios de enfermería y ahora está haciendo prácticas en un centro de salud de Vallehermoso. Tu hijo estudia Derecho. Creo que quiere ser funcionario. Cuando termine la carrera se preparará unas oposiciones.»

Se dirigía a los paneles de los distintos departamentos donde estaban colgadas las calificaciones. Repasaba las listas de arriba abajo hasta que daba con el nombre de su hijo. Peña Roy, Jacinto. Y la nota. Unas veces un 6 o un 7. Otras un «no presentado». Jacinto padre se fijaba en el nombre de la asignatura. Derecho Penal, Derecho Administrativo, Filosofía del Derecho. Luego consultaba los horarios y buscaba la clase más próxima, la que estuviera a punto de comenzar o terminar. Y allá iba con la esperanza de ver a

su hijo rodeado de otros compañeros, a salvo de miradas o encuentros.

Nunca lo vio. Unas veces porque llegaba al aula en cuestión cuando los alumnos ya habían entrado o salido. Y otras simplemente porque su hijo no estaba. Veía parejas, tríos, grupos de alumnos hablando entre ellos, pero ni rastro de Jota, o al menos eso creía Jacinto, cada vez más confundido por las dudas. Tal vez lo había visto y no lo había reconocido.

No pretendía decirle nada. Tan solo quería verlo. En todo caso, le habría tomado una fotografía que le sirviera de modelo para hacer su retrato a plumilla. Lorena lo consolaba en casa. «¿Por qué no lo llamas por teléfono y quedas con él? Dile que tienes algo importante que decirle.» «No tengo nada importante que decirle», contestaba Jacinto. Lorena no insistía, aunque creía que después del tiempo transcurrido cualquier cosa que le dijera sería importante.

Años después, ella misma tuvo que ir al piso de Aluche. No le quedó más remedio, una vez descartada la opción de mandar a su hijo Daniel. Llamó al timbre sabiendo que podía recibir un portazo, especialmente si le abría Carol, pero tuvo suerte y quien lo hizo fue Jota. La miró un segundo sin reconocerla, creyendo que se encontraba ante una pedigüeña de una buena causa o una vendedora tratando de colocar sus productos de belleza o limpieza. Si no cerró la puerta, fue porque reconoció sus ojos transparentes, esas cejas perfiladas y esos labios carnosos que tantas veces había imaginado besar antes de dormir.

—Tu padre está enfermo —dijo Lorena en voz baja.

Jota se mostró dubitativo, no por la noticia, sino por el protocolo. No sabía si tenía que invitarla a pasar. «¿Quieres tomar algo? Mi madre estará muy contenta de verte.»

—¿Qué le pasa? —preguntó a modo de respuesta.

—Ha tenido un tumor en un pulmón y le han operado.

—¿Se le ha extendido?

—De momento, no. Pero tiene que hacerse pruebas cada tres meses.

Jota no dijo nada. Todo lo que hizo fue fijarse en los ojos de Lorena, a salvo de las perversiones de la realidad.

—Quiere veros —tuvo que decir ella.

Jota se distrajo pensando en lo que diría Carol cuando se lo contara.

—Al menos podrías venir tú —añadió Lorena—. Esta es nuestra dirección.

Le dio un trozo de papel doblado por la mitad y se dirigió al ascensor con intención de marcharse. Jota pensó en decir algo para retenerla. No iba a invitarla a pasar, pero tal vez podrían tomarse algo en el bar de abajo.

—¿Cómo está tu madre?

Lorena se había vuelto un momento.

—Igual —respondió Jota.

—Dale un beso de mi parte, pero no se lo digas. Solo dáselo.

LA verdadera jornada laboral de Jota comenzaba cuando cerraban los puestos del mercado, sobre las siete o siete y media de la mañana. Entonces era cuando debía repasar los informes de ventas, validar los precios y hacer nuevos pedidos de mercancía a corto y medio plazo. Sobre las diez se tomaba un café y una tostada de pan con tomate en el bar de la nave más cercana a las oficinas de ComimeX. El resto del tiempo era flexible. Podía emplearlo en reunirse con sus proveedores, visitar a otros importadores del mercado, preparar alguna campaña de marketing o alguna feria de frutas y verduras, hablar de nuevos proyectos con sus jefes o, simplemente, leer alguna revista del sector. Su humor mejoraba conforme llegaba el mediodía. Y cuando salía de Mercamadrid era un hombre en plenitud, rebosante de energía.

Rosa lo llamaba cada vez más a menudo, incluso dos días por semana. Lo esperaba en su casa con la mesa puesta en la cocina. Nunca comían en el salón, ni en el jardín. No querían exponerse a las miradas de los vecinos. Rosa daba unas horas libres a las chicas del servicio. Estaba segura de que alguna de ellas sabía que Jota era algo más que su cuñado, pero confiaba en su discreción.

Después de comer se tumbaban en la cama, en el dormitorio principal. Jota habría preferido hacerlo en otro cuarto. Quería librarse de la sombra de Julen y evitar que Rosa los comparase, seguramente porque temía salir malparado en la comparación, pero ella se negaba. Quería que su venganza

tuviera lugar precisamente allí, en el tálamo nupcial. Ella en su sitio y Jota en el de Julen.

Enseguida llegaban las palabras bonitas, las comparaciones, las caricias y los besos. Y esa gravedad lunar que ralentizaba el tiempo y las sensaciones, como si todo fuera una ficción escrita para leerse después, recreando la escena en la imaginación de un supuesto lector. Algunos días Rosa se mostraba apática y pasiva, como ausente. Otros, en cambio, era ella quien tomaba la iniciativa y se colocaba sobre Jota. Así funcionaban. El que estaba encima era el más ansioso. La ansiedad era más fuerte que la gravedad de la Tierra. Lo que Jota no sabía, aunque a veces lo sospechara, era que el deseo sexual de Rosa dependía enteramente de su marido.

Si aquella semana había encontrado algo sospechoso en su cartera o se había enterado de algún viaje que había compartido con otra de sus *juniors*, Rosa se colocaba sobre Jota nada más tumbarse en la cama, con la cara encendida y las manos recogidas en un puño. Si no era así, se dejaba hacer más tranquila, con los ojos cerrados y las manos abiertas, como si estuviera vengándose por anticipado de algo que todavía no había sucedido.

Luego se dormían un rato, nunca más allá de media hora o cuarenta minutos. Jota insistía en abrazarla, pero Rosa se libraba de él. «Me das calor.» «Estás sudado.» «No me dejas respirar.» Él la apretaba con una firmeza excesiva, quizá porque en realidad no la estaba abrazando. Lo que hacía era atarse a ella, encadenarse a su cuerpo, formar parte de él. Todo eso sucedía después del sexo. Tumbado en la cama mirando al techo, Jota sentía un bienestar integral de los pies a la cabeza, una especie de gratitud orgánica, como si su cuerpo reconociera en el de Rosa la fuente de la salud y la felicidad. No quería separarse nunca de ella. No necesitaba nada más para seguir viviendo. Un poco de oxígeno, algo de alimento y el cuerpo de Rosa a su lado.

Ella, en cambio, no se relajaba hasta que Julen no llegaba a casa. Solo entonces completaba su venganza, cuando veía que su marido se acostaba en el mismo lugar en que Jota la había abrazado a primera hora de la tarde con esa fuerza a la vez halagadora y ridícula.

A mediados de mayo, cuando comenzaba a asentarse el buen tiempo, Juana cogió un catarro. No era la primera vez que enfermaba en primavera. Al sol hacía mucho calor y a la sombra refrescaba.

—A mi cuerpo no le gustan los cambios de temperatura —dijo cuando se metió en la cama—. O hace calor o hace frío, las dos cosas no.

El médico le recetó un antitérmico y pronto comenzó a mejorar. La fiebre remitió a la vez que el dolor de garganta, pero ella continuó en la cama.

—Ya estás mejor. ¿Por qué no te levantas? Te hará bien estirar las piernas.

—Dejadme un día más para recuperar las fuerzas.

Jacinto se sorprendió al ver a su esposa tan serena y relajada, como si realmente necesitara aquella cura de inacción y sueño. Quizá todo pudiera resolverse pasando un par de días más en la cama, ¿por qué no?

La respuesta se fue repitiendo: «Necesito recuperar las fuerzas. En unos días estaré mejor». Y así pasaron dos semanas. Y luego un mes. Juana descubrió un bienestar inédito en la cama. Hacía tiempo que no se encontraba tan bien, tan a cubierto, a salvo de todo. Allí tendida no podía pasarle nada malo. No tenía que voltear los platos y los vasos antes de servir la comida, no temía contagiar los cubiertos con sus manos cuando ponía la mesa, le daba igual si en la calle había o no piedras sueltas, barro o suciedad, no tenía que lavarse las manos tres veces a cada momento, no se manchaba fregando, limpiando o cocinando. Además, estaba sola en la cama, porque Jacinto se

había trasladado a la habitación de Jota, los dos hombres de la casa juntos.

—No quiero pegarte mi catarro, será mejor que te vayas a dormir con el chico.

Por la mañana se levantaba para ir al baño. Entonces todavía se valía por sí misma. Aireaba la habitación, se cambiaba de camisón y desayunaba en la cama, sobre una bandeja con patas. Luego se dormía un par de horas más. Cuando se despertaba, Jacinto ya se había ido a trabajar y los chicos estaban en clase. Podía hacer lo que quisiera, tenía todo el piso a su disposición, pero nunca salía de su dormitorio. Allí tenía todo lo necesario para vivir en paz.

Jacinto había colocado la televisión de la cocina encima de la cómoda.

—Así te entretienes.

No era más que una solución provisional mientras Juana terminaba de curar su catarro, pero la televisión acabó allí sus días. E incluso fue sustituida por otra de mayor resolución y tamaño.

El primero que llegaba a mediodía tenía que hacer la comida. Normalmente era Jacinto, que comenzó a traerse trabajo a casa. A veces le ayudaba Carol y, después, cuando se convencieron de que su madre no iba a cocinar nunca más, le tocó el turno a Jota. Por eso se las arreglaba tan bien en la cocina. Sabía hacer sofritos, caldos, guisos de pollo y carne, pescados al horno, verduras al vapor, gazpacho y arroces de varias maneras. Su padre le enseñó, igual que hizo más tarde con Lorena.

La situación había llegado a un punto muerto. Juana no abandonaba la habitación en ninguna circunstancia, pero a cambio se encontraba de un humor excelente, como pocas veces la habían visto. Daba gusto entrar a saludarla y contarle las cosas del día. Una noche, Jacinto acabó metiéndose en la cama, a su lado, para comprobar de inmediato que todo se desmoronaba de nuevo. Juana lo rechazó sin argumentos. Ya no estaba acatarrada. Simplemente no quería tocarlo, ni que él la tocara. Jacinto comprendió que nada volvería a ser como antes.

—No puedo pagar ni exigir mucho —le dijo a don Manuel cuando fue a pedirle ayuda—. Alguien con buena voluntad servirá.

El párroco pensó en Lorena. Era buena chica, muy tímida y también muy sumisa, de mirada dulce, buen corazón y muy mala suerte. Nada más llegar a Madrid se había relacionado con la gente equivocada y acabó ejerciendo la prostitución a domicilio. Tenía un cuerpo bien formado y una cara hermosa,

aunque ajada por el cansancio y el infortunio. Así fue como lo dijo don Manuel.

—La mala suerte es una enfermedad tan grave como la que más, con el agravante de que no tiene cura. Igual que viene, se va.

Quedaron en verse a la semana siguiente. Don Manuel quería visitar primero a Juana. Luego hablaría con Lorena.

—Como usted diga.

El párroco se sentó junto a la cama con el mismo recelo que si estuviera practicando un exorcismo. Repasó con la mirada el rostro y los brazos de Juana, sin poder evitar las comparaciones. Hacía mucho tiempo que no la veía. Estaba pálida y ojerosa, tenía el pelo grasiento y los huesos asomaban a su escote. No parecía ella en aquel momento, sino ella dentro de unos años, como si hubiera viajado en el tiempo y hubiera vuelto al presente convertida en una anciana.

Lorena aceptó el trabajo. No quería seguir viviendo a costa de la parroquia. Don Manuel la acompañó el primer día.

—Hija mía —le dijo a Juana—, te traigo a una hermana para que te ayude con la casa y la familia.

Juana la miró desde la cama y sonrió sin mover los labios ni los ojos, como si no lo hiciera.

EL dolor en los oídos la despertó.

—Aterrizaremos en unos minutos —le informó Julen, sin dejar de leer el periódico.

Carol se volvió hacia atrás para comprobar que Hache seguía allí. Pese a que nunca le había caído muy bien, agradecía que el mejor amigo de su hermano fuera parte de la expedición.

—¿Tú no te has dormido? —le preguntó a Julen.

—Solo duermo cuando viajo en mejores condiciones, después de haber visto una película, con el estómago lleno, la cabeza apoyada como es debido y el asiento abatido.

Carol se incorporó. Le habría gustado levantarse para estirar las piernas.

—He soñado con mi hermano —dijo.

Julen pasó la página del diario y la miró un segundo.

—No me extraña —contestó—. Ese muchacho se está convirtiendo en una pesadilla para todos.

Carol negó con la cabeza, tratando de no reírse. No quería ser cómplice de Julen.

—¿Sabes lo que ocurrió entre mi hermano y yo?

Él no la miró esta vez. Al menos, no inmediatamente.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Quiero saberlo.

Julen asintió.

—No le permitiste despedirse de vuestra madre cuando murió.

—¿Eso es lo que te dijo?

—Él no me dijo nada. Lo sé por Hache.

Julen enarcó las cejas para indicar que lo sabía todo, hasta lo que no debería saber.

—No creo que fuera un asunto de tu incumbencia —dijo ella.

—Hay pocas cosas que no son de mi incumbencia.

Carol prefirió no contestar a eso.

—Hache y Jota son amigos de la infancia —acabó diciendo.

—Y yo soy amigo de Hache.

Carol lo señaló con un dedo.

—Eres su jefe —dijo.

—Pasamos muchas horas en el coche.

Julen encogió los hombros para excusarse.

—Un coche es como un confesonario con ruedas —añadió—. Hache escucha mis conversaciones al teléfono y sabe muchas cosas de mí. Tenemos mutua confianza.

Carol señaló hacia atrás con los ojos.

—No hacéis buena pareja —dijo.

—Tampoco Hache y tu hermano hacen buena pareja y lo saben todo el uno del otro.

La cabeza de Carol volvió a negar.

—No todo —dijo—. Hache ignora qué hace mi hermano en el norte de Francia sin móvil, sin coche y sin habérselo dicho a nadie.

Julen cerró y dobló el periódico con dos certeros manotazos antes de aproximarse a Carol.

—Eso no lo sabe ni el mismo Jota —le dijo en un susurro.

Carol asintió entonces con una sonrisa fugaz, como si supiera algo que Julen ignorase. Conocía a su hermano y sabía que era capaz de relacionar las cosas con una lógica muy particular, creando vínculos aparentemente inexistentes. Tal vez había ido a un campo de batalla en busca de un poco de paz.

LA primera bicicleta que tuvo Jota fue una Orbea de color azul claro con manillar alto, timbre, guardabarros cromados y una bandeja portabultos sobre la rueda trasera. Carol tenía una igual de color naranja. Sus padres las compraron un año cuando terminó el curso escolar, a finales de junio. Fue toda una sorpresa. Jacinto llegó a casa y llamó al timbre del portal. Juana bajó con sus hijos. «¿Adónde vamos?» «Papá tiene algo para vosotros.» Carol frunció el ceño. «No estoy vestida para ir a ningún sitio.» No le gustaban los misterios ni las sorpresas, pero fue la primera en dar un grito de alegría cuando vio a su padre en la acera sujetando una bicicleta en cada mano.

—Me quedo la naranja —dijo.

Jota se quedó la azul. Estuvieron el resto de la tarde dando vueltas a la manzana. Sus padres los saludaban al pasar. Entonces no lo sabían, pero esa sería una de las últimas veces que los verían así, cómplices y sonrientes. Tendrían que haberse hecho una foto los cuatro juntos, sus padres sonriendo y ellos sujetando sus bicicletas nuevas, para no olvidarlo nunca.

Jota y su padre iban muchos domingos por la mañana a comprar porras para desayunar, Jacinto montado en la bici de Carol y Jota en la suya. Pedaleaban hasta una churrería móvil que había instalada cerca del Hospital Militar y compraban las porras y media docena de churros, estos últimos para comérselos antes de volver a casa, en un descampado cercano, con las bicis apoyadas en el tronco de un pino.

Esa era la razón principal de aquellas escapadas matutinas, unos minutos de intimidad alrededor de unos churros cubiertos de azúcar, cada uno hablando de sus cosas: Jacinto del trabajo, de los plazos de entrega y de cómo las prisas eran capaces de corromper un oficio técnico y a la vez artesano como el suyo. Jota del colegio, de Hache o de una liga de balonmano en la que jugaba los sábados por la mañana. Se trataban como dos adultos. Luego se limpiaban las manos en el pañuelo de Jacinto, recogían las bicicletas y volvían a casa.

Años después, cuando su padre se marchó de casa, Carol llevó su bicicleta a un taller cercano y la vendió sin regatear el precio, simplemente para deshacerse de ella. No quería conservar nada que le hubiera regalado su padre. «Tú deberías hacer lo mismo», le dijo ajota. Pero él nunca quiso venderla. «La necesito para hacer deporte», decía. Y era cierto. Muchos sábados y domingos salía con ella a recorrer los senderos de la Casa de Campo o se llegaba hasta el aeropuerto de Cuatro Vientos para ver los aviones. La usaba también para ir a la compra o a hacer algún recado. Y muchos domingos se levantaba temprano para pedalear hasta el descampado que había junto a la churrería, creyendo que su padre habría ido a comprar unas porras para su nueva familia.

SE habían detenido en la cafetería de una gasolinera, con su explanada de asfalto, sus farolas, su poste anunciando el precio del menú y sus grandes ventanales, muy parecida a la de Mercamadrid. Un buen lugar para despedirse. Los camiones esperaban fuera, aparcados en batería. Un banco de cachalotes a la sombra.

—No entiendo.

Geike había estado pensando durante muchos kilómetros en el padre de Albert Ingham.

—¿Por qué poner esas palabras en tumba de hijo suyo?

Jota apuró su café echando la cabeza hacia atrás, como si estuviera bebiendo un chupito de alcohol.

—¿Tú entiendes? —continuó preguntando Geike.

Él la miró un segundo y encogió los hombros.

—Al principio creyó que Albert había muerto por heridas de guerra —dijo—. Así se lo comunicaron oficialmente las autoridades militares. Era un soldado caído en acto de servicio. Luego descubrió la verdad sobre su fusilamiento. Se lo contaron otros soldados del regimiento de Manchester cuando regresaron a casa.

Geike seguía sin entender.

—Pero esas palabras significan que hijo ha sido desertor.

Eso era una evidencia.

—La guerra da honor a soldados y familias —prosiguió Geike—. Así

contó mi abuelo, después de luchar en Segunda Guerra Mundial.

—La verdad también proporciona honor.

Geike negó convencida.

—No entiendo por qué militares permiten poner esas palabras. ¿Qué ganan con eso? Desertores y no obedientes son asuntos que ejército no gusta.

—Tal vez se sintieron culpables por haber mentido a los padres de Albert.

—¿Y qué pasó con otros desertores?

Jota no lo sabía.

—Supongo que sus padres no reclamaron nada —dijo—. Prefirieron que el mundo ignorase la verdad. Es probable que el padre de Albert quisiera denunciar al ejército británico, culpándolo de la muerte de un hijo al que consideraba inocente.

Geike frunció el ceño. Eso sí tenía sentido.

—¿Cómo llamaba padre?

—George.

—¿Y madre?

—Eliza.

—¿Por qué poner «un digno hijo de su padre»? ¿Por qué no «de sus padres»?

Otra pregunta sin respuesta.

—Es posible que Eliza no estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo su marido —respondió Jota—. O quizá George quiso limpiar el honor de su hijo en primera persona, de hombre a hombre.

Geike lo miró de reojo con una ceja levantada. Las guerras no son un asunto de hombres. Ninguna, la Primera Guerra Mundial tampoco, por más que las mujeres no estuvieran en las trincheras del Frente Occidental. Lo pensó sin decirlo. Es preferible salir a morir al campo de batalla que ver cómo lo hace un hijo, siempre, en cualquier circunstancia. No es una cuestión de hombres o mujeres.

—Tengo que ir —dijo consultando su reloj—. O no llego a Amberes en tiempo de cargar. ¿Eres seguro de quedar aquí?

Jota miró a su alrededor antes de asentir.

—Toma —añadió Geike señalando con un dedo—. Esta es mi tarjeta. Aquí mi dirección y este mi teléfono móvil. Si necesitas, llama a mí.

—No llevo tarjetas conmigo —respondió Jota a modo de disculpa.

—Sería más útil que llevas teléfono móvil.

Geike dejó un billete de cinco euros sobre la barra y se dio la vuelta.

—¿Necesitas algo más?

Jota negó. Se dieron la mano y un abrazo fugaz de camaradería. Geike salió de la cafetería en busca de su cachalote. Jota se apoyó en la barra del bar, de cara a los demás clientes.

X

EL 1 de agosto de 1916 el Comité de Guerra británico se reunió en Londres para estudiar un memorándum que habían recibido de Winston Churchill exponiendo sus críticas sobre la batalla del Somme. Churchill había sido primer Lord del Almirantazgo y había servido durante cinco meses en el Frente Occidental comandando el 6.º Batallón de Fusileros Reales Escoceses.

En su escrito decía: «En un mes de lucha apenas hemos conquistado una parte del territorio que se esperaba ganar en las dos primeras horas. No hemos avanzado siquiera cinco kilómetros en línea recta en ningún punto. Tan solo hemos penetrado a esa profundidad en un frente de siete a nueve mil metros. Una penetración en un frente tan estrecho es completamente insuficiente para alcanzar el objetivo de romper la línea. Sería fatal avanzar a través de una brecha de tamaño tan pequeño, que podría ser barrida por un fuego cruzado de artillería».

Los miembros del Comité de Guerra rebatieron los argumentos de Churchill aportando unas cifras más que controvertidas. Según ellos, las bajas del bando aliado habían sido de 160.000 hombres, incluyendo las 56.000 del primer día de la batalla. Los alemanes en cambio habían perdido 1.250.000 hombres, de los cuales 600.000 eran muertes seguras. A la vista de estos datos, no era el momento de abandonar. Más bien al contrario, debían reunificar sus fuerzas y lanzar una ofensiva semejante a la del primer día de la batalla.

Este nuevo ataque fue programado para el 15 de septiembre, fecha en que

estaría lista un arma móvil en la que todos tenían puestas sus esperanzas. Se llamaba «destructor oruga de ametralladoras», más conocido como «carro de combate» o «tanque». Disponían de cuarenta y nueve unidades.

El resultado de esta nueva ofensiva fue la toma de tres poblaciones que estaban en manos de los alemanes, la captura de cuatro mil nuevos prisioneros y un significativo avance de kilómetro y medio a lo largo de un frente de casi diez kilómetros. Parecía que las cosas comenzaban a decantarse hacia el bando aliado y la moral de las tropas se recuperó.

La batalla no podía durar mucho más.

Sábado, 16 de septiembre de 1916

Querido padre:

He vuelto a las trincheras de vanguardia, esta vez cerca de la población de F. para combatir entre los muertos vivientes, como si estuviera protagonizando una novela de terror. Los soldados del regimiento se han convertido en autómatas sin esperanza de supervivencia. No hablan entre ellos. Ni siquiera se miran. Apenas comen. No escriben cartas. No se conmueven por nada ni por nadie. Solo esperan a que suene el silbato del capitán para salir al campo de batalla y recibir la metralla del enemigo.

Los que consiguen regresar a la trinchera tampoco sienten ningún alivio porque saben que al día siguiente, o a los dos días, o a las dos semanas, tendrán que exponer de nuevo sus vidas. Ni siquiera los heridos reaccionan positivamente, conscientes de que volverán al campo de batalla en cuanto mejoren.

No hay escapatoria posible. Ante nosotros suenan las ametralladoras de los *boches*, y a nuestra espalda las pistolas de los oficiales que velan por el cumplimiento del deber. Es evidente que vamos a morir con el cuerpo lleno de metralla. Lo que no sabemos es si será al avanzar o al retroceder.

Los hombres con los que he vivido
se evaden de pronto en lejana perspectiva;
se juntan en la distancia como una nube oscura de pájaros

en el cielo del otoño.[\[14\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

JOTA guardó en el cajón de su mesilla el papel que le había dado Lorena con su dirección de San Isidro. Lo hizo sin abrirlo ni leerlo. No quería saber dónde vivía su padre, mucho menos antes de conciliar el sueño. No quería desvelarse. Lo mejor sería leerlo a la mañana siguiente, cuando se despertara. Con esa promesa pasaron los días. A la noche le sucedía la mañana, semana tras semana, y el cajón continuaba cerrado.

No le contó a Carol que Lorena había estado allí. Si lo hubiera hecho, se habría enfadado con él. «¿Por qué no le has dado con la puerta en las narices? ¿Qué coño quería esa aprovechada?» «Ha venido a decir que papá está enfermo.» «Mamá también está enferma», habría respondido Carol. «Seguro que no te ha preguntado por ella.»

A su madre tampoco quiso contárselo. ¿Para qué? Cuando le tocaba cuidarla, se limitaba a sentarse frente a la cama para escuchar su respiración. Juana apenas hablaba y el sonido del aire entrando y saliendo de su cuerpo era el único signo audible de que seguía con vida.

—Es como la pecera de Hache —le dijo una vez a Carol.

—¿Qué coño dices? —Había empezado a hablar así, usando «coño» como un adverbio, para enfatizar sus palabras.

—Hache tiene una pecera en su cuarto —respondió Jota—. Cría luchadores de Siam y luego los vende a la pajarería que hay debajo de su casa. Son peces delicados y muy valiosos. Se llaman así porque los machos luchan entre ellos hasta la muerte. La pecera tiene un filtro de agua que

funciona día y noche emitiendo un borboteo muy molesto. Una vez entré en su habitación y le pregunté cómo podía dormir con ese ruido. «Es justo al revés», me respondió Hache. «Si alguna vez se apaga el filtro, me despierto.»

No podía evitar una sensación parecida. Llegaría un día en que la respiración de su madre se apagaría y él despertaría de un sueño que había durado ya muchos años, los mejores de su vida, si es que los años de una vida pueden compararse entre sí. Por eso terminó abriendo el cajón de la mesilla. No quería seguir viviendo en sueños.

Las otras veces que había ido a San Isidro había estado, sin saberlo, muy cerca de la vivienda. Esta vez llegó hasta la misma puerta, en el número 15 de una de aquellas calles idénticas. No llamó al timbre. Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, como si necesitara oír la respiración de un ser humano para reaccionar. Desvió la mirada hacia una ventana. Era la de la cocina. Los visillos mostraban siluetas de frutas y hortalizas alineadas en una cenefa. Había tres geranios en flor en la ventana. Quizá fueran los culpables de su parálisis. No esperaba encontrar una casa llena de vida, con cenefas y flores. En su casa nunca había habido plantas.

Una vez, Lorena le había traído a su madre unas flores. Fue el día de su cumpleaños. Quería animarla de alguna manera y le compró un ramo de claveles rojos. Juana se puso muy contenta. Hacía años que nadie le regalaba flores. Jacinto no tenía tiempo para pensar en regalos. A veces le encargaba a Carol que comprara algo para su madre. «Mañana es nuestro aniversario, cómprale un perfume. O algo de bisutería. Luego le dices que hemos ido a comprarlo los dos juntos.»

Jota seguía delante de la puerta, en el número 15, junto a los geranios, tratando de captar signos de vida en el interior. Hacía calor. Comenzó a sudar y luego a boquear, como los luchadores de Siam en el acuario de Hache.

HACHE nunca tuvo novia formal. Conoció a muchas chicas, eso sí, pero ninguna pasó con él más de una noche. Jota no entendía por qué. Había en su amigo algo atractivo y repulsivo a la vez. Su personalidad provocaba una duda inicial que invitaba a conocerlo primero y abandonarlo después, en cuanto la realidad certificaba los presagios de la duda. Era un hombre atractivo aunque descuidado de presencia, divertido y mordaz, a veces incluso brillante, pero bebía y fumaba demasiado.

Jota solo fumaba marihuana cuando estaba en casa de Hache, para no desairarlo, y sin tragarse el humo. Le gustaba sentir la embriaguez del alcohol pero no aguantaba el sopor de la hierba. Prefería vivir excitado que adormilado. A Hache no le importaba porque, una vez colocado, era incapaz de saber si su amigo se tragaba el humo o no. Pasaron muchas noches así, riéndose del mundo en la habitación de los luchadores de Siam. Por aquel entonces, Hache vivía solo. Su padre llevaba varios años en una residencia de ancianos.

Hache no tenía hermanos. Jota creía que su afición por los peces exóticos, el alcohol y la marihuana procedía de la soledad. En cuanto cerró el bar de Cuatro Caminos se quedó solo, desparejado y desalineado con el resto de sus amigos. Todos estaban casados o a punto de casarse. Muchos tenían hijos y un puesto de trabajo. Algunos se habían ido a vivir a las afueras de Madrid. El único con el que mantenía la relación era Jota.

Hache era bien recibido en su casa a la hora de cenar. Magda sentía por él

una ternura amable y tolerante. Lo trataba como si fuera su hermano pequeño o su hijo mayor. Por eso le pidió que fuera el padrino de María el día de su bautizo. La madrina fue Rosa. Había que verlos a los dos en el altar, Rosa con un vestido de gasa que le transparentaba las piernas y unas sandalias de tacón a juego con las uñas de sus pies. Hache con un traje de su padre que le iba corto de mangas, una camisa mal planchada y una corbata que nadie fue capaz de colocar en su sitio. La bella y la bestia. «A ver si adivináis quién es la bestia.» Así se presentó Hache cuando llegó a la puerta de la iglesia.

La niña lo quería mucho. Hache la trataba con la camaradería granuja que reservaba para los más pequeños. Quizá por eso, ella lo recuerda como el primer ser humano que la trató como una persona, no como una niña. Alguna tarde Magda, María y Hache se citaban sin contar con Jota. A este no le importaba. Se iban al cine o paseaban por el centro de la ciudad, como una familia de turistas. Hache desplegaba entonces toda su chispa: ¿Cómo se llama la Puerta del Sol después del ocaso? ¿Por qué la Castellana es mucho más ancha y larga que la Gran Vía? ¿Cómo es posible que el Buen Retiro sea un lugar más céntrico que Aluche o Carabanchel? ¿Por qué a la calle de Preciados no le quitan la preposición para evitar malentendidos? Y cosas así, que hacían las delicias de sus dos acompañantes.

Todo cambió cuando Jota habló con Julen para que le buscara un puesto de trabajo. Además de proporcionarle unos ingresos fijos, la rutina de un horario y las obligaciones laborales podrían mejorar la vida social de su amigo. Lo que nadie se imaginó fue que Hache trabajaría sin horarios ni compañeros, siempre solo en el coche, esperando a Julen o haciendo recados para él. Su verdadera compañía fue la radio. Escuchaba tertulias, boletines informativos, retransmisiones deportivas y programas de entretenimiento. Nunca se ponía música. Prefería los monólogos, las conversaciones, incluso las discusiones. A veces, él también expresaba su opinión dando un manotazo al volante. «No tienes ni puta idea.» «Muy bien dicho.» «Qué más quisieras.» «Lo que hay que oír.»

Jota dejó de confiar en él. Ya no era su amigo de la infancia, sino el chófer del marido de su amante. No podía confesarle ningún secreto por si una de sus funciones era precisamente esa: descubrir los secretos de los demás. Por eso, durante mucho tiempo no le habló de sus sentimientos ni de su relación con Rosa, ni le confesó que era un hombre nuevo sin pasado ni

futuro. No le dijo a su mejor amigo lo que solo se le puede contar al mejor de los amigos.

Si lo hubiera hecho, lo habría puesto en una situación delicada ante su jefe, justo cuando iba mejor vestido que nunca y ganaba lo suficiente para comprar hierba de calidad.

JUANA no hacía nada por sí misma. Prefería dejarse ayudar. Estaba débil y dolorida, pero no tanto como para actuar como una inválida. Le gustaba sentir los antebrazos de Lorena bajo sus pechos, mientras la sujetaba por la espalda para que pudiera incorporarse y dar los pasos necesarios hasta llegar al baño. Luego volvía a la cama con un esfuerzo supremo, agotada, como si hubiera hecho una larga excursión. Era un juego peligroso. Su cerebro jugaba a la dependencia física y sus piernas acabaron perdiendo masa muscular hasta que llegó el día en que ya no pudo levantarse de verdad. Apenas pesaba cuarenta kilos. Parecía un esqueleto tumbado en la cama.

Luego estaba el tema de la luz. Cuando todavía se levantaba por las mañanas para ventilar la habitación, se entretenía viendo las motas de polvo orbitando entre sí, unas alrededor de otras, como asteroides en un rayo de sol. Era un espectáculo mágico que terminaba tan pronto como cerraba la ventana para ir al baño a lavarse las manos, los brazos, el cuello y la cara, todas las partes del cuerpo expuestas a ese polvo cósmico. Por eso dejó de levantar la persiana. No quería ver el polvo. No quería ver nada. Había desarrollado este patrón de comportamiento: lo que no era visible no existía. Sus ojos eran los guardianes de la realidad.

Comenzó a vivir a oscuras la mayor parte del día, y eso la confinó más aún en la cama, terminando de convertirla en una inválida. Ya no tenía que cerrar los ojos para relajarse. Podía hacerlo con los ojos abiertos a una penumbra amable e indulgente en la que no había motas de polvo ni rastro de

suciedad alguna.

A los pies de la cama siempre había alguien haciéndole compañía, un miembro de su familia o una vecina. Una de ellas hablaba sin decir nada en concreto, tan solo rellenaba con palabras un silencio que consideraba incómodo. Hablaba de series de televisión, de revistas del corazón, de sus hijos y sus nietos. Detallaba sus recetas de cocina favoritas e incluso alguna vez rezaba el rosario en voz alta. Había otra que no decía una palabra porque nada más sentarse en la butaca se quedaba dormida. A Juana le gustaba escuchar sus ronquidos. Le parecía un aparato de radio mal sintonizado que a veces pronunciaba una palabra o un suspiro, como si de pronto encontrara una emisora.

Luego entraban sus hijos. Carol estudiaba a la luz de un flexo que colocaba a su lado, en una banqueta. Jota leía libros. No sabía cuáles. Ni siquiera sabía si los leía por afición o por razones escolares. No estaba segura de qué curso estudiaba. Y no quería preguntarlo. Alguna vez estuvo a punto de pedirle que leyera en voz alta. Lo que fuera, lo que tuviera entre manos en ese momento. Quería escuchar su voz y comprobar que ya no era la de un niño.

También pasaba ratos con su marido. Jacinto encendía el televisor y se sentaba a los pies de la cama para ver con ella una de esas series de las que hablaba la vecina, una película o algún concurso, aunque casi nunca se quedaba hasta el final. «Tengo la verdura en el fuego», decía. «Hay que añadir el tomate a las salchichas.» «Ya estará el arroz.» Y luego, cuando llegó Lorena: «Voy a ver cómo va la chica». «Creo que se le está quemando algo.» «Tengo que ayudarle a colar el caldo.»

En cuanto él se levantaba, Juana le pedía que apagase el televisor. No quería quedarse a solas con desconocidos brillando en la oscuridad. Se había acostumbrado a tener los ojos abiertos sin ver absolutamente nada.

JOTA se dejó conducir por una carretera comarcal hasta las proximidades de la ciudad de Albert. Iba montado en la furgoneta que había llevado el pan a la cafetería donde se había despedido de Geike. Preguntó a los presentes si alguien se dirigía hacia el oeste y el panadero se ofreció a llevarlo. No le hizo preguntas ni le dio conversación porque se pasó todo el camino recogiendo pedidos por el móvil. A ambos lados de la carretera había campos labrados. Y varios cementerios.

—La Chapelle de Curlu, el cementerio de Maricourt, el de Carnoy. A la derecha, el Gordon de Mametz. A la izquierda, el monumento Devonshire.

El panadero iba nombrando lo que veían sin dejar de hablar por el móvil. Cuando llegaron al cruce que conducía a Fricourt, Jota le tocó en el brazo.

—¿No quiere que lo lleve hasta Albert? —preguntó el panadero frenando el vehículo.

—Me quedaré aquí.

—Hay buenos hoteles en la ciudad.

—No busco ningún hotel.

—¿Conoce a alguien en Fricourt?

Jota ya se había apeado de la furgoneta y no contestó. El panadero hizo sonar el claxon dos veces a modo de despedida. Jota caminó hacia la izquierda en dirección a la torre de la iglesia. Parecía un marinero guiándose por la luz intermitente de un faro, a punto de llegar a tierra firme. Ahí estaba la primera casa de la población, junto a una cruz de hierro forjado que, no

supo por qué, le sorprendió. Todavía no era consciente de que se encontraba en una de las regiones del planeta con más símbolos cristianos expuestos al aire libre.

Viró a babor. Frente a un bosque recortado entre campos de labranza encontró una granja donde no acogían huéspedes. Así se lo dijeron. No obstante, si continuaba hasta el final de la calle, encontraría una pequeña pensión donde daban alojamiento y desayuno.

—¿Aceptan tarjetas de crédito?

Fue lo primero que preguntó porque apenas llevaba cuarenta euros encima. Había salido de casa sin la intención de emprender ningún viaje. Solo llevaba su documentación, sus tarjetas de crédito y unos cien euros en efectivo, que se habían quedado en cuarenta después de haber comido con Geike y haberla invitado a café.

No le importaba el aspecto de la habitación. Si accedió a darle el visto bueno fue para no desairar a la mujer que le había confirmado que aceptaban tarjetas de crédito.

—Está perfecta, gracias.

Ni siquiera se fijó en el mobiliario. Todo lo que hizo fue asomarse a la ventana y observar las copas de los árboles.

—¿Viene a ver los cementerios?

Era una pregunta rutinaria, al menos para ella.

—¿Alguno en particular? Aquí, en Fricourt, tiene el Cementerio Alemán y el New Cemetery de los ingleses. Hacia Contalmaison encontrará el Peake Wood. En Mametz, el Dantzig Alley; y un poco más al norte, el monumento galés con su dragón y el Flatiron Copse. ¿Viaja en coche?

Jota negó mostrando las palmas de las manos, como si no supiera conducir. No lo hizo como si no tuviera coche. No quería que aquella mujer lo considerase un vagabundo. Era, en todo caso, un vagabundo con una tarjeta de crédito en vigor.

—Puede usar la bicicleta de mi hijo —propuso ella—. Está estudiando en París y solo viene por aquí algún fin.de semana.

Jota se quedó pensativo. No recordaba la última vez que había dado un paseo en bicicleta.

EL padre de Jacinto había muerto durante la Guerra Civil, en la batalla del Ebro, cerca de Mequinenza, en el verano de 1938. Jacinto tenía entonces trece años, edad suficiente para acordarse de él. Aun así, lo nombraba muy poco y casi siempre para contar algo que había oído decir a su madre. Actuaba como si no lo hubiera conocido en persona y no tuviera recuerdos propios.

Por eso, Jota se sorprendió al oír que le decía:

—Cuando yo tenía más o menos tu edad, mi padre se convirtió en una lápida con un nombre y una fecha.

Era domingo y se habían sentado bajo la fronda del pino, en cuyo tronco habían apoyado las bicicletas.

—Cada domingo por la mañana, tu abuela nos hacía ir al cementerio a mis hermanos y a mí. Primero teníamos que oír misa. El cementerio estaba junto a la iglesia. Mi padre fue enterrado en los primeros nichos que se construyeron en el pueblo. No pudo ser de otra manera porque no había espacio en la tierra para todos los muertos.

Jota había visitado el pueblo de su padre un par de veces y recordaba las pequeñas dimensiones de los nichos que vio, nada que ver con los grandes bloques que había en los cementerios de Madrid, auténticos edificios de varias plantas llenas de lápidas que parecían ventanas.

—Nos quedábamos delante del nicho, inmóviles, con las manos a la espalda, mientras mi madre se arrodillaba para limpiar la lápida con un paño.

Sobre ella había una figura del corazón de Jesús. Mi madre la limpiaba y luego le daba un beso, que en realidad iba destinado al corazón de mi padre. Así pasábamos unos minutos, como si volviéramos a ser una familia, compuesta por una mujer, tres niños, una niña y una lápida con un nombre y una fecha.

Jota se había comido ya sus churros. Los que quedaban en el cucurucho eran de Jacinto.

—Luego crecimos y nos fuimos del pueblo, cada uno a lo suyo, unos a estudiar y otros a trabajar, pero siempre que volvíamos por allí, los primeros años a ver a mi madre y luego a visitar su tumba, pasábamos unos minutos delante del nicho de mi padre, inmóviles, con las manos a la espalda. Allí seguía la lápida con la figura del corazón de Jesús, su nombre y la fecha de su muerte. Nada había cambiado. Todos habíamos envejecido menos él.

Hizo una pausa y cogió un churro.

—Llegó el día en que fui mayor que mi padre. No sé si entiendes lo que eso puede significar. Piensa en ello. Algún día tú también serás mayor que él.

Jacinto le dio el último churro a Jota. Debían volver a casa. Carol y Juana los esperaban para desayunar.

Sábado, 7 de octubre de 1916

Querido padre:

Hace dos noches que Alfred y yo partimos rumbo al nordeste. Caminamos durante horas hasta llegar a una trinchera que había quedado vacía desde la toma de C. Era un escondite perfecto. Podíamos quedarnos allí todo el día, a salvo de la luz del sol, y reemprender la marcha al anochecer.

No estábamos solos. Había allí unos soldados que parecían muertos, pero que pronto comenzaron a moverse. No nos asustamos. Todo el mundo sabe que los muertos no se mueven, al menos en el campo de batalla. Y estos se incorporaron y comenzaron a hablar en voz baja. Eran alemanes.

Uno de ellos se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta. No creímos que

fuera a dispararnos, al menos no en ese momento, pero nos pusimos en guardia. Supusimos que nos habíamos convertido en prisioneros de guerra y que nuestros guardianes tratarían de obtener información sobre nuestras posiciones y efectivos. Luego sí. Luego nos dispararían un tiro en la cabeza. Estábamos condenados.

Sin embargo, el soldado nos tendió una cantimplora. No dijo nada, simplemente estiró el brazo con la cantimplora abierta. Alfred fue el primero en reaccionar. La cogió y echó un trago. Luego me la pasó. Bebí y se la devolví al alemán. Fue un protocolo curioso. Todo lo hicimos muy despacio, como quien trata de demostrar que no esconde segundas intenciones. El soldado se sentó sobre un cajón de madera, con la espalda apoyada en la pared de la trinchera.

Nos habló en inglés. Dijo que no eran soldados. «Vamos vestidos como si lo fuéramos, pero no lo somos.» Esas fueron sus palabras. Se dirigían al canal de la Mancha para tratar de embarcarse en algún navío que los sacara de aquel infierno. Daba por hecho que nosotros compartíamos sus circunstancias, por eso nos hablaba con esa franqueza. Había varias posibilidades. Ir al norte hasta B., M. o D. Más al sur era imposible.

Eran seis muchachos de nuestra edad que estaban esperando el fin de la luna llena, previsto para el día 11. No podían hacer otra cosa. Durante la luna llena la Tierra de Nadie se limpia de restos humanos y eso genera mucha actividad nocturna. Era mejor esperar. Tenían provisiones y agua. Las habían conseguido de los muertos que habían encontrado por el camino.

No había bandos en la trinchera. Y, si los había, estábamos en el mismo, así que nos relajamos e hicimos un intercambio de alimentos para cenar. Ellos tomaron unas raciones *tommies* y nosotros probamos la gastronomía *boche* de campaña. Nadie dijo una palabra más, pero sí nos dirigimos gestos con las manos. El signo de OK, los pulgares hacia arriba, las yemas de los dedos recogidas en lo alto de la mano. Terminamos de cenar y nos acomodamos en la trinchera, como un grupo de amigos acampando al aire libre, bajo la luz de la luna.

Es preferible morir
mientras los miembros son fuertes y jóvenes,
antes de que acabe el día
y termine la alegre canción de la juventud.

La sangre caliente corriendo por las venas,
la esperanza de la juventud es un fuego abrasador,
los jóvenes tienen el deber de romper las cadenas
que reprimen los anhelos de su corazón.[15]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

XI

DESPUÉS de varias semanas de batalla, la Tierra de Nadie se había llenado de cráteres producidos por la artillería, restos de metralla y cadáveres pudriéndose lentamente. Por las noches, todo quedaba en calma y solo debería haberse oído el lamento de los heridos, pero no era así. Hasta las trincheras llegaba un rumor de voces susurrando palabras en distintos idiomas. Si se prestaba atención podían oírse pasos, ruidos metálicos, siseos de ropa y algún disparo aislado.

No tardó en correr el rumor de que la Tierra de Nadie estaba habitada por bandas de desertores fugitivos que aprovechaban la noche para robar armas, municiones y raciones de comida de los cadáveres. Eran grupos integrados por soldados de varias nacionalidades, aliados y alemanes colaborando para salvar la vida. Por el día se escondían en trincheras y túneles abandonados. Por las noches salían al exterior, armados y hambrientos.

La Historia apenas se ha ocupado de estas bandas organizadas. Es un tema tabú. Aun así, pueden encontrarse testimonios aislados de algunos supervivientes, como el del teniente coronel Ardem Beaman en su libro de memorias *The Squadron* [El escuadrón], publicado en 1920. «Nos advirtieron de que si insistíamos en ir tras ellos no dejásemos que ningún hombre fuera solo, sino en grupos numerosos, porque el Golgotha estaba habitado por salvajes, desertores británicos, franceses, australianos, alemanes, que vivían debajo de la tierra, como fantasmas entre los muertos enmohecidos, y que solo salían de noche para saquear y matar.»

Osbert Sitwell, que combatió en las trincheras de Ypres, también los

menciona en su autobiografía *Laughter in the Next Room* [Risas en la habitación de al lado], de 1949. «Durante cuatro largos años... el único internacionalismo, si es que existió, fue el de los desertores de todas las naciones beligerantes: franceses, italianos, alemanes, austriacos, australianos, ingleses, canadienses. Proscritos, estos hombres vivían —al menos lo hacían— en cuevas y grutas bajo la línea del frente. Cobardes y desesperados... que no reconocían ningún derecho y no tenían más reglas que las propias, saldrían de sus escondites después de cada interminable batalla para robar a los moribundos sus pocas posesiones —tesoros como botas o raciones de comida—, y dejarlos morir.»

JACINTO se pasaba toda la mañana en su estudio leyendo y tomando notas. Parecía un estudiante de Historia preparando un examen sobre los conflictos bélicos de la primera mitad del siglo XX. También leía poemas de guerra, estudiaba los mapas de las batallas, con las posiciones iniciales y finales de los ejércitos, y dibujaba reproducciones de armamento, vehículos militares, tanques, aviones y barcos. La radio seguía encendida y la ventana abierta para oír el trajín de Lorena en el patio de la higuera.

Ella le regaló por su cumpleaños un cuaderno con las tapas verdes.

—No quiero que se pierdan todos estos dibujos —le dijo—. Me gusta mucho este biplano, este zepelín y este barco de tres chimeneas. Si los dibujas en el cuaderno no se perderá ninguno.

Él la miraba sin responder. No veía la necesidad de conservar aquellos dibujos. No era ningún artista. Simplemente se había pasado muchos años dibujando y no podía dejar de hacerlo así como así.

Lorena no era una mujer religiosa. Jamás rezaba ni iba a la iglesia, pero visitaba regularmente a don Manuel. Nunca supo si visitar a un cura podía considerarse un acto religioso. Se sinceraba con él.

—Come cada vez menos. Se está quedando en los huesos.

El párroco se acariciaba la barbilla.

—Y los médicos, ¿qué dicen?

—Que tienen que volver a operarlo porque le han encontrado otro tumor.

—¿Y él? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Se pasa todo el día leyendo libros de Historia y dibujando.
—Eso es bueno.
—No crea, está muy triste.
—Es normal.
—Quiere ver a sus hijos, a sus otros hijos.
—Lo entiendo.
—Fui a visitarlos, ¿sabe?, pero no quisieron saber nada de nosotros.
—¿No?
—Le di a Jota la dirección de nuestra casa, pero no ha venido.
—¿Quieres que hable con él?
—No serviría de nada.

Por las tardes Daniel y Jacinto jugaban a las damas. Se pasaban horas compitiendo según el tanteo de un partido de tenis. A Daniel le gustaba mucho el tenis. Se había aficionado viendo cómo Sergi Bruguera ganaba dos veces seguidas el torneo de Roland Garros. Cada partida era un juego y disputaban partidos al mejor de cinco sets. Podían durar semanas.

—¿Cómo vais? —les preguntaba Lorena.

—Pierdo cinco juegos a dos en el tercer set —respondía Daniel—, pero los dos primeros sets los he ganado yo.

Habían pasado tres años ya desde la primera intervención quirúrgica. Daniel estaba hecho un hombre y hacía su propia vida. Muchas tardes, Lorena y Jacinto se quedaban solos en casa y se tumbaban en el sofá para ver una película, ella con cuidado de no cargar su peso sobre él. Luego daban su habitual paseo hasta el parque, y, a veces, si Jacinto no estaba muy cansado, se sentaban en una terraza y se tomaban una cerveza.

Cada semana acudía a la consulta de un médico. Cuando no era el neumólogo era el oncólogo u otro especialista. Lorena lo acompañaba siempre. Le ayudaba a desnudarse y a vestirse, tomaba nota de los tratamientos y le daba ánimos. Lo que nunca hizo fueron bromas. Ni con la enfermedad ni con nada. Lorena era una mujer grave, sin margen para el sentido del humor. Por eso siempre salía muy seria en los retratos que le hacía Jacinto, incluso cuando una vez quiso dibujarla desnuda y ella posó tumbada en la cama, con la cabeza apoyada en las manos.

HACHE conducía el coche alquilado. Carol viajaba a su lado, Julen detrás, preparando una videoconferencia en su tableta. Cuando le avisara, Hache detendría el vehículo durante unos minutos para evitar problemas de conexión. Desde hacía un tiempo era así como prefería mantener las reuniones, guardando las distancias, a través de la pantalla de un ordenador o una tableta. «Todo es cuestión de aprendizaje», decía. «En una videoconferencia no caben el desorden ni el atropello lingüístico, porque no se puede interrumpir a quien habla. Hay que respetar siempre el turno de palabra. Es la manera más civilizada que conozco de hacer negocios.

Las reuniones cara a cara acaban siendo exposiciones públicas de egos, vanidades y malos rollos, carecen de orden y con frecuencia duran más de lo necesario.»

Abandonaron la A2 y detuvieron el coche en un área de descanso, cerca de Valenciennes.

—Me alegro de que estés aquí.

Hache y Carol se habían bajado del coche para estirar las piernas.

—No me gustaría viajar a solas con ese fantasma —añadió Carol.

Los ojos de Hache se volvieron hacia el coche.

—No es mal tipo —dijo.

—No es necesario que le hagas la pelota.

Hache encendió un cigarrillo y le ofreció la cajetilla a Carol.

—Nunca le hago la pelota —contestó—. Es la verdad. Es un buen tipo,

aunque está muy solo.

Carol se extrañó alzando las cejas. ¿Cómo iba a estar solo el rey de las relaciones públicas de Madrid, capaz de codearse con políticos, empresarios, deportistas y estrellas de la televisión?

—Conoce a mucha gente —dijo Hache, adivinando sus pensamientos—, pero las relaciones humanas no dependen de la cantidad sino de la densidad. Si tienes muchos conocidos, es probable que tengas pocos amigos, quizá ninguno.

Fue una declaración inesperada, procediendo de alguien que podía contar a sus amigos con una sola mano. Y sin usar todos los dedos.

—Jota y tú erais inseparables.

—Nos criamos juntos.

—Lo recuerdo muy bien.

Carol emitió un suspiro de nostalgia. Durante un tiempo, Hache fue un miembro más de su familia. Muchos días se quedaba a comer o a cenar en casa, a veces incluso a dormir, al menos mientras Juana hizo una vida normal. Así es como Carol recordaba a su madre, no en la cama con las persianas echadas y la luz apagada. Guardaba un recuerdo congelado de toda su familia, una imagen antigua de cuando veían la televisión los cuatro juntos los sábados por la noche, a veces en compañía de Hache, con la cena servida en la mesita pequeña del salón: jamón, queso, espárragos y huevos rellenos. O cuando iban al campo a pasar el domingo cargados con unas sillas plegables y una nevera de plástico en la que había una tortilla de patatas, un melón, unos botellines de cerveza y unos refrescos de naranja entre cubitos de hielo.

—Tú tampoco sabes por qué Jota ha venido hasta aquí —dijo señalándolo con un dedo.

Era un reproche, pero Hache no se lo tomó a mal.

—Es algo que tiene que ver con vuestro padre —respondió.

Carol evitó cualquier gesto de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—No lo sé. Lo he deducido. Jota no se ha perdonado todavía.

Esta vez sí, Carol mostró su sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes. Le habría gustado despedirse de él.

Hache tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con la punta del zapato. Era su manera de subrayar lo que acababa de decir.

—Mi padre se olvidó de nosotros —añadió Carol—. Tú también sabes eso. Se fue de casa cuando más falta nos hacía. No creo que Jota tenga motivos para culparse de nada.

En ese momento, la puerta del coche se abrió.

—Asunto resuelto —dijo Julen estirando los brazos, como si se hubiera liberado de una pesada carga—, podemos irnos.

Hache asintió y levantó una mano, pero antes de dirigirse al coche se volvió hacia Carol.

—Estás muy equivocada —le dijo en voz baja—. Tu hermano se siente culpable y no descansará hasta que alguien lo perdone.

JULEN se dio cuenta de que algo iba mal a los pocos años de estar casado con Rosa. Pese a mantener una vida sexual activa no habían conseguido ser padres. Podía ser un problema de ella o de él. O de los dos. Nunca lo hablaron. Rosa no se atrevía a sacar el tema, quizá porque, en el fondo, dudaba de su vocación maternal. Nunca le habían gustado los niños y no quería arriesgarse a dañar la escultura de su cuerpo, algo que les había sucedido a la mayoría de sus amigas después de la maternidad, su hermana Magda incluida.

No usaban ningún método anticonceptivo y ella no se quedaba embarazada, así que el hecho de no hablar de ello no cambiaba las cosas. Los dos eran conscientes de que algo iba mal. Tal vez deberían acudir a un especialista y hacerse unas pruebas de fertilidad. Julen no conocía a nadie en Madrid y, por descontado, jamás iba a un médico al que no conociera previamente. No podía entender cómo la mayoría de la gente confiaba su salud a un desconocido. Lo que sí conocía era el sector de la industria farmacéutica, así que agotó su agenda de contactos hasta dar con una clínica de reproducción asistida recién abierta en Valencia, ciudad que visitaba con frecuencia.

—Es usted infértil —le dijo el médico cuando lo recibió una semana después de haberle hecho unas pruebas.

—¿Hay algo que pueda hacerse?

—Por supuesto que sí. Podemos inseminar a su esposa sin ningún

problema. —Hubo un silencio—. Me estoy refiriendo a nuestro banco de esperma, naturalmente. Le aseguro que el proceso reúne todas las garantías necesarias, tanto biológicas como jurídicas, además de una total discreción.

Julen comenzó a negar con la cabeza.

—Créame que lo siento, pero su esperma no es válido. Las únicas opciones son la inseminación o la adopción, en cuyo caso tendrá que recurrir a otros profesionales.

Julen volvió a su hotel y anuló las citas que tenía pendientes. No podía concentrar su atención en ningún otro asunto, al menos durante esa tarde. Se sentó en la terraza de su habitación y pidió una botella de Chardonnay muy fría. Pocas cosas le relajaban tanto como un buen vino blanco servido entre hielos, en una cubitera que atrapase la humedad del aire y la hiciera resbalar gota a gota por el exterior de la botella.

No le diría nada a Rosa. No pensaba someterla a todo el proceso que le había explicado el médico. Inyecciones, hormonas, punciones y toda clase de pruebas y analíticas. Ella no tenía la culpa de su infertilidad. Tampoco era partidario de adoptar. No tenía sentido si Rosa era fértil y podía tener hijos, al fin y al cabo, la había elegido como esposa por eso mismo, porque quería tener hijos sanos, inteligentes y guapos como su madre. No había nada de que avergonzarse. Las leyes de la genética son universales y afectan a todos los órdenes de la vida animal.

A menudo soñaba con llevarse a su hijo de viaje y presentarlo en alguna reunión o consejo de administración. «Este es mi hijo Julen, o mi hija Marta. O los dos. Los traigo para que vayan acostumbrándose a la dinámica empresarial.» Los matricularía en una escuela de negocios de Boston o de Chicago y compartiría con ellos toda su experiencia, sus contactos y su larga cartera de clientes.

La botella de vino estaba casi vacía. La humedad del aire condensada y casi evaporada. Una vez descartados el banco de esperma y la adopción, no encontró solución posible. Llamó al servicio de habitaciones y pidió la cena. El vino le había abierto el apetito.

CUANDO se despertó, tuvo ese momento de desconcierto que sufre el viajero que se ha detenido a descansar. «¿Dónde diablos estoy?» Había subido a la habitación y se había dejado caer sobre la cama sin desnudarse. Estaba tan cansado que ni siquiera se había quitado los zapatos. Miró por la ventana. Las copas de los árboles se movían despacio, con el movimiento cíclico de las olas del mar. Se dio una ducha. Los pliegues de la colcha se habían marcado en una de sus mejillas. No tenía ropa limpia, así que tuvo que enjabonar los calzoncillos en el lavabo.

Salió de la pensión con intención de acercarse al cementerio alemán por la carretera que discurría junto al bosque. Había unas escaleras y un rótulo conmemorativo. No lo leyó. No era un turista. Todo lo que encontró fueron cruces oscuras y árboles. Y alguna lápida con la estrella de seis puntas de los judíos. Las cruces parecían nacer del suelo como si fueran plantas muy simples, un tallo con dos ramas opuestas, sin flores. Todo parecía natural, un jardín botánico para honrar a los muertos. Leyó los nombres de algunas cruces. Friedrich, Otto, Arnold, Heller, Frank, Hermann. Se dio cuenta del poder que tienen los nombres propios. Esas cruces con esos nombres grabados nunca podrían formar parte de un jardín botánico, aunque llevaran allí cien años.

Regresó a la carretera y caminó por un sendero que discurría entre campos de labranza hasta el nuevo cementerio británico. Allí encontró lápidas blancas perfectamente alineadas. Los soldados guardaban la

formación incluso después de haber muerto. Era una parada militar de lápidas. En algunas había nombres, en otras solo iniciales. La D de David, la A de Andrew, la W de William, la M de Matthew, la H de Harvey o de Harry. O de Hache. Una a una, cada lápida una inicial, un soldado. Paseó nombrándolos mentalmente durante un par de filas. Luego se dio cuenta de que parecía un oficial pasando revista a la formación y dejó de hacerlo.

Regresó a Fricourt. Había otro cementerio de lápidas blancas en el núcleo urbano. También lo visitó. La R de Robert, la M de Max, la O de Owen o de Oscar, la S de Stephen, la B de Benton o de Brendan. Frente al cementerio vio un prado verde y festivo sin animales pastando. Daban ganas de tumbarse en él a mirar el cielo.

Se sentó en un banco de madera. Las nubes parecían desfilar hacia el este, movidas por un viento marcial. A veces olvidamos que el cielo forma parte del paisaje, pensó, sobre todo cuando tomamos fotografías. Queremos que salga bien encuadrada la montaña, el edificio o el monumento, pero no hacemos fotos del cielo. Y el cielo es lo único que queda a la vista cuando uno está tumbado en el suelo, donde sea, en un prado, en una trinchera o en una tumba de lápida blanca.

¿Cuántos soldados murieron viendo un cielo como aquel? Era el verano de 1916. Los jóvenes ingleses, franceses y alemanes se habían citado en la campiña francesa para morir. Otros habían venido de más lejos, de Vancouver, de Nueva Zelanda, de Sudáfrica o de otras batallas como Galípoli o Verdún dispuestos a seguir muriendo. Un soldado siempre está dispuesto a morir. Había leído que el soldado más joven que participó en la batalla del Somme tenía catorce años, el más viejo sesenta y siete. Podrían haber sido un abuelo y su nieto. Varias generaciones de hombres sacrificaron su existencia en un prado como aquel, mirando un cielo como ese, con sus nubes flotando sobre un azul luminoso, lleno de vida.

En algún sitio tiene que haber un estudio demográfico de aquellos años. Es evidente que se produjo un significativo descenso de la población en los países implicados, contando tanto los soldados muertos como sus descendientes nunca concebidos. Quizá pueda consultarse en internet. Retroceso demográfico en Francia, Reino Unido y Alemania tras la Gran Guerra. Generación perdida en la Primera Guerra Mundial. Efectos demográficos de las batallas del Somme y Verdún en los países participantes.

Por la noche siguió pensando en ello, tumbado en la cama, después de haber cenado una ensalada con huevos duros, atún y anchoas que le había preparado la dueña de la pensión. Entonces solo tenía a la vista el techo de la habitación, pero con un poco de imaginación podía seguir viendo las nubes que muchos hombres vieron antes de morir, mientras morían.

JUANA estuvo preguntando por Lorena hasta un mes después de que se marchara con Jacinto. Carol no quería contarle la verdad.

—Se ha puesto enferma —le decía.

—¿Qué le pasa?

—No es nada, un dolor en la espalda. Tiene que guardar cama durante unos días.

Y luego, cuando pasó una semana.

—Ha tenido que ir a su pueblo para resolver un asunto familiar. Tardará bastante en regresar.

Jota era partidario de contar lo sucedido, pero Carol temía los efectos que una noticia como esa podrían causar en la salud de su madre.

—Todavía no es el momento —decía. Primero tenía que pensar en la nueva situación familiar y sus consecuencias. Ella era la hermana mayor, de modo que se había convertido en la cabeza de familia, como se decía entonces. Ya encontraría el momento adecuado para contárselo a su madre.

Juana acabó cansándose de las excusas y los circunloquios, y dejó de preguntar por Lorena. A cambio, comenzó a preguntar por su marido.

—¿Dónde está tu padre? Hace días que no entra a saludarme. ¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Jota se encaró con su hermana—. No podemos seguir ocultando lo que ha pasado.

Carol se ponía de mal humor cuando las cosas no salían como esperaba.

Y desde que su padre y Lorena se habían marchado, su humor no había dejado de empeorar.

Se lo dijeron juntos.

—Mamá, tenemos algo que contarte.

—¿Qué pasa?

—Lorena no va a volver.

—¿Se ha muerto?

—Claro que no.

—¿Se ha quedado a vivir en su pueblo?

—Tampoco.

—¿Ha encontrado otro trabajo?

—Algo así.

—Ya entiendo —dijo Juana suspirando—, ahora en vez de cuidarme a mí, cuida de vuestro padre.

Los dos hermanos se miraron sin verse.

—Me alegro por él —añadió su madre. Y se dio la vuelta como si fuera a dormirse. No eran más que las seis de la tarde.

Otra vez tuvieron que pedir ayuda a las vecinas. Las cosas volvieron a ser como antes de que llegara Lorena, solo que, para entonces, Juana ya no se levantaba de la cama y había que asistirle en todo. Carol trajo material del hospital: pañales, guantes de goma, un orinal de cama, goteros de suero por si se deshidrataba, jeringuillas, cremas para evitar problemas de piel. Eso la condenó. Ciertas cosas no se le pueden pedir a un hombre ni a una vecina. Carol era hija, mujer y profesional sanitaria, así que no tardó en convertirse en la nueva Lorena.

Jota se quedó en la cocina, a cargo de hacer la compra y la comida. También limpiaba la casa y arreglaba todo lo que se iba estropeando. A cambio de no tener que entrar en el cuarto de su madre era capaz de aprender trucos de fontanería y electricidad, arreglar la cuerda de una persiana, cambiar el pomo de una puerta o pintar el pasillo. También iba a clase. Su rendimiento académico se resintió y suspendió varios exámenes, pero logró salvar el curso. Estaba confundido. Trataba de echar de menos a su padre, pero de quien se acordaba realmente era de Lorena. Se había acostumbrado a ese núcleo familiar compuesto por un padre, dos madres y una hermana. O

quizá era una madre y dos hermanas. Daba igual. La presencia de Lorena llenaba y vaciaba el aire de la casa mientras se movía de la cocina al cuarto de su madre. Sin ella, parecía que no hubiera aire en la casa, como si vivieran en el vacío.

Fue entonces cuando pensó en el barrio de San Isidro y decidió ir en busca de su padre. Se había ido sin dar explicaciones y tenían muchas cosas de que hablar. Luego, con el tiempo, cuando ya era tarde para engañarse a sí mismo, comprendió que en realidad buscaba a Lorena, al menos aquella primera vez.

ROSA se lo resumió en tres palabras.

—Se ha marchado —le dijo—. Julen se ha marchado en un velero. Estoy harta de sus infidelidades, le he plantado cara y hemos discutido.

Jota no supo cómo reaccionar. No quería dejar escapar una oportunidad con la que había soñado muchas veces, ni aprovecharse de ella. Ninguna de las dos cosas. Comieron en silencio y se tumbaron en la cama. Él le dio un masaje en los pies. Luego le rascó el cuero cabelludo con las uñas, trazando letras que ella debía ir adivinando hasta descifrar un mensaje secreto. Rosa se relajó tanto que no pudo ni despedirse de él cuando se marchó.

Jota tenía el poder de un hipnotizador y era capaz de dejarla en un estado supremo de inacción, casi de ensoñación, como una mente libre de cualquier servidumbre corporal. Por muy alterada que la encontrara, podía librarla de su mal humor solo con sus manos, sus uñas o las yemas de sus dedos.

Rosa necesitaba salir de Madrid. «Me resulta imposible seguir aquí, en esta casa, como si no hubiera pasado nada.» Jota volvió a dudar. No podía irse de viaje con ella. Magda sabía lo de Julen. Lo sabía toda la ciudad. La única opción era hacer una escapada los tres juntos, Magda, Rosa y él, así que decidieron pasar un fin de semana en un balneario de la provincia de Guadalajara. «Es una buena idea», dijeron, «así nos relajamos.» No lo fue, no se relajaron. ¿A quién trataban de engañar? ¿Cómo iban a relajarse en una situación tan incómoda?

Llegaron al balneario de noche y Jota apenas pudo dormir sintiendo la

proximidad de Rosa al otro lado del tabique. Les habían asignado habitaciones contiguas. Dio tantas vueltas en la cama que Magda le preguntó si estaba enfermo. Jota no respondió. Sabía que su comportamiento podía delatarlo.

A la mañana siguiente se bañaron en la piscina de chorros. Jota no sabía dónde meterse. Si se colocaba al lado de Magda, parecía que estaba evitando a Rosa. Y si se ponía al lado de Rosa, podía incomodarla. Lo mismo pasaba en el jacuzzi. Y en la sauna. Además, no podía apartar la vista de sus muslos, ni de sus pechos, ni de la curva de su perfil cuando se movía. Jota creía que una mirada reprimida era una oportunidad perdida de ser feliz. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener sus brazos debajo del agua y no robarle a Rosa una caricia cuando Magda se ponía de espaldas o mantenía los ojos cerrados. La situación era insostenible. No podía estar con las dos hermanas a la vez.

Fue el fin de semana más largo de su vida. Y uno de los más insoportables. No veía el momento de que llegara el lunes para recuperar la intimidad con Rosa y confesarle lo mucho que había sufrido en el balneario.

SUCEDIÓ una mañana de domingo. Daniel no podrá olvidarlo nunca. Su padre lo llamó para que fuera a su cama, como solía hacer cuando era pequeño y recibía los mimos de los domingos. Así acabaron llamándolos. Una caricia en la tripa, unas cosquillas en el costado, la mano de su madre en el pelo, la de su padre dándole calor en el estómago.

Las cosas habían cambiado. Apenas faltaban unos meses para que fuera mayor de edad. Aquella mañana no iba a recibir los mimos de los domingos. La enfermedad de su padre se había complicado y algunos días no tenía fuerzas ni para levantarse de la cama. Había vuelto a pasar por el quirófano y las sesiones de quimioterapia eran agotadoras.

«Tienes otra familia.» Esas fueron las tres palabras que usó Jacinto para informar a su hijo de la existencia de Carol y Jota. Es sorprendente la cantidad de cosas que pueden decirse con tres palabras. Daniel no respondió. Simplemente miró a Lorena. Por alguna razón, posiblemente por verlo postrado en la cama, creyó que su padre era incapaz de guardar un secreto como ese durante tantos años. Si tenía otra familia, debía de proceder de su madre. «Son tus hermanos mayores y un día tendrás que conocerlos», prosiguió su padre. Daniel continuó en silencio. No sabía si ya había concertado una cita con ellos o si le estaba hablando de un futuro incierto, de eso que a veces llamaba el día de mañana.

Lorena pasó con él el resto de la mañana en el patio de la higuera. Le contó cómo eran Carol y Jota, cuándo los había conocido, la extraña

enfermedad que padecía Juana y lo que había sucedido entre Jacinto y ella. Le dio incluso su dirección, la calle y el número del portal del piso de Aluche. Lo hizo porque estaba segura de que Daniel nunca iría por allí. Era demasiado tímido para presentarse en casa de unos desconocidos y hablarles de vínculos familiares.

Daniel se quedó un rato apoyado en el tronco de la higuera. Siempre había querido tener un hermano. O varios. Su casa era silenciosa y tranquila, tanto que no podía evitar un respingo de envidia cuando visitaba las casas de sus amigos que sí tenían hermanos. Le encantaba verlo todo hecho un desastre. Literas en vez de camas en los dormitorios, ropa colgada en las puertas, torres de libros por el suelo, pasillos que se estrechaban por culpa de armarios y estanterías a los lados. Y, sobre todo, envidiaba la posibilidad de compartir el dormitorio con un hermano. «No sabes lo que dices», le decían sus amigos, «mi hermano siempre se acuesta tarde, fuma en la cama, me despierta con sus ronquidos y huele fatal. Además, ocupa más de medio armario y no me deja sitio ni para estudiar. ¿Por qué crees que voy tantas veces a tu casa?»

Él lo veía justo al revés. En su casa tenía un cuarto para él solo, con televisión y sillón de lectura, más el despacho de su padre para estudiar y hacer sus proyectos. Le sobraba espacio en el armario de la ropa, y desde que su padre había enfermado podía disponer incluso del salón a su antojo, invitando a quien quisiera a cenar allí, como si viviera solo en la planta baja de la vivienda.

Todo lo habría compartido con un hermano. O una hermana. Le habría encantado jugar ese doble papel, grosero y amable a la vez, del hermano mayor, unas veces burlándose de su hermano y otras comiéndoselo a besos, fichaba de menos incluso los malos momentos, las discusiones, las broncas, ese odio instantáneo que puede sentirse hacia la propia sangre, que dura un segundo infinito y se olvida como si hubiera sido la más fugaz de las sensaciones.

Se sabía la dirección de memoria y pasó por Aluche varias veces jugando al escondite, me asomo y me escondo, me acerco y me alejo, hasta que un día vio el portal abierto y subió hasta el rellano del segundo piso, donde había tres puertas señaladas con las primeras letras del abecedario. Se quedó inmóvil delante de una de ellas. La B. Allí era. Allí vivían sus hermanos.

Podía llamar al timbre y presentarse. «Soy Daniel, el hijo de Lorena y de vuestro padre. No sé por qué estoy aquí. Quería conocerlos.»

No se movió. No llamó al timbre. Ni siquiera se dio la vuelta. Caminó hacia el ascensor de espaldas, como si retrocediera en el tiempo y nunca hubiera estado allí. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Qué clase de familia es la que no se ha conocido nunca? ¿Qué hacía él en aquel rellano? Salió a la calle y caminó muy deprisa hasta que llegó a Vista Alegre. Allí moderó el paso, y acabó sentándose en un banco para recuperar la respiración.

«Nunca volveré», se dijo a modo de promesa. «Ese no es mi sitio. Ni esa mi familia. No los conozco y no tengo nada que decirles.»

Domingo, 15 de octubre de 1916

Querido padre:

Igual que los murciélagos, vivimos escondidos en una granja no lejos de la pequeña población de M., en el claro de un bosque fresco y oscuro. Dormimos durante el día en el altillo de un granero, tapados con sacos y cuerdas, y solo salimos al exterior cuando anochece. La granja pertenece a una mujer joven con una niña. Ambas se llaman Emma. El marido no está. Se alistó en el ejército francés y murió hace meses, en la toma de T. Alfred habla con ella en francés y me va traduciendo. Está algo aturdida y no tiene planes de futuro. ¿Quién los tiene hoy en día? Ya nadie puede seguir considerándose un civil ajeno al ejército. Todos formamos parte de la guerra, hasta la pequeña Emma.

La granjera trabaja sus tierras como puede, sin más ayuda que unos aperos oxidados y muy pesados. Necesita la ayuda de un animal. Tenía un caballo y un buey, pero ambos fueron confiscados por el ejército. Los animales son soldados de la guerra y lo más probable es que a estas horas también estén muertos. Por la noche Alfred y yo la ayudamos en las tareas diarias, tanto en los campos como en el interior de la vivienda, cuyo tejado ha sufrido daños por

culpa de nuestra artillería. A cambio, ella nos prepara una comida al día,

que tomamos puntualmente a las siete de la mañana, justo antes de acostarnos en el granero.

A media tarde ya estamos despiertos, pero no podemos salir. Las horas pasan muy despacio cuando esperas algo, aunque sea la noche. Lo único que podemos hacer es planes. La parte más cercana de la costa está a algo más de cincuenta millas de aquí, y la población de D., que nos seduce por ser un puerto importante, se encuentra a unas setenta. En jornadas de seis horas nocturnas, caminando quince millas diarias, tardaríamos cinco días en llegar hasta allí, aunque conviene tener en cuenta los imprevistos, incluidas las dudas que nos causan nuestras propias fuerzas.

Emma nos deja quedamos en la granja el tiempo que sea necesario. Creo que le agrada nuestra compañía, aunque apenas nos vea un rato por las mañanas. Sin embargo, debemos irnos cuanto antes. La policía militar registra las casas de los pueblos, los establos y las granjas en busca de desertores. Y no solo en nuestro bando. Los *boches* también lo hacen. Así nos lo contaron los soldados con los que compartimos la trinchera abandonada. Ellos nos dieron un buen consejo. No permanezcáis mucho tiempo en ningún sitio. Dejad la menor huella posible de vuestra existencia.

Hay desertores por todas partes, de ambos bandos y de todas las nacionalidades posibles. La batalla no ha servido para nada. Las líneas de combate apenas se han movido. Todo ha salido mal. Lo único cierto es que continuar en el ejército, en cualquier ejército que participe en esta batalla, es una condena a muerte segura y gratuita. Y nadie quiere morir a cambio de nada.

Nos marcharemos cuando llegue la oscuridad de la luna nueva. Emma nos ha ofrecido la ropa de su marido. Más o menos tenemos la misma talla y la hemos aceptado. Nos hemos convertido en habitantes de la noche y a nadie le extrañará que vistamos la ropa de un muerto.

Quizá algún día el sol brillará de nuevo,
y comprobaré que los cielos todavía son azules,
y volveré a sentir que no vivo en vano,
aunque sea sin ti.[16]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

XII

EL 1 de octubre de 1916 se produjo un nuevo ataque masivo. Era el tercero que se ordenaba desde las trincheras aliadas y tampoco dio los resultados esperados, esta vez por razones meteorológicas. El otoño acababa de comenzar y durante varios días llovió intensamente sobre el Somme, convirtiendo el campo de batalla en un lodazal. Los soldados no podían moverse con la agilidad acostumbrada. Los tanques quedaron atascados en el fango. Las infraestructuras resultaron dañadas. Hubo que reparar carreteras, tender nuevas tuberías de agua y reconstruir tramos de vías férreas. Luego vinieron la niebla y el frío, y posteriormente la nieve, lo que se conoce como «el general Invierno».

En su libro *The Irish Guards in the Great War, vol. 1* [La Guardia Irlandesa en la Gran Guerra], Rudyard Kipling cita el siguiente testimonio de un soldado irlandés: «Es divertido, quizá, hablar de ello ahora, de aquel retozar nuestro en el barro, pero hundirse, hundirse, hundirse en la oscuridad sin saber si alguien te oye o te ve, eso pone a un hombre peor de los nervios que cualquier otra cosa bajo el cielo. ¿Miedo? Miedo no es la palabra. Era el Somme el que nos partía el corazón. La espalda, las rodillas, las ingles, el pecho; quedabas hecho trizas, arrastrando tu propio esqueleto fuera del fango. Después eran como alambres candentes, y todo para volver a empezar».

En el capítulo segundo del Libro Cuarto de *El Señor de los Anillos* de Tolkien, titulado «A través de las ciénagas», puede leerse: «En la prisa por alcanzar a Gollum, Sam enganchó el pie en una vieja raíz o en una mata de hierba y trastabilló. Cayó pesadamente sobre las manos, que se hundieron en

el cieno viscoso, con la cara muy cerca de la superficie oscura de la laguna. Oyó un débil silbido, se expandió un olor fétido, las luces titilaron, danzaron y giraron vertiginosamente. Por un instante el agua le pareció una ventana con vidrios cubiertos de inmundicia a través de la cual él espiaba. Arrancando las manos del fango, se levantó de un salto, gritando. “Hay cosas muertas, caras muertas en el agua” —dijo horrorizado—. “¡Caras muertas!” —Gollum se rio—. “La Ciénaga de los Muertos, sí, sí: así la llaman” —cloqueó—. “No hay que mirar cuando los cirios están encendidos.” “¿Quiénes son? ¿Qué son?” —preguntó Sam con un escalofrío, volviéndose a Frodo, que ahora se encontraba detrás de él. “No lo sé” —dijo Frodo con una voz soñadora. “Pero yo también las he visto. En los pantanos, cuando se encendieron las luces. Yacen en todos los pantanos, rostros pálidos, en lo más profundo de las aguas tenebrosas. Yo las vi: caras horrendas y malignas, y caras nobles y tristes. Una multitud de rostros altivos y hermosos, con algas en los cabellos de plata. Pero todos inmundos, todos putrefactos, todos muertos».

Laura había sufrido un grave accidente de tráfico. Era profesora en un colegio de educación infantil y acababa de salir de clase. Su coche estaba parado en un semáforo y fue embestido por un camión al que le fallaron los frenos. La noticia había salido en TeleMadrid. Llegó al hospital inconsciente. Se le practicaron las primeras curas y subió directamente a la Unidad de Cuidados Intensivos, donde se le indujo un coma para evitar daños neurológicos.

Carol se fijó en su cuello. Era una pieza de mármol que brillaba bajo una maraña de cabellos ensangrentados, un tesoro digno de custodiarse en una urna. En un museo. Aquella noche no tenía guardia, pero cambió el turno con una compañera para seguir junto a ese cuello. Antes de eso tomó un taxi hasta Aluche para darle la cena a su madre. No tardó mucho tiempo. Era solo un yogur líquido tomado a cucharadas, si es que eso puede ser una cena. La dejó lista para pasar la noche y regresó al hospital.

Encontró a Laura estable aunque monitorizada. Pidió la ayuda de dos auxiliares para limpiar la sangre de su pelo. Era una tarea ardua porque apenas podían moverle la cabeza. Lo hicieron hablando con naturalidad, como es costumbre en esos casos.

—Qué color de pelo más bonito. Debe de ser un tinte de caoba. En cuanto se despierte le preguntamos de qué marca.

—¿Qué haces tú en la UCI? —le preguntaron a Carol—. ¿Te han trasladado? ¿O es que la conoces de algo?

Entonces se produjo el silencio. Normalmente el personal sanitario conversa delante de los pacientes para transmitir familiaridad. Si se trata de un amigo o un pariente de alguien, el protocolo cambia.

—Es amiga mía, sí.

No la había visto en su vida pero dijo que era amiga suya. De ese modo, nadie le hizo más preguntas. «Carol Peña conoce a la chica del accidente.» También se lo comunicaron a sus familiares.

—No sabíamos que fuera amiga de ninguna enfermera en Madrid.

—Vamos al mismo gimnasio —tuvo que explicarles Carol. Era lógico pensar que una chica de treinta y dos años tan bien formada, con muslos tersos, hombros rectos, abdominales y dorsales marcados fuera con asiduidad a un gimnasio.

No había mentido del todo. No la conocía, pero durante los días que siguieron le habló al oído cada vez que se quedaban a solas. Lo hacía en susurros, tocando con sus labios la oreja de Laura, mientras inspiraba el olor de su cuello. Era un ejercicio expiatorio, como si estuviera confesándose ante una sacerdotisa inconsciente. Cuando se despertara, tendría que ser amiga suya a la fuerza.

—Mi madre tampoco se levanta de la cama. No está en coma pero como si lo estuviera, porque apenas se mueve. Cada día la obligo a hacer unos ejercicios de gimnasia pasiva. Le recojo las piernas para que doble las rodillas. Primero una y luego la otra. Después los brazos. Le trabajo los hombros y también los codos. Haré lo mismo contigo en cuanto los médicos me dejen. Ya verás qué pronto recuperas la movilidad. Las articulaciones son la clave de las recuperaciones. Hay que mantenerlas lubricadas. Así que no temas. Haré que las muevas todas, una por una, desde los hombros hasta los tobillos.

Solo de pensarlo sentía una punzada de euforia vital, como quien comienza a embriagarse con un buen vino o inicia los prolegómenos de una relación sexual. Una invitación a la felicidad imposible de rechazar. Toda su preocupación era estar ahí presente, en la Unidad de Cuidados Intensivos, disponible y atenta para que ningún otro compañero le privara del placer de tocar aquel cuerpo formidable.

JULEN saludó a su proveedor francés dándose la mano con los pulgares hacia arriba, como dos deportistas al terminar un partido. A Carol le sorprendió aquel protocolo tan alejado de sus maneras habituales. Luego supo que el gesto procedía de París, donde ambos habían presenciado varias fases finales del Roland Garros junto con otros empresarios y amigos. También le sorprendió el acento de Julien al hablar en francés, tan gangoso y musical como el de un nativo. No sabía todavía que la madre de Julien era medio francesa, medio española, nacida en Hondarribia y criada en Bayona.

Hache aparcó el coche en el garaje del *château*, una nave con tejado de pizarra que a Carol le pareció una elegante caballeriza. Jean-Fierre se acercó a ella y le dio dos besos.

—Los amigos de mis amigos son mis amigos. —Lo dijo en un español tan afrancesado que pareció una imitación, como si estuviera jugando a hacerse el francés. Carol tuvo que sonreír para evitar decir lo que pensaba.

«No soy amiga de Julien», habría dicho. «Su esposa es la cuñada de mi hermano. Ese es todo nuestro vínculo personal, que se reduce a unas pocas celebraciones familiares, cada vez más espaciadas en el tiempo. No me gusta su estilo pomposo y engolado, aunque debo reconocer que sabe vestirse y que usa un perfume tan relajante que parece hecho de marihuana.»

Los dos amigos se dispusieron a dar un paseo alrededor de la finca.

—Discúlpame —dijo Julien—, tenemos mucho de qué hablar.

Carol hizo un gesto con la mano para indicar que no le importaba

quedarse sola. También podría interpretarse como puedes irte al cuerno o a la mierda. Hache estaba desaparecido. Lo más probable era que se hubiera sentado debajo de un árbol a fumarse un porro. Carol dejó la maleta en la habitación que le habían asignado, en el primer piso de la vivienda. Luego aceptó la tisana que una anciana le sirvió en el jardín trasero, entre arbustos llenos de hortensias en flor.

Era una infusión de jazmín para perfumar el estómago.

—¿Es bueno?

La anciana se había sentado a su lado, en un sillón de mimbre como el que ocupaba Carol.

—Muy bueno, gracias.

—Se nombra «Sueños de un jardín en flor» —dijo la anciana, señalando la etiqueta que colgaba de la tetera.

Hablaba despacio, como si hiciera mucho tiempo que no practicara el castellano. Era demasiado mayor para ser una empleada.

—Me llamo Jeanne y soy la madre de Jean-Pierre —dijo antes de que Carol siguiera elucubrando.

—Mucho gusto.

Se dieron la mano. Hacía meses que Carol no hablaba con una anciana fuera del hospital.

—¿Vive usted aquí? —le preguntó mirando a su alrededor.

Lo hizo como si nadie en su sano juicio pudiera vivir en un sitio tan alejado de la realidad cotidiana, al menos de la suya.

—Vivo aquí con mi hijo, sí —respondió la anciana—. Los dos solos. Antes vivíamos los tres, los dos Jean-Pierre y yo.

—¿Se refiere a su marido?

—Me refiero a mi nieto, que ahora vive a París.

—¿Y su hijo?

—Es divorciado de hace muchos años. También vivió a París, pero él siempre gustó mucho el *château*, el campo y, sobre todo, las bodegas. Hace unos vinos excelentes que su amigo Julen vende en la España. ¿Los ha probado?

Pronunciaba Julen acentuando la segunda sílaba.

—Julen es muy buen comerciante —prosiguió.

Carol afirmó dos veces. En eso estaba completamente de acuerdo.

—Hacen un buen equipo: uno manufactura y otro vende.

—Parecen muy amigos —dijo Carol.

—Se conocen desde niños.

A Jeanne le extrañó que Carol no conociera la historia.

—La madre de Julen era mi amiga. Ambas vivíamos a París e íbamos a la misma escuela, un internado para señoritas. Ella era del sur de Francia, yo del norte. Estábamos predestinadas a encontrarnos a París y nunca perdimos la relación. Ella venía con su familia a pasar unos días de vacaciones aquí, y yo devolvía la visita con mi esposo y mi hijo Jean-Pierre.

Carol terminó la infusión sin acertar a encajar la idea que tenía de Julen en aquel relato de familia y amistad.

—No conozco a la madre de Julen —dijo por si la anciana se lo estaba preguntando.

—Murió hace años —respondió esta.

Carol asintió.

—Julen se parece mucho a ella —añadió Jeanne—. No solo en lo físico, también en su forma de actuar. Por eso me gusta tanto que viene por aquí, porque así estoy más cerca de Martha.

Eran los primeros datos biográficos que Carol escuchaba sobre Julen. Y, no supo por qué, le sorprendieron. Quizá creía que los negocios de Julen se regían siempre por razones empresariales, ajenos a cualquier clase de sentimentalismo. O simplemente no lo veía capaz de conservar una amistad de la infancia.

ROSA lo llamó al trabajo, como si fuera a invitarlo a comer, pero con un tono de voz distinto.

—Ven —le dijo—. Ven enseguida.

Lo hizo como si tuviera una enorme cantidad de comida estropeándose por momentos. Jota salió de la oficina sin despedirse de sus compañeros, aquejado de una urgencia que entorpecía sus movimientos, como quien trata de moverse en sueños.

Julen ya había vuelto de su crucero por el Mediterráneo cargado de regalos para su esposa. Le había traído té con menta, dulces de chocolate, vestidos de lino, una chilaba, una alfombra de lana, unas maletas de piel y una caja de cartón con un lazo. Rosa lo recibió con frialdad, sin hacer aprecio de los regalos, hasta que de la caja de cartón salió un cachorro de bichón maltés ladrando animadamente.

Nunca habían tenido perros en casa, entre otras cosas por una cuestión de tamaño. Julen habría querido tener un pastor alemán, un mastín o un gran danés. Un ejemplar capaz de cuidar de la casa en su ausencia. En cambio, a Rosa le gustaban los perros pequeños. Los que pueden cogerse en brazos igual que un bebé. Ella quería un bebé y él un guardia de seguridad. Y como resultado de ese desencuentro, no tenían perro. El hecho de que Julen volviera de su escapada mediterránea con un cachorro de bichón maltés significaba que se sentía culpable y cedía en la cuestión del tamaño.

«Se van a divorciar», pensó Jota mientras conducía hasta casa de Rosa.

«Lo ha echado definitivamente de casa y va a pedirme que vivamos juntos. Tendré que hablar con Magda.» ¿Qué le diría? «Necesito una pausa, un poco de espacio y tiempo para ordenar mis sentimientos.» No podría decirle la verdad hasta pasado un tiempo prudencial. Y a María lo mismo.

Detuvo el coche dos calles más allá del chalet de Julen y Rosa, como hacía siempre. Se apeó y trató de caminar hasta la puerta principal, pero le fue imposible sortear el impulso de correr, así que en apenas treinta segundos estaba llamando al timbre.

—¿Qué sucede?

—Pasa.

Jota lo hizo mirando por todas partes. Quería asegurarse de que Julen no anduviera por allí. El pequeño *Colín* salió a su encuentro ladrando y gruñendo. Era más que evidente que no se caían bien.

—Me has dado un susto de muerte.

Se habían sentado a la mesa de la cocina, como si estuvieran a punto de comer.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo Rosa.

Jota cruzó las manos y elevó una ceja.

—¿Qué clase de ayuda?

—Médica.

—¿Qué te ocurre?

Ella dejó algo sobre la mesa.

—Estoy embarazada —dijo.

Las manos de Jota revolotearon como palomas espantadas. Solo tardó una décima de segundo en ordenar sus pensamientos.

—¿Sabes de cuánto tiempo? —preguntó.

—Unas seis semanas.

No hacía falta decir nada más. El crucero de Julen había durado más o menos ese tiempo. Y ya hacía un par semanas que había vuelto. Jota cogió entonces el test de embarazo y lo miró con atención. No supo interpretar el juego de rayas y colores, pero lo sostuvo con firmeza entre los dedos, como si fuera un tesoro, un premio.

—Rose —le dijo.

—No quiero tenerlo.

—¿Cómo que no?

—No es de Julen.

Jota se levantó bruscamente de la silla. Sentía un impulso primario, completamente animal.

—Es tu hijo —dijo mirándola desde la distancia.

Y la señaló con un dedo.

—Pero no es suyo —respondió ella—. No puedo tenerlo y seguir viviendo con él.

Jota negó.

—Ya es hora de que lo mandes a la mierda —dijo.

Actuaba como si la prueba de embarazo fuera un documento notarial que certificara una evidencia incontestable: Rosa y él ya eran una pareja de verdad. En realidad, era un simple trozo de plástico alargado. Un oráculo con forma de bolígrafo, o de termómetro.

Luego se arrodilló junto a Rosa y trató de poner la cabeza en su regazo, un gesto que, por supuesto, ella rechazó.

—¿Qué haces? —le dijo.

Lo hizo sin disimular su impaciencia, como si estuviera harta de una situación que había comenzado solo un par de horas antes, cuando decidió hacerse el test de embarazo, después de asumir que algo estaba cambiando en su interior.

VOLVIÓ al pueblo en los momentos clave de su vida, los que determinan las efemérides de cada individuo. El día que terminó sus estudios de delineación industrial, cuando le pidió a Juana que se casara con él, el día que compró el piso de Aluche, cuando finalmente se casaron, el día que nació su primera hija...

—Y también cuando naciste tú.

Para ir al pueblo de Jacinto había que coger un tren hasta Oviedo y un autobús de línea hasta Pola de Siero. El resto del camino se hacía a caballo o a pie atravesando un bosque de nogales y avellanos. Por eso solo se animaba a ir cuando tenía varios días libres, en Semana Santa o en verano. En Navidad era imposible por los hielos y las nieves. Y porque la casa de sus padres no tenía calefacción.

—Iba a hablar con mi padre. Me agachaba junto a su lápida y le confesaba el asunto que me había llevado hasta allí. Lo que fuera. Lo hacía en voz baja, en un susurro completamente innecesario porque nunca había nadie en el cementerio. Podía hablarle a gritos si quería, pero siempre he creído que a los muertos hay que hablarles así, por eso rezo en susurros.

Era domingo y estaban sentados bajo la sombra del pino, en el descampado, las bicicletas apoyadas en el tronco, las miradas al frente. Parecían estar sentados a la orilla del mar.

—Cuando naciste tú, le dije a tu abuelo que había otro Jacinto Peña en la familia. No sé cuántos van ya. Somos una dinastía, como la de un monarca o

un papa. Yo debo de ser Jacinto XII y tú Jacinto XIII. O puede que más. Mi padre no sabía exactamente cuál era su posición en el árbol genealógico, o al menos eso me contó tu abuela. Con él no llegué a hablar de estas cosas. No me dio tiempo. Se fue a la guerra cuando yo tenía once años recién cumplidos. Si tienes un hijo y le pones tu nombre, será por lo menos Jacinto XIV.

Jota asintió sin comprender. Él pensaba entonces que los nombres propios eran una simple formalidad sin influencia real en lo nombrado. Tardó años en comprender lo mucho que las palabras influyen en las personas. Aquel día no quiso comprometerse. No dijo: «Sí, padre, no te preocupes, mi hijo continuará la dinastía familiar». Nunca le había gustado su nombre. Era muy poco masculino, el nombre de una flor. En el colegio se burlaban de él, por eso decidió cambiárselo y todo el mundo lo llamaba Jota. Su hijo sería Jacinto XIV, conocido como Jota II.

—¿Y si tengo una hija? —preguntó finalmente.

Su padre se levantó del suelo y cogió su bicicleta.

—Puedes llamarla como quieras —dijo.

Jacinto creía que la principal diferencia entre los hombres y las mujeres era que los primeros morían en las guerras. Y las mujeres no. Por supuesto no tenía en cuenta las víctimas civiles. Se refería a que no había mujeres en el ejército. No en aquel tiempo.

Jota solo había hablado una vez con su madre acerca de la guerra. Ella había estado en la retaguardia, temiendo los bombardeos del enemigo, siempre atenta al sonido de las sirenas para correr a los refugios antiaéreos. Había uno muy cerca de su casa. «Cuando sonaban las sirenas, cogía a tus tíos, que por entonces eran dos niños pequeños, y pasábamos la noche en el refugio, tratando de dormir los tres juntos, yo en medio, rodeados de los demás vecinos. No se estaba mal, no creas. A veces pasaba más miedo en casa que en el refugio. Allí estábamos a salvo de todo.» Así recordaba la guerra Juana, como un sueño de oscuridad y susurros, llantos, largos suspiros y hasta algún ronquido aislado.

Ninguno de los dos dijo nada más en el camino de vuelta a casa. Jacinto pedaleaba deprisa, como si tratase de convertir su desolación en movimiento. No había perdonado la gratuidad con que su padre y tantos otros compatriotas habían entregado la vida por una idea más o menos romántica de entender la

política. Aceptaba la posibilidad de morir de manera fortuita, a causa de una enfermedad inesperada o un accidente, pero no por culpa de una convención como el territorio o la patria.

Las guerras no son fortuitas. No son una enfermedad o un accidente. Son una forma deliberada y gratuita de matar a los hombres.

La dueña de la pensión volvió a ofrecerle la bicicleta.

—YO ya no puede montar y a mi hijo le parece muy pesada y muy vieja, un poco como yo. —Se lo dijo con una sonrisa, en un francés pronunciado despacio para hacerse entender.

Jota pedaleó rumbo al norte por el camino que había a la derecha del Nuevo Cementerio Militar. Cruzó entre campos de trigo ya cosechado, junto a grandes pacas de base circular en formación militar, como las lápidas de los soldados. Un ejército de pacas de trigo preparado para el combate.

Había cuervos volando y graznando. Y nubes como las que pintó Van Gogh en uno de sus cuadros más conocidos. Lo único que sobraba en aquel paisaje era él y su bicicleta. Quizá Van Gogh tuvo un presentimiento cuando vio la campiña francesa y pintó el escenario donde se extinguiría una generación entera de jóvenes de varias nacionalidades. O tal vez fuera al revés. Es posible que quienes decidieron excavar allí las trincheras y establecer la línea del Frente Occidental hubieran contemplado antes el cuadro de Van Gogh. ¿Se puede contagiar la amargura y la demencia mediante un paisaje pintado al óleo? ¿Puede el arte determinar los límites de un campo de batalla?

No tardó en divisar un grupo de árboles que parecían haberse citado alrededor de algo concreto. Una asamblea en medio de la campiña. Luego distinguió una bandera y una cruz. Y dos autobuses. Y el enorme cráter que el 1 de julio de 1916 causó la detonación de veintisiete toneladas de amonal

colocadas bajo tierra mediante túneles excavados por los Ingenieros Reales del Ejército Británico.

Había leído que la explosión ocurrió a las 7.28 de la mañana. Recordaba la hora porque no era exacta. La Gran Mina no explotó a las 7.25 ni a las 7.30, sino a las 7.28. Creyó ser un estudiante de Historia obligado no solo a memorizar las fechas de los acontecimientos históricos, sino a saberse también las horas a las que sucedieron.

Recorrió el perímetro del cráter a pie. Su profundidad actual era de unos veintidós metros y su diámetro de noventa. Hizo cálculos mentales mientras caminaba sobre las traviesas de madera. El perímetro medía algo más de quinientos cuarenta metros. Simplificó la operación considerando que pi era 3, sin decimales. Eso le hizo sonreír. Memorizaba la hora exacta de los acontecimientos históricos, pero despreciaba los decimales de un número con infinitos decimales. En las traviesas de madera había placas metálicas con nombres de soldados. Y el sitio web donde se patrocinaban esos nombres.

Las estrellas del cielo también pueden patrocinarse. O apadrinarse, o como se llame la acción de pagar por algo inaprehensible. Él lo había hecho una vez, cuando Rose cumplió treinta y cinco años. Julen le había organizado una fiesta sorpresa en la azotea de un edificio de la Gran Vía con vistas a Callao. Fue un sábado a última hora de la tarde. Había orquesta y *catering* de Lhardy servido por camareros vestidos de negro. En un momento de la noche, Jota se acercó a ella y señaló el cielo.

—Ahora no puedes verla porque desde la Gran Vía solo se ve el firmamento urbano, pero acuérdate de ese punto del cielo que estoy señalando. Justo ahí.

El lunes le entregó un título de propiedad con el nombre de la estrella y sus coordenadas. Épsilon 1, de la constelación de la Lira, pertenecía a Rosa Casas. «Se trata de una estrella doble, o sea, dos estrellas próximas fácilmente separables con prismáticos. Su compañera es Épsilon 2.» No hizo falta que Rosa dijera nada. Él le entregó otro certificado en el que se leía su nombre. Épsilon 2, de la constelación de la Lira, pertenecía a Jota Peña.

Llegó de nuevo a la cruz que había en la entrada del cráter, sobre un pedestal cubierto de amapolas de papel. Había dejado la bicicleta junto a los autobuses. Estos ya se habían ido y la bicicleta se había quedado sola.

XII

UNA vez terminada la guerra, un anciano solitario visitó varias veces el cráter Lochnagar, cerca del pueblo francés de La Boisselle. Era un inglés alto y delgado que se pasaba las horas sentado junto al cráter sin decir una palabra. Nadie lo conocía. Y nadie lo hubiera hecho de no ser por Richard Dunning, el dueño del cráter, que un día se acercó a hablar con él.

Se llamaba Roy Bealing. Había pertenecido al 6.º Batallón Wiltshires y había combatido allí el 2 de julio de 1916. Muchos de sus camaradas habían muerto en aquel agujero. Su mejor amigo, Alfred Moxham, todavía estaba allí, en el fondo. Él mismo lo había enterrado con la ayuda del hermano de Moxham.

Uno de los carteles informativos del cráter contiene una foto de Bealing tomada el 1 de julio de 1980. El anciano posa con boina y gabardina, en posición de firmes. Sobre ella puede verse otra foto de 1917 que muestra una cruz de madera en el lugar exacto donde está enterrado su amigo.

Hubo muchos excombatientes que, como Bealing, se negaron a contar los horrores de la guerra. Para ellos, el silencio fije un escudo de protección, especialmente cuando regresaron a sus lugares de origen. No era fácil hablar de lo que habían visto. ¿Cómo se describe el infierno? ¿Por dónde empezar? Eran jóvenes con ganas de reinsertarse en la vida civil. No iban a olvidar lo vivido si comenzaban a hablar de ello. El silencio fue su mejor terapia.

El soldado Harry Patch combatió en la tercera batalla de Ypres cuando tenía diecinueve años. Allí perdió a casi todos sus amigos, pero él tuvo la suerte de resultar herido y pudo volver a casa. Años después se casó y formó

una familia. Aparentemente llevó una vida normal, sin hablar de la guerra con nadie durante ochenta años. Finalmente lo hizo cuando cumplió cien años y se dio cuenta de que era uno de los últimos supervivientes de aquella catástrofe. Comenzó a aparecer en los medios de comunicación ingleses y en 2008 escribió su biografía, titulada *The Last Fighting Tommy* [El último combatiente inglés].

En el cráter de Lochnagar hay otro cartel informativo dedicado a él, con su retrato en blanco y negro y sus palabras: «No mereció la pena. Ninguna guerra merece la pena. Ninguna guerra vale un par de vidas, no digamos miles. No merece la pena... La Primera Guerra Mundial, si lo simplificas, ¿qué fue aquello? Solo una bronca familiar. Eso la provocó. No merece la pena».

Harry Patch murió en 2009 a los ciento once años. En su tumba, en el cementerio de Monkton Combe, cerca de Bath, puede leerse: EL ÚLTIMO SUPERVIVIENTE DE LAS TRINCHERAS DE LA GRAN GUERRA.

Miércoles, 25 de octubre de 1916

Querido padre:

Hace cinco noches que Alfred y yo caminamos bajo la oscuridad de la luna nueva, transitando por campos y caminos que apenas vemos, sin más horizonte que el firmamento. Nos dirigimos hacia las constelaciones de Escorpión y Sagitario. A veces tenemos que variar el rumbo para evitar carreteras, poblaciones o campamentos, que afortunadamente pueden adivinarse desde la distancia por el resplandor de los candiles o el rumor de las voces de los soldados.

Por el día nos refugiamos entre la fronda de los bosques, ocultos bajo el musgo y la hojarasca. Son tan densos y están tan poblados que luego, por la noche, tenemos dificultades para abandonarlos, perdidos en su laberinto de

troncos idénticos que palpamos con los brazos estirados, como si fuéramos sonámbulos.

No somos los únicos. Cuando cae la noche, se ven sonámbulos corriendo por todas partes. A veces lo hacen en solitario, otras en cuadrillas no muy numerosas. Nos hemos cruzado con unos cuantos. No nos saludamos. Ni siquiera nos deseamos buena suerte. Todos queremos ser invisibles. En apenas dos noches más llegaremos a la costa y solo unas millas nos separarán de los acantilados ingleses.

Una trinchera derruida, un árbol con ramas
tiznado y negro con humo y fuego,
una casa solitaria en ruinas,
una masa informe de alambre oxidado.[17]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

CAROL acabó prescindiendo de las vecinas. No quería que nadie viera a su madre en aquel estado. Apenas se movía, no hablaba y, desde hacía semanas, se negaba a masticar los alimentos por miedo a ahogarse. Solo admitía comida triturada: purés, compotas, yogures. Y líquidos. Los tomaba a pequeñas cucharadas, como un bebé que acaba de dejar el biberón y comienza a probar nuevas texturas. No es extraño que se quedara en los huesos.

—No pesará más de treinta y dos kilos, a lo sumo treinta y cinco —le dijo Carol a su hermano—. Tú no la has visto desnuda. Te aseguro que parece un cadáver.

Seguía sin haber luz en la habitación. La persiana siempre estaba echada, la puerta cerrada.

—Se ha convertido en una sombra —dijo Jota una vez que la visitó. Solía hacerlo una o dos veces por semana, lo menos posible y siempre con un pretexto para quedarse poco tiempo.

Carol asintió.

—Es invisible y también inaudible. Hace meses que no dice una palabra.

No hizo falta llamar a ningún médico. Carol controlaba regularmente su pulso, su tensión arterial y su temperatura. Y de vez en cuando le iluminaba las pupilas con una linterna, le auscultaba el pecho y le abría la boca para mirarle la lengua. Si hubiera tenido una infección o algún otro problema de salud lo habría detectado.

Jota propuso trasladarla a algún centro especializado. No podía seguir allí. Tenían que hacer algo.

—¿Adónde quieres llevarla? —Carol se cruzó de brazos delante de él. «Recuerda dónde trabajo», parecía querer decirle sin palabras. Él lo entendió. Todo lo que conseguirían en una residencia o en un hospital sería desquiciarla. Juana se había aislado del presente en esa cama, en esa habitación. Ese era todo su mundo. Llevarla a un hospital habría sido tan injusto y cruel como encerrar a un salvaje que se hubiera criado en la selva en la suite de un hotel de cinco estrellas.

Carol dejó de hablar de su madre. No lo hacía ni con las vecinas ni con sus compañeras de trabajo ni siquiera con su cuñada. Magda le preguntaba a menudo por Juana, echando de menos aquellos chismes que se habían intercambiado durante años, la una hablando de su madre y la otra de Jota, pero no consiguió sacar de Carol nada más que un simple «sigue igual» o un «está mejor» que sonaba tan falso como incómodo el silencio que sucedía después.

Por las noches entraba en la habitación de su madre con una infusión recién hecha para sentir su calor en las manos. Se sentaba en la butaca que había a los pies de la cama y se la bebía a pequeños sorbos, acostumbrada a aquella atmósfera en cierto modo acogedora. Nunca tuvo miedo a la oscuridad, menos aún después de los años que pasó allí sentada, velando la salud de una madre invisible. Era como si la ausencia de luz fuera consustancial a la maternidad.

LOS siguientes días Jota habló muy poco, como si estuviera distraído y ausente. Tenía tanto en qué pensar que reservaba las palabras para hablar consigo mismo. Se tomó un día libre y se fue a conducir sin rumbo hacia el norte de Madrid, dejando que la carretera escuchara su voz interior. Si lograba persuadir a Rosa de que tuviera el bebé, sería a cambio de perder todos sus privilegios de siervo, una vez asumido que ella jamás abandonaría a Julen. De alguna manera cuadraría las fechas y las semanas de gestación para que Julen fuera el padre de un sietemesino.

Tampoco conservaría sus privilegios de siervo si buscaba ayuda para deshacerse del feto. Era fácil suponer que, al menos durante una temporada, Rosa lo rechazaría por haberle causado un trastorno moral tan grave, con las consiguientes molestias orgánicas. Decidiera lo que decidiera nada volvería a ser como antes. La realidad se había impuesto a un juego de mentiras y chantajes emocionales que estaba condenado al fracaso.

«Nos lo merecemos», decía Rosa. «¿Cómo hemos podido ser tan incautos? ¿Qué creíamos que iba a suceder?» Jota no respondía. Se limitaba a acariciarle el pelo para tranquilizarla. Nunca habían hablado de métodos anticonceptivos. Él creía que ella tomaba la píldora. Y ella llevaba años haciendo el amor con Julen sin quedarse embarazada. Quién sabe si, en el fondo, no estaba poniendo a prueba su fertilidad.

El coche de Jota se quedó sin gasolina en una recta de la M-622, cerca de Cercedilla. Había llegado hasta allí siguiendo la línea central de la carretera, a

veces continua, a veces discontinua, como un mensaje codificado en Morse. Tuvo que caminar en busca de una garrafa de combustible. Y luego acercar el coche a la gasolinera para devolver la garrafa y llenar el depósito. Eso le hizo reflexionar. Era como si el automóvil quisiera darle una lección de vida, una vez admitido que la vida de un motor depende del combustible.

No podía cruzarse de brazos y perderla sin más. Toda su vida como adulto había girado en torno a Rosa, desde su matrimonio hasta sus relaciones personales, pasando por su trayectoria laboral. Se había casado con Magda por ella. Se había cambiado de trabajo por ella. Vivía cada fin de semana pensando en ella. Rosa era el combustible de su existencia.

Repasó su agenda de contactos, incluyendo a sus compañeros del colegio y sus vecinos, colegas del mercado e incluso proveedores y clientes de otras nacionalidades. Necesitaba a alguien discreto y bien relacionado que pudiera facilitarle un número de teléfono, un nombre, una dirección donde pudiera recuperar a la reina del pequeño reino en que vivía.

Descartó a todo el mundo. Era demasiado arriesgado. Podían coger un tren a Barcelona o un vuelo a Londres, donde nadie los conocía. Él hablaba inglés. Rosa lo llamaba cada pocas horas. «¿Has encontrado algo? Tiene que ser cuanto antes. ¿No te das cuenta? No podemos perder ni un día más, de lo contrario no podré soportarlo.» Colgaba con una violencia muda, dejando un eco electrónico en el teléfono, como si la conversación no hubiera terminado.

Jota no conseguía dormir más de unas pocas horas, normalmente de madrugada, justo antes de levantarse para acudir al mercado. Pasaba el día con la tensión del insomne, incapaz de concentrar la atención ni la mirada, con un tic permanente en la pierna. Y el móvil sonando regularmente.

Solo le quedaba una alternativa.

—Necesito ayuda.

Hache iba vestido con una camiseta de tirantes, un bailador y unas chancletas con calcetines. Le había abierto la puerta con una sartén en la mano.

—Estaba haciendo la cena —dijo mostrando el huevo que había en la sartén—, ¿tienes hambre?

CAROL habló con la madre de Jean-Pierre durante más de dos horas. La anciana se sirvió un té de flores y escuchó todo lo que su invitada le contó sobre la enfermedad de su madre. Y sobre su muerte. Lo hizo con una sonrisa de empatía que se fue transformando en un gesto distinto sin dejar de ser una sonrisa. Pasó de la amabilidad a la compasión sin apenas mover los labios. Quizá lo hizo con los ojos. O con los pómulos.

Carol bebía pequeños sorbos de su taza para lubricar la garganta. Jeanne tuvo que calentar más agua para preparar una segunda tetera.

—Tenemos invitados esta noche —dijo cuando Carol terminó de hablar, señalando hacia el porche del jardín, donde alguien había puesto ya un mantel sobre la mesa de madera—. Son unos amigos de Jean-Pierre que han venido de Colonia para comprar vino.

Parecía que le estaba pidiendo ayuda, pero Carol lo consideró una terapia ocupacional para distraerla del recuerdo de su madre. Aquella anciana elegante y comprensiva parecía haberlo vivido ya todo, hasta lo más improbable, así que se puso a su disposición.

—Reparte los boles con la ensalada a lo largo de la mesa.

—Acompaña a Aurelia al cobertizo y traed más sillas.

—Ven a ayudarme con el homo.

—¿Dónde ponemos las velitas?

—¿Sabes abrir una botella de vino como es debido?

Comenzaron a cenar a las siete y media, sentados a la mesa de madera

según las indicaciones de Jean-Pierre: «Tú aquí», «usted allí», «*please, sit my side*», «*vous ici*». Llevaba la misma camisa azul celeste que vestía Julen. Y los mismos pantalones color piedra.

—Julen y yo siempre vestimos de igual manera cuando cenamos juntos —explicó a los presentes antes de sentarse—. Lo decidimos una vez en Madrid, hace muchos años. ¿Te recuerdas? Es una especie de competencia.

Señaló a su amigo con un dedo.

—Competición —le corrigió este.

—No queremos que la ropa o los complementos influyan a la hora de la seducción. Jugamos con las mismas armas, en las mismas condiciones. No sé si explico bien.

Pese a no sentirse seducida en absoluto, Carol estuvo a punto de esbozar una sonrisa de cortesía. La idea era tan pueril que en boca de un adulto resultaba amablemente divertida. Jean-Pierre ni siquiera la miró. Se volvió hacia sus invitados alemanes y les explicó lo mismo en inglés. Quizá era a ellos a quienes pretendía seducir.

Julen también hablaba un inglés fluido, aunque no tan perfecto como su francés. La mesa era políglota, como si se encontrara en la cafetería de un aeropuerto. Julen y Jean-Pierre hablaban con los alemanes en inglés y con la señora Jeanne en francés. A Hache y a Carol les hablaban en español. Y entre ellos también. La señora Jeanne solo hablaba en francés con su hijo y con Aurelia. A los demás les hablaba en español, incluso a los alemanes, listos hablaban en su idioma entre ellos y en inglés con el resto de la mesa.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Ha venido a comprar vino?

Fue una pregunta de Blaz, el robusto alemán que se había sentado frente a ella. Carol apenas había pronunciado un saludo escueto en inglés. Sufría la resistencia a expresarse en una lengua que sentía olvidada. Y además le había molestado la pregunta.

—He venido a buscar a mi hermano.

Blaz miró a Julen. Tal vez pensó que ella era su esposa.

—¿Vive por aquí? —continuó diciendo.

Carol negó. Siempre que estaba con extraños se preguntaba si habría algo en ella que pudiera desvelar su homosexualidad.

—Vive en Madrid —respondió—. Ha venido a hacer turismo bélico.

—¿De la Primera o de la Segunda Guerra Mundial?

—De la Primera.

Se encontraban junto al río Oise, en el departamento de Aisne, a unos setenta kilómetros del Somme.

—Mi abuelo combatió en la Primera y mi padre en la Segunda Guerra Mundial —dijo Jeanne—. Confío en que mi nieto no tenga que combatir nunca.

Lo hizo en español, mientras Jean-Pierre traducía para sus invitados.

—Todos los años hay nietos y bisnietos que visitan las tumbas de sus abuelos. Proceden de todas partes del mundo: americanos, canadienses, irlandeses, incluso australianos. Hacen miles de kilómetros para poner flores ante una lápida, una cruz o una tumba comunitaria.

Carol bebió de su copa.

—Vienen pocos españoles —añadió Jeanne.

La mesa cambió de tema y los idiomas se mezclaron por encima de los vinos. Jeanne se acercó a ella y le habló en voz baja.

—¿Tienen ustedes algún antepasado enterrado en la Francia?

—Ninguno —respondió Carol. Y dejó la copa junto a su plato.

—¿Es su hermano un estudioso de la historia de las guerras? —insistió la anciana.

Carol negó y, entonces sí, sonrió con la mitad del rostro.

—Ha venido en busca de mi padre.

—SOY DANIEL Peña —dijo cuando Magda abrió la puerta.

—Mi marido no está en casa.

—¿Puedo esperarlo?

—Si se trata de un asunto de trabajo, será mejor que lo visite en las instalaciones de ComimeX, en Mercamadrid.

—Soy su hermanastro.

Nunca creyó que iba a pronunciar esa frase. Magda no respondió. Todo lo que hizo fue disimular un gesto de sorpresa y dejar que Daniel se acomodara en el salón, donde le ofreció algo de beber.

—Un café me sentaría bien.

Jota no tardó en llegar. Dejó las llaves en la entrada y pasó por la puerta del salón sin prestar atención al rumor de voces. Creyó que Magda estaría hablando con alguna vecina.

—Jota. —Ella reclamó su presencia—. Alguien ha venido a verte.

A Daniel también le extrañó esa forma de nombrarlo. «¿Alguien?» Jota temió que se tratara de Julen. Quizá lo había descubierto todo y quería hablar con él. Era una escena que había revivido muchas veces en su imaginación.

—¿Nos conocemos?

Daniel se levantó y le dio la mano.

—Soy Daniel Peña.

Las mismas palabras y más o menos la misma reacción. Jota dio dos pasos hacia atrás y se sentó en el sillón que había junto al sofá. También

había imaginado esa escena unas cuantas veces.

—Perdona que me presente sin haberte avisado —añadió Daniel.

Magda se disculpó y salió del salón. Daniel se dejó mirar. Era consciente de que Jota necesitaba encontrar alguna evidencia física para creerlo, un rasgo familiar, un parecido con su padre o su abuelo. Lo que acabó encontrando fueron las pecas de Lorena, el brillo traslúcido de sus ojos y los largos dedos de su padre.

—No habría venido si no tuviera algo importante que decirte —dijo Daniel—. Está muy enfermo.

No se atrevió a decir «nuestro padre». Jota suspiró mientras se le arrugaba la frente, como si quisiera despertar del ensueño.

—Ya lo sé —respondió.

—Le queda poco tiempo.

Daniel no quería decir más de lo estrictamente necesario, sin añadir adornos ni literatura de ninguna clase. Le había costado un gran esfuerzo enfrentarse a la otra familia de su padre. Pensó en llamar por teléfono, enviar una carta o visitar a su hermanastro en el trabajo, en un despacho donde todo fuera jurídico y mercantil, sin espacio para las emociones.

—¿Cómo has sabido dónde vivo?

Fue lo primero que quiso saber Jota.

—Sales en la guía de teléfonos.

En realidad, había querido preguntar cómo sabía de su existencia, quién le había dicho que tenía un hermanastro.

—Sé también que tu hermana vive con tu madre en Aluche.

Jota levantó la mirada.

—Me lo dijo Jacinto.

No se atrevió a llamarlo padre.

—¿Qué más te dijo?

—Lo demás me lo contó mi madre.

Jota devolvió la mirada a sus manos, como si fuera un líquido derramándose sobre ellas.

—Estoy aquí por ella —añadió Daniel—. Quiere que vayas a despedirte de él.

«No. No quiero ir. De ninguna manera quiero ir.» «No digas eso. Es tu

obligación. Debes ir.» «¿Por qué?» «Porque se está muriendo, imbécil, ¿o es que no me has oído?»

No llegaron a decirse lo que pensaban.

—Esta es nuestra dirección —dijo Daniel.

Le dio una tarjeta y se puso en pie. Jota la recogió sin decir nada. «Sé dónde vivís. Hay geranios en flor en la ventana de vuestra cocina.»

—Debo marcharme ya.

Jota se levantó del sillón.

—¿Tú crees que él quiere verme? —preguntó antes de despedirse.

A Daniel se le había agotado la paciencia.

—No me obligues a recordarte que tienes una hija.

Magda lo esperaba en la puerta del salón. Había escuchado toda la conversación desde el pasillo. Lo acompañó hasta la puerta e incluso le dio dos besos de despedida. Luego volvió al salón pero no encontró ajota. Tampoco estaba en su dormitorio, ni en el baño. Ni en la cocina. Lo encontró apoyado en la barandilla del balcón que había en el salón, fumando un cigarrillo.

—¿No habías dejado de fumar?

LA chica del cuello bonito. Así la llamaba. Se lo decía al oído. «Eres la chica con el cuello más bonito de todo el hospital.» Le hablaba con una franqueza inconcebible, como si se hubieran conocido de toda la vida. Laura había perdido algo de peso, pero conservaba sus formas y sus curvas. Carol la aseaba por las mañanas, con ojos ansiosos de contemplar el relieve de sus muslos, el perfil de sus caderas, su pecho simétrico, el tatuaje de uno de sus hombros y, por supuesto, su cuello, donde le daba unos masajes que no había prescrito ningún médico. Le habría gustado también acariciarle el cuero cabelludo con las uñas, convencida de que debía de soportar picores insoportables por culpa de la inmovilidad, pero no se atrevió a tanto. Lo que sí hacía era acariciarle los brazos y las manos, dedo a dedo. Y mirarle los labios desde todos los ángulos posibles.

La madre de Laura le presentó a un joven de aspecto atlético y mirada intermitente.

—Es Mario, el novio de Laura.

Carol lo saludó con timidez. No se sentía incómoda porque fuera el novio de su paciente, sino porque era el único que podía descubrirla. A juzgar por su aspecto, Mario también visitaba el gimnasio regularmente. Por suerte para ella, no le hizo ninguna pregunta ni puso en duda su relación de amistad con Laura.

La presencia de aquel joven demostraba que Laura no era homosexual, algo que ya había supuesto Carol, dejando, no obstante, un pequeño margen

para la sorpresa. Era mejor así. El deseo que siente un homosexual por un heterosexual es imposible de satisfacer. Y viceversa. Carol se sentía segura junto a Laura, a salvo de todo, incluso del fracaso amoroso. No tenía aspiraciones, temores ni incertidumbres, una vez anuladas las prisas que le provocaban otras mujeres homosexuales con las que sí podía llegar más lejos.

Durante aquellos días pasó en casa el menor tiempo posible, apenas lo justo para asear a su madre, darle algo de comer y hacer sus ejercicios de gimnasia pasiva. Vivía entre cuerpos inertes, moviendo articulaciones, codos y rodillas, como si tuviera una boutique de ropa y trabajase con maniqués carentes de vida. Dormía poco y se levantaba con ganas de volver al hospital. Pasaba todo el tiempo que podía en la UCI. Se convirtió en la encargada de informar a su madre y al resto de los familiares que venían a verla desde Toledo. Les daba esperanzas.

—Es joven. La juventud es una fuerza de la naturaleza. La más grande y poderosa. Saldrá adelante.

Por lo demás, no se veía con nadie. No necesitaba pareja. Cada noche se acostaba pensando en su chica del cuello bonito.

Una mañana, Laura abrió los ojos y miró a Carol fijamente. «¿Por qué me llamas así?», pareció preguntarle.

AL día siguiente volvió a tomar prestada la bicicleta y fue un poco más lejos, hasta Thiepval, donde hay un monumento visible desde varios kilómetros de distancia. Imposible no acudir a su llamada de coloso. Allí están escritos los nombres de 73.000 soldados ingleses y sudafricanos que no pudieron recibir sepultura. No solo son soldados muertos, son soldados desintegrados, incorpóreos. Lo único que queda de ellos es su nombre escrito en el mármol, uno debajo de otro, ordenados por regimiento y graduación. Y alfabéticamente. ¿Cuál es la diferencia entre un cuerpo que se desintegra poco a poco en su tumba y otro que lo hace de forma instantánea al morir?

Buscó algunos nombres que recordaba, como Carrie y Ellies, los futbolistas escoceses que atacaron el Vallee Sausage, quién sabe si creyendo que estaban disputando la final de un torneo internacional. Encontró también a los soldados Firth y Macaulay, que solo tenían dieciséis años cuando murieron en una incursión a la que se habían prestado como voluntarios.

Comenzó a caer una lluvia fina y tan silenciosa que parecía inmóvil. Era agua pulverizada en el aire, como si la gravedad terrestre hubiera desaparecido. Encontró a Wilkinson, que rescató a varios compañeros atrapados detrás de un montículo de tierra, antes de morir de un tiro en el corazón. Su cuerpo no se desintegró pero tampoco pudo identificarse. Eso era, al menos, lo que había leído Jota. Por eso su nombre figuraba en una de las columnas del monumento. Un cuerpo sin nombre se desintegra rápidamente en el anonimato del olvido.

Encontró al nieto de Dickens y al teniente Harry Macnaghten, un irlandés que cayó abatido en la Tierra de Nadie. Su cuerpo nunca fue encontrado pese a los esfuerzos de su compañero Robert Quiggs, que salió siete veces a buscarlo y rescató a un compañero herido cada vez, motivo por el que recibió una Cruz Victoria al valor.

Ajota le pesaban las piernas. Tomó asiento en las escaleras, pensativo y ausente, a cubierto de la lluvia ingrávida. Aquellas inscripciones eran todo lo que quedaba de los soldados. Un apellido y la inicial de su nombre de pila para recordar que una vez fueron hombres de carne y hueso con sus virtudes y sus defectos, sus proyectos de futuro, sus sueños incumplidos y sus ganas de vivir. Entonces, sin saber por qué, quizá porque los genes son tan inmortales como la memoria, se acordó de María y de Hugo. Y de su hijo no nacido, una criatura que no llegó a tener cuerpo ni nombre.

Si hubiera sido varón, es probable que se hubiera llamado Julen, como su padre adoptivo. Y de apellidos Arregui Casas. Quiso nombrarlo en voz alta, tampoco supo por qué, tal vez porque le pareció irrelevante pronunciar un nombre más o menos en aquel lugar saturado de nombres propios. Se puso en pie, abrió la boca pero no dijo nada.

La lluvia le mojaba la cabeza, una vez recuperada la gravedad habitual.

Sábado, 28 de octubre de 1916

Querido padre:

Por fin hemos llegado al canal de la Mancha, donde la brisa marina nos ha recibido con una caricia de bienvenida. La presencia del mar nos hace creer que la guerra no es más que un recuerdo lejano. Estamos rodeados de gaviotas ruidosas, nubes grises y acantilados blancos como los de la costa inglesa.

Hemos encontrado una oquedad en los acantilados a la que se accede trepando por unos riscos. Es un lugar perfecto para ocultarnos, desde donde divisamos el puerto de la ciudad de D. Anoche bajamos a la playa y enterramos nuestros uniformes en la arena. Tuvimos que hacer un buen agujero y cubrirlo con piedras.

Ya no pertenecemos a ningún regimiento. No defendemos ninguna bandera ni acatamos las órdenes de ningún superior. Bastante tenemos con espantar a las gaviotas que se acercan atraídas por nuestra presencia. No queremos llamar la atención de nadie, ni siquiera de los pescadores que surcan las aguas en pequeños veleros. Solo queremos encontrar un barco mercante que nos saque de aquí.

Me preguntan dónde he estado,
qué he hecho y qué he contemplado.
Y qué puedo responder.
No soy yo quien lo sabe,
sino alguien parecido a mí
que cruzó surcando el mar
y con mi cabeza y mis manos
mató a hombres en tierras lejanas...
Aunque sea yo quien debe cargar con la culpa
pues su nombre era el mío.[18]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

ROSA y Magda eran tan distintas como solo dos hermanas pueden serlo. No coincidían en nada, ni en sus platos favoritos, ni en sus asignaturas preferidas del colegio, ni en sus gustos musicales, literarios o cinematográficos. Ni siquiera lo hacían en la relación que mantenían con sus padres, porque Rosa siempre estuvo más cerca de su padre y Magda de su madre.

Con el tiempo se separaron más todavía. Rosa había ido a la universidad y Magda no, aunque la única que trabajaba por aquel entonces era esta última, incluso los sábados y algún domingo. Ya no tenían nada en común, salvo sus padres. Y sin embargo, en aquellos días de desasosiego en los que dormir era un lujo inalcanzable, Rosa echó de menos a su hermana.

Le habría gustado llamarla, contarle lo que sucedía y pedirle que la acompañara a Valencia, aunque por supuesto no lo hizo. Por más que le costara creerlo, su hijo sería el sobrino y el hijastro de su hermana. «Por favor.» Todo lo que estaba sucediendo era de una perversión incalificable, más propia de un culebrón de ficción que de la realidad. Rosa se sentía ridícula, como si alguien le hubiera gastado una broma de mal gusto. También se sentía sola. No podía contar con nadie, a excepción de Jota.

Pasaba las horas tumbada en la cama o en el sofá, pensando en voz alta, con *Colín* enroscado a su lado. Se daba bofetadas en la cara, algunas bastante sonoras. Quería despertarse cuanto antes de aquella pesadilla. El perro la escuchaba con una oreja levantada. Su dueña necesitaba olvidarlo todo y

empezar de nuevo, sentir al mismo tiempo el desánimo y la esperanza, el disgusto y la euforia de ser ella misma. Y no volver a depender de Jota ni de Julen. Ni de nadie.

Jota pasó a recogerla en su coche. Cada uno había buscado una excusa distinta: una reunión de trabajo, una visita a una amiga. Tuvieron dificultades para mantener una conversación durante el viaje. Jota no quería hablar de nada que tuviera relación con el presente, ni con el trabajo, ni con Magda, ni con Julen. Al final terminó hablando de Hache, sin confesar que había sido él quien había encontrado la clínica a la que acudirían por la mañana. Se limitó a contar anécdotas que ilustraran su singularidad como ser humano, igual que hacía en casa cuando no sabía de qué hablar con Magda y María.

—¿Sabes que Hache nunca ha podido ir a un gimnasio? Muchas veces se lo ha propuesto pero siempre ha terminado abandonando, porque correr en una cinta o pedalear en una bicicleta estática le provoca claustrofobia. ¿Puedes creerlo? Dice que su cerebro se siente engañado. Su cuerpo corre y pedalea pero no se desplaza en el espacio. Y eso no puede ser. Es imposible. Por eso su cerebro reacciona con el pánico de la claustrofobia.

Rosa acabó con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla y los ojos cerrados. Nunca le había gustado Hache, seguramente porque fruncía el ceño al mirarla con ojos de deseo y desdén, como quien mira algo sugerente pero inasequible. Los esfuerzos de Jota por mantener una conversación fueron inútiles. Lo mejor que podía hacer era callarse y encender la radio.

Llegaron a Valencia ya de noche. Cenaron en un bar frente al hotel, en la avenida del Puerto. Habían reservado una habitación doble, pero Rosa insistió en que tuviera dos camas. No quería acostarse junto a Jota. Ni que él fuera describiendo su cuerpo con palabras. No quería volver a jugar a la reina y el esclavo nunca más.

NUNCA esculpió un cochecito en la arena de la playa, no sabe si por no imitar a su padre o porque a María le gustaban más los animales y prefería hacer tortugas, serpientes y lagartos de arena. Su padre sí hacía cochecitos para él. Y también para Carol. «Uno para cada uno, así no reñís.» Los construía nada más llegar a la playa, antes incluso de abrir la sombrilla y colocar las toallas. Un agujero para las piernas con un escalón a modo de asiento, la tierra del agujero acumulada delante para el capó. Cuatro montones simétricos, dos a cada lado del vehículo, a los que daba forma de media rueda. Y la pala o el rastrillo clavados en los salpicaderos, frente al asiento de cada coche, haciendo de volante. Un diseño sencillo y eficaz que permitía a Carol y ajota echar carreras contra las olas, frente al mar.

Jacinto tenía las manos de color arena mojada. Jota se dio cuenta allí, en la playa, mientras veía cómo modelaba las ruedas de su coche de carreras.

—La arena seca no se puede modelar. Tiene que estar mojada, siempre mojada. Ve a la orilla y llena el cubo de agua.

Él iba y volvía. Jacinto salpicaba el capó y las ruedas, como si las bendijera con agua del mar. Y Jota tenía que llenar el cubo otra vez.

Eran los días felices de la infancia en la playa de Calpe, donde pasaban una semana de vacaciones cuando eran una familia normal. Dos hermanos, un padre constructor de vehículos de arena y una madre con bañador estampado y piernas brillando al sol.

Después de la visita de Daniel, Jota recuperó muchos recuerdos de la

infancia. No entendió por qué. Jamás había visto a su hermanastro. No tenían un pasado en común ni ninguna vivencia que compartir, pero su presencia le hizo recordar, tal vez por la cantidad de preguntas que querría haberle hecho y no le hizo. «¿Tu padre te llevó a la playa cuando eras niño? ¿Te hacía el cochecito de arena con la pala a modo de volante? ¿Sigue teniendo las manos de color arena mojada? ¿Le brillan las piernas a Lorena cuando se tumba bajo el sol?»

Magda no quiso presionarlo. Sabía que Jota no terminaba de decidirse y lo estaba pasando mal. Apenas hablaba, no dormía bien, comía poco. Y fumaba en el balcón. Ella podría haberle animado. «Si quieres, voy contigo.» O haberle sugerido hablar con Carol. «Podéis ir los dos juntos. O los tres, si queréis que yo os acompañe.»

A Magda le habría gustado conocer a su suegro, aunque fuera en su lecho de muerte. Pocas veces había oído hablar de él y eso había despertado su curiosidad. También le habría gustado conocer a Lorena. Se había hecho una imagen de ella, guapa, bajita, pecosa, con el pelo recogido en una coleta, los ojos claros. A esas alturas la consideraba un personaje de ficción, la protagonista de una novela.

Hacía años que Jota no se veía con Rosa. Todo había terminado entre ellos al volver de Valencia, pero seguía echándola de menos. Siempre lo hizo. No solo porque no podía acariciarla ni mirarla mientras dormía, sino porque tampoco podía compartir con ella sus inquietudes. Ni decirle lo que quería decirle en ese momento. «Acompáñame a despedirme de mi padre.»

Carol se retiró la primera.

—DISCULPADME, estoy muy cansada.

Le incomodaba aquella mesa de Babel en la que se hablaban cuatro idiomas a la vez. Subió al dormitorio y se tumbó en la cama con la ventana abierta. Cerró los ojos pero no pudo dormir, las voces del porche se lo impidieron. El vino y los licores habían animado la sobremesa de la cena. Blaz había cantado una canción en alemán y todos habían aplaudido, él también. Luego, como si los aplausos los hubieran delatado, se oyeron chistidos, acompañados de risitas, y comenzaron a hablar en voz baja. Puede que se fijaran en que la ventana de su dormitorio estaba abierta.

Carol no entendía todo lo que decían. No importaba. Le agradaba escucharlos. Sus voces parecían llegar de un aparato de radio. Poco a poco se fueron apagando. Los alemanes se despidieron. Y también Jeanne. Julen y Jean-Pierre se quedaron solos.

—Cuando estoy con tu madre me acuerdo de la mía —dijo Julen después de dar un sonoro suspiro.

—Eran inseparables —contestó Jean-Pierre, con la voz de quien acaba de echar un trago—. Y cuando estaban separadas no dejaban de nombrarse la una a la otra.

Se oyó el sonido de un brindis.

—¿Sabes una cosa? —dijo Julen—. No he vuelto al cementerio desde el día del entierro de mi madre.

Jean-Pierre no dijo nada.

—Por supuesto, me acuerdo de ella a menudo, especialmente cuando hablo en francés, pero nunca he vuelto a visitar su tumba.

—¿Por qué no?

Julen emitió una sonrisa audible, como una tos.

—No sé.

—Sí sabes.

No podían engañarse.

—Creo que porque no cumplí con sus últimas voluntades —Julen habló entre carraspeos—. Quería ser incinerada.

Carol tuvo que incorporarse en la cama para seguir escuchando.

—¿Y por qué no mandaste que la incinerasen?

—No lo sé.

Hubo un silencio de grillos.

—Supongo que no me atreví. Me lo pidió en su lecho de muerte, sedada y en sueños, cuando ya había perdido la noción del tiempo y el espacio. No me lo tomé en serio.

Esta vez se oyó una palmada seca y contundente, probablemente dada en el hombro.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Jean-Pierre.

—A menudo me lo pregunto —respondió Julen—, cada vez que voy a un funeral o paso cerca de un cementerio. ¿Cuál es la diferencia entre ser enterrado o incinerado?

Carol también se lo preguntó. La historia de dos mujeres inseparables le había disparado la curiosidad, aunque no había rastro de suspicacia en la conversación de los dos amigos. Sus madres podrían haber sido amantes en lugar de amigas y nadie habría notado la diferencia.

Se apagaron las luces y llegó ese silencio nocturno de chasquidos y crujidos inaudibles durante el día. Carol volvió a tumbarse. Estaba desvelada y sorprendida. Nunca habría imaginado que Julen pudiera tener sentimientos de culpa. Ni que pensara a menudo en su madre.

EL viaje de vuelta fue más cómodo que el de ida porque apenas hablaron. No tuvieron que esforzarse en encontrar un tema de conversación que rompiera la barrera de los monosílabos. Jota conducía. Rosa iba a su lado con los ojos cerrados. No solo no hablaba con él. Tampoco quería verlo. Lo único que quería era desaparecer del mapa durante trescientos cincuenta kilómetros.

Esa había sido su actitud desde que tomó la decisión de abortar. Debía invertir cierta cantidad de tiempo en ir a Valencia, someterse a la intervención y volver a casa. No había una alternativa mejor, de modo que activó el piloto automático de la existencia y pasó esas horas inevitables en un estado de pasiva inacción, dejándose hacer como un maniquí.

Jota era consciente de que la estaba perdiendo. Cada kilómetro que pasaba la perdía un poco más. No era una cuestión de tiempo sino de espacio. En cuanto llegaran a Madrid la perdería del todo. Negó con la cabeza. Era el gesto que más repetía últimamente.

—No puedo creerlo —le había dicho a Hache cuando le pidió ayuda—. Me parece imposible, no está sucediendo de verdad.

—Yo te busco algo —lo tranquilizó Hache—. Desde que trabajo para Julen tengo muchos contactos.

También le ofreció un porro, o dos, los que hicieran falta.

Quedaban doscientos treinta kilómetros y Jota redujo la velocidad. No iba a ser fácil rehacer su vida sin Rosa. Se sentía vacío y desahuciado. Lo único

que tenía era el recuerdo del tiempo que había pasado a su lado. Lo había ido clasificando todo en su memoria, por orden cronológico, consciente de que algún día lo necesitaría para sobrevivir. ¿Serviría de algo?, se preguntó. ¿Es posible vivir entre los recuerdos de la memoria sin esperar nada del presente?

Decidieron hacer una parada en un bar de carretera cerca de Honrubia para ir al baño y tomar algo, un café con leche y un pincho de tortilla.

—¿Estás bien?

Jota se dirigió a ella venciendo el impulso de tocarle el cuello, la mejilla o el cabello, con las manos juntas, una sujetando firmemente la otra. Ella respondió con la cabeza. El la imitó. Solo les quedaban ciento setenta kilómetros de relación. Ahora sí que necesitaba un buen porro.

—Puedes recostar el asiento si quieres —le dijo cuando volvieron al coche—. Estarás más cómoda.

Se concentró en la carretera y en el tráfico, que era cada vez más denso. De vez en cuando la miraba de reojo y luego volvía a la carretera, como si saltase del presente al futuro, del pasado al presente. Cien kilómetros. Eso era todo lo que quedaba. Tal vez debería hacer otra parada para retrasar lo inevitable. Ochenta kilómetros. Tarancón. Sesenta kilómetros. El tráfico ya era muy denso. Cuarenta kilómetros. Hubo hasta una pequeña retención por culpa de un vehículo averiado. Veinte kilómetros. Mejorada del Campo. El cementerio de La Almudena. La M-30.

El coche se detuvo en el kilómetro cero del recorrido. Jota bajó para ayudar a Rosa con la maleta, pero ella no le dedicó ni una mirada de despedida.

LLEGÓ al barrio de San Isidro tratando de calcular los años que habían pasado desde la primera vez que fue por allí, aquella mañana que salió de la facultad en busca de su padre. Todavía no sabe si quería verlo a él o a Lorena. O a los dos juntos. O a los tres, Lorena sentada en un banco y su padre columpiando al pequeño Daniel.

Las sábanas seguían tendidas y las macetas recién regadas. Nada había cambiado, las bicicletas apoyadas en la pared y las furgonetas blancas, el ambiente hogareño y rural en medio de una gran ciudad. Y las calles con nombre de rey godo, como una lección de Historia: Chindasvinto, Teodoro, Leovigildo. Había poca gente. Era temprano.

Se había despertado con un peso en el estómago, como si no hubiera terminado de hacer la digestión de la cena. No podía esperar más tiempo. Llegó al parque de los columpios y se sentó en el mismo banco de madera de la primera vez, frente a un anciano que pedaleaba en uno de esos aparatos de gimnasia para la tercera edad. Le pareció que toda su energía dependía de aquel anciano, como si los pedales del aparato estuvieran conectados a su corazón por medio de una dinamo. Si el abuelo se detenía, él no podría levantarse del banco.

La casa de su padre quedaba detrás de los columpios, girando a la derecha, a no más de doscientos metros de donde estaba. Imaginó la escena. Era algo que hacía a menudo: fantasear con cosas que nunca llegaban a suceder. Llamaría al timbre del número 15 y abriría Lorena. «He venido a ver

a mi padre.» Ella asentaría entre agradecida y aliviada. «Has hecho bien», le diría con los párpados. «Sube al dormitorio, Daniel está con él.» Le habría gustado encontrarse con su padre a solas. Habría sido menos embarazoso.

«Padre.» «Jacinto, hijo.» «¿Cómo estás?» «¿Y tu hermana? ¿No ha venido contigo?» «No le he dicho que venía.» «¿Y tu madre?» «Sigue igual. Carol cuida de ella pero cualquier día se morirá sin mover un músculo, como un pajarito.» «Eso no puede saberse, la muerte es impredecible. Lo sé porque lleva años detrás de mí.» «No digas eso.» «Es la verdad. Por eso has venido.» «Quería verte.» «Querías despedirte de mí. ¿Conoces a Daniel? Se parece mucho a ti.» «Vino a casa.» «Tenéis que llevaros bien. Preséntaselo a Carolina. Está deseando conocerla. No tiene más hermanos que vosotros.» «No estoy seguro de que seamos sus hermanos.» «Yo sí lo estoy.»

¿Qué haría luego? Tomaría el refresco que le ofrecería Lorena junto con unas patatas fritas o unos cacahuets, con esa amable servidumbre suya, mirándolo con sus ojos transparentes, prácticamente incoloros. Y un poco después se levantaría para marcharse, aunque tal vez antes de hacerlo tendría que ver el resto de la casa. «Este es el cuarto de Daniel, este el despacho de tu padre. Aquí está el patio de la higuera y la cocina. Mira qué geranios más floridos tenemos.»

¿Le preguntarían por Magda? ¿Por María? ¿Por Hugo? Tendría que usar alguna de esas frases hechas que juegan a favor de la cordialidad. «Magda es una madraza.» «Mi nieto es la cosa más guapa del mundo. Otro día vengo con ellos para que los conozcáis.»

El abuelo de los pedales ya se había marchado. Jota se levantó del banco y echó a andar. Tenía la boca seca y necesitaba beber una cerveza bien fría. Era como si no hubiera dejado de hablar desde que entrara en esa casa que quedaba detrás de los columpios, girando a la derecha.

XIV

EL lunes 13 de noviembre de 1916 se lanzó el último ataque aliado contra los alemanes, pero en esta ocasión solo se prolongó durante cuatro días, que fue lo que tardaron en llegar las primeras nieves a la región del Somme. La combinación de fango y nieve jugó un papel definitivo en la batalla, dejando el escenario bélico impracticable. Los alemanes defendieron sus posiciones con tanta firmeza que acabaron perdiendo una moral que no volverían a recuperar nunca. El Somme fue el primer capítulo de su derrota final en la Primera Guerra Mundial.

La cifra total de muertos en la batalla del Somme se eleva a 600.000 hombres entre británicos, franceses y alemanes. El doble de esa cifra resultaron heridos. Hay que añadir, además, los soldados ejecutados una vez terminada la batalla por deserción o desobediencia. Los del ejército británico se conocen por sus siglas en inglés: SAD. *Shot at dawn*. Fusilados al amanecer.

Unos meses después de este último ataque, en febrero de 1917, los alemanes se retiraron a la línea Hindenburg, y en el Somme dio comienzo la búsqueda de restos humanos, algunos de los cuales estaban allí desde el primer día de la batalla, ocho meses antes. Por supuesto, fue imposible identificarlos y se enterraron en nuevos cementerios, muchos de ellos contruidos aprovechando las ya inservibles trincheras o los cráteres que habían producido los obuses.

La mayoría de los cementerios de la zona son propiedad de la Commonwealth. Todos están abiertos al público. Tienen libro de firmas y

placa conmemorativa indicando el año de su construcción. La Commonwealth dispone de una Comisión de Tumbas de Guerra que se encarga del mantenimiento y cuidado de las lápidas y los jardines. Cuidan de la memoria colectiva del siglo XX.

Martes, 31 de octubre de 1916

Querido padre:

Seguimos colgados del acantilado, como las aves que nos rodean. Aquí dormimos y comemos, contemplamos el horizonte y hacemos planes de futuro en voz baja. A primera hora de la noche hemos bajado al puerto de D. donde había varios barcos fondeados. Uno de ellos parte muy pronto rumbo al norte. Se llama *Belleville* y en su popa ondea la bandera sueca.

Hemos vuelto al acantilado para recoger nuestras pertenencias y borrar las huellas de nuestra presencia. Nos vendría bien dormir unas cuantas horas, pero no nos hemos molestado en intentarlo. El corazón nos late tan deprisa que tememos ser descubiertos por el ruido de los latidos.

Un par de horas antes del amanecer volveremos a D. para trabajar como mozos de carga en el puerto. No será difícil escondernos en la bodega del *Belleville*. Una vez allí podremos descansar.

Contemos historias sosegadas de ojos amables
y plácidas frentes donde residen la paz y el
conocimiento:
de jardines en brumas bajo cielos nocturnos
por donde los cuatro caminaban, con pasos
tranquilos.[19]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

JACINTO supo de la existencia de Albert Ingham por la inscripción que había escrita en su lápida. De otro modo no le habría prestado atención. Solo habría sido un soldado más, un nombre que habría olvidado al instante, pero aquella inscripción tenía un significado concreto que trascendía en el tiempo.

Era habitual poner inscripciones en las tumbas de los caídos en combate, normalmente referencias a la memoria de los familiares, versículos de la Biblia o fragmentos de salmos y oraciones. Las palabras de George Ingham no eran una invocación religiosa, ni los versos de un poema, ni siquiera una referencia a la muerte. Aquellas palabras tenían un fin literario, contaban una historia sin desvelarla, como las buenas novelas. Jacinto las encontró en un libro de testimonios que recogía anécdotas y curiosidades sobre la batalla del Somme, sin incluir ninguna fotografía de la lápida.

No fue tarea fácil encontrarla. Daniel tuvo que ayudarle. Lo que hoy cuesta diez segundos en un buscador de internet, a ellos les costó unas cuantas visitas a varias bibliotecas de Madrid, hasta que finalmente la encontraron en un catálogo de tumbas de la Commonwealth. No pudieron sacar el libro de la biblioteca y tuvieron que hacer

una fotocopia de la página donde estaba la fotografía. Jacinto estuvo a punto de dibujarla a plumilla.

La fotocopia permaneció sobre su mesa durante mucho tiempo. Leía la inscripción cada día, pronunciándola en voz baja, como si fuera un conjuro o una oración. *A worthy son of his father*. Un digno hijo de su padre. Seis

palabras. No siempre el original y la traducción tienen el mismo número de palabras. A veces lo decía al revés, como si leyera el reflejo en un espejo. Un digno padre de su hijo.

Hacía años que no había vuelto a su pueblo natal para visitar el nicho de su padre. Estuvo a punto de hacerlo en varias ocasiones, como cuando le diagnosticaron el tumor en el pulmón. Así aprovechaba para presentarle a Lorena. Y a Daniel. Nunca le había dicho que tenía otro nieto. Seguía pensando en su padre como una entidad inmortal, una lápida de piedra con una fecha grabada, una instantánea ajena al devenir del tiempo.

Al final no fue. Unas veces porque hacía mucho frío, otras porque debía someterse a una prueba médica o porque no tenía fuerzas ni ganas para emprender un viaje tan largo. Todo lo que hizo fue abrir el cuaderno de tapas verdes que le había regalado Lorena y comenzar a escribir en él. Lo hacía a diario, a primera hora de la mañana, nada más levantarse, como si estuviera anotando los sueños que había tenido durante la noche.

Lorena estaba intrigada.

—¿Qué escribes ahí? —le preguntaba—. ¿Un diario?

Jacinto negaba.

—¿Un poema? ¿Tus memorias? —Se creía con derecho a saberlo.

Jacinto buscó un modo de responder:

—Estoy continuando una historia que comenzó a escribirse hace muchos años.

—¿Por qué?

—Porque se quedó a medias y alguien tiene que terminarla.

—¿De qué trata?

—Trata de la guerra y está protagonizada por un soldado.

Ella creyó que se refería a su padre y asintió comprensivamente.

AVANZÓ hacia el oeste, dejando a su izquierda el orden alfabético de Thiepval. Circulaba por caminos de tierra, pedaleando entre granjas, campos cultivados y acequias. De vez en cuando se cruzaba con un tractor que iba o venía de sus faenas agrícolas. Cuando eso sucedía, levantaba una mano y saludaba. Llevaba una pequeña mochila con una botella de agua, un par de manzanas y un paquete de galletas. A mitad de camino se sentó bajo un nogal para tomarse un respiro.

No había sombras. Unas recias nubes habían dejado la campiña en penumbra. Todo parecía pintado en blanco y negro, una fotocopia del paisaje real. Apenas quedaban diez kilómetros para llegar al cementerio municipal de Bailleulmont, donde estaban enterrados Albert y Alfred.

Cayó la primera gota. Y luego la segunda. No pudo contar las demás. Se oyeron truenos y comenzó a llover con fuerza. Jota colocó la bicicleta debajo del nogal. Su copa era densa y el suelo permaneció seco durante unos minutos. El campo se hizo invisible. La lluvia sonaba como el mar bajo un barco en movimiento, navegando a toda máquina hacia el norte.

Comprendió que no podría llegar a Bailleulmont aquel día. La lluvia ya había atravesado la fronda del árbol. No le importó. Más bien al contrario, sintió un alivio que no le sorprendió. Todos los peregrinos padecen el vértigo de llegar al final del camino, como si no hubiera nada detrás, nada después. Bailleulmont era su destino. El fin del tiempo. ¿Qué haría después de encontrar las dos tumbas? ¿Qué otra cosa buscaría? ¿Adónde iría?

El sonido de la lluvia se hizo más débil a medida que el barco se alejaba hacia el horizonte acompañado de las nubes. El paisaje volvió a verse. Los campos anegados, el camino completamente embarrado. Jota abandonó el nogal. Ni se planteó la idea de montarse en la bicicleta. Regresaría a Fricourt llevándola a su lado, sujeta por el manillar.

No era el único que tenía problemas. En un camino paralelo, al otro lado de un campo recién trillado, vio a una mujer y dos hombres empujando un coche que había quedado atrapado en el barro. El conductor los jaleaba desde el volante, con la puerta abierta, y ellos protestaban a gritos cuando el barro les salpicaba en el rostro. Parecían niños traviesos jugando tras la tormenta.

—¿HACE mucho que estás despierta?

Laura volvió a cerrar los ojos en cuanto oyó la pregunta. Quería hablar, pero le costaba tanto encontrar las palabras como tratar de articularlas.

—No —respondió con una voz gangosa que no reconoció.

Carol repasó mentalmente todo lo que le había contado esa tarde. Lo hizo de forma apresurada, en una décima de segundo, como quien revisa un texto con un corrector, ansiosa de borrarlo todo.

—¿Qué ha pasado?

Laura frunció el ceño primero y luego lo relajó. Pareció sorprenderse de su capacidad para mover las cejas.

—Sufriste un accidente de tráfico y has estado en coma.

No quiso dar detalles más precisos. Laura no parpadeó.

—Estás bien, no te preocupes. Solo necesitas un poco de tiempo para volver a la normalidad. Eres joven y fuerte. No tienes nada que temer.

Carol no sabía qué más decir. No era ella quien debía informar a la paciente de su estado. No estaba hablando como una profesional, sino como una amiga.

—Tu madre está aquí. Y también Mario. Podrás verlos muy pronto.

—Gracias.

Laura hizo un esfuerzo por sonreír, pero todo lo que consiguió fue estirar los labios y elevar unos pómulos que habían perdido su simetría. Carol se preguntó si le estaba agradeciendo la información que acababa de darle, los

masajes, la gimnasia pasiva, los piropos o las confidencias dichas al oído.

Por la noche llegó a casa con la necesidad de hablar con alguien.

—La chica del accidente se ha despertado —le dijo a su madre.

Juana la miró a través del vidrio de sus ojos, como si estuviera sumergida en un tanque de agua o encarcelada en una prisión de máxima seguridad y tuviera que comunicarse con las visitas por un telefonillo. Hacía semanas que Carol no hablaba con ella. Durante un tiempo la trató con esa aséptica familiaridad del hospital, contándole anécdotas y chismes del vecindario, pero enseguida se cansó. La familiaridad comenzó a parecerle forzada e inútil. Entonces llegaron las quejas.

—Podías comer un poco más.

—No estires las piernas cuando voy a doblártelas.

—Haz un esfuerzo y levántate un rato. Ayúdame a incorporarte. No lo hagas todo tan difícil.

Luego se dio cuenta de la ruindad que había en sus comentarios negativos y prefirió no decir nada.

—Tendrías que haber visto cómo lloraba su madre.

Solo consiguió dormirse después de tomarse una pastilla. Le preocupaba que Laura no la reconociese como amiga, no solo por las explicaciones que ella misma tendría que dar a la familia y a sus compañeros del hospital, sino por si creía haber perdido la memoria al no recordarla. De pronto se dio cuenta de que la había tratado como a una entidad sin vida, una muñeca articulada, no como a un ser humano con criterio y memoria. Y dignidad.

Laura estaba con su madre cuando Carol llegó al día siguiente al hospital.

—Nunca me habías dicho que tenías una amiga enfermera —dijo la madre.

Laura hizo un gesto de asentimiento. Movi6 la mano izquierda con dificultad, tratando de dominar el temblor de su muñeca, y la puso sobre la sábana, al lado de Carol, con la palma hacia arriba.

LOS hermanos Sierra Agudo se habían separado profesionalmente hacía unos años. Román se había integrado como socio en otro despacho más grande, al que incorporó su cartera de clientes, mientras que Jonás había abierto un nuevo bufete dedicado a casos de divorcios, custodias y derecho de familia. Se había cansado del derecho marítimo y había decidido dar un golpe de timón para cambiar de rumbo. Así se lo había dicho a su hermano.

También se había alejado del barrio de Salamanca, en contra del criterio de otros colegas que le recomendaron no salirse de los círculos profesionales. Había alquilado una vivienda con terreno en Ciudad Jardín, cerca del Parque de Berlín, donde cada mediodía salía a tomarse un sándwich y una cerveza, rodeado de palomas, mirlos y ancianos tomando el sol.

Rosa pasó un par de meses revisando procedimientos y sentencias antes de ocuparse del primer caso de su nueva andadura laboral: una demanda por abandono del hogar más difícil de lo que parecía por la doble nacionalidad del demandado. Jonás aceptó su candidatura en cuanto ella se presentó en la villa, que era como llamaban a la vivienda de Ciudad Jardín.

—¿Sigues llevando asuntos profesionales de Julen?

Fue lo primero, lo único que Rosa quiso saber. A Jonás no le sorprendió la pregunta. Había trabajado con ella en la calle Velázquez y la conocía bien.

—Los asuntos de tu marido los lleva mi hermano en su nuevo bufete. Aquí no nos dedicamos al derecho mercantil ni al transporte marítimo.

A Rosa le gustó escuchar lo que ya sabía. También le gustó la villa, quizá

porque no había visto nunca un bufete con jardín. Parecía un lugar de retiro y ocio, no una oficina. Había flores, pájaros, insectos y arañas que entraban en la casa. Y un perro enorme, que en ese momento apareció en el despacho de Jonás.

—Te presento a *Rhonda*.

La perra olfateó a la recién llegada, se dio media vuelta y salió del despacho.

—Le has gustado —dijo Jonás.

—¿Cómo lo sabes?

—Si no hubiera sido así, habría ladrado. Es la mejor jefa de personal que he tenido. Su olfato de cazatalentos nunca falla.

Rosa ocupó un pequeño despacho en la planta baja. Desde su ventana veía una morera que, según pasaban los meses, se iba cargando y descargando de grandes hojas con forma de manos. A veces, cuando el viento movía las ramas, creía oír los aplausos de un auditorio. *Rhonda* la visitaba a diario para invitarla a salir al jardín. Muchos días comían juntas, compartiendo una pizza o un poco de arroz o fideos de un restaurante oriental que servía comida a domicilio. Aquella perra comía de todo.

Luego, cuando llegaba a casa, daba un paseo con *Colín*, que la esperaba impaciente, sabiendo que pasaba el día con otro perro. Si Julen no estaba de viaje, cenaban juntos. La mayoría de los días, él ponía sobre la mesa una botella de vino de una bodega nueva, unas lonchas de un jamón curado con una técnica especial, un embutido artesano, un dulce de chocolate, un licor de hierbas o un café exótico que le habían regalado. Algo inesperado para evitar el riesgo del silencio. Rosa lo trataba con una cordialidad profesional, desde una distancia que parecía aumentar día a día, como si fuera un cliente exponiéndole un caso cada vez menos interesante.

Su relación había cambiado desde que ella regresó de Valencia con la determinación de volver a ejercer su profesión. Era una cuestión de velocidad, como si ahora todo sucediera más lentamente entre ellos. Julen se dio cuenta de que la decisión de Rosa no era solo laboral. Algo grave había tenido que sucederle, pero no quiso indagar, no al menos directamente. Estaba acostumbrado a enterarse de todo sin pretenderlo, a su debido tiempo.

La vida contemplativa no hacía feliz a Rosa. De nada había servido toda la independencia y el ocio que había tenido a su disposición. La

independencia no significa nada para quien no la necesita. Como mucha gente a su alrededor, ella necesitaba una rutina laboral, unos horarios, unos compromisos y la recompensa de un trabajo social en el que hacer algo por los demás.

Daba igual que pudiera ser una reina con el mundo a sus pies. Ya lo había sido durante años. Ahora simplemente había abdicado.

DESAYUNARON en la cocina del *château*, pero no todos a la vez. No pudieron hacerlo en el exterior porque el tiempo había empeorado. Sobre la mesa había té, café, leche, huevos revueltos, fiambres, una cesta con cruasanes y tostadas y otra con raciones individuales de mantequilla y mermelada. Aurelia iba reponiendo de todo, además de recoger los cubiertos y los platos sucios.

La pareja de alemanes se marchó nada más desayunar. Solo se despidieron de Aurelia. Tenían por delante más de seis horas de viaje en coche y querían llegar a casa a primera hora de la tarde. Carol desayunó sola, echando de menos la presencia de Jeanne. Luego dio un paseo por los alrededores, respirando un aire tan fresco que parecía líquido. Cuando regresó a la cocina, encontró a Julen, Hache y Jean-Pierre desayunando sobre un mapa de carreteras a modo de mantel, en el caso de Hache literalmente, porque tenía la taza sobre Clermont, en el sur de Picardía.

—Hay muchos cementerios y monumentos en el Somme —dijo Jean-Pierre—: el de Sheffield, la Torre del Úlster, el Monumento de Thiepval, el de los sudafricanos o más al norte el de Vimy. No sé por dónde empezar. Podemos movemos de este a oeste y de norte a sur peinando toda la zona.

Carol se había sentado frente a ellos con su móvil en la mano.

—Estos son los lugares que anoté después de haber estudiado la información que había en el ordenador de mi hermano —dijo.

Y mostró la pantalla del teléfono para que pudieran leer la lista. Jean-

Pierre asintió un par de veces, como quien ya ha trazado una ruta en su cabeza. Visitaron, por este orden, Guillemont, Longueval, Montauban y Pozières. Jean-Pierre y Hache iban delante, Julen y Carol detrás, con el mapa desplegado entre ellos. Viajaban en un Land Rover viejo y ruidoso, sin amortiguación ni reposacabezas. Era tan incómodo que el viaje se hizo interminable. Llevaban las ventanillas bajadas para rastrear visualmente la zona. Jean-Pierre frenaba de vez en cuando y cada uno observaba el paisaje desde su ventanilla. Hache bromeó diciendo que parecían turistas en un safari fotográfico. En cualquier momento podía aparecer un animal salvaje.

Carol había tratado de describir a Jota para que Jean- Pierre se hiciera una idea, una vez comprobado que ni Hache ni ella llevaban una foto suya en el móvil.

—Es delgado y fibroso. Tiene poco pelo pero no está calvo. Camina cargando el peso sobre los hombros y nunca sabe qué hacer con los brazos.

Hache asintió mentalmente. Él no lo habría expresado así, pero la descripción se ajustaba a la realidad. Lo más importante era tener buena suerte. Ellos podían estar en Gommecourt y Jota en Mametz. Él en Carnoy y ellos en Serre. Podían pasar por los mismos lugares, incluso en varias ocasiones, pero de nada serviría si no coincidían en el tiempo, un poco como lo que había sucedido en la mesa del desayuno.

Volvieron a detenerse, esta vez para cerrar las ventanillas. Había comenzado a caer una lluvia recia y turbia que les impedía seguir avanzando. El cristal de la ventanilla de Julen se atascó. El agua comenzó a entrar en el Land Rover y Jean-Pierre tuvo que salir para tirar del cristal desde el exterior. Se mojó tanto que lanzó dos alaridos de frío.

—La primera regla de un safari es el silencio —dijo Julen riendo—. Vas a espantar a los animales salvajes.

Jean-Pierre sonrió por cortesía.

—Tenemos un problema —dijo.

La lluvia comenzó a retirarse y Jean-Pierre señaló hacia delante. El camino se había convertido en un río de barro.

—Esto es un todoterreno, ¿no?

Fue Carol quien lo dijo y Hache quien la miró negando con la cabeza. Puede que veinte años atrás aquel vehículo hubiera sido un todoterreno. En aquel momento era una barca de hierro varada en mitad del campo. Jean-

Pierre aceleró con cuidado, soltando el embrague poco a poco hasta que las ruedas comenzaron a patinar. Lo intentó con una marcha más larga y sucedió lo mismo. Al final el motor se caló.

—Será mejor que nos bajemos —propuso Julien.

Jean-Pierre asintió sin volverse hacia sus acompañantes. No quería que lo vieran sonreír.

—El motor no arranca —dijo sin dejar de asentir.

Hubo un cruce de miradas entre Julien, Hache y Carol. Era una conspiración de incredulidad. «¿Cómo que el motor no arranca?»

—Nada, mira.

—Hache, ocúpate tú.

Julien hizo un gesto con su dedo índice, como un director de orquesta dando la entrada a un solista virtuoso. Hache abrió el capó, movió unos manguitos y secó algunas piezas con unos pañuelos de papel. Luego alzó la cabeza y giró la muñeca en el aire. Jean-Pierre trató de arrancar sin éxito.

—Hay que empujar —dijo Hache.

—¿Cómo vamos a empujar esta cafetera sobre este barrizal? Lo mejor será llamar a una grúa.

Jean-Pierre sacó su teléfono móvil para pedir ayuda, pero Hache señaló al frente con el brazo extendido.

—Ahí mismo hay una pendiente —dijo—. Si lo empujamos hasta ella, es posible que arranque.

Carol no se había imaginado nunca haciendo algo así. Se colocó en la parte trasera del Land Rover, entre Julien y Hache, con los pies en el barro, dispuesta a empujar. Hache llevó la voz cantante.

—A la de tres.

Al principio el coche apenas se movió unos centímetros. Jean-Pierre se apeó y ayudó a empujar con la puerta abierta. Entonces sí, lograron moverlo hasta el principio de la pendiente. Jean-Pierre se montó de nuevo, arrancó el motor y llenó de barro a sus tres acompañantes.

—¿Necesitan ayuda?

Un tipo sujetando una bicicleta de la misma edad que el Land Rover había llegado hasta ellos. Hache le sonrió.

El tipo no lo reconoció, quizá por la cantidad de barro que llevaba en el

rostro.

—Hola, Jota.

—¿Qué haces tú aquí?

Jota dudó entre seguir sujetando la bicicleta o dejarla en el suelo. No quería mancharla más de lo que estaba. Entonces reconoció a Julen, que en ese momento se limpiaba las manos en los pantalones. Y su mirada saltó sobre la mujer que lo acompañaba, con la esperanza, a la vez reconfortante y suspicaz, de que fuera Rosa.

—Soy yo, Carol.

Lo dijo al darse cuenta de que su hermano no la reconocía.

—¿Y qué, qué coño hacéis todos aquí?

Otra vez se miraron los tres, los cuatro, porque Jean- Pierre se había acercado al grupo. Era una buena pregunta. ¿Qué coño hacían allí?

—Hemos venido a hacer un safari fotográfico —respondió Hache, con esa diplomacia suya tan particular—. Ahora estábamos camuflándonos con barro para poder acercarnos a los animales salvajes.

LA visita al barrio de San Isidro le produjo una inquietud perturbadora, como un mal sueño antes de despertarse. A partir de entonces, Jota evitó por todos los medios quedarse a solas. Por la mañana, cuando estaba en el trabajo, buscaba la compañía de sus colegas. Se interesaba por sus cosas. «¿Adónde te vas de fin de semana?» «¿Cómo están tus hijos?» «¿No te ibas a cambiar de coche?» Llamaba por teléfono a sus proveedores, a las navieras, a los agentes de aduanas. Les hacía peticiones innecesarias: tarifas, confirmaciones de calendarios y rutas, listas de contenedores. Hablaba con cualquiera para no tener que hacerlo consigo mismo. Esa ansiedad le provocó desarreglos gástricos y dificultades para dormir. Era consciente de que debía hablar con su hermana, aunque eso supusiera ir a su casa y ver a su madre, algo que evitaba hacer siempre que podía.

Fue a última hora de la tarde, cuando calculó que su hermana ya habría dado la cena a su madre. No abrió con su llave. Prefirió llamar al timbre, como las visitas. Se sentó en su butaca de costumbre, a los pies de la cama, como si todavía fuera un estudiante. Su hermana estaba a su lado. Apenas se veían. En aquella habitación no solo no había luz. La Tierra tampoco giraba sobre sí misma ni mucho menos transitaba alrededor del sol. En aquella habitación no transcurría el tiempo.

Jota no sabía cómo presentarse ante su padre. No quería ir a San Isidro para hacerle preguntas. No estaba interesado en la vida que había llevado junto a Lorena y Daniel. Lo que quería era hablarle de sí mismo. «Soy

licenciado en Derecho. Tengo un buen puesto de trabajo en una de las empresas más grandes de Mercamadrid. Me dedico a la importación de frutas y verduras. He viajado bastante y varias personas trabajan a mis órdenes.»

—Quiero que me acompañes a verlo —dijo Jota.

Lo hizo en un susurro, con una dicción sibilante y grave, para que su madre no pudiera oírlo. Carol negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Se está muriendo.

—Mamá también.

Carol señaló a la enferma con la palma de la mano para subrayar la evidencia. Jota estuvo a punto de contestar que todo el que vive se está muriendo, pero prefirió ir al grano.

—Hay poco tiempo —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

No se atrevió a confesar que su hermanastro lo había visitado. Conocía a Carol. Si lo hubiera hecho, ella habría reaccionado a la defensiva, levantándose y marchándose del dormitorio. Tampoco consiguió nada con su silencio. La postura de Carol era inamovible. Se marchó con la decisión tomada. Al día siguiente iría a visitar a su padre. Era la única manera de acabar con aquel desasosiego.

Cuando llegó a su casa, Magda lo estaba esperando.

—Ha llamado Daniel.

Siempre tres palabras para decir las cosas importantes. Magda no supo qué más añadir. No se había puesto el pijama para poder acompañar a Jota si era necesario. Él tampoco dijo nada. Dio media vuelta y volvió a salir de casa. Tomó el coche y se presentó en el barrio de San Isidro en apenas veinticinco minutos. Aparcó en la plaza de los columpios inmóviles. Caminó unos metros y vio a un montón de gente en la calle, en corros silenciosos, los hombres con las manos a la espalda. Las mujeres con los brazos cruzados.

A lo lejos se acercaba un vehículo que se detuvo en mitad de la calle, sin intención de aparcar. Cuando el conductor apagó las luces, Jota comprobó que se trataba de un coche fúnebre.

Miércoles, 1 de noviembre de 1916

Querido padre:

Le escribo desde la cubierta del *Belleville*, vestido con las ropas de Tony, el marido de Emma. Parezco otro. Soy otro. He cambiado incluso de identidad. Alfred también lo ha hecho. No le digo cómo nos llamamos ahora.

Hemos pasado buena parte de la noche en la bodega del barco, ocultos tras un parapeto de sacos de cereales, a salvo de las miradas y las preguntas de la tripulación. A primera hora de la mañana nos hemos despertado con ruidos de pasos, voces y máquinas comenzando a funcionar. Estábamos a punto de zarpar. Cuando por fin hemos abandonado la costa francesa, nos hemos fundido en un abrazo. Era a la vez un gesto de despedida y bienvenida.

Luego hemos recorrido un laberinto de pasillos y escaleras para recibir el aire fresco del canal. Temíamos ser los únicos, pero enseguida hemos visto a otros pasajeros en cubierta, de modo que nos hemos dedicado a pasear tranquilamente con las manos a la espalda, como dos viajeros rumbo al norte.

Yo, que desde la colina de mi hogar
contemplé con ojos atónitos
cientos de tus atardeceres derramar
su fresco y sanguíneo sacrificio.
Antes de que el sol empuñe su espada a mediodía
debo decir adiós a todo esto.
Por todos los placeres que voy a perderme
ayúdame a morir, oh, Señor.[\[20\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

XV

EN el Somme participó una generación de intelectuales formada en las mejores universidades de los países implicados. Había pintores, escultores, poetas, dramaturgos, arquitectos y músicos, entre otros profesionales del mundo del arte. Los poetas son conocidos como los *Poets*. Algunos ya habían publicado antes de alistarse, movidos por el romanticismo de la patria, otros lo hicieron después de la experiencia bélica, escépticos y desilusionados al comprobar el resultado de su enaltecimiento. Algunos sobrevivieron, otros murieron en el campo de batalla.

Sus poemas han llegado hasta nosotros como reflexiones en primera persona sobre el horror de la contienda. Son composiciones cortas, de una expresividad impactante, que contienen imágenes indescriptibles. No solo sirvieron como testimonio de lo vivido. También inspiraron a otros soldados, que nunca se habrían imaginado escribiendo sus primeros versos.

En el prefacio que escribió para sus poemas, Wilfred Owen, uno de los *War Poets* más influyentes, confiesa: «Lo que menos me interesa es la Poesía. Mi tema es la guerra y la desolación de la guerra. La Poesía está en la desolación».

Esa desolación lo cambió todo. El arte tuvo que replantearse el concepto de civilización después de la guerra. Nada podía ser como antes. De ese replanteamiento radical surgieron el dadaísmo, el surrealismo y el resto de las vanguardias artísticas.

JOTA esperó en el interior del coche hasta que ella salió de casa. Parecía estar protagonizando una película de suspense. Luego la siguió hasta la Ciudad Jardín y vio cómo entraba en JSA Consulting, que era como se llamaba el nuevo despacho de Jonás Sierra Agudo. Aparcó el coche al final de la calle y caminó despacio, como si estuviera dando un paseo. Al llegar a la villa se detuvo a admirar el jardín. Había dos moreras y un madroño, una alberca con un chorro de agua audible desde la calle y dos bancos de madera haciendo ele. No pudo ver nada más porque un labrador enorme salió de la casa gruñendo y ladrando. Lo ponía claramente en la puerta, junto al nombre del despacho: CUIDADO CON EL PERRO.

Había tratado de hablar con Rosa varias veces, pero su número de móvil había sido anulado, el correo le devolvía todos los mensajes y en su casa nadie cogía el teléfono, obligando a quien llamaba a dejar un recado en el contestador. Lo único que podía hacer era abordarla por la calle cuando saliera de casa o del trabajo.

Finalmente, lo hizo cerca de su casa. Ella paseaba acompañada de *Colín* y se detuvo en seco, negando con la cabeza. No quería hablar con él. No quería verlo. *Colín* lo reconoció al instante y estiró de la correa para saludarlo. Jota se agachó para acariciar al animal. Estuvieron así un par de minutos, en tensión, componiendo un monumento al rencor y la distancia, hasta que Rosa tiró del perro, dio media vuelta y se alejó.

Jota pensó en buscar un bar y tomarse unas copas, una reacción absurda

que no tardó en descartar. No estaba viendo una película, estaba viviéndola. Su vida le pareció un estreno sin espectadores, un fracaso de taquilla. Volvió a casa y se sentó en el salón, junto a Magda, que veía la televisión tumbada en su sofá.

Ella se incorporó un momento.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

No tuvo que decir nada más. Vio la sombra de la derrota en sus ojos, un antifaz de desilusión, puede que de desamor, que lo envejecía y lo hacía más vulnerable, como si se hubiera convertido en un niño con la mirada de un anciano. Él se quedó mirando la pantalla del televisor, agradecido de encontrar algo donde fijar la vista.

No podía quedarse allí como si no pasara nada. Magda y él ya no hacían vida en común. Ni siquiera dormían juntos. Eran incompatibles. En verano, ella no podía dormir con la ventana abierta porque el ruido de la calle la despertaba. Él tenía calor con la ventana cerrada. En invierno, ella necesitaba dormir con la calefacción encendida, mientras que a él el aire caliente le secaba las fosas nasales. Además se molestaban en la cama. Él era invasivo. Ella roncaba si se acostaba muy cansada. Él tenía que levantarse al baño en mitad de la noche. Ella no podía dormir con tapones. Él prefería las sábanas. Ella el nórdico.

En el piso sobraba una habitación que usaban como vestidor y trastero. Y como cuarto para las visitas. Tenía un armario ropero haciendo esquina, un piano de pared que había pertenecido a María, una estantería llena de libros y la tabla de planchar siempre abierta, con la plancha a un lado y un montón de ropa al otro. Jota colocó una cama plegable entre la ventana y el piano. Lo hizo para dormir allí de vez en cuando.

—Paso mucho calor con la ventana cerrada —le explicó a Magda—. En cuanto termine el verano recogeré la cama y volveré al dormitorio.

Nunca lo hizo. Más bien al revés, usó esa habitación como salita, además de dormitorio. Tenía allí su ordenador, sus libros, revistas y periódicos. Pasaba en ella la mayor parte del tiempo que estaba en casa.

Laura había abandonado la UCI y ocupaba una habitación en la planta de traumatología del hospital. Estaba sola, con su madre, que se pasaba allí el día entero. Carol continuaba ayudándola con la rehabilitación. Tenían mucho trabajo por delante. Trabajaban en sesiones de una hora, con especial atención a los músculos femorales y los gemelos. El tren posterior. Carol le movía las piernas, la sujetaba de la cintura, se ponía detrás de ella, delante, cargaba con su peso, la levantaba, la sentaba de nuevo en su silla de ruedas. Y en cada uno de esos ejercicios encontraba una fuente de placer, un roce, un aroma, una promesa de bienestar que parecía infinito y desaparecía tan pronto como llegaba a casa para atender a su madre.

Laura le preguntaba a menudo por ella. Así hablaban de algo que no fuera su dolencia. «¿Cómo está?» «¿Qué ha comido?» «¿Por qué no le abres un poco la persiana para ver si reacciona a la luz del día?» «Quizá sea mejor que lo hagas al atardecer, cuando se haya puesto el sol. La luz será menos ofensiva.» Carol era su gran aliada en el hospital. La había atendido desde el primer día con una paciencia y una dedicación que iban más allá de lo profesional. Lo mínimo que podía hacer a cambio era interesarse por su madre.

Nunca se imaginó que Carol estuviera allí por ella, por su cuerpo, por su rostro, por sus labios, no por ser una paciente, sino por ser una mujer, una mujer hermosa. Carol era una prisionera encerrada en una celda invisible. Se parecía a su madre más de lo que creía. Vivía obsesionada. Necesitaba ver a

Laura. Solo eso, verla cada vez que fuera posible. Estar a su lado. Ni siquiera tenía que tocarla ni acariciarla para experimentar un bienestar físico inmediato. Solo mirarla con los ojos muy abiertos, como si consumiera la droga de una visión inolvidable.

Por la noche no podía dormir. Se sentía cansada y somnolienta, pero su cuerpo no se relajaba al tumbarse en la cama, sus ojos no se cerraban a la oscuridad. Necesitaban seguir viendo sombras de piel, curvas recortadas contra un camisón atado a la espalda, constelaciones de pecas, vello brotando a cámara lenta de los antebrazos y los muslos, labios humedecidos por una lengua que salía y entraba de la boca mientras su dueña se esforzaba en hacer correctamente los ejercicios.

—Laura se va.

Así se lo dijeron en el control de enfermería una mañana, nada más comenzar su turno. «Supongo que ya lo sabías. La trasladan al Virgen de la Salud de Toledo. Allí seguirán con su rehabilitación.» Carol no dijo nada. Era algo que pasaba habitualmente: pacientes de larga duración que eran trasladados a otros centros para continuar su tratamiento. En general se trataba de una iniciativa médica, aunque a veces eran los propios pacientes o sus familiares quienes lo solicitaban.

—Mi madre vive muy cerca del hospital —le explicó Laura—. Los del seguro de accidentes nos han recomendado su unidad de rehabilitación. Estaremos mejor allí.

Carol se sentó en el borde de la cama. Quiso coger la mano más cercana de Laura, que era la izquierda. También quiso recogerle un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta. Y estuvo a punto de acercarse a ella y abrazarla como cuando la levantaba y la sentaba de la silla de ruedas. Lo que acabó haciendo fue suspirar sostenidamente, como si quisiera devolver a la habitación todo el aire que le había arrebatado.

ANTES de dirigirse al *chateau* habían pasado por Fricourt para que Jota pudiera devolver la bicicleta y recoger sus cosas de la pensión, una vez convencido de que en casa de Jean-Pierre había sitio para todos. No encontró el modo de oponerse a la idea. Todo lo que hizo fue mostrar una tibieza parca y amable a la vez, como un invitado que no quiere causar molestias. Se comportó como quien trata de disimular un acceso de gratitud.

—No hacía falta que vinierais a buscarme —le dijo a su hermana.

—Magda y María están muy preocupadas por ti —contestó ella.

Jota la miró de perfil. Se habían sentado a comer a la mesa del porche, uno junto al otro. Hacía mucho tiempo que no se veían, pero ella no había cambiado. Al contrario, ahora que no llevaba la cara manchada de barro parecía una mujer en forma, más fibrosa y delgada que antes.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

Fue lo primero que se preguntó al encontrarlos.

—Tu ordenador te ha traicionado —dijo Julen desde el otro lado de la mesa.

Lo hizo encogiéndose de hombros y poniendo los ojos en blanco.

—Repasé el historial de tu navegador de internet —le aclaró Carol—. Lo habías consultado todo sobre la batalla del Somme, páginas de Historia, hemerotecas digitales, cementerios de la Commonwealth y lugares concretos en Google Maps. No podías haber ido a otra parte.

Jota asintió. Jean-Pierre y Aurelia habían dispuesto varios platos y fuentes

sobre la mesa para que cada uno fuera sirviéndose. Había una quiche de verduras, otra de queso, un par de ensaladas, una fuente con salchichas hervidas y otra con puré de patatas, además de varios botes de mostaza.

—¿Y qué creéis que estoy haciendo aquí?

Julen no quiso contestar esta vez.

—Has venido al campo de batalla —dijo Hache desde un extremo.

—¿Quieres decir como un turista?

—O como un combatiente.

Jean-Pierre había abierto dos vinos distintos, un champán rosado para la ensalada y un Pinot blanco para las quiches.

—El turismo bélico es una importante fuente de ingresos para la región —dijo mirando a Julen, como si quisiera invitarlo a participar en un nuevo negocio.

—¿Por qué no dijiste nada a nadie? —preguntó Carol.

Era una pregunta para formular en la intimidad, no en una mesa con desconocidos, pero se moría de ganas de saberlo.

—No pensaba ir a ninguna parte —confesó Jota—. Simplemente me senté a ver los camiones en aquella cafetería de Mercamadrid. Estuve allí un buen rato, hasta que apareció el cachalote.

Julen le dedicó a Carol el conocido gesto de «ya te lo dije»: cabeza ligeramente torcida, cejas elevadas y mirada condescendiente.

—¿Adónde te dirigías cuando nos hemos encontrado? —preguntó ella sin hacerle caso.

—A Bailleulmont, cerca de Arrás.

—¿Qué hay allí?

—Un cementerio.

Jean-Pierre lo interrumpió y dijo:

—Hay pueblos del Somme que tienen hasta tres y cuatro cementerios.

—Busco la tumba de un soldado.

—¿Quién es? —preguntó Carol.

—No importa quién sea. Lo que importa es por qué su padre cruzó el canal de la Mancha para grabar en su lápida unas palabras de denuncia que acusaban al Ejército Británico de faltar a la verdad y convertían a su hijo en un desertor.

No dijo nada más. Y nadie le hizo más preguntas. Aquella anécdota parecía la punta de un enorme iceberg de sentimientos congelados flotando en el tiempo. No era el momento de seguir indagando. Jota pasó el resto de la velada en silencio, sonriendo de vez en cuando, sin poder evitar una sensación que casi había olvidado. Se sentía halagado. Carol, Hache y Julen habían recorrido mil quinientos kilómetros con el único objetivo de encontrarlo.

Carol acercó la butaca a la cama.

—MAMÁ —le dijo a Juana—, papá ha muerto.

Había intentado muchas veces sacarla de ese silencio oscuro que la había abducido por completo. La zarandeaba, le daba cachetes en las mejillas, la asustaba, le hablaba a gritos. Había probado a enfocarle la cara con una linterna. Una vez llegó incluso a insultarla con el mayor desprecio posible, pero nada dio resultado. Juana mantenía su expresión indolente, las cejas relajadas sobre la frente, los labios rectos, los ojos entrecerrados. Daba la impresión de que se encontraba en ese instante de calma insoportable que precede al sueño, como si se hubiera tomado un potente hipnótico para relajarse. O como si llevara años embrujada.

Fue la primera persona en la que pensó cuando se enteró de la muerte de su padre. No sintió pena ni dolor, o al menos no lo exteriorizó delante de Jota. No le apenaba la muerte de un renegado, ni los lamentos de su hermano por no haber llegado a tiempo para despedirse de él. Solo pensó en su madre.

Esa podría ser la noticia que terminara con el encantamiento.

—¿Me has oído? —tuvo que repetirlo—. Jacinto, tu marido, ¿lo recuerdas? Se murió el otro día, el martes.

Encendió la luz de la mesilla para asegurarse de que no estuviera dormida. Juana la miró sin expresión. Si no hubiera sido porque parpadeaba de vez en cuando, habría parecido que la muerta era ella.

—Jota no pudo despedirse de él. Cuando llegó a su casa, estaban sacando

el féretro para trasladarlo al tanatorio. Vivía

en el barrio de San Isidro. No te lo conté, pero Lorena vino a vernos hace tiempo. Quería informarnos de la enfermedad de Jacinto para que fuéramos a visitarlo. También preguntó por ti. Pidió que te diéramos un beso. Yo no lo hice. Quizá te lo dio Jota. ¿Cuánto tiempo hace que no nos besamos? Jacinto tenía cáncer de pulmón. Tú siempre le decías que fumaba mucho, ¿recuerdas eso? Él te contestaba que fumar le templaba el pulso y los nervios. Sin el tabaco no habría sido tan buen delineante. Ya se había jubilado. Lorena se ha quedado viuda. Y tú también. ¿Me has oído? Te has quedado viuda.

Volvió a encender la luz de la mesilla, creyendo que esta última frase podría provocar algún gesto de sorpresa o de emoción, pero no fue así.

—Me he enamorado de una paciente —continuó diciendo.

Era víctima de la inercia de las palabras. Se sentía retada por aquel silencio y aquella oscuridad insoportables.

—No te había contado nada porque no quería preocuparte. Es la chica del accidente. Todos los días la acaricio, a veces solo con la mirada, otras con las manos. No sé si ella se da cuenta, pero cuando la sujeto de los tobillos, los antebrazos o las muñecas dejo que mi pulgar dibuje un pequeño círculo en su piel, un gesto innecesario, como una caricia.

Otra vez la luz, el rostro impávido. Y un suspiro de rabia.

—Me gustan los hoyuelos que forma su espalda en la zona lumbar, justo antes de la explosión de sus nalgas, que muestran una simetría tan perfecta que resulta inconcebible. Sus piernas están bien torneadas, aunque le sobra masa muscular en los cuádriceps. Los brazos son más femeninos, pese a colgar de hombros fuertes y cuadrados. Es morena y tiene la mirada acuosa, como si los ojos le hubieran resbalado a las mejillas pulverizados en forma de pecas. Se parece tanto a Lorena que no me canso de mirarla.

Esta vez sí hubo una pequeña reacción, o al menos eso creyó Carol. Le pareció que su madre espiraba el aire por la boca en vez de por la nariz, como quien empieza a estar harto de una situación.

Miércoles, 1 de Noviembre de 1916

Querido padre:

El miedo ha vuelto, como cuando en las trincheras rezábamos para que el sol no saliera nunca. Qué suerte tan perversa. Después de todos los muertos dejados atrás, las millas recorridas por la noche y las horas pasadas en el acantilado, justo cuando habíamos logrado escapar del continente, íbamos a ser descubiertos por la Policía Militar, que acababa de aparecer en la cubierta del *Belleville*.

Eran dos parejas, cuatro soldados que pasaron a nuestro lado camino de la popa del barco, donde había un grupo de hombres fumando. Les hicieron identificarse. Ninguno de ellos pareció alterarse, aunque solo uno sacó la cartera para mostrar sus documentos. Los otros se subieron a la barandilla y se lanzaron por la borda, no sin antes proferir un grito de liberación.

No sabemos cómo terminó el episodio porque Alfred tiró de mí hacia la puerta por la que habíamos accedido a la cubierta. Recorrimos a toda prisa el laberinto de pasillos en sentido inverso hasta regresar al parapeto de los sacos de cereales, a salvo de la luz y del pasado. A salvo de todo.

¿Quién legisló que los hombres deben morir
en los prados?

¿Quién corrió la voz de que la sangre debe salpicar
los caminos?

¿Quién difundió la idea de que los jardines deberían
ser camposantos?

¿Quién sembró los montes con carne, y sangre, y sesos?

¿Quién hizo la Ley?[21]

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

XVI

EL 6 de octubre de 1916 la 90.^a Compañía de Ametralladoras del 18.º de Manchester se encontraba acampada en Buire- sur-l’Ancre, al oeste de la ciudad de Albert. A primera hora de la mañana el sargento mayor de la compañía pasó lista a sus hombres y descubrió que faltaban dos. Eran los soldados Albert Ingham y Alfred Longshaw. Acababan de ser destinados nuevamente a las trincheras, en la primera línea de la batalla, y decidieron abandonar sus puestos para dirigirse a la costa. No tuvieron mucha suerte. Cuatro semanas después fueron interceptados por la Policía Militar en el puerto de Dieppe.

El 20 de noviembre fueron juzgados por un tribunal militar acusados de desertar del servicio a Su Majestad. Un sargento del Cuerpo de Inteligencia declaró como testigo de la acusación.

«Alrededor de las 9.30 horas del 1 de noviembre de 1916 estaba de visita en el puerto y subí a bordo del buque sueco *Belleville*. Allí vi al acusado y, a sabiendas de que no era un miembro de la tripulación, [ilegible] le pedí que se identificase. Él dijo: “Soy estadounidense. Me fui de los Estados Unidos hace once meses”. Se negó a responder otras preguntas. No quedando satisfecho, lo llevé a la Oficina de Inteligencia y seguí interrogándole. Él dijo: “Mi nombre es Sam Bostock, soy ciudadano estadounidense y me niego a dar detalles sobre mí”. Alrededor de las 3.15 p.m. del mismo día visité de nuevo al acusado. Le dije: “Quiero volver a interrogarle”. Él dijo: “Está bien, le contaré todo al respecto. Mi nombre es Ingham y pertenezco al batallón de camaradas de Manchester vinculado al cuerpo de ametralladoras. Después de

haber perdido a la mayoría de mis camaradas, necesitaba irme de allí con Longshaw. El 5 o 6 de octubre, sobre las 10.30 p.m., dejamos nuestro campamento en Buire y marchamos hacia la costa. Nos escondimos durante el día y viajamos por la noche. Compramos ropa, estuvimos en un pueblo y llegamos a Dieppe hace una semana. Desde entonces hemos estado trabajando en los barcos. Nadie a bordo sabía quiénes éramos.»

El acusado no reclamó la presencia de ningún testigo para declarar en su defensa. Estas fueron sus palabras: «En aquellos momentos me preocupaba la pérdida de mis amigos. Y mi madre en casa, descompuesta por las malas noticias de dos de mis camaradas. Suplico clemencia por mi servicio en Francia durante doce meses y por mi buena conducta previa. Ruego una oportunidad para poder rectificar. Me fui con mi amigo para ver a mi familia con la idea de tratar de entrar en la Marina, donde está sirviendo un hermano suyo».

CAROL comenzó a visitar las páginas de contactos porque echaba de menos el cuerpo de Laura. Hacía ya varias semanas que la chica del cuello bonito había sido trasladada a Toledo y necesitaba verla. No tenía ni una foto suya. Muchas veces pensó en hacerle una foto con su teléfono móvil. También podría haber grabado un clip de vídeo recorriendo su cuerpo, aunque primero tendría que haberle pedido permiso. «Espero que no te importe. Necesito grabar los ejercicios de rehabilitación para los estudiantes de enfermería.»

Si lo hubiera hecho, tendría un tesoro mil veces más valioso que todas las fotos que había en esas páginas de contactos. En ellas solo encontraba rostros que la saludaban sin mover un músculo, con una sonrisa congelada y una mirada infinita. Podía mirarlas tanto como quisiera, enviar y recibir mensajes, intercambiar vídeos e incluso concertar una cita y conocer a alguien real.

Apagó el ordenador y decidió ir a Toledo, no por ese orden. Acababa de salir de guardia del hospital. Ya le había dado el desayuno a su madre. Solo tenía que cambiarse de ropa, dirigirse a Atocha y coger el primer tren hacia el sur. Laura le había dado su número de teléfono pero no quiso llamarla. Su visita sería una sorpresa.

No pudo dormir durante el viaje. Se tomó un café en el bar de la estación, en cuanto se apeó del tren. Luego bajó por el paseo de la Rosa para cruzar el río por el puente de Alcántara, donde ya había turistas haciendo fotos. No quería perderse. Iba preguntando por el Virgen de la Salud a los transeúntes.

«Todo recto», le respondían, «todo recto y luego a la izquierda. No tiene pérdida.»

Subió por Reconquista hasta la avenida de Barber. Cuando llegó a la puerta del hospital se dio cuenta de lo cansada que estaba. Buscó una cafetería cercana y pidió otro café en una terraza soleada. «¿Desea algo más?» Tenían bocadillos fríos y calientes, tortilla de patatas, churros y cruasanes. «No, gracias.» No tenía apetito. Solo necesitaba respuesta para alguna de las preguntas que llevaba haciéndose todo el día. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué iba a decirle a Laura o a su madre cuando las viera? ¿Había ido como una amiga o como una profesional sanitaria? ¿Por qué no había avisado entonces de su visita?

Daba vueltas al café sin decidirse a tomarlo, tratando de ralentizar el tiempo. Tenía las manos frías. Se sentía incómoda. Su única posibilidad de estar con Laura era solicitar el traslado a ese hospital, así podría volver a trabajar con ella sin levantar sospechas. «Aquí estoy», le diría. «Necesitaba un cambio de aires y me dije: ¿por qué no seguir ayudando a Laura?»

No iba a solicitar nada por teléfono, no al menos en ese momento, pero sacó el móvil del bolso y lo dejó sobre la mesa. Quería hablar con Jota. «Ya hace demasiado tiempo que me ocupo de mamá. Necesito irme por un tiempo de Madrid, de modo que ahora tendrás que hacerlo tú. Te recuerdo que es la madre de los dos. Podemos buscar ayuda si la necesitas, pero, aun así, tendrás que pasar cada día por su casa para asegurarte de que come y está bien atendida. Ya sé que soy enfermera. Y mujer. Precisamente por eso he aguantado junto a ella todo este tiempo, mientras tú solo venías una vez a la semana para mantener tus remordimientos a raya, pero las cosas cambian. Y ya no puedo más.»

Ni siquiera había encendido el móvil. Todo se lo había dicho en voz baja, moviendo incluso los labios mientras daba vueltas al café. Se imaginó lo que pasaría si finalmente solicitaba el traslado a Toledo. Su hermano accedería a hacerse cargo de su madre a regañadientes. Acudiría a su casa a última hora de la tarde, sin intención de comprobar si estaba o no bien atendida, solo para cumplir una penosa obligación que no consideraba legítimamente suya. Quién sabe si no se la encomendaría a Magda o a María, con la excusa de no querer incomodar a su madre. El pudor de los demás puede ser también el objeto de un chantaje.

Dio un sorbo al café. Nunca le había sabido nada tan amargo. Había olvidado echar el sobrecito de azúcar. El líquido recorrió su esófago en dirección al estómago. Ella lo percibió como si se viera a través de un aparato de rayos X. El café se evaporó en el estómago y se convirtió en una nube de tormenta. En cualquier momento podía comenzar a llover en su interior. Vio a su madre desde otra perspectiva, desde la distancia, como si pudiera verla con el aparato de rayos X.

No le pareció una mujer silenciosa y cobarde, ni un cuerpo derrotado que había que mover, alimentar y asear cada día para mantener una vida que ya había perdido. Lo que vio fue una niña sola y miedosa, un ser indefenso encerrado en sí mismo para resultar inofensivo a los demás. Era la imagen de una inocencia pura y absurda. Sintió el vértigo de una pena tan profunda que su alma pareció resbalar por sus piernas, llegar al suelo y desaparecer por la alcantarilla más cercana. Había comenzado a llover en su estómago.

Negó en voz alta con prisas por marcharse. No llegó a tomarse el café. Se levantó y se dirigió a la parada de taxis más cercana. Estaba muerta de sueño. Cogió un tren para Madrid y durmió durante todo el trayecto. Suerte que Atocha era la estación término. Allí mismo enlazó con el cercanías hasta Aluche, deseando llegar a casa cuanto antes para tumbarse en la cama, encender el ordenador y conectarse a internet.

DESPUÉS de comer, Carol se acercó a su hermano.

—No he venido hasta aquí para que me ignores —le dijo reteniéndolo en la mesa.

Jota se había levantado con intención de marcharse. Dudó un momento y volvió a sentarse.

—No tendrías que haber venido —dijo sin mirar a Carol.

—Magda me pidió ayuda con tu ordenador.

Jota se encogió de hombros. Eso no justificaba el viaje. —Tenemos que hablar —añadió ella.

Entonces sí, Jota la miró.

—¿Después de todo este tiempo? —respondió.

Carol tenía las manos sobre la mesa, una junto a otra, inmóviles y simétricas.

—Tú sabías lo mal que lo pasé al no poder despedirme de papá —añadió Jota.

—No lo he olvidado.

—Entonces, ¿por qué no me avisaste de que mamá se estaba muriendo?

Las manos de Carol estuvieron a punto de moverse.

—Ya sabías que mamá se estaba muriendo —dijo sin levantar la voz—. Desde que decidió olvidarse del mundo y se metió en la cama se moría un poco cada mes, cada semana, cada día.

Hubo un silencio de denuncia.

—Llevaba años así —protestó Jota—. Era imposible saber cuánto tiempo iba a vivir. Yo te preguntaba todas las semanas cómo estaba.

—Todo sucedió muy rápido —dijo Carol.

No era cierto. Juana pasó toda la semana inquieta, con espasmos en los brazos y las piernas, carraspeando a menudo, como si quisiera decir algo. Carol sabía que su vida estaba llegando a su fin.

—No pude avisarte —añadió.

Se sentó a su lado en la cama y se pasó con ella todo el día. Por supuesto pensó en llamar a Jota, pero no lo hizo.

—¿Por qué no?

—La muerte llega a veces sin avisar.

—Estoy seguro de que notaste algo —dijo él—. Un cambio en su mirada, en su cuerpo o en su comportamiento. Algo distinto.

—Si cada vez que notaba algo distinto te hubiera llamado, habrías acabado viviendo con nosotras.

Era posible que su madre quisiera despedirse de su hijo. Eso era lo que trataba de decir. Quería pronunciar su nombre. Puede que incluso quisiera despedirse de Lorena también, quién sabe.

—Quizá creías que no merecía despedirme de ella —dijo Jota.

—Jacinto, por favor.

—Yo mismo lo he pensado muchas veces. Nunca le hice mucho caso.

—No digas eso.

—Quizá tampoco merecía despedirme de nuestro padre. Fui varias veces al barrio de San Isidro pero nunca tuve el valor de llamar a su puerta.

Su voz se había vuelto grave y hueca, como un eco ajeno.

—No te atormentes por eso —dijo ella—. Llegaste cuando apenas llevaba un par de horas muerta.

—No es posible despedirse de un muerto.

Carol se tumbó junto al cadáver de su madre, contemplando ese techo insondable que había sido su firmamento durante tantos años. Hasta le cogió la mano. La vida de Juana había dependido de ella durante muchos años. Su muerte le pertenecía por completo. No podía compartirla con nadie.

—Te ruego que me perdones —le dijo a Jota.

Él se puso en pie bruscamente, como si esas palabras fueran una confesión.

—No te pido perdón por lo de mamá —tuvo que añadir Carol—, sino por no haberte llamado en todo este tiempo.

—Yo tampoco te he llamado a ti.

Carol lo sujetó del brazo.

—Alguien tendría que haber dado el primer paso —dijo—. Por eso te pido perdón.

—Yo también podría haberlo dado —respondió Jota.

—En ese caso, me debes una disculpa.

ACUDIÓ mucha gente al cementerio. Jota no lo esperaba. Él no había avisado a nadie, pero alguien lo había hecho. Había personal de Mercamadrid, compañeros de ComimeX y de la anterior empresa en la que había trabajado. Estaba Hache, junto a otros amigos del colegio. Al fondo, una de las vecinas que les habían ayudado a cuidar de su madre. Faltaba la otra.

A unos los vio en el velatorio, la tarde anterior o durante las dos horas que estuvieron allí por la mañana, antes del entierro. A otros los saludó en la capilla donde se celebró la misa de funeral. Y a los demás junto a los bloques de nichos, una vez sellada la lápida entre flores de colores fúnebres. Estaban Lorena y Daniel, ella irreconocible, con grandes gafas de sol y una coleta que tiraba de sus rasgos hacia atrás. Estaba Julen. ¿Qué hacía allí? Llevaba un traje oscuro y una corbata negra que ni siquiera él se había puesto. A su lado, Rosa, que se había acercado después de la misa para darle el pésame y un beso que él recibió en posición de firmes, como una estatua, para evitar que los labios de Rosa se toparan con los suyos.

Magda y María lo escoltaban. Su hija le cogió la mano varias veces. Y también estaba Carol, que se había vestido como si fuera a una comida campestre para manifestar su rechazo al luto. Tuvieron que ponerse juntos durante la misa, pero no se miraron ni una sola vez. Jota tenía la mirada concentrada en el ataúd de su madre. Se la imaginaba tumbada en su interior, en la misma posición que recordaba haberla visto durante los últimos años de

su vida, con idéntica oscuridad, como si la habitación entera con la cama y la mesilla cupiera en el interior de aquella caja de madera.

Carol le había telefoneado a última hora de la tarde. «Se ha marchado», le dijo. Y lo hizo como si su madre se hubiera levantado de la cama para salir a la calle. Como si se hubiera ido a comprar o a dar un paseo por el parque. No lo hizo como si se hubiera muerto, sino como si se hubiera fugado de una cárcel.

Magda y él tardaron menos de una hora en llegar al piso de Aluche. Allí encontraron a varios vecinos y a los operarios de la funeraria. Y a Carol, con los ojos diminutos, la nariz roja y un pañuelo de papel en cada mano. A Jota le sorprendió que los de la funeraria hubieran llegado antes que él. «¿Desde cuándo sabes que mamá se está muriendo? ¿Por qué no me has avisado antes?»

Juana estaba en su dormitorio, tendida sobre la cama, vestida con un traje de chaqueta beige claro. Eso fue lo que más llamó su atención. Hacía tantos años que no la veía vestida, peinada y hasta ligeramente maquillada. En realidad lo único que había visto durante años, una vez que los ojos se acostumbraban a la oscuridad, era su cabeza y sus brazos. Verla ahora con las luces de la habitación encendidas, vestida como para acudir a una ceremonia religiosa, lo dejó sin aliento, como si de pronto descubriera que tenía una madre de verdad. No sintió que la había perdido. Al contrario, la estaba recuperando nada más morir. Y con esa sensación se abrió en su memoria un álbum de recuerdos, imágenes de cumpleaños y celebraciones familiares, vacaciones en la playa, navidades en pijama, fotos tomadas en la plaza Mayor posando con abrigos nuevos, su madre en el centro, entre Carol y un niño con los ojos muy abiertos.

Así sintió la muerte de su madre, como si estuviera pasando las páginas de un álbum de fotos en blanco y negro. Se sentó en una esquina de la cama y rechazó el consuelo de una mano que se posó en su hombro. Ni siquiera se volvió para comprobar si era de su hermana o de su esposa. Los operarios de la funeraria se acercaron pidiendo disculpas. «Tenemos que meterla en el ataúd.» El asintió primero y negó después. No podía creer que tampoco hubiera podido despedirse de ella.

—Denme unos minutos, por favor —les pidió.

Ellos asintieron. Salieron al pasillo y hasta cerraron la puerta del

dormitorio. Jota se quedó a solas con su madre. Pensó en decirle algo. Cualquier cosa. «Adiós.» «Gracias.» «Siento no haber venido antes.» La miró durante unos segundos. No había mucha diferencia entre la vida y la muerte. Y, quizá por eso, al final no dijo una palabra.

ROSA se especializó en demandas de divorcio presentadas por mujeres, mientras que Jonás se ocupó de los hombres. A veces bromeaban sobre la posibilidad de colocar en las puertas de sus despachos los carteles que se usan para separar los baños por géneros. «Yo me pongo un mosquetero y tú una señora con vestido largo.» «Mejor un bigote con las puntas retorcidas y unos labios pintados con carmín.» «O una pipa y un zapato de tacón.» Los dos se complementaban perfectamente, aunque muy pocas veces se ayudaban y, por supuesto, jamás se pasaban clientes. Ni siquiera llevaban los mismos horarios. Compartían, eso sí, una secretaria que les filtraba las llamadas y les organizaba la agenda. Y su amistad con *Rhonda*.

Julen iba a buscar a Rosa alguna tarde. Aparecía por allí caminando con el pequeño *Colín*, como un jubilado con toda la tarde por delante. «He pensado que te gustaría dar un paseo», le decía cuando ella salía de la villa. Caminaban durante unos minutos los tres. Luego Julen sacaba el teléfono y enviaba un mensaje para que Hache fuera a recogerlos y los llevara a casa en su coche de empresa. Nunca le había gustado pasear.

Dormían en habitaciones separadas. Rosa instaló una mesa de despacho en la suya. Si hacía buen tiempo, pasaba un rato con *Colín* en el porche del jardín, cenaba con Julen y luego se encerraba en su dormitorio para seguir trabajando hasta la madrugada. Había llegado al punto de no poder atender todo el trabajo que se le ofrecía.

Al principio, Julen no comprendió de dónde procedía la abnegación de

Rosa por el ejercicio del derecho, menos aún después de haber pasado varios años ociosos, viviendo como la reina que no había querido ser.

—¿Por qué trabajas tanto? —le preguntó un día. Estaban sentados a la mesa, cenando en ángulo de noventa grados.

—¿Por qué trabajas tanto tú? —respondió ella.

—Soy un empresario.

—Yo una profesional liberal.

—Mucha gente depende de mí.

—De mí también.

—Yo siempre he vivido así.

—Yo no, por eso tengo que recuperar el tiempo perdido.

Rosa se comportaba como si se hubiera defraudado a sí misma y tuviera que redimirse de algún modo. No volvieron a hablar del asunto. Julen se mostró paciente y lo bastante comprensivo para no hacer preguntas incómodas. No quería perderla, aunque no entendía exactamente por qué.

—¿Por qué no quiero perderla?

Había a su alrededor otras mujeres igualmente cultas, hermosas, más jóvenes que Rosa y más dispuestas a hacerle disfrutar de la vida. ¿Qué podía aportarle una mujer que había hecho de su trabajo un santuario donde aislarse del presente? Lo mejor sería que ella misma arreglase los papeles del divorcio y se mudase a una de esas villas de Ciudad Jardín, junto al despacho, así no tendría que desplazarse para ir a trabajar. Seguro que había alguna en alquiler. Le costaría una sola llamada de teléfono averiguarlo, pero no lo hizo.

En vez de eso se quedó mirando a *Colín*, como hacía muchas veces cuando Rosa no estaba en casa.

—No me mires así, enano —le dijo—. Tú tampoco puedes vivir sin ella.

DANIEL lo llamó dos semanas después de la muerte de Jacinto. Quedaron para tomarse una cerveza. Jota agradeció la invitación. Quería saber cómo habían sido los últimos momentos de su padre.

—Os nombró a ti y a tu hermana Carolina —le contó su hermanastro—. Y también a tu madre.

—¿Qué dijo?

—Dijo vuestros nombres. A ti no te llamó Jota. Dijo Jacinto.

«Jacinto XIII», repitió este mentalmente, mirando el cuaderno de tapas verdes que Daniel había dejado sobre la mesa del bar.

—Hablaba muy poco. De vez en cuando pronunciaba un par de palabras y no siempre lo entendíamos.

—¿Por qué no estaba en un hospital?

—No quiso ir. Mi madre le inyectaba los calmantes y un médico de la Seguridad Social pasaba a verlo una vez al día.

—¿Qué te dijo a ti?

—Que no dejara de dibujar.

—¿Y a tu madre?

Daniel pidió otras dos cervezas. Era su forma de decirle que ya había preguntado bastante. Jota se sintió ridículo. Era más de veinte años mayor que su hermano. Tuvo que disculparse.

—Perdona, no es asunto mío.

Cambiaron de tema y hablaron de trabajo. Daniel se interesó por el de

Jota.

—La fruta chilena tarda veintidós días en llegar a Europa si el barco zarpa de Valparaíso porque tiene que cruzar el canal de Panamá. Desde Argentina o Brasil son solo once o doce días. Por el otro lado, también hay que cruzar el canal de Suez. La fruta de China tarda veintiocho días en llegar al Mediterráneo. Si tuviera que bordear el continente africano tardaría mucho más.

Era uno de sus recursos habituales, hablar de los tránsitos marítimos. Decía que el mundo era más pequeño y accesible que nunca gracias a los canales y a las navieras. Lo hacía cuando quería lucirse y demostrar su condición cosmopolita, como si hablar del mar lo convirtiera en un viajero curtido en mil travesías, un aventurero, casi un pirata. En realidad, se estaba pavoneando delante de su hermanastro. Y por mucho que tratara de evitarlo, continuó haciéndolo siempre que se veían. Unas veces tomaban un café o una cerveza. Otras comían juntos. No perdieron la relación ni siquiera después de que Daniel se casara y tuviera su primer hijo.

Ajota le gustaba observarlo. Tenía las mismas manos que su padre, estrechas, con el dorso peludo, los dedos largos y las uñas redondeadas alrededor de grandes lunas blancas. También había heredado sus cejas, su nariz y dos arrugas que se formaban a ambos lados de la boca cuando sonreía. Solo por eso le gustaba hacerle reír y se mostraba ocurrente y gracioso. Si no quedaban más a menudo, era para evitar que su hermanastro se cansara de él y le negara el privilegio de su compañía.

—Dejó esto para ti —dijo Daniel.

Y le dio el cuaderno de las tapas verdes.

—¿Para mí?

—Eso dijo.

Jota lo miró sin decir una palabra. Puso una mano sobre él y el pulso se le aceleró de inmediato. Parecía estar a punto de hacer un juramento. Daniel se cruzó de brazos. Quizá esperaba que fuera a abrirlo allí mismo y le hiciera más preguntas. «¿Qué es?» «¿Lo has leído?» «¿Cuándo lo escribió?» Jota se lo guardó en el bolsillo de la americana y consultó su reloj. Tenía mucha prisa. Solo quería llegar a casa cuanto antes para quedarse a solas.

A JULEN también le habría gustado visitar la tumba de Albert Ingham, pero tenía una reunión con Jean-Pierre y unos clientes en San Quintín. «Todo no puede ser», dijo. Era una frase que decía a menudo. Al día siguiente debía volver a Madrid. «Os deseo buena suerte.» Jean-Pierre puso el Land Rover a su disposición. Hache fue el encargado de conducir y también de mantener la conversación, que acabó siendo un monólogo, porque Carol y Jota apenas hablaron. Hache iba señalando los múltiples ruidos que hacía el vehículo. Provenían de todas partes: la suspensión, el chasis, la carrocería y hasta el salpicadero. Los ruidos de una máquina pueden ser un buen tema de conversación. Todo depende de las circunstancias.

Cruzaron varios pueblos por en medio, como si los cortaran en dos pedazos, dejando a derecha e izquierda oficinas de correos, ayuntamientos, torres de iglesias, jardines y monumentos a los caídos. Había rebaños de ovejas pastando en los campos. Vieron unas cuantas dormitando en lo que parecían pequeños cráteres causados por los obuses de la Primera Guerra Mundial. Hache dijo que las ovejas formaban un ejército y que algún día se rebelarían contra los carnívoros. Eso dejaría el campo libre para la proliferación de los vegetarianos, que estaban llamados a dominar el mundo.

Accedieron a una carretera más ancha y no tardaron en llegar a las primeras casas de Bailleulmont, desde donde un camino bajaba al cementerio. No era un recinto militar y así se veía desde la distancia. Más bien parecía una ciudad en miniatura, nada que ver con la geometría de las tumbas en

formación.

Hache aparcó frente a la puerta de entrada, detrás de una furgoneta. Había una verja abierta y una rampa de acceso. No tenía intención de entrar. No al menos inmediatamente. Se quedó apoyado en el coche y encendió un cigarrillo. Carol no sabía qué hacer. Podía ayudar a su hermano a encontrar la tumba que buscaba o quedarse con Hache. Al final optó por esto último.

Había un jardinero trabajando a la derecha del recinto, justo donde formaban una treintena de lápidas militares en tres líneas paralelas. Estaba subido a una escalera, recortando el seto con unas tijeras. No eran blancas. Las lápidas de los soldados no eran blancas. Eran rojizas. Jota las vio desde la distancia y se aproximó a ellas muy despacio, atento a cada paso que daba, tratando de no pisar la tierra sagrada de ninguna tumba.

Repasó la primera línea de lápidas de izquierda a derecha. Parecía estar leyendo. O contando. Luego la segunda. Una, tres, cinco, siete, nueve, once, doce, trece: ahí estaban, al final de esa segunda línea, dos lápidas separadas por un espacio mayor que los demás, como si entre ellas hubiera habido otra tumba.

Se agachó frente a ese espacio vacío mirando a su derecha. Leyó el número de soldado y el nombre de Alfred Longshaw, del Regimiento de Manchester, muerto el 1 de diciembre de 1916. Cerró los ojos un momento. A la izquierda se encontraba la tumba de Albert Ingham, pero no podía mirarla todavía. La resistencia a conseguir su objetivo era más fuerte que nunca. Ahí estaba. La había encontrado. ¿Qué haría después? ¿Buscaría otra tumba, por ejemplo, la de un héroe condecorado póstumamente con la Cruz Victoria o la de un joven alemán que se hubiera rebelado igualmente contra sus superiores? ¿Viajaría a Manchester en busca de la tumba de George Ingham?

Se distrajo observando al jardinero, que en ese momento desplazaba la escalera un par de metros para continuar su labor y, entonces sí, desde allí, desde el verdor del seto a medio recortar bajó la vista y se fijó en el escudo del regimiento. Un león y un unicornio sobre el lema CONCILIO et labore. Y el nombre de la ciudad de Manchester. Y luego el número de soldado, el 10495. No había nombre, solo una inicial. La A de Albert, el apellido Ingham y la misma fecha de fallecimiento que Alfred. Bajó la vista hacia la fronda de una planta con flores a medio abrir, detrás de las cuales pudo leer la

inscripción en inglés.

MUERTO AL AMANECER.
UNO DE LOS PRIMEROS EN ALISTARSE. UN DIGNO HIJO DE SU
PADRE.[22]

Había viajado hasta allí solo para leer esas palabras por sí mismo, sin intermediarios de ninguna clase. No era la primera vez que las veía. Estaban fotografiadas en varios libros de Historia e infinidad de páginas de internet, pero necesitaba verlas en la lápida, detrás de unas flores a medio abrir, bajo un cielo azul que parecía un mar en calma, para tratar de comprender su significado.

Se sentó en el bordillo que separaba la zona militar del cementerio municipal y cruzó los brazos sobre el pecho, sin dejar de mirar la tumba de A. Ingham. Trató de ponerse en la piel de su padre, del padre de A. ¿Cuál era el sentido de esas palabras? ¿Acaso no delataban la conducta aparentemente innoble de un hijo del que se sentía orgulloso? ¿Por qué? ¿Para qué hacer algo tan contradictorio?

Solo había una explicación posible. No era innoble desertar de una batalla tan cruenta y absurda como la del Somme, en la que murieron inútilmente cientos de miles de jóvenes. A. Ingham no era un cobarde ni un desertor sino todo lo contrario: era uno de los pocos soldados con el valor suficiente para retar a las autoridades militares en un último intento de salvar la vida por la libertad y el futuro, y también por ese país al que estaban defendiendo en un juego de estrategia tan primario e inútil como cavar dos líneas de trincheras y matarse en el espacio que quedaba entre ellas.

Georg también había sido un hombre valiente. No era necesario cruzar el canal de la Mancha para poner en entredicho la honra de un mártir de guerra. A los ojos de la sociedad británica, su hijo valía mucho más como un caído en el campo de batalla que como un desertor, pero a los suyos no. Y ahí estaba la prueba escrita para siempre. Para la posteridad. Su hijo era un valiente y merecía un reconocimiento público. «Albert, hijo mío, comprendo lo que has hecho y por qué lo has hecho. Y quiero darte las gracias.»

Oyó pasos y vio sombras. Eran Carol y Hache. Ella se agachó junto a la tumba y apartó las flores para poder leer la inscripción al pie de la lápida.

Luego miró a su hermano y reconoció un gesto de cuando era niño, la boca recta, los mofletes hinchados de aire, los ojos casi cerrados. Lo ponía cuando, quién sabe si por pudor o por timidez, Jota no quería mostrar que por un momento, solo durante una décima de segundo, había sentido una promesa de felicidad.

XVII

EL tribunal marcial encontró al acusado, N.º 10495 Soldado A. Ingham, culpable de los cargos imputados y lo condenó a muerte por fusilamiento. Hay una nota firmada por el brigadier general que dice así: «Se revela un plan de fuga del servicio bien pensado, y un hombre que comete tal crimen merece la pena extrema. Recomiendo que se ejecute la sentencia».

Tres días después, el 23 de noviembre de 1916, el comandante del regimiento declaró: «Considero que su desertión fue deliberada y cometida con el único objetivo de evitar un servicio particular, esto es, entrar en acción en el área del Somme. Su conducta previa en lo que respecta al batallón ha sido buena».

Las demás instancias consultadas recomendaron igualmente la ejecución. Albert Ingham hizo testamento el 30 de noviembre. Escribió de su puño y letra: «En el acontecimiento de mi muerte, entrego todos mis bienes y efectos a mi madre, la Sra. G.E. Ingham, Atherton Cottage, Littleton Road, Lower Kersal, Manchester».

Al día siguiente se cumplió la sentencia. El capitán del pelotón de fusilamiento firmó la siguiente declaración: «Certifico que el soldado N.º 10495 A. Ingham, del 18.º Batallón de Manchester, adscrito a la 90.^a Compañía del Cuerpo de Ametralladoras, fue ejecutado por fusilamiento en el lugar designado el 1 de diciembre de 1916 a las 7.12 a.m. La muerte fue instantánea».

Alfred Longshaw siguió la misma suerte. Antes de ser ejecutado en Bailleulval, alguien oyó cómo se despedía de su inseparable amigo. «Bueno,

adiós, Albert», le dijo. Eso fue todo. Ambos fueron enterrados a una milla de allí, en el cementerio municipal de Bailleulmont.

Albert en la tumba B.12 y Alfred en la B.13.

Sábado, 4 de noviembre de 1916

Querido padre:

El *Belleville* navegó durante unos días mientras nosotros seguíamos escondidos en su bodega. Cuando los motores se detuvieron, sentimos un gran alivio acústico, difícil de describir, como si hubiéramos alcanzado el paraíso del silencio. De nuevo oíamos voces y pasos y órdenes dadas a gritos que indicaban que habíamos atracado en un puerto.

No sabíamos dónde podíamos estar. Alfred miraba de vez en cuando por una rendija del casco, pero solo acertó a ver las aguas del mar, de un mar cualquiera. Esa misma noche abandonamos la bodega y alcanzamos una cubierta estrecha que parecía un balcón. Sobre el mar flotaban las luces del puerto. No podíamos arriesgarnos a abandonar el *Belleville* de otro modo, así que contamos hasta tres y nos lanzamos al agua a la vez para evitar el sonido de dos zambullidas.

Nadamos hacia un extremo del puerto, guiados por la ausencia de luz, hasta llegar al muelle peor iluminado de todos. No había un alma por ninguna parte. Descansamos un momento y miramos alrededor. Un canal ancho y profundo se dirigía a lo que parecía una gran ciudad. Hacía frío y una niebla baja comenzaba a formarse sobre el agua.

No hubo tiempo para más. Corrimos hacia un bosque cercano y nos cobijamos bajo la yedra que crecía entre los árboles, amontonando las hojas secas para ocultarnos. Teníamos la ropa mojada y la piel tan fría que apenas podíamos movernos. No veía nada, ni siquiera a Alfred, pero oía su respiración. Y también las palabras que pronunció en un susurro: «Lo hemos conseguido».

Aquí yacemos muertos porque no elegimos
vivir y avergonzar la tierra de la que nacimos.
La vida, por cierto, no es mucho que perder
pero los jóvenes no lo creen así, y nosotros fuimos jóvenes.[\[23\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

LO llamaron al despacho de dirección, en las oficinas que ComimeX tenía en la Castellana. Faltaba poco para el fin de año y creyó que le iban a proponer algún tipo de ascenso que no dudaría en rechazar. Se pasó todo el camino pensando en las palabras adecuadas para excusarse. «No me falta compromiso ni implicación con la empresa, pero sí energía. Seguro que hay alguien más joven que yo dispuesto a hacer el esfuerzo. Gracias por haber pensado en mí.»

Luego resultó que se trataba de lo contrario.

—Has dado lo mejor de ti, Peña, y ha llegado la hora de la liberación. Los de recursos humanos te pasarán una oferta para que te lo vayas pensando. Puede ser este año o el que viene, como tú quieras. Piensa que tendrás el mayor bien de Occidente, que es el tiempo libre. Te lo has ganado. Podrás hacer con él lo que quieras. Enhorabuena.

Tenía sesenta y un años y lo estaban invitando a prejubilarse. Salió a la calle con una mirada distinta, como si el edificio hubiera sido trasladado a otra ciudad. Tardó en ubicarse. Cuando lo hizo decidió pasear hasta Ciudad Jardín, que no quedaba lejos de allí. Era algo que hacía de vez en cuando, siempre de la manera más discreta posible. Muchas tardes había visto a Rosa en el jardín de la villa, normalmente en compañía de un perro, al principio el labrador, luego un pastor alemán, a veces tomando el sol o comiendo o repasando unos folios con un café en la mano. Nunca se había acercado lo suficiente para provocar la reacción del perro.

No había dejado de pensar en ella. Cada noche le hablaba en voz baja, tumbado en la cama con los ojos cerrados, como si pudiera verla. Describía su pelo, sus ojos, su vientre y sus muslos, usando las palabras de siempre, las mismas comparaciones: los kiwis, las dunas, la laguna de agua dulce, el circuito de carreras, el faro infinito. Todo era un conjuro para traerla de vuelta a su lado, porque nada pudo compensar su ausencia, ni el deporte, ni los amigos, ni siquiera el nacimiento de su nieto.

Cuando María se quedó embarazada, tuvo un pálpito de ilusión. Por un momento se vio ejerciendo el papel de abuelo en el parque o en el campo, llevando a su nieto a ver plantas y animales. Tal vez pudiera aprender a vivir de otra forma a la vez que el pequeño, viendo el mundo con sus ojitos, tocándolo con sus manitas, dibujándolo, recortándolo, moldeándolo con plastilina, pero no tardó en desilusionarse. Desde el primer día fue Magda quien llevó la iniciativa en lo referente al pequeño Hugo. Estar con él suponía estar con ella también, como si el tiempo no hubiera transcurrido y volvieran a ser padres de un bebé. Como si volvieran a tener todo el pasado por delante.

No vio a Rosa. Ni a ningún perro. Solo la sombra de las moreras sin hojas, dos esqueletos extendidos en el suelo, recién exhumados. Decidió volver a casa caminando con las manos en los bolsillos del abrigo. Era su actividad preferida: deambular por la ciudad, pensativo y ausente, como si fuera invisible. Cada paso que daba era un poco más invisible.

Le acababan de prometer el mayor bien de Occidente, pero se habían equivocado. El mayor bien de Occidente, de cualquier occidente, es vivir en la compañía adecuada, junto a la persona que te hace creer que has llegado a tu destino. Todo lo demás es un peregrinaje sin rumbo, interminable.

EL pastor alemán ladró varias veces cuando sintió la presencia de Magda, la primera vez que fue a visitar a su hermana.

—Quiero hablar contigo —le dijo.

—Podías haber venido a casa —contestó Rosa.

—Estoy aquí porque quiero hablarte de trabajo.

Lo había decidido después de recibir la llamada de Carol, cuando supo que Jota se había ido a Francia en busca de la tumba de un soldado inglés de la Primera Guerra Mundial sin decir nada, sin dejar ningún mensaje, sin molestarse siquiera en llevarse su teléfono móvil, como si estuviera haciendo la cosa más normal del mundo.

—Se acaba de prejubilarse y no soporto la idea de tenerlo en casa.

Magda se levantaba pasadas las diez de la mañana cuando trabajaba en el turno de tarde. Se aseaba escuchando las tertulias matutinas de la radio. Luego cambiaba a una emisora musical. A veces, incluso cantaba. Y se iba a ver a su nieto. Si, en cambio, tenía que trabajar por la mañana, se pasaba la tarde viendo la televisión envuelta en su manta de sofá, con el teléfono inalámbrico cerca para hablar con su hija. Se había acostumbrado a esa rutina solitaria en compañía de la radio o de la televisión. Nada sería lo mismo si Jota estaba en casa. Su tiempo libre sería una condena para ella.

Así se lo explicó a Rosa.

—¿No deberíais haberos separado hace años? —preguntó esta.

Magda se encogió de hombros durante una décima de segundo.

—¿Qué importa eso? Claro que deberíamos haberlo hecho. Probablemente nunca debimos casarnos.

Tuvo que morderse la lengua para no añadir nada más. Ya era demasiado tarde para las palabras.

—¿Por qué ahora? —insistió Rosa.

—Supongo que sabes lo que ha pasado —contestó Magda.

Su hermana asintió.

—Sé que Julen ha ido a buscarlo al norte de Francia, pero ignoro qué estaba haciendo allí.

Magda negó.

—No me voy a molestar en preguntárselo.

Sacó una carpeta de la bolsa de tela que llevaba consigo.

—He traído toda la documentación que he podido reunir —dijo abriendo la carpeta—. El libro de familia, la escritura del piso, papeles del banco, la documentación del coche, un par de nóminas... No sé si falta algo. Seguro que sí. Me lo dices y te lo traigo otro día.

Rosa le mostró la palma de una mano. Iba demasiado deprisa.

—¿Lo has hablado con él?

—Lo haré cuando vuelva —respondió Magda—. Si es que vuelve.

Rosa se ajustó las gafas al comienzo de la nariz. Le resultaba difícil aceptar el caso. No sabía si era buena idea que su hermana se divorciase a su edad. Y no tenía ningún interés en perjudicar a Jota.

—¿Se lo has dicho a María? —insistió.

Magda volvió a negar. Recorrió con la vista todos los documentos que había dejado sobre la mesa. Luego levantó la mirada para que su hermana comprendiera que ella era la primera en saberlo.

A la vuelta, Jota se sentó en la parte trasera del Land Rover para no tener que hablar con nadie. Hache y Carol sí mantenían una conversación delante. Jota no oía lo que decían, entre otras cosas porque llevaban las ventanillas abiertas, pero se sorprendió al oír la risa de su hermana. Hache seguía siendo un tipo divertido, no era eso lo sorprendente, sino la lejanía del recuerdo. No oía la risa de Carol desde hacía décadas, cuando ambos eran jóvenes. Entonces se reía con frecuencia, siempre con la boca muy abierta, dejando caer el cuello hacia atrás, justo como acababa de hacer en ese momento.

Se sintió reconfortado. Era un sonido casi olvidado que volvía a su memoria en el momento más oportuno, después de visitar un cementerio. Cerró los ojos y pensó en un eslogan para uno de los perfumes de Magda: «Lo contrario de la muerte no es la vida, sino la risa».

No le guardaba rencor. Carol había cuidado de su madre el tiempo suficiente para no merecer ningún reproche. Menos a esas alturas, después de tantos años, y en aquel campo de batalla, entre tumbas de jóvenes inocentes. La vida de una persona puede depender por completo de otra, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. No hay que engañarse. No todos los seres vivos están igual de vivos. Algunos tienen más vida, otros menos. Repitió la frase mentalmente y asintió. Había encontrado otro nombre de perfume.

Hache los dejó en el *château* y se fue a lavar el Land Rover a la gasolinera más cercana. Eso y llenar el depósito de combustible era lo menos

que podía hacer por el vehículo. Julen y Jean-Pierre ya habían vuelto de San Quintín. Este último se pasó toda la tarde en la cocina en compañía de Aurelia, Carol y su madre.

—Mi amigo y tu hermana están cocinando —dijo Julen.

Había buscado a Jota por toda la casa, hasta que lo encontró sentado entre las hortensias del jardín trasero, como si quisiera camuflarse para poder leer su cuaderno a solas.

—Preparan una cena de despedida.

Jota sabía que aquella conversación era inevitable. De lo contrario se habría levantado y marchado. Lo último que le apetecía en ese momento era hablar con Julen.

—Espero que no te haya molestado que hayamos venido a buscarte.

Julen había acercado un sillón de mimbre a la mesa, donde apoyó los brazos y cruzó las manos.

—Magda me pidió ayuda —añadió.

Quizá no lo había hecho a propósito, pero Magda había recurrido a dos personas con las que su marido no se hablaba desde hacía años.

—Supongo que quien te pidió ayuda fue María —matizó Jota.

Julen asintió sin relajar el gesto. Sabía que había un reproche en aquel comentario. A Jota nunca le había gustado que su hija trabajara para él.

—María me pidió ayuda de parte de su madre.

Jota elevó las cejas para dar a entender que todo estaba aclarado, pero Julen no tenía intención de callarse.

—Estás aquí por tu padre —dijo—, ¿no?

Jota se acarició la frente mientras inspiraba el perfume del aire. Fue un modo de reunir un poco de paciencia.

—¿Es eso lo que parece? —preguntó casi retóricamente.

—No estás aquí por el soldado que yace en esa tumba —contestó Julen, liberando las manos para subrayar la evidencia—, sino por las palabras que su padre inscribió en ella.

Era inútil negarlo.

—Tú conoces la historia de mi padre —dijo Jota.

Julen asintió. Todo el mundo en la familia conocía la historia de Jacinto, Lorena y Daniel.

—Yo habría hecho lo mismo que tu padre —contestó Julen—. Y tú. Y cualquiera.

—No me digas.

—No pretendo meterme en vuestros asuntos, pero no se puede vivir con una persona que decide pasar el resto de sus días sin salir de casa, tumbada en la cama, a oscuras.

En otras circunstancias, Jota se habría molestado al oír aquello, pero no aquella tarde, en aquel jardín.

—Yo siempre quise tener un hijo —dijo Julen, perdiendo la mirada detrás de las hortensias.

Jota se removió en el asiento, como si le hubiera picado un insecto. Tendría que haber acompañado a Hache a lavar el coche.

—Una vez estuve a punto de lograrlo —añadió Julen—, pero Rosa tomó la decisión equivocada.

Hubo un silencio casi audible y las miradas se encontraron, pupila contra pupila, como si los ojos fueran armas apostadas en trincheras a metro y medio de distancia. Julen lo sabía todo. Pudo habérselo dicho Hache o la misma Rosa. O alguien de la clínica de Valencia. Daba igual. Jota dejó el cuaderno sobre la mesa, apoyó los brazos en ella y cruzó las manos sin separar sus pupilas de las de Julen. Este no se movió ni un milímetro para no deshacer la imagen duplicada que formaron, como si entre ellos hubiera un eje de simetría.

Cuál de los dos habría sido el padre de esa criatura, parecían preguntarse sin apenas pestañear. Julen lo habría matriculado en uno de los mejores colegios de Madrid para que se moviera en sus círculos sociales. No en los de Jota. Lo habría llevado de viaje al extranjero, a lugares exóticos que él solo podría visitar a través de Google Maps, le habría enseñado modales e idiomas, lo habría convertido en un hombre o una mujer de éxito y, a su debido tiempo, le habría traspasado la titularidad de todas sus empresas.

Jota emitió un suspiro que pareció de rabia pero que en realidad fue de derrota. Ni siendo el padre de su hijo habría tenido el privilegio de envejecer junto a Rosa. Apretó los ojos y volvió a abrirlos, como si buscara lágrimas de autocompasión. Había dedicado toda su vida a un objetivo inalcanzable. Se lo estaban diciendo a la cara, entre ráfagas de desprecio que le estaban destrozando las pupilas.

Julen se hartó de la simetría. Sus ojos dejaron de apuntar a Jota. Se levantó y retiró el sillón con intención de marcharse. Lo hizo todo muy despacio, como si no quisiera provocar a su rival. Su misión había terminado. Había viajado hasta allí para decir lo que acababa de decir sin pronunciar una sola palabra.

JOTA condujo con la mirada errática y la respiración contenida, como quien sabe que está haciendo algo por última vez. Tomó la salida de Mercamadrid, entró en el recinto del mercado y aparcó en su sitio de costumbre. Lo hizo como si fuera un día de trabajo normal. Saludó a sus compañeros, uno por uno, escuchando frases que él también había pronunciado anteriormente al despedirse de otros compañeros que se habían jubilado. Solo prestó atención a los verbos. Disfruta. Aprende. Pasea. Apúntate. Descansa. Aprovecha.

Quiso recorrer el mercado por última vez. Eran cerca de las nueve de la mañana y los puestos estaban cerrados o a punto de cerrar, pero el olor a madera de las cajas y el aroma dulzón de la fruta seguían en el aire de los pasillos. Inevitablemente recordó la primera vez que visitó aquel lugar, hacía más de treinta años, cuando se dedicaba a partir kiwis por la mitad para demostrar que no eran patatas. Entonces le sorprendió la actividad que desarrollaban hombres y mujeres en un espacio tan reducido, actuando con ese costumbrismo que dan los madrugones y los años madrugando, como si todos fueran personajes de un sainete o una zarzuela y estuvieran interpretando un papel determinado. Una carretilla con un palé que sale o entra de un puesto, un vendedor rellenando un boletín mientras habla por teléfono, otro dando voces, una compradora regateando un precio, un apretón de manos, el pique que se produce antes o después de un partido de fútbol, un insulto dicho con cariño, unas cajas que se caen, un juramento que deja en el aire el eco de la última vocal.

Jota también tenía su papel en aquella representación. O al menos lo había tenido. No era su hora habitual de pasear por allí, pero nadie pareció darse cuenta. Había prisa por recoger la mercancía sobrante, cuadrar los stocks y terminar la jornada. Y además nadie sabía que era su último día. Los jubilados del mercado solían visitar el mercado muchas madrugadas. Ya se lo habían dicho antes. «Esto es una enfermedad de la que no podrás curarte nunca. Desearás que llegue el fin de semana para descansar, pero el lunes te despertarás temprano con el ansia de volver por aquí, ya lo verás.»

Jota se había hecho inmune a la enfermedad y los lunes por la mañana solo sentía el fastidio de una rutina predecible como un recuerdo. Por eso no quería volver por allí, aunque tampoco sabía a qué iba a dedicarse. ¿Iba a disfrutar? ¿A aprender? ¿A pasear? ¿Iba a apuntarse a algo? ¿Descansaría? ¿Aprovecharía el tiempo? Pasó por la puerta del bar donde había almorzado durante años, pero no quiso entrar. No iba a despedirse de nadie más. Detestaba hacer las cosas por última vez.

Pensó en volver a casa y hablar con Magda. Hacía tanto tiempo que no lo hacían. ¿Qué podría decirle? «Quiero hablar contigo por última vez.» Se encontraba en un extremo de la nave F, junto a los muelles de carga. Salió al exterior para respirar el aire fresco de la mañana y escuchar el sonido del tráfico. Trataba de despertarse de esa pesadilla de madera y fruta.

No se dirigió al coche, sino a la cafetería que había junto a una de las salidas del mercado, la que siempre estaba llena de camioneros. No era un lugar adonde fuera a menudo. Tenía una cristalera enorme desde la que se veían entrar y salir los camiones. Alguna vez se había sentado allí a distraerse con ese juego de luces blancas y rojas. Nada más entrar saludó a un conocido que estaba tomando una cerveza. Consultó su reloj. Era demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para tomar el aperitivo.

Al final pidió un café con leche y se sentó junto a la cristalera. El cachalote apareció un poco antes que su dolor de rodillas. La camionera que lo conducía se apeó con una bolsa de basura en la mano y, antes de entrar en la cafetería, la tiró a un contenedor que había a un lado de la cristalera. Jota asintió mentalmente. Ahí mismo dejaría su teléfono móvil.

XVIII

Capítulo _____

EN marzo de 1918 los alemanes planearon una última acción ofensiva en el Frente Occidental, la llamada operación Michael o Ludendorff. Setenta divisiones alemanas se enfrentaron a treinta y cinco británicas con el objetivo de recuperar sus antiguas posiciones. La ventaja germánica era abrumadora y algunos pueblos, como Bapaume o Beaumont-Hamel, y bosques, como el de Mametz o el de Delville, fueron ocupados de nuevo. El Somme volvía a estar en guerra.

Los aliados devolvieron el ataque poco después, el 8 de agosto, esta vez con la ayuda de los norteamericanos, que se habían sumado a la causa en 1917. Los alemanes fueron obligados a retroceder, aunque presentaron batalla en toda la línea del frente, como prueban los nuevos cementerios de ambos bandos que quedaron en el camino: el de Beacon, cerca de Albert, o el de la sierra de Bouzincourt, por ejemplo.

El desenlace del conflicto bélico ya estaba dictado y solo tres meses después, el 11 de noviembre de 1918 a las 5.20 de la mañana, el Gobierno alemán firmó el armisticio en el vagón de un tren estacionado en el bosque de Compiègne.

Martes, 12 de noviembre de 1918

Querido padre:

La guerra ha terminado. Por fin. Es la noticia que Alfred y yo estábamos esperando, aunque no podemos abandonar Suecia todavía. Tenemos la esperanza de hacerlo algún día, cuando se den las garantías necesarias para evitar un consejo de guerra del que, estamos seguros, no saldríamos vivos.

Le agrada saber que estamos felizmente integrados en la rutina diaria de Gotemburgo, que ha resultado ser un lugar cosmopolita y acogedor, como la mayoría de las ciudades portuarias. Ambos nos dedicamos a la enseñanza. El inglés es el idioma extranjero más demandado en el país y hacen falta muchos profesores nativos.

Los poemas de la guerra son una eficaz herramienta para enseñar a mis alumnos toda la capacidad expresiva de nuestra lengua. Los leo a menudo. Son una fuente de alivio emocional y una razón para seguir viviendo. A veces creo que solo lo que se dice en verso es importante.

No he olvidado mi verdadero nombre, ni el de mi regimiento, ni el de mi barrio, mi ciudad o mi país. Tampoco he logrado olvidar los horrores de la guerra, tantos ojos abiertos sin pestañear, tantos cuerpos desmembrados, tanta sangre derrochada, ese silencio atroz entre el estruendo de los obuses y los gritos de dolor. No he olvidado nada, todavía.

¿Qué campanas doblan por quienes mueren como
animales?

Solo la ira monstruosa de las armas,
solo el rápido tartamudeo de los fusiles
puede acompañar sus apresuradas plegarias.[\[24\]](#)

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

SE despertó con la sensación de estar de vacaciones, como si fuera un niño al principio del verano, cuando los días son largos y aburridos, aunque luego se recuerden con un suspiro de nostalgia. Desayunó con Hache sentado a la mesa de madera del porche, los dos solos, casi sin dirigirse la palabra hasta que la señora Jeanne se sentó con ellos.

—Sus compatriotas han marchado temprano —les informó—. Su vuelo salía a mediodía y tenían que conducir hasta Charleroi.

La noche anterior, Carol se había despedido de su hermano dándole un beso en la mejilla, uno solo, certero y sonoro como un disparo, para dejar claro que no era un gesto de despedida rutinario.

—Nosotros también nos vamos —dijo Jota.

—Pueden ustedes quedarse el tiempo que desean —se apresuró a decir la anciana—. Yo me quedo a solas con Aurelia, porque Jean-Pierre también ha salido temprano hacia París.

Hache miró a Jota con cara de dormido, como si quisiera transmitirle un mensaje en clave. «Por mí no te preocupes, puedo quedarme en este paraíso terrenal para siempre.»

—Le agradecemos su hospitalidad —respondió Jota—, pero debemos irnos, al menos yo, aunque antes de hacerlo necesitaré tomar prestado el Land Rover una vez más.

La anciana esperó unos segundos antes de responder, creyendo que Jota iba a añadir algo.

—Está a su disposición.

—Quiero volver a Bailleulmont.

Hache se pasó la mano por la cara, de abajo arriba, aprovechando el gesto para peinarse el flequillo.

—Será solo ir y volver —añadió Jota mirándolo—. No hace falta que vengas conmigo.

—No tengo otra cosa que hacer —contestó Hache.

—Y además estás aquí para eso, ¿no?

Hache miró a la señora Jeanne con una ceja levantada. Era su forma de decirle que su amigo estaba chiflado.

—Si te refieres a que me he quedado contigo cumpliendo órdenes de Julen estás muy equivocado —dijo sin dejar de mirar a la anciana—. Le he pedido un par de días libres. Estoy de vacaciones y quiero acompañarte. Además, ese Land Rover puede dejarte tirado en cualquier momento y necesitarás a alguien para que te ayude a empujarlo.

Jota también miró a la señora Jeanne.

—Se lo devolveremos —le dijo.

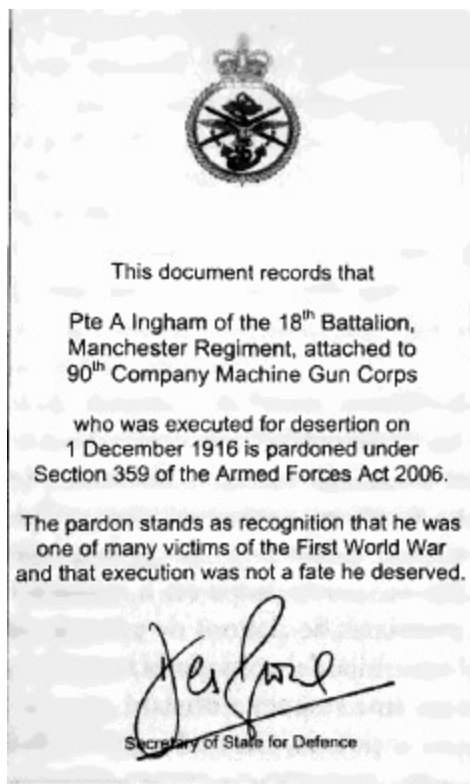
Ella asintió con un gesto de condescendencia, como una madre cómplice entre dos niños de vacaciones.

XIX

EN agosto de 2006, noventa años después de la batalla del Somme, el secretario de Defensa inglés, Des Browne, decidió conceder el indulto a título póstumo a los 306 soldados británicos que fueron ejecutados por cobardía o deserción, siguiendo la misma suerte que Albert Ingham y Alfred Longshaw. De ese modo ponía fin a la insistente reclamación de los familiares de algunos de estos desertores, como Gertrude Harris, hija del soldado Harry Farr, que llevaba años esperando una respuesta oficial.

Al conocer la noticia, Gertrude, que en 2006 tenía noventa y tres años, declaró a la prensa: «Me siento muy aliviada de que esta terrible experiencia haya terminado y me satisface saber que la memoria de mi padre queda intacta. Siempre he sostenido que su negativa a volver al frente, descrita en la corte marcial como cobardía, fue en realidad el resultado de una “neurosis de guerra”, y creo que muchos otros soldados sufrieron lo mismo, no solo mi padre».

Esta es el acta de perdón de Albert Ingham:[\[25\]](#)



Lunes, 14 de marzo de 1921

Querido padre:

Siento no poder confirmar todavía la ansiada pero cada vez más remota posibilidad de volver a Inglaterra. Nos consta que las autoridades militares continúan buscando objetores y desertores y que, por tanto, las entradas al país están muy vigiladas. Debemos ser cautos y seguir disfrutando de la pacífica rutina de Gotemburgo.

Mi esposa Brita ha dado a luz esta madrugada un varón sano y hermoso, de piel blanca y ojos oscuros, que seguramente no tardarán en aclararse. No soy buen fisonomista, pero Alfred dice que se parece a mí, y quizá a usted. Pronto le enviaré una fotografía familiar, de momento solo puedo añadir estos, los primeros versos que escribo:

Ojos de cachorro, boca de bebé,
pies de porcelana, manos diminutas.
Llanto de vida.
Se llama George, nació al amanecer
y es un digno nieto de su abuelo.

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

MIENTRAS se dirigían a Bailleulmont, partiendo pueblos y pedanías por la mitad a bordo del viejo Land Rover, Jota volvió a tener la sensación de que estaba haciendo algo por última vez. No se lo dijo a Hache, pero lo más probable era que no volviera nunca por allí.

Otra vez los campos recién segados y las pacas de trigo como soldados en formación. Otra vez los cuervos y las nubes de un cuadro impresionista sobre la entrada del cementerio municipal, en esta ocasión sin jardineros trabajando. Otra vez las lápidas rojizas.

—¿Por qué has querido volver?

Hache se había agachado junto a Jota.

—He venido a despedirme —dijo este—. Tengo algo que pertenece a Albert.

Hache asintió guiado por la inercia, como si lo que acababa de escuchar tuviera algún sentido. «Qué puedes tener tú que pertenezca a un soldado muerto hace cien años.» Lo pensó sin decirlo. Jota le mostró el cuaderno de tapas verdes que le había acompañado desde que salió de Mercamadrid.

—¿Qué es eso?

—Son las cartas que Albert escribió a su padre.

Hache continuó asintiendo mientras Jota abría el cuaderno.

—¿Cómo puedes tenerlas tú? —preguntó Hache—. ¿De dónde las has copiado?

—No están copiadas. Son cartas originales.

Hache se puso en pie.

—Las cartas no se escriben en los cuadernos —dijo.

Jota permaneció agachado, sentado sobre sus talones.

—Estas sí.

—¿Las has escrito tú?

—Las escribió mi padre —respondió Jota.

Y se levantó para darle el cuaderno. Hache lo hojeó durante un par de minutos, deteniéndose en alguna de las cartas, volviendo atrás, fijándose en las fechas de los encabezamientos.

—¿Tu padre escribió unas cartas para el padre de Albert Ingham?

Jota recogió el cuaderno y lo cerró con la goma elástica. Estaba negando con la cabeza.

—Las escribió para mí —dijo—. Y para Carol.

«Y puede que también para su propio padre», pensó, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta. Volvió a agacharse para dejar el cuaderno en la tumba, entre la mata de flores a medio abrir, con cuidado de no tapar las palabras de George Ingham. Luego se dio la vuelta con una resolución teatral, sobreactuando para que los sentimientos no lo retuvieran allí por más tiempo. Y comenzó a andar hacia la salida por un laberinto de tumbas.

—Déjame conducir esta vez —dijo Jota.

Habían llegado al coche. Hache lo miró con la cabeza torcida, sin comprender lo que acababa de suceder en el cementerio, mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Dirigirnos al *château*, devolver este trasto y prepararnos para regresar a Madrid.

Hache asintió varias veces, como si por fin escuchara algo razonable.

—¿Cómo prefieres volver? —volvió a preguntar—. ¿Desde Beauvais o desde Charleroi?

—Vamos a recorrer el mismo camino que me trajo hasta aquí —dijo Jota. Y miró a su amigo antes de añadir—: La misma dirección pero en sentido contrario.

Hache sacó un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta.

—¿Y cómo haremos semejante cosa? —dijo mientras lo encendía.

Jota detuvo el Land Rover en mitad de la campiña del Somme. Las amapolas ya se habían marchitado, pero las nubes seguían arando los campos con sus sombras. Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y rebuscó en ella.

—¿Tienes un teléfono móvil? —le preguntó a Hache.

—Claro.

—Llama a este número.

Jota le dio una tarjeta y arrancó de nuevo el Land Rover.

—Es de una amiga mía —añadió mientras Hache leía su contenido—. Se llama Geike. Huele a regaliz y tiene los brazos llenos de tatuajes.

—No creo que eso sea de mucha ayuda.

—También tiene un camión de cuarenta toneladas que parece un cachalote. Llámala.

Hache ya tenía el teléfono móvil en la mano.

—¿Qué le digo?

—Dile que somos dos amigos y que queremos volver a casa.

Amiens y Zaragoza

Diciembre de 2016 - noviembre de 2018

Nota del autor

TODO lo que había escrito hasta ahora había sido producto de mi imaginación. Nunca había usado el lema «basado en hechos reales», sino el de «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia». En esta novela hay, sin embargo, una parte basada en la realidad. Y esto me ha hecho replantearme ciertos principios a la hora de escribir.

¿La imaginación va más allá de la realidad o la realidad supera siempre la ficción? Es difícil saberlo, porque el escritor mezcla todos los elementos a su alcance, los reales y los ficticios, para conformar una realidad literaria virtual. No obstante, me atrevo a acuñar una conclusión con ecos filosóficos: todo lo narrado podría ser real, pero no lo es, salvo cuando lo ha sido. Y lo mismo podría decir de los personajes.

La batalla del Somme es real, así como la peripecia vivida por Albert Ingham y Alfred Longshaw, dos soldados ingleses que murieron por defender su libertad como individuos. No son personajes de novela. Son personas de verdad que trascienden el concepto virtual de la literatura. Por eso la novela está dedicada a ellos. A las personas, no a los personajes.

Todos los libros, artículos, páginas web y vídeos consultados para documentarme sobre dicha batalla figuran en la bibliografía adjunta. Debo destacar el manual titulado *La batalla del Somme* del profesor Martin Gilbert, no solo por su rigor histórico sino por los múltiples casos personales que relata, algunos emotivos, otros terribles, todos impactantes, así como por los poemas de la guerra que incluye. Esta combinación de Historia y Literatura lo convierten en una joya del ensayo divulgativo, emotivo y ameno.

Yo también hice un peregrinaje hasta el Somme y confieso que, de otro modo, habría sido incapaz de escribir la novela. No me refiero solo al valor

documental del viaje, ni al cultural, ni siquiera al emocional. Me refiero a la realidad del lugar, a esa realidad que supera la ficción y da pie a escribir una novela. No se puede viajar en el tiempo, pero sí en el espacio, de modo que tenía la obligación moral de ir al lugar donde sucedieron los hechos antes de recrearlos.

Doy las gracias a Marián y a mis hijos, Marcos y Miguel, por acompañarme en ese viaje tan singular durante el verano de 2017. Juntos descubrimos el Somme, sus monumentos bélicos, sus campos de labranza, sus cementerios, sus pueblos silenciosos y sus acantilados blancos junto al canal de la Mancha. Juntos llegamos a Bailleulmont y rendimos nuestro particular homenaje a las tumbas de Albert y Alfred, viviendo un momento irrepetible que he tratado de plasmar en la novela.

Igual que hace Jota, yo también me agaché junto a las dos tumbas. Leí la inscripción que figura en la de Albert y pensé: ojalá fuerais personajes inventados por mí. Ojalá la realidad no superase siempre la ficción.

Bibliografía

Libros:

Arthur, Max, Last Post: The Final Word From Our First World War Soldiers, Phoenix, Londres, 2004.

Barker, Pat, *Regeneration*, Penguin Books, Londres, 1992.

Beaman, Ardern, *The Squadron*, The Bodley Head, Londres, 1920.

Freston, H. Rex, *The Quest of Truth and Other Poems*, B.H. Blackwell, Oxford, 1916.

Gardner, Brian, *Up the Line to Death. The War Poets 1914-1918*, Methuen & Co., Slingsby, York, 1964.

Gilbert, Martin, La batalla del Somme. La batalla más sangrienta de la Primera Guerra Mundial\ Ariel, Barcelona, 2009.

Kipling, Rudyard, *The Irish Guards in the Great War*, vol 1, Macmillan, Londres, 1923.

Putkowski, Julian, y Sykes, Julian, Shot at Dawn: Executions in World War One by Authority of the British Army Act, Leo Cooper, Londres, 1998.

Sitwell, Osbert, *Laughter in the Next Room*, Macmillan, Londres, 1949.

Tolkien, J.R.R., *El Señor de los Anillos, II. Las dos torres, Minotauro, Barcelona, 1991.*

Artículos:

Altares, Guillermo, «La batalla equivocada», *El País Semanal*, 2014.

Díaz Pérez, Eva, «Locura de trinchera, Primera Guerra Mundial, Cien años 1914-2014», El Mundo, 2014.

Deutsch, James, «Special Report: World War I: 100 years later», Smithsonian.com, 2014.

«Fifteen of the most moving First World War poems», Portfolio, The Week, 2018.

Hayhurst, Mark, «First Light: the story of the Tommies shot at dawn», theartsdesk.com, 2016.

Mañueco, Miguel, «Somme: la batalla más mortal de la I Guerra Mundial», Muy Interesante, 2016.

Marín, Bernardo, «Harry Patch, la última memoria de las trincheras», El País, 2009.

Norton-Taylor, Richard, «Executed WW1 soldiers to be given pardons», The Guardian, 2006.

Documentales:

Apocalipsis, la Primera Guerra Mundial, Daniel Costelle, Isabelle Clarke, 2014.

Line of Fire, The Somme. July 1st 1916, Cromwell Productions, 2002.

The Battle of the Somme, Geoffrey Malins y John McDowell, Film Archive of the Imperial War Museum, 1916.

Sitios web:

«Bandas de desertores en Tierra de Nadie durante la Primera Guerra Mundial», Columna 2, col2.com, 2014.

Blindfold and Alone: <https://blindfoldandalone.wordpress.com/>

The Wartime Memories Project - The Great War 1914-1918:
<http://wartimememoriesproject.com>

Memorial de Guerra de Salford:
<http://salfordwarmemorials.proboards.com/>

El Regimiento de Manchester desde 1758 hasta 1958
<http://www.the-manchesters.org/18th>

Fundación del Cráter Lochnagar en La Boisselle:
<https://lochnagarcra-ter.org/>

Cementerio comunal de Bailleulmont:

http://www.webmatters.net/cwgc/bailleulmont_com.htm

Comisión de Tumbas de guerra de la Commonwealth:
<https://www.cwgc.org/find-war-dead/casualty/>

Photoshoot WW100 de Philippe Delameilleure y Nick Mol para conmemorar el centenario de la Primera Guerra Mundial: <http://www.fotoshootwol00.com/article.php?id=392>

Behind the lines: Poetry of the Great War: <http://behindtheirlines.blogspot.com/>

Metadatos

1^a edición: noviembre de 2018

© Joaquín Berges, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A.

ISBN: 978-84-9066-613-5

Depósito legal: B. 22.676-2018

Índice

LOS desertores

Nota del autor

Bibliografía

NOTAS

[1] «*After I am dead, I And I have become part of the soil of France, / This much remember of me: / I was a great sinner, a great lover, and life puzzled me very much. / Ah love! I would have died for love! / Love can do so much, both rightly and wrongly. / It remembers mothers, and little children, I And lots of other things. / Oh men unborn, I go now, my work unfinished! / I pass on the problem to you: the world will hate you: be brave!*» Poema escrito por Hugh R. Freston, del 3.er Batallón del Regimiento Royal Berkshire, muerto en combate en enero de 1916.

[2] «*No splendid rite is here —yet lay him low, / Ye comrades of his youth he fought beside, / Close where the winds do sigh and wildflowers grow, / Where the sweet brook doth babble by his side. / No splendour, yet we lay him tenderly / To rest, his requiem in artillery.*» Parte de un poema escrito por John Streets, sargento del 12.º Batallón del Regimiento de York y Lancaster, de los Camaradas de Sheffield.

[3] «*When our men are marching lightly up and down, / When the pipes are playing through the little town, I I see a thin line swaying through the wind and mud and rain I And the broken regiments come hack to rest again.*» Parte de un poema escrito en 1916 por E.A. Mackintosh, que sirvió en el 5.º de los Seaforth Highlanders. Recibió una Cruz Militar al valor y murió en el campo de batalla, en Cambrai, en octubre de 1917.

[4] «*I cannot tell / What time your life became mine: / Perhaps when one summer night / We halted on the roadside / In the starlight only, / And you sang your sad home-songs, / Dirges which I standing outside you / Coldly condemned.*» Estrofa del poema titulado *My Company* de Herbert Read, que

sirvió con los Green Howards de Yorkshire de 1915 a 1918.

[5] «*Above the shot-blown trench he stands, / The bright escutcheon on his breast, / And traced in silver bone for bone / The likeness of a skeleton.*» Parte de un poema inacabado del alférez Henry Field, del 6.º Batallón del Regimiento Real de Warwickshire, que murió en el Somme en 1916.

[6] «*A sudden roar, a mighty rushing sound' / A jolt or two, a smoothly sliding rise, / a tumbled blur of disappearing ground, / and then all sense of motion slowly dies.*» Parte de un poema de Jeffery Day, piloto del Royal Naval Air Service, que escribió algunos de sus poemas en pleno vuelo. Murió en febrero de 1918 cuando se enfrentaba a seis aviones enemigos.

[7] «*In my tired, helpless body / I feel my sunk heart ache; / But suddenly, loudly / The far, great guns shake.*». Parte de un poema de Robert Nichols, que sirvió en la Royal Artillery desde octubre de 1914 hasta agosto de 1916. Sufrió «neurosis de guerra» y pudo volver a casa.

[8] «*It had come at last! His own stupendous hour, / Long waited, dreaded, almost hoped-for too, / When all else seemed the foolery of power; / It had come at last! and suddenly the world / Was sharply cut in two. On one side lay I A Golden, dreamy, peaceful afternoon / And on the other, men gone mad with fear.*» Parte del poema titulado *Going into the line!* escrito en 1916 por Max Plowman, que sirvió en el 10.º Regimiento West Yorks.

[9] «*I have a rendezvous with Death / On some scarred slope or battered hill / When Spring comes round again this year I And the first meadow-flowers appear.*» Parte de un poema del americano Alan Seeger, que murió en el Somme el 4 de julio de 1916.

[10] «*Where once there was war / Now peace reigns supreme / And the birds sing again / In Mametz.*» Parte de un poema de Harry Fellows.

[11] «*The road goes crawling up a long hillside, / All ruts and stones and sludge, and the emptied dregs / Of battle thrown in heaps. Here where they died / Are stretched big-bellied horses with stiff legs, / And dead men, bloody-fingered from the fight, / Stare up at caverned darkness winking white.*» Parte de un poema escrito por Siegfried Sassoon, uno de los principales War Poets.

[12] «*On the plains of Picardy / Lay a soldier, dying / Gallantly, with soul still free / Spite the rough world's trying.*» Parte de un poema encontrado en el bolsillo del capitán Hugh Stewart Smith, de los Argyll and Sutherland Highlanders, caído en el ataque al Bosque Alto, en agosto de 1916.

[13] «*Neck-deep in mud, / He mowed and raved / He who had braved / The field of blood / And as a lad / Just out of school / Yelled - Aprilfool! / And laughed like mad.*» Poema de Wilfrid Wilson Gibson, que sirvió en el Army Service Corps Motor Transport en 1914.

[14] «*The men I've lived with / Lurch suddenly into a far perspective; / They distantly gather like a dark cloud of birds / In the autumn sky.*» Otra estrofa del poema *My Company* de Herbert Read.

[15] «*Better far to pass away / While the limbs are strong and Young, / Ere the ending of the day, / Ere Youth's lusty song be sung. / Hot blood pulsing through the veins, / Youth's high hope a bunting fire, / Young men needs must break the chains / That hold them from their heart's desire.*» Parte de un poema escrito por Richard Dennys, pianista, pintor, actor y escritor que murió en el Somme en julio de 1916 sirviendo en el 10.º Batallón del Regimiento Royal North Lancashire.

[16] «*Perhaps some day the sun will shine again, / And I shall see that still the skies are blue, / And feel once more I do not live in vain, / Although bereft of You.*» Parte de un poema de la escritora y enfermera voluntaria Vera Brittain dedicado a su prometido, Roland Leighton, que murió en combate en 1915.

[17] «*A battered trench, a tree with boughs / Smutted and black with smoke and fire, / A solitary ruined house, / A crumpled mass of rusty wire.*» Parte de un poema titulado *From Albert to Bapaume*, escrito por Alec Waugh, hermano del conocido novelista Evelyn Waugh, que combatió con el Regimiento de Dorset en 1917 y 1918.

[18] «*They ask me where I've been, / And what I've done and seen. / But what can I reply / Who know it wasn't I, / But someone just like me, / Who went across the sea / And with my head and hands / Killed men in foreign lands... / Though I must bear the blame, / Because he bore my name.*» Poema escrito por Wilfrid Gibson.

[19] «*Let us tell quiet stories of kind eyes / And placid brows where peace and learning sate: / Of misty gardens under evening skies / Where four would walk of old' with steps sedate.*» Parte de un poema de G.B. Smith dedicado a Roy Gilson, amigo suyo caído en el Somme. Sus otros dos amigos eran Ralph Payton y J.R.R. Tolkien, todos alumnos de la escuela King Edward de Birmingham.

[20] «*I, that on my familiar hill / Saw with uncomprehending eyes / A hundred of Thy sunsets spill / Their fresh and sanguine sacrifice; / Ere the sun swings his noonday sword / Must say goodbye to all of this;— / By all delights that I shall miss, / Help me to die, O Lord.*» Parte de un poema de W.N. Hodgson, oficial del 9.º Batallón del Regimiento de Devonshire, que murió el primer día de la batalla del Somme. Lo escribió dos días antes, esperando entrar en acción en el Bois des Tailles.

[21] «*Who made the Law that men should die in meadows? / Who spake the Word that blood should splash in lanes? / Who gave itforth that gardens should be bone-yards? / Who spread the hills with flesh, and blood, and brains? / Who made the Law?*» Parte de un poema escrito en 1916 por el sargento del 12.º Batallón del Regimiento de Londres, los Rangers, Leslie Coulson, que murió una semana después en el Somme.

[22] «*Shot at dawn. One of the first to enlist. A worthy son of his father.*»

[23] «*Here dead we lie because we did not choose / To live and shame the land from which we sprung. / Life, to be sure, is nothing much to lose; / But young men think it is, and we were young.*» Poema escrito a modo de epitafio por el poeta y académico A.E. Housman.

[24] «*What passing-bells for these who die as cattlef / — Only the monstrous anger of the guns. / Only the stuttering rifles' rapid rattle / Can patter out their hasty orisons.*» Parte del Himno a una juventud condenada, escrito por Wilfred Owen, que sirvió en el Regimiento de Manchester y murió en el campo de batalla el 4 de noviembre de 1918, una semana antes del final de la guerra.

[25] Este documento hace constar que el soldado A. Ingham, del 18.º Batallón del Regimiento de Manchester, asignado a la 90.^a Compañía del Cuerpo de Ametralladoras, que fue ejecutado por desertión el 1 de diciembre de 1916, es indultado según la Sección 359 del Acta de las Fuerzas Armadas de 2006. El indulto reconoce que fue una de las numerosas víctimas de la Primera Guerra Mundial y que la ejecución no era el destino que merecía. Firmado: Secretario de Estado para la Defensa.